



**UNR** Universidad  
Nacional de Rosario



**CEI** CENTRO DE ESTUDIOS  
INTERDISCIPLINARIOS

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO**  
**CENTRO DE ESTUDIOS INTERDISCIPLINARIOS**  
**MAESTRÍA EN ESTUDIOS CULTURALES**

**Las representaciones urbanas en la prensa periódica rosarina y su  
contribución a la constitución de significaciones imaginarias sociales  
(1852-1910)**

**Maestranda: Arq. Bibiana Ponzini**

**Directora: Dra. Arq. Bibiana Cicutti**

**Rosario, 31 de mayo de 2018**



## RECONOCIMIENTOS

La construcción de esta tesis recoge las múltiples experiencias transitadas en el ámbito de la universidad pública compartidas con colegas y alumnos, desde el compromiso de su defensa, su mejora continua y su vocación social. En ese contexto, quiero expresar mi reconocimiento a las Dras. Sandra Valdettaro y Mónica Bernabé por llevar adelante la Maestría en Estudios Culturales, como un espacio de oportunidad para nuevas y enriquecedoras reflexiones en un marco interdisciplinario de excelencia.

Asimismo, mi agradecimiento a la Dra. Arq. Bibiana Cicutti, no solo por la dirección de este trabajo, sino también porque, como integrante de la cátedra de Historia de la Arquitectura a su cargo, he compartido con ella, a lo largo de muchos años, buena parte de las reflexiones que aquí se presentan tanto en proyectos de investigación, como en publicaciones y presentaciones en congresos y seminarios. Hago extensivo este agradecimiento a los docentes miembros del taller que participaron en esas actividades y en particular a Andrea Basso con quién mantuvimos un provechoso intercambio de ideas en el recorrido compartido de la Maestría.

Asimismo al Secretario de Redacción del diario *La Capital*, Jorge Levit, quien autorizó mi ingreso al archivo, y al personal a cargo del mismo, especialmente a Marcela, por su paciente y cálida atención. Del mismo modo a las bibliotecarias de la Facultad de Arquitectura y de la Biblioteca de la Asociación de Mujeres de Rosario.

Y a mi familia, que con paciencia infinita me acompañó en esta oportunidad, como en otras tantas anteriores.





## **RESUMEN**

El presente trabajo se propone contribuir a la construcción de una historia de las representaciones colectivas en la ciudad de Rosario (1852-1910), haciendo eje en la producción de representaciones urbanas en el campo discursivo de la prensa periódica, considerando que las mismas contribuyeron a la consolidación de imaginarios sociales concurrentes a la conformación de una “comunidad de intereses”. La articulación de las mismas con otros discursos textuales o visuales de diversa proveniencia conforma un complejo entramado habilitando la construcción de redes de sentido que, al abrir nuevos interrogantes sobre un problema conocido, hacen posible su interpretación en el marco de una historia cultural de la ciudad. Esto implica renovar los paradigmas de comprensión de la cultura, para considerar los discursos periodísticos como “productores de realidad”, como prácticas culturales que proponen proyectos de intervención, así como modelos de lo que la ciudad debía ser, colaborando en la permanente autoconstrucción de las identidades colectivas en el período de modernización temprana de la ciudad.

## **ABSTRACT**

The present thesis aims to contribute to the construction of the collective representations history in the city of Rosario (1852-1910), focusing on the production of urban representations in the periodical press discursive field, considering that they contributed to the consolidation of social imaginaries concurrent to the conformation of a “community of interests”. Their articulation with other textual or visual discourses from diverse origins conforms a complex lattice that allows the construction of sense networks that, when new questions about a known problem arise, enable their interpretation within the framework of the city’s cultural history. This implies renewing the culture understanding paradigms, to consider the news speeches as “reality producers”, as cultural practices that propose intervention projects, as well as models of what the city should be, collaborating in the permanent autoconstruction of the collective identities during the city’s early modernization period.



## INDICE

<b>RESUMEN</b>	1
<b>CAPITULO I. Conceptualización, marco teórico y estado de la cuestión</b>	5
I. 1. Introducción	5
I. 2. Presupuestos teóricos y metodológicos	9
Acerca de la productividad de los Estudios Culturales	9
Palabras clave	15
Discursos textuales y visuales: aproximaciones metodológicas	20
I. 3. Objetivos e hipótesis	33
I. 4. Estado de la cuestión	35
I. 5. Rosario 1852-1910: prensa y ciudad	41
<b>CAPITULO II: Imaginarios y representaciones en la constitución de una “comunidad de intereses”</b>	46
II. 1. La ciudad “fenicia”, 1852-1880	48
II. 2. La “Chigaco del sur”, 1880-1900	74
II. 3. Hacia “La cuna de la Bandera”, 1900-1910	87
<b>CAPITULO III: Imaginaciones urbanas: ingenieros, periodistas y vecinos “progresistas”</b>	101
III. 1. Un ciudad moderna pero con “traza antigua”.	102
III. 2. La “fiebre de los proyectos”.	121
III. 3. Mapas mentales	134
III. 4. La ciudad en el nuevo siglo: variaciones de la modernidad	140
Naturaleza artificial y paisaje	140
Técnica y paisaje	149
La diagonal conmoviendo la cuadrícula	153

<b>CAPITULO IV: La ciudad de fiesta</b>	171
IV.1. Entre la historia y la ficción: la consolidación del pasado y la construcción del futuro	173
IV.2. La piedra <i>fundacional</i> del puerto.	180
IV. 3. “El Rosario Moderno” celebra otro cincuentenario	191
<b>REFLEXIONES FINALES</b>	197
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	201

## **CAPITULO I. Conceptualización, marco teórico y estado de la cuestión**

### **I.1. Introducción**

El presente trabajo se propone contribuir a la construcción de una historia de las representaciones colectivas en la ciudad de Rosario, haciendo eje en la producción de representaciones urbanas en el campo discursivo de la prensa periódica rosarina, considerando que las mismas contribuyeron a la consolidación de imaginarios sociales concurrentes a la conformación de una comunidad de intereses.

Prácticamente en simultáneo con la obtención de la declaratoria de ciudad en 1852, los rosarinos comenzarán a construir un imaginario de progreso y modernización resultado casi exclusivo de la iniciativa y el esfuerzo de sus vecinos más destacados, y la prensa periódica se constituirá en un dispositivo fundamental en la producción y reproducción de dicho imaginario. En ese marco será fundamental la constitución de lo urbano como universo significativo, que la prensa instituirá induciendo representaciones, racionalizando y delimitando el espacio; identificando lugares en un complejo juego entre lo visible y lo no visible; estableciendo marcos descriptivos y creando “mapas mentales”; orientando la percepción y la experiencia de la vida urbana.

Este enfoque implica necesariamente renovar los paradigmas de comprensión de la cultura considerando como objeto de interés prioritario las representaciones urbanas en tanto prácticas y discursividades que, desde el ejercicio de la palabra impresa, proponen proyectos de intervención en la ciudad, así como modelos de lo que la misma debía ser, colaborando en la configuración y reconfiguración de las identidades sociales en su permanente autoconstrucción y por sobre todo, como algo que colectivamente se construye en el período de modernización temprana de la ciudad.

El período propuesto, 1852-1910, contempla un ciclo que se extiende desde la fecha de declaratoria de ciudad por parte del gobierno de la Confederación

y la aparición próxima del primer periódico y hasta el Primer Centenario. En este lapso se advierten tres momentos del periódico, el primero vinculado a la llamada prensa de facción; un segundo vinculado a su progresiva transformación hacia un nuevo tipo de prensa moderna; hasta que la emergencia de nuevas condiciones políticas, sociales y técnicas y un público lector ampliado permiten vislumbrar los comienzos de la profesionalización del periodismo y de una cierta autonomización del campo. Los mismos se corresponden con tres etapas de la ciudad, la de los inicios cuando todo estaba por hacerse; una segunda en la que Rosario crece y se desarrolla afirmando su posición en el concierto nacional y la de principios del siglo XX, cuando la consolidación de ciertos procesos de modernización modifica la vida urbana y se manifiestan cambios respecto de las ideas de ciudad que se expresarán en proyectos de transformación a la altura de las grandes capitales.

En el análisis de las representaciones en la prensa se hace especial énfasis las producidas por el diario *La Capital*, fundado por Ovidio Lagos y Eudoro Carrasco en 1867, tanto por la regularidad de su edición y su continuidad hasta la actualidad, como por la propia línea editorial que se erige en representante de los intereses rosarinos a los que dedica un importante espacio, que crece en la medida que el diario va multiplicando sus páginas, e incorporando una variedad de temas y enfoques sobre las cuestiones urbanas que no ofrecen otros periódicos de la época.

Esto no implica su consideración como fuente única sino puesto en relación con otras publicaciones. Entre estas últimas, se han tomado en cuenta aquellas que surgen a partir de 1854, que permiten completar el período propuesto; así como otras posteriores, locales o nacionales, que vinculadas a determinadas representaciones sobre la ciudad, colaboran a su problematización. Asimismo, aunque brevemente, se han incorporado algunas observaciones de viajeros que tempranamente instituyeron las primeras imágenes e imaginaciones urbanas, que la prensa inicialmente

hará tuyas, para consolidarlas, rebatirlas o resignificarlas induciendo nuevos sentidos en relación a nuevos contextos.

A fin de aumentar la productividad de su significación las mismas se han articulado a su vez con otras representaciones textuales o visuales - emblemas, cartografía urbana, censos y descripciones geográficas, proyectos e intervenciones materiales en la ciudad-, posibilitando la construcción de redes de sentido que, al abrir nuevos interrogantes sobre un problema conocido, hicieran posible su interpretación en el marco de la construcción de una historia cultural de la ciudad.

La articulación de todos estos registros en una trama que considera las dimensiones sociales, políticas y culturales de la ciudad, habilita la exploración de las representaciones colectivas como indicios, o síntomas, que iluminan aspectos que exceden la lectura documental y asisten al plano de lo simbólico en correspondencia a las constelaciones teóricas y saberes - en referencia a una imagen de ciudad y a una determinada modalidad de percepción y apropiación-, en los que aquellos puedan, hipotéticamente, inscribirse.

En ese encuadre la tesis se ha organizado cuatro capítulos, el primero aborda el marco teórico y los instrumentos metodológicos en los cuales se inscribe la problemática delineada, atendiendo a las representaciones de la ciudad como objeto de cultura, alrededor de la cual se construyen determinados imaginarios y se moldea el proceso identitario, en el marco de las particulares condiciones de modernización de las ciudades latinoamericanas.

El Capítulo II se centra en el análisis histórico de las prácticas que definen el carácter de la ciudad y su vocación futura sintetizadas en tres concisas expresiones: “La ciudad fenicia”, “La Chicago del Sur” y “La Cuna de la Bandera”. Las mismas constituyeron representaciones eficaces que, junto a otros instrumentos visuales o textuales, elaboraron y reelaboraron la tradición y los mitos del origen y del progreso indefinido, como elementos de

cohesión de la comunidad. Al igual que en los siguientes capítulos se hace especial énfasis en aquellas que han logrado atravesar el contexto espacio temporal para persistir hasta la actualidad como símbolos de identidad local.

El Capítulo III aborda el debate alrededor de las imaginaciones específicamente urbanas, en sus formulaciones discursivas y materiales, a través de las propuestas de ingenieros, periodistas y vecinos “progresistas”, en tres períodos que, aproximadamente, se corresponden temporalmente con los tres enunciados trabajados en el capítulo anterior. Sus producciones enlazadas con los presupuestos higienistas, con la práctica cartográfica y con los grandes paradigmas urbanos de la época, permiten indagar sobre las variaciones locales en la percepción de los modelos de la ciudad moderna.

El Capítulo IV se circunscribe al estudio de nuevas estrategias de consolidación del imaginario rosarino, a partir de tres fiestas locales que tuvieron lugar en la primera década del siglo XX, celebradas tanto en el periódico como en el espacio público que es valorado por su capacidad para propiciar la vida política y la formación cívica. Estas celebraciones resultan especialmente productivas por la variedad de representaciones que en ellas se ponen en juego: el ceremonial tradicional con sus discursos, las postales, las proyecciones luminosas y un espacio urbano reconfigurado en escenario simbólico que vehiculiza nuevas significaciones imaginarias sociales apoyadas en convincentes prácticas performativas y ritualizadoras.

En los temas estudiados en los tres capítulos el periódico se revela como tribuna para la construcción de un *corpus* de ideas, proyectos y saberes sobre la ciudad y su historia, que intenta activar el involucramiento colectivo para constituir a la ciudad en “una unidad propia”.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> La expresión es empleada por Michel De Certeau (1993: 54-55) al comentar la obra de Pierre Vilar *La Catalogne dans l’Espagne moderne* que estudia el problema de articulación entre la constitución de Cataluña como unidad propia y sus transformaciones al momento de la aparición de la unidad “española”.



## **I.2. Presupuestos teóricos y metodológicos**

### **Acerca de la productividad de los Estudios Culturales**

El propósito de la tesis consiste en abordar una relectura de la historia la ciudad que habilite nuevas interpretaciones sobre lo urbano en su dimensión material y simbólica, entendiendo que toda práctica desarrollada en el espacio es producto de una compleja y muchas veces conflictiva articulación entre las representaciones, los imaginarios sociales y las construcciones identitarias.

Esta investigación se ha planteado desde una perspectiva histórico-crítica, enmarcada en el extenso *corpus* teórico de los Estudios Culturales. Reconocido ya que intentar una definición de los mismos resultaría difícil e infructuoso en tanto carecen de estatuto científico y marco teórico propio, Alicia Ríos explica que dicha cuestión puede resolverse poniendo el énfasis en el “acercamiento metodológico y epistemológico” a los temas de estudio, produciendo así “un nuevo archivo -donde lo cultural y lo político resultan determinantes- y reclaman una reflexión y autocríticas continuas, por parte de sus «practicantes», frente a sus propios proceso de investigación y escritura” (2002: 247).

El universo epistemológico atravesado por el cruce de distintas perspectivas y una cierta “hibridez” metodológica que caracterizan a los Estudios Culturales, han requerido el abordaje de lecturas provenientes de diferentes campos disciplinares –la historia cultural, la sociología de la cultura, la semiótica, la antropología, entre otros- que en conjunto posibilitaron la construcción del marco teórico en el que la investigación se inscribe.

En tal sentido muchos han sido los autores que desde la historia cultural han contribuido a explicar la necesidad de estos enfoques transdisciplinarios. Entre otros, Robert Darnton, ha suministrado en *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural*, una minuciosa revisión del estado de la cuestión analizando los debates sobre historia intelectual o historia cultural,

historia de las mentalidades o historia de la ideas y particularmente, examinando críticamente las fecundas relaciones que pueden establecerse entre historia y antropología, o entre aquella y sociología o literatura.

Asumiendo que la historia necesita relacionarse con otras líneas de estudio de la cultura a fin de no limitar el desarrollo de su propia identidad, Carl Schorske advierte que “el problema, ahora más que nunca reside en elegir libremente esas relaciones y hacer que sean significativas, fructíferas” (Schorske, 2001: 359). Es posible apreciar en su texto *Viena Fin-de-Siecle*, como el autor interpela su objeto de estudio, la ciudad de Viena, con libertad metodológica y acudiendo a múltiples fuentes que releva de distintas manifestaciones culturales -el arte, la literatura, la música, la arquitectura, el psicoanálisis, etc.- abriendo nuevas interpretaciones y nuevas lecturas de la ciudad entendida como “condensador simbólico de los valores socio-culturales”. Explicando sus supuestos metodológicos, que retomará años más tarde en *Pensar con la historia*, sostiene que el historiador ubica su objeto de estudios en el cruce de dos ejes, uno sincrónico que permite estudiar la obra en relación a otros aspectos de la cultura contemporánea a la misma y otro diacrónico en el que se la inscribe en la serie anterior del género, disciplina o corpus de ideas, etc., según corresponda. Así, “El hilo diacrónico es la urdimbre y el sincrónico la trama del paño de la historia cultural. El historiador es el tejedor, pero la cualidad de su tela depende de la resistencia y el color del hilo” (Ibídem, 1981: 15-6).

En esa perspectiva, el ya clásico texto de Raymond Williams *El campo y la ciudad* (1973), es también un referente ineludible por la forma en que el autor realiza el procesamiento cultural de los datos extraídos de los textos literarios, trabajando las nociones de ciudad y campo no como categorías sociológicas sino como espacios culturales, así como también por la originalidad de su enfoque puesto que, como advierte Beatriz Sarlo en el prólogo a la edición de 2001, Williams consigue,

“(…) señalar en la experiencia urbana un método de construcción ficcional que, conformando no solo las prácticas materiales y

sociales, ofrece su modelo a la invención de ficciones. Inversamente a una perspectiva ficcional (aprendida en las novelas) caracteriza la forma de la experiencia urbana moderna” (Sarlo, 2001: 19).

Esto implica el reconocimiento de una matriz conceptual vinculada a una noción de *cultura* alejada de las concepciones idealistas y que, más bien, se vincula a una teoría materialista repensada a la luz de la revisión de la historiografía marxista propia de los '70, que atiende a una comprensión de la cultura como campo de lucha, remarcando el énfasis político que, por naturaleza, resulta ser la tarea del intelectual. R. Williams señalaba ya en *Marxismo y Literatura* (1977), que la cultura no puede pensarse como un sistema de textos y artefactos, sino, desde una definición tanto antropológica como histórica de las prácticas culturales, cuestionando el carácter universalizante por medio de conceptos tales como formación social, poder cultural, dominación y regulación, resistencia y lucha.

El mismo autor planteaba poco después en *Hacia una sociología de la cultura* los argumentos fundantes de esta renovada concepción de la cultura. Historizando esta noción compleja, revela que en la convergencia de las definiciones de raíz idealista y materialista, la misma había avanzado hacia su consideración “como el *sistema signifiante* a través del cual necesariamente (aunque entre otros medios) un orden social se comunica, se reproduce, se experimenta y se investiga”, haciendo énfasis en el carácter constitutivo de las prácticas culturales. Ese carácter se explica en la concurrencia entre la cultura entendida como “todo modo de vida” y la cultura como “actividades intelectuales y artísticas”, que involucran no solo las formas tradicionales sino también “todas las «prácticas signifiantes» – desde el lenguaje, pasando por las artes, hasta el periodismo, la moda y la publicidad- que ahora constituyen este campo complejo y necesariamente extendido” (Williams, 1981: 13).

En términos generales, respecto del objeto de estudios de los Estudios

Culturales, Alicia Ríos explica que en América Latina el mismo se centra en la “producción simbólica de la realidad social (...), tanto en su materialidad, como en sus producciones y proceso”, de modo tal que todo aquello que, proveniente de espacios tan diferentes como el arte, los deportes o los medios, puede ser considerado un “texto cultural” cargado de significación histórico-social y definirse como un objeto de estudio “legítimo” (Ríos, 2002: 47).

En ese marco, los Estudios Culturales han estimulado una prolífica producción acerca de las relaciones que se establecen entre cultura, sociedad y ciudad, siguiendo los antecedentes culturalistas de la obra de Angel Rama, Richard Morse y José Luis Romero, quienes tempranamente reconocieron que no era posible el estudio de dichas relaciones sin pensar primero en las particularidades de la modernidad en el continente.

Entre muchos autores, Joaquín Brunner ha explicado que la modernidad latinoamericana ha sido entendida desde “visiones cerradas” que la aceptan o la rechazan como un todo monolítico y “visiones abiertas” que analizan de una manera consciente tanto su espíritu transformador como su costado destructivo. Sostiene además que en los grupos dirigentes de Latinoamérica ha sido dominante la visión cerrada, porque “se ha identificado la modernidad con los aspectos amenazantes de la globalización, lo cual ha difundido un estado de ánimo conservador incluso entre grupos progresistas” (Brunner, 2002: 179).

Francisco Liernur ha discutido esas “visiones cerradas” y reconociendo la existencia de dos realidades histórico culturales, una caracterizada por las preexistencias indígenas o ibéricas y otra tensionada por la inmigración europea, se posiciona en contra de los reduccionismos localistas, entendiendo que es necesario y “natural” situarse en y desde Latinoamérica, adoptando un punto de vista central aquí, para abordar otras culturas. En ese sentido recurre a la explicación del “juego de miradas cruzadas entre centro y periferia” o la imagen de la galería de espejos para entender las

producciones locales y, recuperando las ideas de Ángel Rama en *Rubén Darío y el modernismo*, explica que “el pasaje de las nociones del centro a la periferia las modifica y transforma por el hecho de implantarse en condiciones absolutamente diversas de las originarias” (Liernur, 1991: 69). Asimismo señala, sobre la base de la distinción advertida por Marshall Berman entre una “modernización desde arriba” y una “modernización desde abajo”, que la tríada modernidad-modernización-modernismos, tiende a invertirse en aquellas sociedades atrasadas en cuanto a los procesos de modernización, lo que García Canclini define como un “modernismo exuberante con una modernización deficiente” (1989: 65), o Ramos (1989) designa como procesos de modernización dependientes y desiguales.

Inscriptas en ese cuerpo de ideas y por las perspectivas metodológicas que ofrecen para estudiar las relaciones que se establecen entre cultura y ciudad, los aportes tempranos de Beatriz Sarlo en *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930* (1988); de Julio Ramos en *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX* (1989) y de, entre los varios textos posibles de Adrián Gorelik, *Miradas sobre Buenos Aires: historia cultural y crítica urbana* (2004), han resultado particularmente importantes para esta tesis.

El libro de Sarlo, agregó tempranamente al enfoque multidisciplinario de conocimiento y comprensión de la ciudad desde la cultura, el hecho de no limitarse a obras de la “alta cultura literaria”, incorporando materiales de diversa calidad y procedencia, para explorar, desde las categorías bourdieuanas, la cultura como cruce de tensiones y campo de lucha, lo que habilita la interpretación de la experiencia moderna en el marco rioplatense como “cultura de mezcla”, conceptualización que demostró ser de gran productividad para los estudios urbanos posteriores.

Por su parte, el texto de Ramos se revela como uno de los referentes obligados a la hora de hablar de los llamados Estudios Culturales Latinoamericanos o de la “nueva historia cultural”. En un registro similar al de

Sarlo se plantea el estudio del discurso literario a partir de sus formas, para tratar de explicar el carácter “híbrido” que las mismas asumen en el caso latinoamericano, saliéndose de las categorías canónicas.<sup>2</sup> La elección de la crónica como caso de estudio se justifica entonces, “porque su heterogeneidad, la mezcla y choque de discursos en el tejido de su forma, proyecta uno de los rasgos distintivos de la institución literaria latinoamericana” (Ramos, 1989: 12/13).

*La ciudad letrada* de Ángel Rama podría pensarse como el texto inspirador de *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, pero si no lo fue, lo cierto es que atraviesa fuertemente su escritura, y quizá los momentos más relevantes se producen cuando el autor discute con Rama, así como con Viñas o Piglia para sostener su discurso argumentativo, verificándose ese proceso de crítica y autocrítica del que hablaba Ríos como metodología de los Estudios Culturales. La discusión que Ramos emprende alrededor del concepto del letrado utilizado por Rama, le permite avanzar en el análisis de la relación y dependencia del escritor latinoamericano y el periódico<sup>3</sup>, a través de las crónicas publicadas por el diario *La Nación* de Buenos Aires, para explicar la importancia que la misma tuvo en la representación del espacio urbano de las cambiantes ciudades de fin de siglo. Clara y expresamente en la línea Simmel-Benjamín que induce a pensar la ciudad en términos de experiencia, Ramos describe las representaciones urbanas producidas por distintos escritores latinoamericanos, entendiendo lo urbano como el montaje de las distintas percepciones que se obtienen al recorrer la ciudad.

---

<sup>2</sup> Decía al respecto Ángel Rama en “Ángel Rama y Antonio Cornejo Polar: tradición y ruptura en América Latina”, entrevista de Beatriz Sarlo, “...durante mucho tiempo hemos trabajado con una concepción de la literatura que implica un recorte extremadamente reducido de su campo y de su función social. Nos llevamos entonces grandes sorpresas cuando reajustamos todo el sistema frente al descubrimiento que hubo funciones literarias que no habíamos considerado y quedaban fuera de nuestro esquema interpretativo. Al incorporar todas esas funciones al sistema, es posible que estemos en mejores condiciones para captar las leyes de su desarrollo”, en Revista *Punto de Vista* Año III, N° 8, Buenos Aires, marzo de 1980: 10.

<sup>3</sup> Al respecto, comenta Gorelik en su artículo “La «ciudad latinoamericana» como idea”, que anticipadamente Richard Morse (1956) demandaba “un análisis interno de la obra literaria capaz capitalizar la evidencia de que el novelista latinoamericano, más allá de sus temas, es producto de la ciudad, y como tal, no puede sino expresar sus conflictos”, en Revista *Punto de Vista*, Año XXV N° 73, Buenos Aires, agosto de 2002: 44.

*Miradas sobre Buenos Aires* recorre un complejo entramado de representaciones e imaginarios de la ciudad provenientes de distintos registros, que van de la imaginación territorial y la identidad nacional en la obra de Ezequiel Martínez Estrada y Bernardo Canal Feijóo, las fotografías de Horacio Coppola, los grabados de Félix Rodríguez, el cine a través de Mala Época, hasta la ciudad de los negocios y la alteridad de los cartoneros; cruzadas a su vez por cartografías, itinerarios, proyectos urbanos, así como por la política o la geografía. A partir del análisis de estos materiales de procedencias diversas, el autor construye “capas de sentido” articulando críticamente las dimensiones culturales, políticas y de intervención urbanística en permanente interacción. En esa narración de simultaneidades y disrupciones significantes, advierte Gorelik que solo es posible “pensar” la ciudad incursionando en sus distintas dimensiones materiales y en su mixtura cultural a lo largo del tiempo, explicando además que,

“(…) las diferentes representaciones culturales de la ciudad no habilitan la composición de una imagen unívoca, ni en la narración de una historia, ni en la articulación de una fórmula para las relaciones ciudad-sociedad. Deberían permitir asomarse, en cambio, a las irreductibles fisuras del tiempo y el espacio quebrados de la metrópolis moderna” (Gorelik, 2004: 11).

### **Palabras clave**

En ese marco, la tesis ha sido tensionada por una serie de conceptos claves pero complejos y de significación múltiple, producto del uso de los mismos desde distintas disciplinas, tales como *representaciones*, *imaginarios* o *identidades*, y al mismo tiempo ha recorrido enfoques metodológicos diversos, lo que obliga a dar cuenta de algunas cuestiones centrales respecto de los mismos.

### **Representación**

En cuanto a la noción de representación, Roger Chartier (1990) ha señalado que el objeto de la historia cultural debe ser “el de indicar cómo, de manera diferente según los lugares y los tiempos, las «realidades» se construyen, se presentan a la lectura o a la vista y son captadas” Esta construcción de las

“realidades” debe investigarse a partir de las representaciones colectivas, las que entendidas “como matrices de las prácticas que construyen el mundo social” son el resultado de las preocupaciones o intereses de un grupo, y que al constituirse como esquemas intelectuales, se vehiculizan en figuras que estructuran múltiples direcciones de sentido. Así,

“(…) la noción puede fortalecer una historia cultural de lo social que se dé por objeto la comprensión de las figuras y los motivos que, en los actores sociales, traducen sus posiciones e intereses objetivamente y que, al mismo tiempo, describen la sociedad tal como ellos piensan que es o tal como desearían que fuera” (Chartier, 1990: 44/45).

El autor trabaja el concepto a partir de los aportes de Louis Marin, cuando al discutir la cuestión del “ser de la imagen”, hace notar como la filosofía occidental ha hecho de la imagen un “ser menor”, un “reflejo empobrecido” de la cosa. En ese contexto propone apartarse de la pregunta sobre qué es la imagen para preguntarse en cambio “¿Qué es lo que la imagen nos hace conocer (o nos impide conocer) del ser, por semejanza y aparecer?” (Marin, 1981: 146/147).<sup>4</sup> Sostiene que la respuesta no debe orientarse a un retorno hacia el ser, su “mimema”, sino a la indagación sobre la eficacia de la imagen, que radica en sus fuerzas potenciales o manifiestas. Para reconocer esas fuerzas sugiere pensar la imagen como re-presentación, en tanto “presentar de nuevo”, sosteniendo que la representación tiene un doble poder. Al respecto Chartier, comenta que al seguir la doble acepción que el *Diccionario de Furetière* de 1727 le atribuye a la representación, Marin asigna una doble operatividad a la misma, por un lado la representación muestra o hace presente una ausencia, lo que denomina “dimensión transitiva” o transparente del enunciado y por otro lado, la representación también significa la exhibición de su propia presencia, al tiempo que

---

<sup>4</sup> Publicado en *Prismas*, Revista de historia intelectual, Nº 13, 2009, el artículo denominado “Poder, representación, imagen” reúne dos textos de Louis Marin: “Les trois formules”, capítulo introductorio de su libro *Le Portrait du Roi*, París, Éditions de Minuit, 1981; y “L’être de l’image et son efficace”, capítulo introductorio de su libro, *Des pouvoirs de l’image: gloses*, París, Seuil, 1993.



constituye como sujeto a quien la mira, siendo esta la “dimensión reflexiva” o la opacidad de la representación.

Destacando la “heterogeneidad semiótica” con la que se maneja Marin, dice Chartier que su modo de entender el funcionamiento del dispositivo representación, fue fuente inspiración para los historiadores que cuestionaron los enfoques formalistas de la semiótica estructural o los conceptos clásicos de la historia de las mentalidades (Cfr. con Chartier, 1996: 80). Desde esta perspectiva los conceptos de representación, práctica y apropiación serían centrales en la reformulación de la historia cultural, en tanto son las prácticas significantes las que estructuran el cuerpo social, el cual, a su vez, produce acciones de apropiación o desplazamiento que se manifiestan “como formas diferenciadas de interpretación” de aquellas.

Al respecto nos advierte Stuart Hall (1997) que el sentido no es inherente a los objetos, el mundo material no porta el sentido, sino que el mismo es el resultado de una práctica significativa, es producto del trabajo de la representación, es construido mediante la significación. Pero el sentido y la representación solo son posibles si se comparten los códigos, resultado de convenciones sociales, por parte de los miembros de una determinada cultura. Las sociedades inventan permanentemente sus representaciones de la realidad; éstas tienen entidad propia y un impacto variable sobre las mentalidades y los comportamientos colectivos; son “ideas-imágenes”, que no deben entenderse como un reflejo de una “realidad” que existiría fuera de ellas, sino como el acto de dar un equivalente, operación que realizan tanto la palabra, la gráfica como la fotografía.<sup>5</sup> Las representaciones permiten, al igual que los imaginarios, organizar el mundo a partir de la construcción de modelos que operan simbólicamente a través de discursos lingüísticos y visuales.

---

<sup>5</sup> Así como el discurso no es la expresión de ciertos objetos previamente constituidos, la imagen no es el doble de una cosa, es un juego complejo de relaciones entre lo visible y lo no visible; ambos sistemas de representación, texto e imagen, tienen la capacidad de mostrar y de ocultar.

## ***Imaginarios***

El concepto de imaginarios se apoya en los aportes de Cornelius Castoriadis expuestos en *La institución imaginaria de la sociedad* (1975), que serían luego retomados y profundizados por Bronislaw Baczko en *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas* (1984). Allí afirma este autor que el impacto de los imaginarios sobre los agentes sociales se garantiza con la circulación de los discursos, textuales e icónicos, que los producen y, en tal sentido, advierte que los dispositivos que aseguraron su mayor difusión fueron la alfabetización y la aparición de los medios de comunicación de masas, en un proceso en el cual la información incentiva la imaginación social y, a su vez, los imaginarios incentivan la información, en una compleja dinámica que activa el ejercicio del poder simbólico (Baczko, 1999: 32). Asimismo, el texto *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (1983) de Benedict Anderson, aún reconociendo las pertinentes críticas que le ha realizado Chiaramonte<sup>6</sup>, sigue resultando válido en cuanto a sus reflexiones sobre los dispositivos que intervienen en la construcción y colaboran en la difusión de estas comunidades imaginadas: la lengua, la literatura impresa y la alfabetización.

En el ámbito latinoamericano, la contribución de Néstor García Canclini aporta notables avances para los imaginarios urbanos desde una mirada principalmente antropológica, al considerar que los mismos han nutrido toda la historia de la ciudad. Sus registros, de distinta naturaleza -según provengan de la literatura, el cine, la plástica, los medios-, establecen continuidades ficcionales o, por el contrario, fragmentaciones que permiten el acceso a la comprensión de la diversidad cultural y sus articulaciones en relación con los múltiples imaginarios que se despliegan.

Por su parte Adrián Gorelik ha sido fuertemente crítico respecto del destino de los trabajos sobre imaginarios urbanos realizados fundamentalmente desde los estudios de comunicación en Latinoamérica, dado el carácter

---

<sup>6</sup> Chiaramonte J.C. (2004) *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de las independencias*, Buenos Aires: Sudamericana.

instrumental que los mismos han adquirido al reemplazar o servir de fuente para agendas políticas complacientes. Advierte entonces sobre la imperiosa necesidad de reinstalar la noción de “imaginación urbana” como dimensión de la reflexión político-técnica acerca de cómo la ciudad debe ser, recuperando la tradición de los estudios culturalistas iniciados por Rama, Morse y Romero, para quienes “imaginario e imaginación todavía formaban parte del mismo desafío intelectual y político” (2004: 260/263).

### ***Identidad(es)***

La temática de la identidad ha recorrido un largo camino desde la creación de las grandes narrativas sobre la identidad nacional en el momento de conformación de los estados nacionales latinoamericanos, hasta la aparición los enfoques más contemporáneos de la problemática; y en ese recorrido y en sus distintas versiones, la arquitectura y los espacios públicos ha constituido y constituyen un núcleo significativo para la construcción de las configuraciones identitarias.

El cuestionamiento a la concepción de una identidad que sostenía una cultura nacional única, comienza en el marco de los procesos de descolonización posteriores a la segunda guerra mundial, sumando a partir de la década de 1960 las reivindicaciones de los derechos de las minorías étnicas y sexuales. Estos estudios críticos se orientaron más tarde hacia la construcción performativa de la identidad, que basados en las ideas de Judith Butler sobre la índole performativa del género y su auto-expresión, dan cuenta de los múltiples procesos culturales que contribuyen a la creación consciente y a la presentación de las identidades, que entonces son comprendidas “no como algo esencial, sino como una autonegociación de varias influencias para crear una representación en particular” (Cfr. con Szurmuk, Mckee Irwin: 2009, 142).

Aun así, sobreviven hasta hoy dos maneras de entender la identidad: la esencialista, que considera que la misma proviene de una naturaleza idéntica compartida, y la constructivista, que considera que la identidad es

algo “fluido” que se genera en la interacción social y no como sustancia estable. Stuart Hall referente de esta última corriente, define las identidades como “puntos de adhesión temporaria a las posiciones subjetivas que nos construyen las prácticas discursivas” y en consecuencia no singulares, en proceso continuo de transformación y constituidas dentro de la representación, porque

“(…) las identidades tienen que ver con las cuestiones referidas al uso de los recursos de la historia, la lengua y la cultura en el proceso de devenir y no de ser; no «quiénes somos» o «de dónde venimos» sino en qué podríamos convertirnos, cómo nos han representado y cómo atañe ello al modo como podríamos representarnos” (Hall, 2003: 17/18).

En el marco del enfoque construccionista, entonces, el objeto de estudio de esta tesis debe entenderse dentro del proceso cultural en el cual las realidades materiales de la ciudad y del territorio producen significación y, a su vez, son producidas por los imaginarios. Los autores convocados han señalado la importancia de los estudios sobre la naturaleza y condición de las ciudades latinoamericanas como contribución para la construcción de la(s) identidad(es) como constelaciones de sentido móviles y múltiples. Desde esta perspectiva, se planteó la operación historiográfica como aquella que desde su hacer disciplinar contribuye a la transformación de la memoria en conciencia histórica cuyos resultados no puede remitirse a cuestiones verificables en términos de eficacia y rendimiento sino en la capacidad para formular estrategias de conocimiento, recuperación e intervención arquitectónica y urbana altamente significativas.

### **Discursos textuales y visuales: aproximaciones metodológicas**

En tanto las fuentes principales de la investigación la constituyen los artículos periodísticos y las escasas imágenes que en la prensa se registran en el período en estudio, las que se acrecientan al articularlas con otras representaciones, se hace necesario profundizar en distintos conceptos del

campo semiótico que proporcionen estrategias para el estudio de los medios y de la prensa periódica en particular.

Desde el campo semiológico constructivista se han señalado coincidencias con los estudios culturales, entre otros, Oscar Steimberg ha trabajado esta relación sosteniendo que esta convergencia es posible,

“(....) si se acepta que la búsqueda semiótica focaliza efectos y dispositivos de producción de sentido, mientras que la de los estudios culturales intenta el desocultamiento de las relaciones sociales articuladas con ellos. La empresa nunca es la misma, pero en ambos casos debe partir del reconocimiento de la inevitable novedad y opacidad de sus objetos, y de su impacto desorganizador en los cánones de lectura que, en su permanencia, no pueden dar cuenta de la movilidad de la red semiótica” (Steimberg, 2001: 455).

La semiótica constructivista, entiende a los medios como productores de realidad, como grandes articuladores sociales, como “materialidades significantes que figuran lo real de modos específicos; organizadores de marcos perceptivos y patrones subjetivos; productores de determinados modos de lazos sociales y de sujetos colectivos” (Valdettaro, 2011: 20).

En esta corriente confluyen los aportes de distintos autores y disciplinas y sus raíces pueden rastrearse en las especulaciones tempranas de Walter Benjamin sobre la relación arte-tecnologías en la cultura de masas; en las reflexiones de Brecht sobre las potencialidades de la radio; como también en las contribuciones de Bajtin en cuanto a la naturaleza social del lenguaje, que supera el esquema emisor-receptor al señalar que todo enunciado se inscribe en una trama discursiva, y en su teoría de los géneros discursivos, concepción alejada de los esquemas literarios tradicionales, “pragmática, integradora y no jerárquica” que asume a los géneros como “espacios de intertextualidad, de heterogeneidad y de hibridación, de diálogo entre historia, tradición e innovación” (Arfuch, 2008: 66).

Estas ideas serán introducidas por Julia Kristeva en el círculo del estructuralismo francés -especialmente los conceptos de polifonía, dialogismo e intertextualidad-, sumándose a los ineludibles aportes semiológicos de Roland Barthes sobre las dificultades que presentaban los sistemas de signos no lingüísticos y a los de Michel Foucault respecto a la noción de formación discursiva que habilita a pensar que “es el discurso el que crea un lugar para el sujeto y determina las posibilidades de construcción del conocimiento”, lo que “no implica que las cosas no existan fueran del discurso, pero es precisamente a partir de él que éstas son inteligibles. En otras palabras, la ‘realidad extradiscursiva’ es mediada por la actividad de representación del discurso que, en parte, la constituye” (Cfr. con López Bonilla; Pérez Frago, 2009: 88). Confluyentes con ellos resultarán las contribuciones de Umberto Eco reunidas en *Apocalípticos e integrados*, *Obra abierta*, *La estructura ausente*, etc., la teoría de la enunciación de Emile Benveniste y la prolífera obra de Eliseo Verón, de quien se revisan a continuación sus aportes más significativos.

En su texto *Construir el acontecimiento* “Los medios de comunicación masiva y el accidente en la central nuclear de Three Mile Island”, que constituye un modelo de análisis de esta interpretación de los medios como constructores de lo “real”, aclara Verón que esto no implica que “los medios producen todo aquello que los miembros de una sociedad industrial llaman ‘real’” sino “que los medios producen la realidad de una sociedad industrial en tanto realidad en devenir, presente como experiencia colectiva para los actores sociales”<sup>7</sup>. Para abordar esta cuestión en *La semiosis social* propone una teoría de la discursividad basada en dos supuestos, por un lado sostiene que “toda producción de sentido es necesariamente social” y por el otro, que “todo fenómeno social es, en sus dimensiones constitutivas, un proceso de producción de sentido”, explicando que esta doble hipótesis es inescindible de la noción de discurso, de modo que,

---

<sup>7</sup> Verón (1987), *Construir el acontecimiento*, citado en Steimberg y Traversa (1997:20) *Estilo de época y comunicación mediática*.

“La teoría de los discursos sociales es un conjunto de hipótesis sobre los modos de funcionamiento de la semiosis social. Por semiosis social entendemos la dimensión significativa de los fenómenos sociales: el estudio de la semiosis es el estudio de los fenómenos sociales en tanto procesos de producción de sentido” (Verón, 1993: 125).

Esta concepción del análisis de los discursos habilita la reflexión sobre la “construcción social de lo real”, y se constituye en una noción central al producir tres superaciones conceptuales fundamentales. En primer lugar, una reformulación teórica de ruptura y rearticulación con la lingüística ya que “una teoría de los discursos sociales se sitúa necesariamente en un plano que no es el de la lengua”; en segundo lugar, permite superar el binarismo del lenguaje (significado/significante) ya que al incluir la mirada del interpretante da lugar a la noción de “productividad de sentido”; mientras que al mismo tiempo, ambas posibilitan restablecer el debate sobre cuestiones relegadas por la lingüística y la semiología, tales como “la materialidad del sentido y la construcción de lo real en la red de la semiosis” (Verón, 1993: 122/3).

Ubicándose entonces “desde afuera de la *herencia saussureana*”, el autor explica que para comprender la cuestión del sentido es necesario operar con el modelo ternario sobre la significación elaborado por Peirce, -el objeto, el signo y el interprete como soportes del modelo semiótico- ya que al fundar la semiótica Peirce definió su cuestión teórica fundamental: “la de las relaciones entre la producción de sentido, la construcción de lo real y el funcionamiento de la sociedad” (Ibídem, 1993: 120).

Los tres órdenes peirceanos del sentido, ícono, índice y símbolo, son cualitativamente distintos puesto que identifican tres dimensiones semióticas según la relación que el signo establece con el objeto. Así, mientras el ícono establece una relación de semejanza y correspondencia entre aquellos (retrato, fotografía); el índice presenta una relación de continuidad o de

contacto con el referente, es existencial, produce manifestaciones del orden de la subjetividad (“físicamente” deja huella, hace síntoma) y en el símbolo la relación es arbitraria o convencional, ya que, en tanto surge de una norma, da lugar a una interpelación crítico-interpretativa (la palabra, el texto, determinadas señaléticas). Pero esta clasificación no implica la existencia de signos puros ya que en todo sistema semiótico se reconoce una interacción permanente, compleja y diferente según los casos, entre las dimensiones de analogía, continuidad y convencionalidad, por lo que la tríada peirciana no indica tres tipos de signos, sino tres niveles o dimensiones de funcionamiento de la semiosis que se encuentran presentes en toda producción de sentido, en formas, grados y articulaciones diversos.

En tal sentido es la tecnología -que no es un medio en sí misma, sino que requiere ser apropiada por la práctica social-, la que determina la preeminencia de alguno de los órdenes piercianos. Entendida como lenguaje cada tecnología (la escritura, la imprenta, fotografía, cine, radio, televisión, mediatización digital) tiene su propia sintaxis y revela un modo particular de construcción de sentido y en esa articulación de las dimensiones icónica, simbólica e indicial, será la dimensión preponderante la que “dará el tono a los imaginarios y representaciones de una época” (Valdettaro, 2011: s/d).

En el caso de la prensa escrita la tecnología base es la palabra impresa, lo que implica una preeminencia de lo simbólico como principal efecto cognitivo, pero no por ello debe dejarse de lado la importancia de la inclusión de imágenes o la “puesta en página”; porque al leer el diario, “desentrañamos lo simbólico en el texto, interpretamos los íconos de la actualidad en las imágenes; y la puesta en página y las variaciones tipográficas definen el contacto” (Verón, 2003: 149).

Respecto del análisis del sentido como producción discursiva, explica Verón que los fenómenos de sentido deben ser entendidos como “conglomerados de materias significantes” vinculados siempre a la red semiótica en tanto “sistema productivo”. El ingreso a la misma (en sus tres posiciones



funcionales: operaciones/ discurso/ representaciones) por parte del analista será siempre sobre fragmentos del sentido producido dentro del tejido semiótico infinito que tiene lugar socialmente, trabajando sobre “estados” que por efecto de la fragmentación devienen en “productos”. Así, el trabajo del análisis, sintetiza Verón, consiste en la reconstrucción de “procesos” a partir del estudio de las huellas presentes en los productos.

Señala además que un conjunto significativo nunca puede ser analizado en sí mismo, sino puesto en relación tanto con las condiciones de su “contexto de producción” como con las de su “contexto de reconocimiento”, entre los cuales tiene lugar la circulación de los discursos sociales que define las relaciones entre ambos, porque,

“Los “objetos” que interesan al análisis de los discursos no están, en resumen, “en” los discursos; tampoco están “fuera” de ellos, en alguna parte de la “realidad social objetiva”. Son sistemas de relaciones: sistemas de relaciones que todo producto significativo mantiene con sus condiciones de generación por una parte, y con sus efectos por la otra” (Verón, 1993: 128).

En el trabajo del análisis del discurso debe considerarse además la existencia de reglas de generación (gramáticas de producción) y reglas de lectura (gramáticas de reconocimiento) que permiten explicar “operaciones” de asignación de sentido, rastreando marcas<sup>8</sup> en la materia significativa. La semiosis como red significativa infinita -tanto sincrónica como diacrónicamente-, presenta una estructura de encastramientos, en la cual la producción de un texto (discurso) remite siempre a otros textos que formaron parte de sus condiciones de producción, convirtiendo al primero en un fenómeno de reconocimiento, por lo cual las relaciones del mismo con el proceso social de su producción siempre es histórico, advirtiendo además que siempre existe la posibilidad de múltiples y diferentes lecturas del aquel,

---

<sup>8</sup> Se habla de *marcas* cuando la relación entre las propiedades significantes y sus condiciones productivas no está especificada; en cambio, se habla de *huellas* cuando la relación queda claramente establecida.

de que lo que se desprende que producción y recepción serán siempre asimétricos. En ese marco, se entiende entonces que

“Es en la articulación entre diferentes niveles de reconocimiento donde podemos vislumbrar la transversalización que las específicas maneras de construir el mundo por parte del discurso de la prensa operan sobre los imaginarios sociales” (Biselli et al, 2002: s/d).

En *El análisis del “contrato de lectura”. Un nuevo método para los estudios del posicionamiento de los soportes de los media*, reflexionado sobre la lectura como actividad significativa, Verón ya advertía que era necesario superar la indiferenciación entre locutor y alocutario y el privilegio otorgado a la palabra sobre la escritura por parte de la lingüística; así como también el desinterés de la semiótica por los procesos y los sujetos receptores/lectores, señalando que,

“En tanto que los soportes y los lectores sean conocidos como dos realidades separadas, este problema no puede ser abordado de un modo satisfactorio; hay que comprender su relación, y ésta no es otra cosa que la lectura, esa práctica social que hasta ahora, se ha mantenido invisible” (Verón, 1985: s/d).

Esta relación entre un soporte y su lectura -el discurso y sus lectores- se establece a partir de un “contrato de lectura” propuesto por el medio y cuya posibilidad de éxito, particularmente en la prensa escrita, se garantiza con una articulación adecuada del mismo con las expectativas del imaginario de lo “decible visual”; con una evolución paralela a la de la sociedad de lectores y a la capacidad de introducir, de ser necesario, cambios pertinentes y concurrentes a la construcción de lazos de lectura perdurables. Recurriendo a la “teoría de la enunciación” desarrollada por Emile Benveniste<sup>9</sup>, el autor

---

<sup>9</sup> Verón (2008:218) explica su interés por la misma señalando que: “En la actualización de la lengua el sujeto hablante no sólo construye un mundo (orden del enunciado), sino que se construye también a sí mismo y a su interlocutor o interlocutores (orden de la enunciación), a través de las operaciones de selección y combinación. La teoría de la enunciación nace de la tradición saussuriana, pero implica una suerte de “ruptura epistemológica” dentro de esa tradición, y al poner en evidencia la necesidad de una concepción operatoria de la producción de signos, facilita el acercamiento con la visión peirciana”.

explica cuales son los mecanismos y en qué nivel de funcionamiento del discurso de un soporte de prensa se construye el contrato de lectura. Los dos niveles del discurso lo constituyen el enunciado (contenido) y la enunciación (cómo se dice) y así,

“Por el funcionamiento de la enunciación, un discurso construye una cierta imagen de aquel que habla (el enunciador), una cierta imagen de aquél a quien se habla (el destinatario) y en consecuencia, un nexo entre estos «lugares»” (Ibídem, 1985: s/d).

Advierte además que un mismo enunciado puede ser atravesado por estructuras enunciativas diferentes, creando diversos efectos de sentido. En la prensa el conjunto de estas estructuras configura el contrato de lectura propuesto. Por otra parte recomienda no aplicar el análisis de contenido para el estudio del contrato de lectura, sino a partir de una descripción del plano de la enunciación, que involucra todos los elementos del funcionamiento del discurso, incluida la imagen. De ese modo es posible detectar que soportes aparentemente semejantes en cuanto a los contenidos, resultan sustancialmente diferentes en cuanto al contrato de lectura, pudiendo establecer así la especificidad de cada uno. Para comprender la construcción de un soporte de prensa es necesario tener en cuenta todos los elementos que este involucra: coberturas, vínculos entre texto e imagen, dispositivos de "apelación" (títulos, subtítulo, copetes, etc.), orientación de la lectura, compaginación, etc., que definen la relación con el lector (Verón, 1985: s/d).

Respecto del análisis de las imágenes, ya en 1978 en *Estudios semiológicos (La lectura de la imagen)* Louis Marin manifestaba sus preocupaciones tendientes a dilucidar si el término lectura que se utiliza para los textos es aplicable a la imagen. En tal sentido asevera que textos e imágenes son irreductibles entre sí, pueden superponerse, relacionarse, tensionarse, etc., pero nunca confundirse, ya que cada registro presenta una lógica propia de producción de sentido.

Sabido es ya el tiempo transcurrido para que los historiadores aceptaran colocar a la imagen en un estatuto similar al de los documentos tradicionales. En buena medida este reconocimiento se producirá hacia la década de '90, con la emergencia de lo que W. J. Thomas Mitchell denominara en 1994 el "giro pictorial", para designar una serie de cambios que operan en la cultura vinculados a la primacía de la imagen y que se convertiría en un concepto central para la construcción del emergente campo de los estudios visuales.<sup>10</sup>

Vinculados a los Estudios Culturales, los estudios de cultura visual comparten su enfoque interdisciplinario y han ampliado el horizonte de la Historia del Arte para incluir otras manifestaciones como el cómic, el graffiti, el net.art o la publicidad, sin dejar de reconocer reflexiones anteriores producidas por otros intelectuales como el mencionado Marin o Hubert Damish en la construcción de una historia del arte estructuralista y el tratamiento sobre la "representación"; así como los desarrollos sobre la connotación realizados por R. Barthes; o los avances relevados en autores como Svetlana Alpers, Michael Baxandall, T.J. Clark y Michael Fried, entre otros quienes se han desplazado de la ortodoxia académica para intentar abordajes novedosos sobre el estudio de la imagen.

En *Picture theory*, W.J.T. Mitchell (2009) advierte la ausencia de una teoría sobre las imágenes y se pregunta si su existencia está condicionada por la problematicidad propia de las imágenes; pero al mismo tiempo reconoce que la teoría en sí también presenta dificultades ya que podría entenderse como un modo de control de lo visual desde el discurso. Considerando necesario dejar de lado esta idea propone pensar cómo las imágenes se representan a sí mismas, acuñando la figura dialéctica de la "imagentexto"<sup>11</sup> con el objeto

---

<sup>10</sup> Ese mismo año, Gottfried Boehm, catedrático alemán de historia del arte en Basilea, utiliza la expresión "giro icónico" en "Die Wiederkehr der Bilder", en *Was ist ein Bild?*, lo que indicaba el reconocimiento simultáneo de una misma problemática en dos contextos diferentes y sin conexión aparente. Varas A. M. (ed.) (2011) *Filosofía de la imagen*, Universidad de Salamanca.

<sup>11</sup> Otros autores han acuñado nociones similares considerando que "muchas formas de comunicación son mixtas o híbridas en el sentido de que se emplean dos o más medios", es

de reemplazar el binarismo presente en la relación entre representaciones visuales y discursivas. Su propósito es demostrar que teoría y práctica son inescindibles, que la teoría se manifiesta en tanto representación y de ese modo,

“La fuerza de la imagentexto es la de revelar la heterogeneidad inevitable de las representaciones, la de mostrar que el cuerpo que otorgamos a la teoría es un conjunto de prótesis y suplementos artificiales, o una forma natural u orgánica” (Mitchell, 2009: 360).

Sin producir una teoría de la imagen, sino tratando de “figurar” la teoría, pone el acento en la idea de que lo visual o lo textual no existen en estado puro, sino que se encuentran en distintos medios en una permanente interacción, a la que considera constitutiva de la representación; así, todos los medios resultan mixtos y todas las representaciones heterogéneas.

Como Mitchell, el historiador del arte Georges Didi-Huberman, ha vuelto a poner en escena la iconología, pero remontándose a la obra de Aby Warburg, quien junto a sus seguidores, lograron instalar “la *imagen* en el centro de su práctica histórica y de su teoría de la historicidad; (y) han deducido una concepción del *tiempo* animada por la noción operatoria de anacronismo” (Didi-Huberman, 2005: 72).

Aquellas experiencias pusieron en crisis la historia del arte winkelmaniana, adoptando un modelo cultural de la historia, en el que “la imagen constituía un “fenómeno antropológico total”, una cristalización particularmente significativa de lo que es una cultura en un tiempo dado, y en el cual la cronología es reemplazada por una construcción a partir de las obsesiones, las “supervivencias” de formas y figuras que reaparecen como síntomas. Frente a una iconología que sólo busca signos en las imágenes Didi-Huberman opone entonces la idea de “imagen como gesto”, donde el

---

el caso por ejemplo de Peter Wagner que utiliza el término “iconotexto”. Walter y Chaplin (2002) *Una introducción a la cultura visual*, Barcelona: Octaedro.

concepto de síntoma adquiere relevancia ya que en tanto concepto semiótico se refiere al significado.<sup>12</sup>

El reconocimiento de la noción de “síntoma”, entendido a la vez como apertura repentina y como aparición de una latencia o una supervivencia revela una doble paradoja, a la vez visual y temporal. Mientras que la paradoja temporal remite al anacronismo, la visual es la que entiende sobre la aparición de la “imagen-síntoma”<sup>13</sup>, que irrumpe obstruyendo el curso normal de la representación, al mismo tiempo que podría ser pensada desde un “inconsciente de la representación”.<sup>14</sup>

Asimismo siguiendo a Benjamin y Warburg retoma la estrategia del “montaje”, en búsqueda de una nueva ordenación en donde el sentido que se instituye a partir de la “dislocación temporal” de los elementos y de la relación crítica entre la imagen y la palabra, permita evitar de la recurrencia a los estereotipos, para construir una “arqueología de la modernidad”. Esta mirada del hecho histórico produce, dice Huberman, un malestar en el método histórico, fundamentalmente en relación con el problema de la distancia entre el historiador y su objeto de estudio, señalando que una “toda cuestión de método se vuelve quizás una cuestión de *tempo*” y cuya resolución consiste en “abrir” el método, puesto que el primer objetivo del trabajo teórico es “poner en dudas las evidencias del método cuando se multiplican las excepciones, los síntomas, los casos que deberían ser ilegítimos y que, sin embargo, demuestran ser fecundos” (Ibídem, 2005: 47). De tal modo es posible dejar de lado las prácticas canónicas de la historia, que pretenden una concordancia de los tiempos, para examinar la imagen en su condición activa, bajo el ángulo de *su* memoria que condensa tiempos heterogéneos.

---

<sup>12</sup> Ver: “Un conocimiento por el montaje”, entrevista realizada por P. Romero a Didi-Huberman en el marco la edición 2007, dirigida por este último, del curso de arte contemporáneo bajo el título “*Cuando las imágenes tocan lo real*”, en el Centro de Bellas Artes de Madrid publicado en *Revista Minerva* N° 5, en <http://www.revistaminerva.com>. Captura: 19/07/2014.

<sup>13</sup> Refiere a la idea de *imagen-tiempo* de Deleuze en doble referencia al montaje y al movimiento aberrante, que para Didi Huberman es el síntoma.

<sup>14</sup> Reconociendo la influencia de autores como Foucault, Freud y Lacan, lo que le permite una interpretación de las imágenes con herramientas del psicoanálisis, aclara sin embargo que aborda el trabajo con el síntoma desde un paradigma *crítico*, no *clínico*.

No obstante la productividad de las consideraciones expuestas, dada la heterogeneidad de los objetos visuales que se analizan en esta tesis - fotografías de prensa, dibujos, planos, postales, etc.-, será necesario recurrir a los instrumentos de análisis pertinentes a cada caso. Estas representaciones de los fenómenos urbanos construyen una visión del mundo a partir de los recortes y remisiones que producen, a la mediación de los dispositivos que cada género pone en juego, y a las familias discursivas que se asocian constituyendo genealogías que atraviesan el contexto espacio temporal. En consecuencia, en el tratamiento de las imágenes es necesario poner especial atención, tanto en la observación de la superficie de la misma y su configuración -recursos argumentativos implícitos o explícitos y tematizaciones- (análisis en sincronía), como en el estudio de las variaciones que se manifiestan en el tiempo tendiendo a circunscribir los comportamientos, las restricciones, en los modos de visibilidad de cada época (análisis en diacronía).

Con mayor o menor grado, los documentos visuales implican una modalidad de despliegue que podría tentativamente asimilarse, por un lado, a lo que se denomina "traza", donde las posibilidades de interpretación se manifiestan si se tiene el saber que permite adjudicarle el sentido (Cfr. con Schaeffer, 1987) y, al mismo tiempo, considerar cada pieza como la "enunciación" de ciertas marcas de subjetividad que emergen del experto que la construye deslizando su propia carga ideológica y saberes incorporados en su disciplina, posicionándose frente al grupo que lo convoca y al contexto de la época.

No es posible entonces considerarlos en sí mismos una unidad de sentido como totalidad orgánica, sino en su puesta en obra dentro de la serie; la cual, más que la secuencia lineal de la transformación de la ciudad, informa sobre un entramado de ideas sobre la misma considerado plausible. Tampoco es posible dar por sentado la existencia de un protocolo de verdad en estos documentos, ni aun en los que se presentan como tales, ya que la distancia entre lo real y lo aparente, entre lo planeado y lo realmente concretado no siempre es del todo apreciable. Como señala Marta Penhos

mientras que algunas imágenes se reconocen como portadoras de conocimiento, otras “poseen una opacidad respecto de lo que representan, que habilita a identificar en ellas las tensiones entre verdad y verosimilitud, entre objetividad e invención, en definitiva entre plasmación fiel de la realidad e intervención de la subjetividad” (Penhos, 2012: s/d).

En resumen, en términos metodológicos debe considerarse el encuadre teórico previo en tanto contexto verificativo, es decir como “el ámbito donde nuestro problema es tal y donde podrá ser considerado probable y verosímil” (Mancuso, 1999: 85). Trabajando con técnicas de análisis y crítica cualitativas, o sea aquellas que no pretenden “medir” en la construcción de los datos; el procedimiento supone, en primer lugar, la exploración documental del archivo, la organización de la información, y finalmente el análisis interpretativo, de modo de trascender el plano de recolección de la información primaria desde una lectura orientada por las preguntas iniciales a fin de superar el mero nivel de la descripción. Como señala Aróstegui,

“La característica de la investigación historiográfica es, en lo esencial, la de que *no puede construir sus documentos*. Aunque ello no debe confundirse con el hecho de que el historiador no construya sus fuentes. La fuente es una elección del historiador sobre los documentos existentes en los que organiza y selecciona la información que le interesa” (Aróstegui, 1995: 364).

En tanto nuestro estudio se enfoca en las representaciones, y las mismas no son en sí hechos observables sino inferibles, la investigación se desarrollara desde el tipo de método abductivo, crítico y experimental (esto último en el sentido planteado por Alicia Ríos para el abordaje metodológico en los estudios culturales). Esto implicará la problematización o reformulación de los conocimientos acumulados, teniendo en cuenta, que el espesor sociocultural de la investigación, se activa “como producto de un delicado equilibrio entre conservación y renovación, alienación y desalienación, interés y teoría, o (...) entre *pertinencia y práctica*” (Mancuso, 1999: 126).



### **I.3. Objetivos e hipótesis**

#### **Hipótesis:**

Aceptando que las representaciones colectivas instituyen la sociedad, es posible conjeturar que los discursos sobre la ciudad producidos o reproducidos en la prensa periódica rosarina se tradujeron en figuras que construyeron una imagen de ciudad, promoviendo debates y alentando acciones concretas, los que en conjunto colaboraron a la constitución de imaginarios sociales tendientes a la consolidación de una comunidad de intereses.

#### **Objetivos**

##### **Objetivos generales:**

- Abordar un estudio histórico crítico de la ciudad que considere el estudio de las representaciones urbanas contenidas en los discursos que sobre la misma produjeron los “hombres públicos”, publicistas o intelectuales, en la prensa periódica rosarina (1852-1910).
- Explorar las modalidades de las representaciones, sus dispositivos de funcionamiento y materialización.
- Identificar en los mismos las estrategias de legitimación y de construcción de múltiples sentidos.
- Articular las condiciones de producción simbólicas y materiales de las prácticas sociales y las constituciones imaginarias sociales.

##### **Objetivos específicos:**

- Recopilar, identificar y sistematizar los discursos textuales e icónicos, referidos a la ciudad, divulgados en distintos medios rosarinos.
- Realizar una lectura crítica de los mismos, apuntando a develar tanto lo que se dice como lo que se oculta, la temática abordada y los modelos a los que se hace referencia explícita o implícita.
- Detectar los autores principales, su lugar de enunciación y sus estrategias de argumentación o refutación.

- Observar los recursos formales utilizados en imágenes y textos y su variación en relación a la modernización de las técnicas de impresión y de las prácticas de expresión.
- Establecer series posibles que permitan poner en relación y contrastar los discursos periodísticos sobre la ciudad con otros provenientes de otros campos.
- Indagar, en la medida de lo posible, los modos de circulación y múltiples posibilidades de recepción (apropiación, desviación, resistencia).

#### **I.4. Estado de la cuestión**

Respecto del objeto de estudio de esta tesis varios autores han señalado la necesidad de profundizar en la historia de los medios. Entre ellos Robert Darnton advierte que “los sistemas de comunicación tienen una historia si bien los historiadores rara vez la han estudiado” (Darnton, 2010: 16), al tiempo que destaca que en particular el estudio del periódico, inscripto en el marco de la historia del libro, podría convertirse en una rama del conocimiento con entidad académica propia.

En *Historia de los intelectuales en América Latina*, Carlos Altamirano hace notar la ausencia de una historia de los intelectuales en el continente, que contemple su posición en el campo y las relaciones que los mismos establecieron con otros actores, asociaciones e instituciones, para lo que propone emprender estudios interdisciplinarios que integren la historia de las ideas, de la literatura, de la política, así como “otros campos de conocimiento menos obvios, aunque no por eso menos importantes, como la historia de la prensa y de la edición” (Altamirano: 2008, 23).

En un registro similar Julio Ramos (1989) ha expresado que los historiadores de temas latinoamericanos de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, no han reparado en el papel que les cupo a los medios de comunicación en los procesos de modernización social del período, y al periódico decimonónico en particular como indiscutible dispositivo pedagógico modelador de ciudadanía, concurrente a la construcción de un “campo de identidad” constitutivo a la idea de nación.

En la ciudad de los letrados, en tanto los discursos sobre la racionalidad ilustrada –que pretendían afirmar la imagen civilizatoria frente a la barbarie– se legitimaron a través del periódico, el mismo es susceptible de ser entendido como “el lugar donde se formaliza la polis, la vida pública en vías de racionalización” (Ramos, 1989: 93). A partir de las modificaciones que la modernidad conlleva tanto en la ciudad como en la relación entre el periódico y la vida pública, el mismo se constituye en “condición de la

«unidad» de la nueva ciudad”, la hace comprensible como un todo al articular sus fragmentos. Y en ese proceso, por su propia organización del lenguaje, el periódico “queda atravesado por una lógica de sentido que también sobredetermina la disposición del espacio urbano” (Ibídem, 1989: 124).

Para la construcción de la historia de Rosario los periódicos han sido una fuente insustituible, tanto para Gabriel Carrasco o Juan Álvarez, como para los historiadores reunidos en la Sociedad de Historia de Rosario, todos han recuperado de las páginas de la prensa los datos necesarios para sus investigaciones, pero sin problematizar el discurso periodístico en cuanto a su condición de productor de direcciones de sentido.

Desde hace ya unas décadas la revisión de esas construcciones historiográficas, así como la incorporación de nuevos temas y enfoques ha dado lugar a nuevas producciones, en muchas de las cuales el periódico es interpelado como un actor importante en la generación de discursos significativos tanto para el estudio de la ciudad en sus diferentes dimensiones, como para la construcción de un público lector.

En *Imaginarios y prácticas de un orden burgués, Rosario 1850-1930* (2005) se reúnen algunas de estas experiencias vinculadas al análisis de relatos de viajeros, conflictos sociales o espacios de sociabilidad. En el artículo “*De la opinión publicada a la opinión pública*” Bonaudo haciendo eje en el campo discursivo de lo político, considera el lugar de los “enunciadores” y las estrategias utilizadas por distintos periódicos rosarinos. Analizando el surgimiento de las publicaciones de las primeras décadas da cuenta de cómo las mismas obedecen casi exclusivamente a una lógica facciosa, expresando una “opinión publicada”, la opinión de los “hombres públicos”. En la medida en que se va conformando un espacio de opinión, aquellos interpelarán a públicos diferentes, por un lado a otros hombres públicos considerados pares, mientras que al “público/pueblo”, sujeto pasivo, “se lo

interpela desde arriba, desde una perspectiva tutelar” (Bonaudo, 2005: 77).  
Aun así, advierte que,

“Si bien esa prensa no posee ni la capacidad crítica ni la independencia que requeriría para ser caracterizada como *moderna*, la complejidad de los desafíos que empresas y periodistas deben afrontar, los empuja a redefinir sus perspectivas y a jugar un importante rol en ese proceso de construcción hegemónica, colaborando en su devenir en la configuración, desestructuración y reconstitución de identidades sociales y sus posiciones relativas al poder” (Ibídem, 2005: 71).

En ese contexto histórico, la influencia del periódico no se restringe al limitado número de compradores, tanto porque funcionaron como un “espacio de discusión política”, como porque la consecuente discusión trascendía el espacio privado para dar lugar a la lectura “en voz alta” en cafés y pulperías (Cfr. con Sábato: 2008). Asimismo algunos periódicos, además de las cuestiones políticas, abordan temas de interés para los pobladores como el comercio, la navegación, el trazado ferroviario, la inmigración, la colonización, etc., de lo que dan cuenta los propios nombres de algunos de los diarios.

En el mismo sentido, Alicia Megías argumenta que tempranamente se va definiendo la formación de una opinión pública local, sostenida tanto por la diversificación de la información publicada que facilitaba la organización social en aspectos diversos; como fundamentalmente por la participación de los ciudadanos rosarinos que manifestaban sus opiniones en la prensa, de modo que “los vecinos dispusieron de un medio a través del cual comunicar asuntos de interés general, públicos y privados”; y el periódico se constituyó en “vehículo y vínculo en las relaciones públicas y privadas de los habitantes de la ciudad” (Megías, 1997: 20).

Por otro lado en los últimos años también la ciudad se presenta como objeto de estudio convocante desde varias disciplinas. Señalamos, entre muchas otras, las investigaciones reunidas en *Los desafíos de la modernización:*

*Rosario, 1890-1930* (2010), que revisando la instalada imagen de la ciudad “cosmopolita y laboriosa” construye una cartografía urbana diferente, alrededor de problemáticas como la expresión de los conflictos sociales y políticos en el espacio público (Megías), la delimitación de áreas prostibularias en una “geografía del placer permitido” (Múgica), la definición de un “espacio católico” en el s. XX (Martín), la mirada a la ciudad a través de la obra de Carlos Surínguez Acha (Prieto), a las que se suma un artículo de Mario Gluck con relación a los mitos fundacionales de la ciudad, que anticipa la tesis de su libro *La nación imaginada desde una ciudad: las ideas políticas de Juan Álvarez 1898-1954* (2015).

En *Las batallas por la identidad: Visiones de Rosario* (2014), estos autores complejizan las temáticas anteriores alrededor de la cuestión de la identidad, en el momento en que entran en crisis las construcciones tempranas que instituyeron a Rosario como una ciudad “laboriosa, progresista, cosmopolita y genuinamente liberal”. Megías explora críticamente en “Forjadores de quimeras en el siglo XIX” la construcción de esos primeros imaginarios en los textos de viajeros, litografías de la época, las fotografías del *Álbum de Recuerdos* de G. Alfeld y notas periodísticas, desde el reconocimiento de la condición efímera y cambiante de las representaciones en el marco de un proceso acelerado de modernización capitalista de la ciudad. Los artículos que completan el libro van a poner en cuestionamiento el “mito de la ciudad laica” y las relaciones entre iglesia y política en la segunda década del s. XX (Prieto); la narración del puerto como “marca de identidad” alrededor de la creación del Museo Histórico Provincial (Montini) y a visibilizar problemáticas como la prostitución poco asumidas por las historias oficiales (Múgica).

En ambas publicaciones la apelación a representaciones provenientes de periódicos, revistas, fotografías o la novela rosarina, es un recurso recurrente, constituyéndose en articuladoras de los distintos temas, abriendo nuevas perspectivas a la historia rosarina.

Desde la historia de la arquitectura el texto de Bibiana Cicutti *Registros urbanos de una modernidad periférica* (2007), inscripto en los presupuestos epistemológicos de los Estudios Culturales, constituyó un punto de inflexión en las aproximaciones a lo urbano en Rosario. El mismo indaga sobre la “periférica” modernidad rosarina centrándose en las representaciones y transformaciones materiales en el frente fluvial entre 1920 y 1940, desde la convicción que los dispositivos vinculados a la producción o a los servicios o al ocio, efectivamente construidos en ese borde de la ciudad “generan a su vez construcciones imaginarias que en su interacción, conforman el modo en que la ciudad, como objeto cultural, produce significaciones que afectan no solo a la cultura, sino a su propia materialidad” (Cicutti, 2007: 25). Así, reconstruye la historia del mismo a partir de una selección cuidadosa de representaciones fundamentalmente visuales: la cartografía, los vitrales del edificio del diario *La Capital*, el mural de Alfredo Guido para la Exposición Americana de Sevilla y las percepciones de la relación ciudad-río en la obra de Julio Vanzo y de S. Minturn Zerba, produciendo novedosas reflexiones a partir de diferentes objetos culturales asociados a esta “zona de umbrales” y a las particulares relaciones entre naturaleza y artificio que en ella se establecen.

Asimismo el interés por el tema se fundamenta en nuestras propias investigaciones y exploraciones teóricas<sup>15</sup>, que estuvieron orientadas a la comprensión del proceso de construcción del espacio urbano de la ciudad de Rosario. Enmarcados en la historia cultural estos estudios se centraron en el análisis de los planos de la ciudad en tanto discursos icónicos que se manifiestan en el tiempo tendiendo a circunscribir los comportamientos, las restricciones, los modos de visibilidad de cada época. La puesta en serie de

---

<sup>15</sup> Particularmente, los Proyectos de Investigación acreditados por UNR, Directora B. Cicutti, Co-directora. B. Ponzini: “Representaciones y transformaciones del territorio en los planos de Rosario (1935-1968)”, 2011-15; “La cartografía como género discursivo: Representaciones y transformaciones de la ciudad en los planos de Rosario (1852-1935)” 2006-09 y “El imaginario de la modernidad en la construcción del espacio metropolitano. Rosario 1900-1950” 2003-05.

las piezas cartográficas y su articulación en una trama más amplia -que incluyó instituciones, protagonistas, documentos históricos, producción literaria, etc.-, develó la necesidad de emprender un estudio más sistemático respecto a la participación de los textos periodísticos en la construcción del imaginario urbano.

Los autores y los trabajos expuestos habilitan a pensar el rol del periódico, para el caso Rosario en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, en la conformación de una necesaria comunidad de intereses, en la construcción de solidaridades particulares, en la difusión de imaginarios de una ciudad deseada, así como para indagar particularmente en qué medida las representaciones urbanas, entendidas en términos de Castoriadis como “significaciones imaginarias sociales”, contribuyeron a esta empresa.



## I.5. Rosario 1852-1910: prensa y ciudad

En “Los intelectuales latinoamericanos desde la colonia hasta el inicio del siglo XX” Jorge Myers (2008) propone una genealogía de los distintos tipos de intelectuales<sup>16</sup> latinoamericanos desde la colonia hasta las primeras décadas del s. XX, vinculados a tres momentos históricos particulares. El primero, durante los primeros siglos de dominación colonial en los cuales los principales actores intelectuales fueron los miembros los órdenes más letradas del clero católico; un segundo que se inicia con el incremento de instituciones culturales llevada adelante especialmente por la corona española, tales como universidades e imprentas, continuándose en el siglo XVII con el carácter más secular de los letrados barrocos que se expresan en los primeros periódicos. Pero, señala que, el cambio más significativo ocurrirá a mediados del siglo XVIII con la difusión del discurso ilustrado llevado adelante por letrados laicos, funcionarios de la corona, juristas y abogados, jesuitas expulsados y los “sabios” de las ciencias, que dieron lugar, por ejemplo en México, a la creación temprana de jardines botánicos, zoológicos, observatorios de astronomía, etc.

Estas circunstancias se establecen como condición de posibilidad para la aparición a fines del siglo XVIII de dos nuevas figuras, el “letrado patriota” y el “publicista ilustrado”, actores complejos por el momento histórico en el que se inscriben. Con la caída del imperio y en el contexto revolucionario estos intelectuales verán desplazarse su lugar de enunciación en las sociedades americana a raíz del cambio de contexto, que además transformará la

---

<sup>16</sup> Utilizamos el término “intelectual” conscientes de las dificultades que implica su definición. Numerosos autores como R. Williams, E. Said, P. Bourdieu y C. Altamirano, han expuesto la complejidad de dicha empresa. Entre otras cuestiones, resultan particularmente atinente a nuestros fines las reflexiones de R. Williams quien, en *Sociología de la cultura*, señala que la noción “(...) es de hecho una formación histórica muy específica, que no puede tomarse como exclusivamente representativa de la organización social de productores culturales. Excluye, por un lado, a los numerosos tipos de artistas, intérpretes y productores culturales que no pueden ser definidos como intelectuales, pero que contribuyen de forma evidente a la cultura general. Excluye por otro lado, a los numerosos tipos de trabajadores intelectuales que están directamente instalados en las instituciones políticas, económicas, sociales y religiosas fundamentales –funcionarios públicos, expertos en finanzas, sacerdotes, abogados, doctores- y que están claramente implicados por este hecho, no sólo en sus prácticas directas, sino también en la producción y reproducción del orden social y cultural general” (Williams, 1994: 201).

composición del grupo letrado, en el cual los especialistas en derecho tendrán un lugar central en relación a la formación de los nuevos estados, junto al “periodista político”. Si bien los diaristas de la primera mitad del siglo XIX provenían de otras profesiones, “hubo una tendencia marcada a la configuración de un campo autónomo o semiautónomo de la prensa” que les abrirá el camino a su caracterización como “hombres públicos”, con posiciones críticas que se difunden a través del periódico, lo que supone un público pequeño pero creciente; “lectores cuya opinión era reputada como políticamente importante” (Cfr. con Myers, 2008: 36/37).

Es en este último momento en el que puede inscribirse la producción periodística rosarina, reconociendo las particularidades que la ciudad de Rosario presenta dada su situación de marginalidad colonial, como su condición periférica en relación a los centros de poder durante el siglo XIX. Desde fines de la década de 1850 y prácticamente hasta fines de siglo, en Rosario, la práctica escrituraria se centrará en la ambigua figura del publicista, inscripta en el marco de “la confusión de esferas” que caracterizó el proceso de modernización social en el siglo XIX. En este momento, el de la prensa política o facciosa, la acción periodística es concebida como instrumento de intervención práctica sobre el cuerpo social y así “el ámbito público se convierte de este modo, de un foro para el debate de ideas, en una suerte de intervención para la definición de las identidades subjetivas colectivas” (Palti, 2008: 236/239).

El inicio de la historia de los medios de comunicación puede fecharse en Rosario cuando en 1854, poco después de su declaratoria de ciudad, aparece *La Confederación*, “periódico político, literario y comercial”, dirigido por Federico de la Barra, en evidente apoyo al gobierno de Urquiza. A partir de aquí se releva una prolífica producción periodística, aunque con escasa tirada y efímera existencia producto de la inestabilidad política así como de cuestiones económicas. Se suceden, entre los más tempranos, *El Comercio* fundado por Eudoro Carrasco y Bernardo de Irigoyen en 1856, *El Comercio del Rosario* de Evaristo Carriego en 1859, *El Progreso* editado por Juan

Francisco Monguillot en 1860, *La Nueva Era* de Damaso Centeno y *El Eco Comercial* en 1861, *El Ferro-Carril* de Guillermo Perkins -antes *La Patria*, de Belisario Saravia-, y *The Argentine Citizen* en 1863 y 1865 -subvencionados por Mitre- y *El cosmopolita* en 1864; hasta que en 1867 Eudoro Carrasco y Ovidio Lagos fundan el diario *La Capital* el único que continua hasta la actualidad. En las próximas décadas harán su aparición *La Opinión Nacional* y el semanario dominical *La Cabrionera* en 1871, *El Sol* de Eudoro Carrasco en 1877 y en 1882 *El Mensajero* de Felipe y Eduardo Moré, en 1886 *La Época* de David Peña y Vicente Arteaga, y en 1887 *El Telégrafo* de Juan Alberto Ross junto a *El Municipio* de Deolindo Muñoz, que continuará hasta fines de la década de 1910, entre algunos otros.

Prácticamente todos los primeros publicistas eran foráneos, de la Barra, Carrasco, Lagos y Monguillot venían de Buenos Aires, Carriego de Paraná, Perkins era canadiense. Si bien algunos de ellos eran personajes “ilustrados”, como Bernardo de Irigoyen, Carriego y Monguillot abogados de profesión; el resto, con escasa educación formal, en el mejor de los casos había iniciado su experiencia como tipógrafos o encuadernadores, tal el caso de Lagos en la imprenta de Pedro De Angelis en Buenos Aires. Aún así, el trabajo en la prensa los convertirá en respetados referentes de la sociedad rosarina, en cuya autoridad se confía la defensa de los intereses locales.

En función de estas particulares condiciones y su vinculación a proyectos de facción o al respaldo de iniciativas de las que algunos de sus nombres dan plena cuenta -*El Ferro-Carril*, *La Capital*- no puede dejarse de lado un estudio contextualizado de sus producciones, así como el reconocimiento de los “recursos simbólicos y los sistemas conceptuales disponibles” en este momento histórico (Myers, 2008: 31).

Hacia fines del período propuesto muchas de estas publicaciones habían desaparecido –con excepción de *La Capital*, *El Municipio* y *El Mensajero*-, y se habían ido incorporado otras, entre las que se destacan, en 1898 *La República* que continuaría hasta entrada la década del 40, en 1903 *El*

*Comercio*, dos años después, *El Mercantil* y en 1914 *Crónica*. A ellas se sumarán las páginas socialistas, anarquistas y sindicalistas que dan cuenta de los conflictos de una sociedad en permanente ebullición, así como las hojas que las colectividades imprimirán en su propia lengua, ampliando el espacio de discusión pública.

La diversificación del grupo intelectual, las modificaciones políticas y sociales, entre las que la educación tiene un lugar prominente, la lenta aparición de un espacio editorial y de lugares de sociabilidad por fuera del Estado y la Iglesia, generaran aproximadamente por estos años las condiciones propicias para el inicio de un proceso de que tiende a la autonomización del “campo”.<sup>17</sup> En ese marco se asiste a una cierta profesionalización del trabajo periodístico (de la cual las corresponsalías constituyen un antecedente desde la década del 80), la incorporación de nuevos temas y géneros; así como adelantos tecnológicos en la impresión, modernización de los formatos, la tipografía y la gráfica en un nuevo contexto de existencia de un público lector ampliado, tanto en número como en índice de alfabetización, y de una financiación asegurada por los avisos publicitarios, como condición de posibilidad de la existencia del periódico como empresa moderna.

No muy diferente es la situación respecto de los actores que ocupan de las transformaciones urbanas. Si bien para la década de 1850 ya se registra la presencia en escaso número de algunos maestros mayores, arquitectos, ingenieros y agrimensores, con la conocida confusión respecto a sus

---

<sup>17</sup> La noción refiere a la concepción de campo intelectual desarrollada por P. Bourdieu (2003), quien lo define como un espacio relativamente autónomo del campo social que está compuesto por un sistema de líneas de fuerza que se unen o se rechazan, esto es un sistema de relaciones entre agentes, obras e instituciones, que definen su estructura específica en un momento histórico dado. A su vez cada uno de ellos está determinado por la posición que ocupa en dicha estructura, de acuerdo al capital particular (cultural, simbólico, social y/o económico) que detentan, lo que conlleva a que las relaciones que se establecen entre los agentes están siempre sujetas a la lógica de la competencia por la legitimidad cultural. El capital refiere a los recursos que cada agente pone en juego dentro del campo de modo tal que éste también opera como mercado de bienes materiales o simbólicos. Por ello este campo puede entenderse como un campo de lucha, lo que indefectiblemente desata la aparición de estrategias de *conservación, resistencia y subversión*.

conocimientos, los alcances e incluso la legalidad de los títulos exhibidos; las primeras intervenciones refieren a operaciones puntuales, aisladas de un plan general de organización de una ciudad que se extendía día a día. En la mayoría de los casos las propuestas de mejoras provendrán en cambio de los propios vecinos, desde su condición de miembros del gobierno comunal, de comerciantes convertidos en miembros prominentes de la sociedad y fundamentalmente de aquellos primeros “productores culturales” que proveerán los discursos que alienten el debate sobre lo que la ciudad debía ser.

Hacia fines de siglo las “incumbencias” se van clarificando, mientras los arquitectos se ocupan de la “edilicia urbana”, ingenieros y agrimensores dirigen las reparticiones municipales ya consolidadas, en las cuales, desde la última década del siglo XIX, la práctica cartográfica, en una cuantificación en clave positivista e higienista del desarrollo urbano, expresará en los planos oficiales toda la complejidad de una ciudad que crece y se moderniza rápidamente, alcanzado en 1910 los 192.278 habitantes. En el nuevo siglo se advierte además una nueva preocupación por consultar a “especialistas”, como Thays o Bouvard, sin que por ello algunos rosarinos “progresistas” continúen presentando proyectos de intervención urbana a la altura de las grandes capitales.

En conjunto, todos estos actores, contribuirán a la construcción de una red de representaciones colectivas en sus dimensiones simbólicas, políticas y urbanas, en la que los discursos se advierten más radicales que las prácticas materiales sobre la ciudad. Sin embargo en el marco de la lógica propia de la ciudad americana inscripta en procesos de modernización desigual, la producción y reproducción de estas manifestaciones culturales, no exentas de conflictos, contradicciones, marchas y contramarchas, resultaron altamente significativas en la constitución de imaginarios sociales cohesionadores y en la construcción colectiva, múltiple y móvil del proceso de configuración identitaria de la ciudad.

## **CAPITULO II. Imaginarios y representaciones en la constitución de una “comunidad de intereses”**

Aún hoy recurrentemente, cuando se trata de caracterizar la ciudad de Rosario, tanto en los medios de comunicación como en celebraciones oficiales o discursos políticos, se apela a la expresión “hija de su propio esfuerzo”. La misma se ha convertido en un lugar común, que condensa -al mismo tiempo que simplifica- la historia de la ciudad. En el momento de su invención y puesta en circulación, esta construcción discursiva, como otras que se tratan en este capítulo, contribuyeron a alimentar el imaginario colectivo, representaciones eficaces que elaboraron y reelaboraron la tradición y los mitos del origen como elementos de cohesión de la comunidad y de construcción de la identidad.

Como se ha anticipado, varios autores han indagado acerca de la presencia de algunas ideas fundacionales en las crónicas de viajeros de mediados de siglo, así como en algunos periódicos y en los escasos escritos científicos o literarios relevados en la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, resulta necesario volver a convocar estas fuentes a fin de revisar, sistemáticamente, qué papel ocuparon los diaristas de entonces, quienes, con distintas estrategias, pero en todos los casos con la convicción de un futuro de progreso extraordinario, configuraron modelos de lo que la ciudad debía ser. Desde sus tribunas de papel, los mismos fueron obteniendo un prestigio que los habilitó a expresarse sobre todos los temas de interés para Rosario: tanto el lugar que debía ocupar en la naciente nación, como diferentes asuntos locales vinculados a la administración política, al desarrollo productivo o los aspectos culturales y las cuestiones urbanas, fueron objeto de sus escritos contribuyendo a un proceso en el cual modificar la ciudad implicará también moldear la sociedad a través de valores sociales y cívicos.

Estos imaginarios de modernización y progreso indefinido, comenzarán a producirse prácticamente en simultáneo con la obtención de la declaratoria de ciudad en 1852, y la contribución de los publicistas de entonces fue central y determinante al transformar en escritura, lo que la pequeña

sociedad rosarina soñaba para su futuro. En esa construcción, la ausencia de fundación protocolar así como la falta de apoyo por parte de las administraciones provinciales y nacionales -a excepción del gobierno de la Confederación-, fortalecerá el ideario de una ciudad producto del esfuerzo propio y el pragmatismo productivo, sobre la base de una serie de convicciones que constituían al mismo tiempo las condiciones de posibilidad para la concreción de los ansiados progresos materiales. En primer término, el reconocimiento de que la historia de la ciudad está indisolublemente ligada a su ubicación geográfica en la conjunción de la pampa y el río Paraná; a lo que se suma la definición de Rosario como ciudad comercial y, más tarde, industrial; y la concepción de la inmigración como garante de su potencial desarrollo y de conformación de una sociedad cosmopolita y liberal.

Las rivalidades con Buenos Aires y Santa Fe, serán el principal argumento de su crecimiento en soledad y por esfuerzo exclusivo de sus vecinos. La disputa con Buenos Aires, originalmente vinculada a la posición que cada una de las dos ciudades adoptó en el proceso de organización de la nación, recrudecerá luego de los sucesos de Pavón en los reclamos contra el centralismo porteño y continuará durante todo el período en estudio. En cuanto a Santa Fe, la convicción de los dirigentes rosarinos respecto a que los gobiernos provinciales que se sucedieron después de la disolución de la Confederación no atendían las cuestiones que consideraban legítimas y urgentes, -y que en muchos casos resolvían por sus propios medios- fue tema de conflicto permanente. La postulación de Rosario como capital de la república y más tarde como capital provincial darán cuenta de hasta qué punto llegaron estos enfrentamientos. Y en ese juego entre lo que Rosario era y lo que merecía, si las descripciones de la ciudad y su desarrollo eran en muchos casos verdaderos panegíricos, no se duda en invocar, cuando es necesario, a la figura de la “Cenicenta” para representarla como víctima de sus “hermanas tutelares”.

## II. 1. La ciudad “fenicia”, 1852-1880.

Algunos de estos tópicos, junto con descripciones de la ciudad, se registraron tempranamente, aun antes de 1852, en los relatos de viajeros.<sup>18</sup> Entre ellos se destaca particularmente el texto *Viaje a caballo por las Provincias Argentinas* resultado del recorrido realizado en 1847-48 por el comerciante inglés William Mac Cann publicado en Londres en 1853, en el que señala que Rosario es el “principal emporio de comercio en la provincia de Santa Fe y el puerto por donde las provincias de Córdoba, Mendoza, San Luis y algunas otras realizan necesariamente su comercio exterior”, destacando su “situación favorable” rodeada de tierras fértiles, que “harán siempre de esta ciudad un centro próspero, propicio a la industria y laboriosidad de sus habitantes”, anticipando que,

“(…) después de Montevideo, Rosario está destinado a ser el Puerto más importante de esta parte de América. Cuando llegue el tiempo de que las empresas y los capitalistas del país se dispongan a construir ferrocarriles, su primer acto será sin duda trazar una línea desde esta ciudad hasta Río Cuarto”<sup>19</sup> (Mac Cann, 1939: 173).

En 1855 el chileno Benjamín Vicuña Mackenna que permanece en Rosario por dos días, relata en sus *Páginas de mi diario durante tres años de viaje*<sup>20</sup>, que la ciudad que dos años antes era una “miserable ranchería, es hoy un pueblo de importancia en que todo reluce con aire de frescura”, augurándole

---

Nota: En todos los casos se ha optado por la transcripción literal de las citas textuales y a fin de no dificultar la lectura se coloca (sic) solo al final del párrafo.

<sup>18</sup> La literatura de viajeros vinculada a la ciudad de Rosario ha sido ampliamente estudiada, entre otros por: Videla, O. (1997) “Ambiente urbano e idea de la ciudad. Las imágenes de los viajeros en Rosario a mediados del siglo XIX”, en *Papeles de Trabajo CESOR*, N°1, año 2, FHyA, UNR, Rosario y (2005) “Representaciones de la ciudad de Rosario en los viajeros del Centenario. Ideas acerca de lo propio y proyecciones de lo ajeno”, en Bonaudo M. (dir.) *Imaginarios y prácticas de un orden burgués. Rosario, 1850-1930*, tomo I, Rosario: Prohistoria Ediciones.

<sup>19</sup> Es posible que a sus propias observaciones Mac Cann haya sumado información suministrada por sus connacionales que lo alojaron a lo largo de su travesía o por los propios vecinos de las ciudades que visita y a los que menciona en cada caso. En Rosario agradece las informaciones proporcionadas por don Antonio Berdier, lo que permite suponer que esas ideas ya estaban presentes en los habitantes de la ciudad, como lo ha señalado Megías (2014), quien además especula que en tanto las primeras noticias sobre el Ferrocarril a Villa María se relevan en 1853, es posible que Mac Cann las haya conocido por correspondencia y agregado a su libro poco antes de su publicación.

<sup>20</sup> Reproducido en *Revista Historia de Rosario* N° 11, enero-junio 1966, Rosario: Perelló.



un futuro próspero dada su condición de principal puerto de la Confederación. Para el viajero Rosario “es una ciudad que el soplo de libertad ha improvisado en unas cuantas horas”, asemejándose a “esas ciudades improvisadas de los Estados Unidos”.

Estas analogías con las ciudades norteamericanas se repiten en otras crónicas. Entre ellas, en *Memorias de una Sociedad Criolla: El Diario de Ramón Gil Navarro, 1845-1856*, el periodista y político catamarqueño que había viajado a California en 1850 en búsqueda de fortuna, dirá en 1855 que Rosario le parecía “exactamente como las de California en su progreso fabuloso en poquísimos meses”.<sup>21</sup> También el alemán Hermann Burmeister, que visita Rosario por varios días en 1857, hará un comentario similar en *Viaje a los Estados del Plata* (1861) vinculando la idea de “ciudad nueva” a la California de una década atrás.

En pocas palabras y tomando solo unos pocos relatos, se han sintetizado la mayor parte de los argumentos que la prensa continuará desarrollando ni bien instalado en 1854 el primer periódico rosarino, *La Confederación*, constituyendo los fundamentos iniciales frente a distintas situaciones que afecten los intereses de los rosarinos, y que seguirán siendo empleados hasta bien entrado el siglo XX en construcciones discursivas cada vez más elaboradas.

La peculiar condición de ciudad “improvisada”, de lo que da cuenta un sostenido crecimiento poblacional y por lo tanto una sociedad en permanente cambio -los 4.000 habitantes estimados en 1853, ascienden a 9.785 en 1858, 23.169 en 1869, 50.914 en 1887, para alcanzar los 112.461 en 1900<sup>22</sup>-, no es solo advertida por los cronistas de viajes. Nicolás Avellaneda, Ministro de Culto e Instrucción Pública durante la presidencia de

---

<sup>21</sup> Citado en Megías (2014) “Forjadores de quimeras en el siglo XIX”, en Megías et.al., *Las batallas por la identidad*, Rosario: Editorial Municipal.

<sup>22</sup> Debe señalarse que en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, casi el 50 % de los habitantes eran extranjeros. De ellos, la colectividad más numerosa era la italiana que alcanzó a un porcentaje cercano al 30 % de la población total de la ciudad.

Sarmiento, en ocasión de la colocación de la piedra fundamental del Colegio Nacional el 26 de diciembre de 1870, expresaba:

“Cuántas veces hemos oído decir, el Rosario no es un pueblo, sino una agregación casual de hombres que vienen de todas partes, para encontrarse con un objeto de comercio, por que le faltan el espíritu común que vivifica á una Ciudad, y la identidad de propósitos que auna las voluntades con vínculo solidario para los mismos designios. En valde, el Censo le asigna una población de veinte y cinco mil habitantes. Son estraños que van y vienen; y por eso es que se edifican vastos Hoteles para los días de tránsito, y no se erige un solo edificio de aquellos que revelan el establecimiento permanente de una sociedad” (sic) (*La Capital*, 28 de diciembre de 1870: 2).

En un registro análogo, pocos meses antes *La Capital* hacía una breve historia del desarrollo de la ciudad señalando que la aldea de 1853 había crecido cuando “de los desbandados del sitio de Buenos Aires en 1853, una parte optó por quedarse” atrayendo a “sus colaterales, socios ó amigos”, agregando un detallado reporte sobre aquellos que convertidos en “progresistas vecinos” llevaron adelante distintos emprendimientos que colaboraron en el desarrollo de la ciudad. Al final de la nota el diario exhorta a la población a “que no repose sobre las glorias pasadas”, y continúen la tarea comenzada: “Adelante debe ser el lema de los habitantes del Rosario. (...) Adelante con el apoyo de un buen gobierno y Adelante también a pesar de los obstáculos que oponga una mala administración” (sic) (Ibídem, 24 de junio de 1870: 2).

Como se señaló en el capítulo anterior prácticamente todos los primeros diaristas arribaron a Rosario, ya sea por razones políticas o en busca de fortuna, y aun así y en el momento de la prensa de facción, se comprometieron fuertemente con los destinos de la ciudad. En ese contexto se inscribe el “Adelante...” de *La Capital* que a lo largo de los años procurará construir un nosotros inclusivo impulsando diferentes empresas, alentando la conformación de asociaciones que defendieran los intereses locales -

instituciones de beneficencia y centros comerciales, más tarde club industrial, bolsa de comercio, sociedad rural, etc.- , procurando la integración de las distintas colectividades y participando en la arena política y convocando a “meetings” populares cuando fuera necesario. Esta línea de acción del diario surge del reconocimiento de la fragilidad de los lazos sociales, de la necesidad de aportar a la consolidación de una “comunidad de intereses”, a la constitución de vínculos, alianzas y articulaciones que conformaran un cuerpo social cohesionado.

En esa construcción el carácter de “ciudad nueva” o “ciudad reciente” a la que aludía Burmesteir será un tópico recurrente desde los primeros artículos periodísticos, a pesar de la existencia de la “Relación histórica del pueblo y jurisdicción del Rosario de los Arroyos en el gobierno de Santa Fe, provincia de Buenos Ayres”, de Pedro Tuella<sup>23</sup>, que sostenía que la villa había sido fundada por Francisco de Godoy, “miembro de una familia ilustre”, junto a algunos indios calchaquíes en el año 1725. Para la prensa Rosario había nacido el 5 de agosto de 1852, día en que fuera declarada ciudad, elección que al mismo tiempo que demuestra el apoyo al gobierno de la Confederación y reconoce el impulso logrado a partir de las ventajas que aquella le había otorgado, deja de lado un pasado sin, aparentemente, mucho para recordar.

Sin embargo, por varias décadas en muchas ocasiones los publicistas se verán obligados a explicar las conveniencias que ofrece un ciudad “que nació ayer”, y en esas explicaciones aparecen desmedidas figuraciones acerca de la misma: “basta una ojeada del mapa de Sud América para indicarlo como el punto mas importante del Continente”, dice, por ejemplo, *El Ferro-carril* del 4 de setiembre de 1863. Y al mismo tiempo emerge, en consecuencia, un contrapunto intentando revelar las desventajas de las “viejas” ciudades coloniales, lo que sirve de pretexto para desacreditar

---

<sup>23</sup> Publicada en el *Telégrafo Mercantil, Rural, Político e Historiógrafo del Río de la Plata*, ediciones del 4 de marzo, 11 y 18 de abril de 1802.

especialmente a Buenos Aires y más tarde a Santa Fe, aunque los motivos reales de los enfrentamientos fueran otros.

Temprana y explícitamente esto se manifiesta cuando, describiendo la construcción del primer mercado, *La Confederación* expresa que “la naciente ciudad del Rosario excede á muchas capitales de América en esa adquisicion, y con especialidad á las capitales españolas del Atlantico (sic)” ya que las mismas que carecen de obras de este tipo que corresponden a los nuevos tiempos junto con “los muelles, los caminos, los cómodos panópticos, los mercados, los hospitales”. Rosario supera de este modo a otros pueblos “mas afortunados por las ventajas de su posicion, y por su riqueza (sic)”, agregando que,

“Buenos Aires recien se ocupa de construir un mercado, porque no puede llamarse tal el que hoy sirve al comercio de abasto de la poblacion.

Montevideo tiene un local aseado, pintorezco por el esmero ingenioso con que se presentan los objetos de consumo, pero que está muy lejos de llamar la atencion como una obra notable” (sic)  
(*La Confederación*, 24 de enero de 1857: 2)

Así, la institución de un “otro” colabora en la legitimación del “nosotros”, y esto atañe no solo a la sociedad sino a los propios periódicos que van definiendo su lugar de enunciación, en una doble operación que considera tanto el frente interno como el externo. Al interior del cuerpo social, inicialmente esto se circunscribe casi exclusivamente a su pertenencia a distintas facciones políticas, pero más tarde incluirá la definición de estrategias periodísticas en cuanto a temas, estilo, formato etc., que atraigan un público lector más numeroso y la afluencia de avisos publicitarios<sup>24</sup>, que les permitan sobrevivir a los circunstanciales apoyos políticos.

---

<sup>24</sup> En 1869 ya *La Capital* señala que “Todavía no se sabe apreciar la importancia y el efecto que produce la mayor publicidad de los avisos, ni se quieren esperar los resultados espléndidos que se obtienen con el mayor número de lectores que tengan los anuncios” (14 de mayo de 1869:2), anticipando la capacidad de Ovidio Lagos para convertir al modesto diario de cuatro páginas en una empresa periodística familiar que logrará convertir a *La Capital* en el diario más importante del interior llegando a dieciséis páginas en 1905. Las continuas mejoras en su tecnología de impresión, la elección de tipos más modernos, y

Hacia afuera, el adversario se identifica en la prensa porteña y santafesina, cuyas críticas a la ciudad o argumentaciones en contra de los proyectos a los que Rosario aspira, en muchos casos se reproducen y se responden airadamente. Por ejemplo, defendiendo el proyecto de construcción del Ferrocarril Central Argentino (FCCA), el diario que lleva ese nombre, expresa que Europa no conoce las riquezas de las provincias del interior porque “la prensa de Buenos Aires ha tenido siempre el cuidado de pintarlas como incultas, y sus moradores medio salvajes y llevando una vida de merodeadores”, producto de lo cual fuera del país se cree “que las provincias se visten de pieles; que no saben leer y escribir, que viven del pillaje; que Buenos Aires es el único punto en que uno puede permanecer con seguridad de vida y prosperidad” (*El Ferro-carril*, 1 de octubre de 1863: 2).

Poco antes de la Barra sostenía que el progreso de Rosario no era mayor a causa del “hacha demoledora, afilada por los celos de localidad en la piedra del feudalismo metropolitano”, porque el porvenir de Rosario -igualado al de California- implica para Buenos Aires el surgimiento de una potencial rival, de modo que “la naciente Cartago provoca las iras de la opulenta Tiro” (*La Confederación*, 7 de febrero de 1861: 2). Esta comparación con las ciudades fenicias retoma una analogía que ya había planteado Carriego, cuando destacando la prodigiosa transformación de la ciudad, gracias a la paz que había traído el gobierno de Urquiza, no alude al desarrollo material de la misma sino al comercio y a las ventajas de la navegación fluvial. Por ello recurre a peculiares comparaciones asimilando a Rosario con Damasco sobre el río Barada, o con Tadmor como punto de paso de grandes caravanas, e imagina a los navegantes genoveses del Paraná con la audacia de los antiguos fenicios (*El Progreso*, 26 de marzo de 1860: 2).

Esta semejanza con un pueblo destacado como navegantes y mercaderes se convirtió por entonces en un calificativo laudatorio, pero con los años fue

---

fundamentalmente la variedad de los temas que aborda, lograrán un sostenido crecimiento en sus suscripciones que sumaban 260 en 1867, se elevan a 990 en 1874 y “con gran formato igual al de los mayores diarios de Buenos Aires” alcanza los 1472 en 1878, más “170 0 180 ejemplares que se emplean en el cange con casi todos los diarios de Sud América” (sic) (*Ibíd.*, 1 de enero 1879: 2).

adquiriendo connotaciones negativas, habilitando la peyorativa versión de “ciudad fenicia” utilizada en 1910 por Manuel Gálvez en *El diario de Manuel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*.

El diario *La Capital* aparecido en 1867, cuando la mayoría de los periódicos de la primera década había desaparecido, constituye una fuente de estudio ineludible, en tanto en poco tiempo se convierte en el principal diario rosarino y del interior del país.<sup>25</sup> Completando los imaginarios fundantes el mismo define a Rosario como “moderna y floreciente”, “alegre y progresista”, “cosmopolita”, manteniendo la concepción de ciudad fenicia al enfatizar siempre la vocación de su pueblo que

“(…) tiene su programa escrito en la vida activa del comercio, y trazada su política mercantil en el mayor ó menor movimiento de su plaza.

Sus costumbres y sus hábitos son mercantiles, tiene, pues, que ser el gran centro de todas las operaciones de los mercados del Plata” (sic) (*La Capital*, 22 de agosto de 1868: 2).

En 1875, en un género casi inédito para el periódico rosarino, el extenso poema “Al Rosario” del joven Gabriel Carrasco<sup>26</sup> compendia los atributos utilizados recurrentemente, con un despliegue de citas y aclaraciones históricas y geográficas al pie obligado por el uso de la metáfora, que anticipan su desarrollo intelectual posterior. El autor destaca que la ciudad donde se creó la bandera, se alza “sin rival” en la ribera del Paraná,

---

<sup>25</sup> *La Capital* inicia su tirada con una edición de cuatro páginas de 50 por 30 cm. y a cuatro columnas. En agosto de 1868 aumenta su tamaño a 38 por 55 cm. y en 1885 a 54 por 76,5 cm., mientras que en 1887 llegará a 60 por 80 cm. con 9 columnas, con las características propias de la época: gran formato o formato “sábana”, en general, de ediciones de cuatro páginas. La primera edición del año 1889 ofrece una excepción, ya que expresa *La Capital*: “En el interés de dar un diario digno del Rosario, ofrecemos hoy una edición de ocho páginas, ó sean setenta y dos columnas de material, conteniendo interesantes artículos, revistas, telegramas, noticias, un restrospecto del año, avisos, etc.

Este es el primer diario de esta magnitud que aparece en el Rosario, y debemos notarlo como un signo de los progresos que ha alcanzado el periodismo entre nosotros” (sic).

<sup>26</sup> La participación de Gabriel Carrasco en *La Capital* resulta un dato curioso, en tanto su padre Eudoro anuncia el 11 de abril de 1875 que vende a Lagos la imprenta y las acciones y derechos que le correspondían como socio y a partir de allí las diferencias políticas entre ambos aparece registrada en los diarios con virulencia verbal inusitada en la segundo semestre de 1876 y en 1877 y 1878. Desde ese momento *La Capital* invisibilizará la participación de Carrasco en su creación.

poniendo en valor el paisaje de barrancas e islas y su ancho puerto natural; al tiempo que “brota para ella la feráz pradera” atravesada por “cintas de hierro” que “devoran el espacio y la extension” (sic), acudiendo desbordantes de granos a “la reina del ancho Paraná”, como también por el telégrafo “fluido que a los mundos comunica”. En su imaginación, naturaleza pródiga, dispositivos modernizadores e “hijos laboriosos” se amalgaman en la construcción de una ciudad que será alguna vez la “Nueva York del Sur” (Ibídem, 3 de octubre de 1875: 2).

En otro tipo de registro realizado por el mismo autor, se publica en el mismo diario el 1 de enero de 1876 la primera versión de la *Guía Estadística Civil y Comercial de la ciudad del Rosario y su Municipio*, que se inicia con una breve introducción histórica, en la que Carrasco explica que como se trata de una ciudad nueva “desde solo hace muy poco tiempo empezó á tener alguna importancia, tiene muy pocos hechos históricos, sin embargo diremos que fue en ella donde se enarboló por primera vez la que es hoy nuestra bandera nacional”. Este párrafo sorprende en Carrasco que escribirá luego junto a su padre la “primera” historia de la ciudad, los *Anales de la ciudad del Rosario de Santa Fe 1527-1865*, siguiendo la Tesis de Tuella, mientras que en la *Guía* se concentra solo en un detallado informe del presente incluyendo autoridades, reparticiones, origen del nombre de las calles y nómina de establecimientos ubicados en ellas que den cuenta de su importancia como centro comercial.

A partir de allí el diario irá sucesiva y reiteradamente reforzando y completando este relato combinando los dos escritos de Carrasco en diversas notas no exentas de polémicas y contradicciones. Hasta principios del siglo XX aparecen una serie de artículos que determinan el carácter de la ciudad y lo que se pretende para ella, lo que obliga a Ovidio Lagos, propietario y redactor, a tomar posición alrededor de polaridades como “ciudad comercial” y “ciudad intelectual” o entre lo *bello* y lo *útil*. Bajo el sugestivo título de “Un bravo a los industriales y artistas del Rosario” que se publica el mismo año, ya se observa consolidada su perspectiva, a la que

con obstinada determinación mantendrá durante las siguientes tres décadas. Allí se afirma que,

“(…) el Rosario debe el principal prestigio de su grandeza á la implantación de industrias y artes útiles que le aseguran de un perenne progreso.

Las chimeneas que vomitan á borbotones el vapor, los yunques en que se tritura y se modela el calcinado fierro, el taller donde se dá forma y vida á los mas preciados metales, no son seguramente los parajes en que la imaginación reflexiva halla mas poesía; pero si son en cambio los templos dignificados por el trabajo asiduo del hombre en que jamás falta el pedazo de pan de la recompensa” (sic) (Ibídem, 4 de agosto de 1875: 1).

Esta posición será rebatida por locales y extranjeros y en la complejización de los argumentos muchas otras ciudades entrarán en escena como arquetipos inspiradores en relación a diferentes problemáticas. La discusión que se plantea entre el diario y “un transeúnte”, que se metafORIZA en dos modelos de ciudades, Washington<sup>27</sup> o Roma, respectivamente, resulta esclarecedora al tiempo que inquietante en tanto no es posible saber si se trata de un debate intencionado, propiciado por el propio diario, o si al darle espacio, probablemente, a algún vecino de la ciudad “con inteligencia clara e ilustrado”<sup>28</sup>, esto surge inesperadamente. En “El Rosario á vuelo de pájaro”, quien lo suscribe, “un transeúnte”, luego de destacar nuevamente la singularidad geográfica, la relación río-pampa, y los adelantos que significan el ferrocarril y la inmigración, señala que,

“El espíritu mercantil que domina el siglo XIX, ha tomado en este pueblo su carta de ciudadanía mucho antes que el espíritu social, científico, político ó literario. Por esta razón debe ser considerado como un centro eminentemente comercial.

---

<sup>27</sup> La referencia al modelo estadounidense para la elección de su ciudad capital, asimilará a Rosario con Washington y a Buenos Aires con Nueva York, y esa analogía subsistirá aun después que la cuestión que le dio origen se haya extinguido.

<sup>28</sup> Es posible que “el transeúnte” fuera el mismo Gabriel Carrasco, dada su afición a las letras y considerando que los argumentos utilizados son muy similares al poema comentado.



No es por ahora un centro intelectual, y es posible que no lo sea hasta después de muchos años” (sic) (Ibidem, 24 y 25 de enero de 1876: 1).

Bajo el mismo título, a vuelta de página, Lagos sostiene que nadie ha comprendido mejor que el transeúnte “el carácter, la índole de este pueblo, su verdadera faz en la República Argentina”, pero inmediatamente exclama:

“En efecto, el Rosario es mercantil, esencialmente mercantil y nada más que mercantil.

Nadie se ocupa de otra cosa ni piensa en otra cosa que en la teneduría de libros y el termómetro decimal” (sic).

En la próxima edición, en una nota que postula a la ciudad como la futura capital de la nación, el redactor retoma la cuestión, pero ahora en una sugestiva y deliberada escritura en tono poético resalta el origen de Rosario y su desarrollo en soledad y denuncia el abandono de los poderes públicos y las sospechas de confabulaciones políticas y conflictos de intereses económicos en su contra. Pero a pesar de todo, la concibe con un futuro promisorio, como Washington, la ciudad capital, pero también como Chicago o San Francisco, los emporios de progreso, porque:

“El Rosario vuela en los espacios del mundo moderno con las alas del progreso, sin que nada la aliente sino el soplo de su destino.

En valde le arrancan las plumas, en valde empobrecen sus alas los tirones de la ignorancia y de la envidia- Vuela siempre, como Chicago, como San Francisco.

Jóven todavía, casi niña, se levantó como Venus de las ondas de su río buscando su templo y sus adoradores, pero se halló entre los brazos toscos de las profanaciones y de las brutalidades” (sic) (Ibidem, 26 de enero de 1876: 1).

El transeúnte toma nota y reconoce que sus palabras han conmovido “el alma sensible de un poeta”, pero insiste diciendo que “después de ver la fuerza y la unidad sostenida por la geografía y las instituciones, es preciso ver a la ciencia y a la literatura” (sic). Después de ver a Washington el

“transeúnte” quiere ver a Roma, o mejor aun a ambas amalgamadas (Ibídem, 28 de enero de 1876: 1).

Pero en este horizonte discursivo la categoría de ciudad mercantil comienza a presentar detractores no tan cordiales como el transeúnte. Un año después, con evidente disgusto, el diario reproduce y comenta brevemente la descripción de la ciudad que “el poeta, enemigo de los fardos y la quicalla”, D. Carlos Walker Martínez, publica en el *Independiente* de Santiago producto de su viaje por América:

“Unas cantas casas llenas de almacenes, escritorios y tiendas, porque es la única puerta del comercio del interior, sin vida literaria, sin historia, sin tradiciones: eso es el Rosario. [...] dos palabras hay de sobra para retratarlo y hacer su mas exacta fotografía... fuego y factura! He aquí todo (sic) (Ibídem, 6 de enero de 1877: 2).

El escritor chileno había tocado un punto sensible, Rosario no tenía historia ni tradición. En la siguiente edición el diario argumenta con altivez, que efectivamente se trata de una ciudad nueva, mercantil, pero reprocha al viajero el no haber podido “recoger una crónica patricia” que dé cuenta de la creación de la bandera “saludada en Chile, en Perú y Bolivia como iris de redención”, ni del combate de San Lorenzo, ocurrido a pocas leguas, recuperando para la ciudad los escasos pero significativos antecedentes históricos en los que su tierra y su gente había participado.

En torno a esta discusión sobre la primacía entre lo *bello* y lo *útil*, que tensionará también las decisiones urbanas y arquitectónicas, explica Graciela Silvestri que los criollos, intentando diferenciarse de teólogos y abogados, abrazan la concepción de que es lo *útil* lo que el país requiere,

“(...) sin advertir cuánto pesa aún en la cultura local lo *bello* (en el sentido del orden) para la definición de eficacia, y cuánto de la concepción de estrecha *utilidad* proviene de una vieja y pragmática tradición rioplatense. Esta inflexión de la cultura ilustrada –borbónica- se engazará en la segunda mitad del XIX

con una ideología naturalista que algunos autores han denominado *positivismo de acción*, para distinguirlo de otras vertientes filosóficas” (Silvestri, 2011: 100).

Estas primeras matrices simbólicas habían sido especialmente aplicadas en relación con algunos reclamos iniciales tales como la demora entre la ley de creación de la Municipalidad en 1858 y su efectiva instalación el 12 de febrero de 1860; la construcción del Ferrocarril Central Argentino y poco más tarde por el inicio del prolongado debate por la nueva sede de la capital de la República. Vinculado a los dos últimos temas el enfrentamiento con Buenos Aires se agudiza y en las páginas de los periódicos locales, especialmente en *La Capital* cuyo nombre indica su objetivo fundacional, se van incorporando nuevos argumentos, al tiempo que se consolida el de “ciudad fenicia”.

La ubicación de la capital de la República será objeto de gran cantidad de artículos que alientan su instalación en Rosario porque “el gobierno nacional residiendo en Buenos Aires, como huéspedes no es otra cosa que un remedo del Virrey nato” (sic) (Ibídem, 14 mayo de 1869: 2), haciendo énfasis en la centralización de las riquezas del país en aquella ciudad a la “que nuestro primer magistrado, llama con mucha naturalidad, la Europa importada á América”, en obvia referencia a Sarmiento (Ibídem, 7 y 8 de mayo 1869: 2).

En tres oportunidades Rosario estuvo a punto de convertirse en capital de la República, en 1867 a instancias del diputado Manuel Quintana cuyo proyecto fue aprobado por la Cámara de Diputados pero el Senado lo rechazó. Nuevamente en 1868 el diputado Joaquín Granel presenta la iniciativa, que resulta aprobada por ambas cámaras, pero poco después es vetada por el presidente Mitre. En 1869 insistirá Granel consiguiendo la aprobación de diputados y senadores, pero ahora será Sarmiento quien ejerza el veto presidencial, lo que se reitera en 1873 con el mismo resultado.

Esta larga lucha se manifestará en una permanente reescritura de justificaciones que pondrá en juego toda la inventiva de los hombres de prensa para demostrar por qué Rosario merecía ser recompensada con ese rango. A los tópicos iniciales, y en la medida en que la ciudad adquiere nuevos elementos de progreso, se incorpora al discurso el tema de las comunicaciones en un territorio tan vasto, que constituía un problema, excepto que la capital se colocase en Rosario dada su conveniente ubicación geográfica central:

“Colocada sobre las márgenes del río Paraná, ligada al interior por la vía férrea y al Litoral por los vapores que surcan el río y por el alambre eléctrico, (...) no hay otro pueblo (...) que proporcione tantos medios de rápida comunicación” (sic) (Ibídem, 9 de mayo de 1869: 2).

Pero además la posibilidad ilumina un imaginario de desarrollo que solo se manifiesta expresamente en 1880 a pocos días de que el presidente Avellaneda presente el proyecto para declarar a Buenos Aires capital de la República. Sabiendo ya que Rosario no tenía ninguna posibilidad *La Capital* insiste en varias notas los días 6 y 7, 8, 10, 16 y 18 de agosto de 1880, publicando el día 20 el artículo “Ventajas de la capital en el Rosario”, en una confusa redacción en la que por momentos se habla en presente y por momentos en pasado. Allí sostiene que si eso ocurriera -o hubiese ocurrido-, la ciudad triplicaría su población en diez años calculada 70.000 habitantes para 1890 y el valor de los terrenos alcanzaría valores inusitados. La instalación de la capital impulsaría el progreso, la ciudad se extendería, las construcciones se multiplicarían, al igual que las naves que llegan al puerto; pero además habría obligado a concretar “la construcción de nuevos muelles, á extender hasta el puerto los ramales de los ferro-carriles y á aumentar la red de nuestros telégrafos” (sic) -obras muy reclamadas para entonces- y asimismo “habríase impreso en la fisonomía de la ciudad ese tinte y ese aspecto que caracterizan el movimiento y la actividad de las grandes ciudades” (Ibídem, 20 de agosto de 1880: 1).

Pocos días después bajo el título “Esperanzas defraudadas” admite que Avellaneda cuenta con los votos del Congreso y Buenos Aires, “la metrópoli del Virreinato”, será capital (Ibídem, 26 de agosto 1880:1). El 15 de setiembre dando vuelta la página, en su nota editorial “Pensemos en lo práctico”, convoca a los rosarinos a concentrarse en los intereses de la ciudad que son su comercio y su progreso, ya que “la opinión de los pueblos de la República, sus legítimos intereses y aspiraciones no se toman en cuenta tratándose de cuestiones de orden nacional”. Con el pragmatismo que lo caracteriza el periódico advierte: “Vamos á lo que interesa mas inmediatamente á esta localidad”, interpelando fuertemente a los comerciantes locales a unirse para exigir las obras de los muelles y el ramal del FCCA al puerto, puesto que ahora “este debe ser el objetivo”. La ciudad ya no será capital pero el imaginario sobre su futuro construido alrededor de esa idea ya estará instalado en la sociedad rosarina, que no podrá dejar de medirse con Buenos Aires, aunque no se lo diga explícitamente hasta la intendencia de Torcuato de Alvear, que recibió los mayores elogios por parte de la prensa rosarina.

A pesar de tanto esfuerzo puesto en sus discursos es preciso, sin embargo, considerar en qué medida las ideas de una prensa de reducida tirada, eran suficientes para alcanzar el imaginario popular en una sociedad que día a día incorporaba nuevos habitantes -con diferentes lenguas, costumbres y tradiciones y con escasa o nula educación formal-, y que no contaba con líderes políticos o intelectuales que condujeran esa construcción que estará sostenida por el propio empoderamiento de sus vecinos más letrados o prestigiados por su progreso económico. Ellos son los que en este período recurrirán a otros tipos de producciones simbólicas, las que si bien escasas en número, a causa de la efectividad de la imagen resultaron de alta significación, dejando huellas en la memoria que activan nuevas direcciones de sentido hasta la actualidad.

En este mundo de las letras tres representaciones visuales contribuyen a la construcción de la imagen colectiva de la ciudad y su historia. La primera de

ellas corresponde a la serie de planos de la planta urbana realizados por el ingeniero genovés Nicolás Grondona, quien, radicado en la ciudad en 1854, será poco después comisionado para la delineación de edificios y calles de la ciudad y en 1871 designado Ingeniero Municipal hasta 1877. En los primeros años de su estancia Grondona emprende el trazado de un plano que concluiría en 1858 y que resultaría el primer mapa impreso de Rosario (fig.1). Poco antes, Timoteo Guillón había realizado un boceto de la planta urbana cuyas únicas similitudes con el de Grondona son las imponentes presencias del río y la laguna de Sánchez. Si el primero constituye una suerte de relevamiento de las manzanas existentes, el segundo expresa las aspiraciones de una sociedad que el cartógrafo recién llegado ha logrado captar y representar.

Bajo el emblema protector de la Confederación, Grondona dibuja una ciudad que se extiende mucho más allá de sus límites reales<sup>29</sup>, como símbolo de un futuro promisorio imaginado sobre bases sólidas que se manifiestan en los dibujos que ornamentan el plano: el movimiento portuario en lugar central y en los ángulos, la “Plaza del 25 de Mayo” recién demarcada -con el monumento a la Constitución en el centro y la iglesia de fondo- y el “Teatro” como principales centros cívicos; y el “Mercado” y la sede de las “Mensajerías”, garantes de la actividad comercial y la comunicaciones con las provincias. La realidad es que no había en Rosario mucho más para mostrar en cuanto a edificios de cierta importancia, salvo los recientemente construidos Hospital de Caridad y los depósitos de la Aduana levantados por el también genovés Santiago Danunzio.

Pero la operación fundamental que realiza Grondona es fijar en el papel una forma urbana, una iconografía simple que propicia una representación identitaria. La figura triangular con su base mayor en el río quedará establecida y por muchos años se utilizará esta forma ubicada de maneras

---

<sup>29</sup> En cuanto a la cantidad de manzanas dibujadas, señala G. Carrasco (1897:448) que en 1860 las calles 1° de mayo, 3 de Febrero y Progreso (hoy Mitre) “constituían el extremo de la parte poblada de la ciudad: fuera eran suburbios!”

diversas en su soporte, generalmente con el Norte abajo a la derecha. Aun Gabriel Carrasco con sus conocimientos de geografía y estadística reproducirá este formato en los planos que construye para su *Descripción Geográfica y Estadística de la Provincia de Santa Fe* (1882) y *Primer Censo General de la provincia de Santa Fe* de 1887, y las descripciones que se relevan en la prensa hasta fines de siglo refieren siempre a la ciudad de forma triangular.

El seductor plano de Grondona, con sus ángulos ilustrados, alegorías, cartelas y leyendas, es esencialmente un proyecto de ciudad, una hipótesis de desarrollo, que, erigiéndose en metáfora visual de los valores culturales de la sociedad rosarina se convierte en un dispositivo que al tiempo que elabora un orden inicial, construye una promesa de futuro y en buena medida reemplaza la ausencia del acta de fundación formal.

*La Capital* y otros diarios lo reproducirán como el primer plano de Rosario en numerosas ocasiones durante el siglo XX, lo que lo mantendrá presente en la memoria colectiva (fig.2 y3) y para los festejos del Bicentenario la pieza fue motivo de homenaje, en el marco de actividades culturales vinculadas a la historia local, cuando en el verano de 2010 se organizó en el Museo de la Ciudad la muestra “Rosario en primer plano”, resultando objeto de diferentes interpretaciones en conferencias y escritos.

Poco después de la aparición de esta pieza, caída la Confederación, desaparecen sus emblemas que Rosario había adoptado como propios y también las garantías con las que la ciudad y sus habitantes habían sido favorecidos. Siguiendo a Baczko, si estos emblemas que constituían las “representaciones fundadoras de la legitimidad” habían desaparecido, se requería la invención de nuevos símbolos que alimenten las subjetividades colectivas afirmando el sentido de pertenencia.

En tal sentido parece haber actuado Eudoro Carrasco cuando en 1862 propuso la creación de un escudo de armas para Rosario, dibujado por él

mismo y oficializado por Ordenanza del 4 de mayo de 1862 (fig. 4). En este acto Carrasco realiza una doble operación, por un lado recupera el hecho histórico de creación de la Bandera que de allí en adelante se incorporará a los atributos distintivos de la ciudad, al mismo tiempo que inscribe en el nuevo escudo las imágenes representativas de la misma que se verificaban en la prensa escrita. Las razones que expone como fuente de su inspiración corroboran las características de una sociedad que fue formándose por agregación de individualidades y para la cual los hechos constituyentes de la historia de la ciudad pasaban desapercibidos. Relata Carrasco que fue la lectura de la primera edición de la *Historia de Belgrano* (1857) la que iluminó su imaginación puesto que Mitre "(...) en ella había revelado el hecho hasta entonces desconocido ú olvidado, de que había sido en el Rosario, donde, por vez primera, el brazo robusto de Belgrano había enarbolado la bandera nacional argentina" (sic) (Carrasco E. y Carrasco G., 1897: 545).

En consecuencia el motivo central del "escudo heráldico", será la batería "Libertad" sobre la barranca desde donde se alza un brazo "colosal" que sostiene la bandera en el centro de la pieza. Por su parte, los símbolos que lo acompañan reproducen en imágenes los motivos ya consolidados: en la base se ubica "un ancla simbolizando el comercio marítimo de este puerto, y á los lados un arado del país, una gavilla de trigo, frutos é instrumentos de labranza, emblema de la industria agrícola" (sic), mientras que a la izquierda se observa el Paraná por el que se desplazan varios buques de vapor y de vela, sobre el fondo de las islas. Corona el emblema, orlado por una faja dorada, la imagen del sol naciente y el texto "Municipalidad del Rosario". (Carrasco E. y Carrasco G., 1897: 546)

Más allá de los avatares sufridos por el diseño original, detallado en distintas publicaciones por M. B. Córdoba de Lutges<sup>30</sup> quien dice haber relevado cerca de un centenar de versiones diferentes, el escudo se grabó en medallas conmemorativas, se talló en madera en las puertas del palacio

---

<sup>30</sup> Córdoba de Lutges M. (1965) "Escudo de Rosario", en *Revista Historia de Rosario* N° 9, Rosario: Perelló. El artículo se inscribe en el rechazo de la autora mencionada, junto a otros historiadores tradicionalistas, al cambio realizado en el escudo en 1964.



municipal y hasta aparece en una particular versión en el Palacio de Aguas Corrientes de Buenos Aires, junto al escudo de las provincias (fig. 5a y b). Pero fue la recuperación del hecho histórico de creación de la Bandera lo que habilitó un argumento sólido de legitimación de la ciudad, al tiempo que permitió saldar la ausencia de un origen patricio. Al respecto dice Juan Álvarez en el *Tercer Censo Municipal* de 1910:

“No tiene la ciudad, como la docta Córdoba ó la vieja Santa Fe, y las demás ciudades del interior, el pergamino solemne de un acta de fundación redactada en el estilo de la conquista. Su cuna es más modesta. Pero no por eso carece de bautismo.

Sobre su barranca pintoresca izóse en efecto por la primera vez la bandera azul y blanca, símbolo sagrado de la patria” (Álvarez J., 1910: 34).

En 1964 por ordenanza N° 1737 se sancionó una nueva versión del escudo municipal según el diseño realizado por Julio Vanzo (fig. 6), que reproduce en términos generales el de Carrasco, pero encerrado en una forma oval circundada por una rama de laurel y otra de olivo unidas por un lazo celeste y blanco, basado en uno anterior obra de Ángel Guido que puede observarse en la Cripta del Monumento Nacional a la Bandera.<sup>31</sup> Sin embargo, el escudo continuará inspirando nuevas y actualizadas representaciones de la ciudad. En el año 2001 fue encontrado entre los papeles del propio Vanzo un boceto que reinterpreta la imagen original de acuerdo a las características de Rosario en la segunda mitad del siglo XX, incorporando torres, chimeneas y transatlánticos que actualizan los motivos secundarios originales (fig. 7).<sup>32</sup>

En cuanto a los monumentos, solo uno tenía Rosario, inaugurado el 25 de mayo de 1856, en el centro de la recientemente demarcada plaza 25 de Mayo que aun no contaba siquiera con árboles que pudieran ayudar a definirla como tal. Se trataba de una columna conmemorativa de la

---

<sup>31</sup> Ver: [www.rosario.gov.ar](http://www.rosario.gov.ar)

<sup>32</sup> El dibujo aparece en el marco de la investigación realizada por la Lic. Patricia Vidour, en el año 2001, como parte de las actividades realizadas en el declarado "Año Vanzo". El mismo no está fechado y se especula que pueda haber sido realizado para alguno de los festejos de la "Semana de Rosario". <http://heraldicaargentina.com.ar/3-SF-Rosario.htm>. Captura: 30/01/2018.

Constitución Nacional, levantada por los vecinos con sus propios fondos y construida en mampostería por el italiano Demetrio Isola (fig. 8). La columna de orden jónico -a la que los rosarinos denominarían invariablemente “la pirámide”- se alzaba sobre un pedestal y remataba en una alegoría de la Libertad, flanqueada por otras estatuas menores que representaban las cuatro estaciones. Su temprana erección sorprenderá al diario *El Orden* de Buenos Aires, que en 1855 expresará en un artículo dedicado a Rosario: “hay aquí una devoción casi fanática por la Constitución escrita, y se hacen esfuerzos por ponerla en práctica, como vamos a verlo”.<sup>33</sup>

Orgullo de los rosarinos por algunos años, se deteriorará rápidamente, Gabriel Carrasco comenta en tono risueño su desafortunado destino:

“(…) las estatuas de la pirámide eran de yeso, y les sucedió lo que sucede tarde ó temprano á los que sufren el sol y la intemperie: poco á poco se fueron carcomiendo, (...) el Verano perdió su gavilla de trigo; á la Primavera se le rompieron los brazos, y se le desgarró al Invierno el mato que lo abrigaba (...), hasta que un dia las sacaron de sus pedestales, reemplazándolas con cuatro faroles” (sic) (*La Capital*, 23 de agosto de 1882: 1).

La Libertad siguió erguida aunque incompleta hasta que una fuerte tormenta en octubre de 1872 la derribó y ya desde 1866 se relevan en la prensa notas reclamando por su deterioro, especialmente en las cercanías de las fechas patrias. *El Ferro-carril* hablará de “esa pobre pirámide que en lugar de representar a la libertad, parecía querer decir que estamos en ruinas” (23 de mayo de 1866: 2). En numerosas oportunidades *La Capital* apelará al sarcasmo y la burla: “La pirámide está de luto, por la muerte desastrosa de las *piramiditas* y *estatuillas*. Estas infelices fueron también víctimas del cólera”, o aun diez años más tarde “¿Hasta cuando se tendrá en la plaza ese mamarracho que lo titulan pirámide? Da hasta vergüenza que en la segunda

---

<sup>33</sup> Artículo publicado en diciembre de 1855 con el título “El Rosario”, en el diario *El Orden* de Buenos Aires, datado el 18 de noviembre de ese año, reproducido en *Revista Historia de Rosario* N° 11, enero-junio 1966, Rosario: Perelló.

ciudad de la República, esté ese pedazo de ladrillo” (Ibídem, 25 de mayo de 1868: 2 y 2 de marzo de 1878: 2).

Poco antes de su destrucción completa y ya incorporado el tema de la creación de la Bandera en la sociedad rosarina, a mediados de 1872, en las obras de desmonte de la bajada Santa Fe a cargo del ahora ingeniero municipal Nicolás Grondona, se descubren proyectiles de cañón en el sitio donde los vecinos más antiguos recordaban que había estado instalada la batería Libertad. Aparentemente este hecho despertó en Grondona la idea de erigir un monumento que honrara a la bandera o a su creador.

El diario da a conocer la iniciativa, refiriendo además que el ingeniero “ha obtenido en la bajada que se acaba de construir en la calle de Santa Fe, un pequeño terreno que forma un ángulo agudo sobre la línea de la barranca”, donde pretende construir un pequeño monumento (Ibídem, 4 de julio de 1872: 2). Grondona denominará a este sitio Plaza Brown<sup>34</sup>, aportando a la ciudad un nuevo espacio público frente al río, pero también el inicio de una historia de frustraciones.

Poco tiempo después bajo el título “Monumento a Belgrano” se informa que Grondona, “tan conocido por sus conocimientos profesionales y por su entusiasmo hacia los estudios históricos de la República Argentina”, se propone erigir “un grandioso monumento conmemorativo de las glorias argentinas, tributado a Belgrano” en el sitio donde se estableció en 1812 la batería Libertad. Brevemente explica que consistirá en una pirámide, elevada sobre un basamento “con escalinatas majestuosas y elegantes” alcanzando ocho metros de altura. En sus cuatro caras presentará los nombres de “las grandes batallas” y en relieve el retrato del general Belgrano (Ibídem, 5 de setiembre de 1872: 1).

---

<sup>34</sup> W. Mikielovich suministra un detallado informe acerca de los terrenos de la nueva plaza, así como de las controversias originadas por reclamos de propiedad en “El Monumento a la Bandera Argentina. Gestación y primeros pasos para erigirlo”, en *Revista Historia de Rosario* N° 23/24 Enero-Diciembre 1972, Rosario: Perelló

En realidad el proyecto contemplaba la erección de dos monumentos, el antes mencionado y otro en la isla del Espinillo, en el sitio donde estuviera emplazada la batería Independencia. El autor hace imprimir folletos y láminas litografiadas para difundir su idea y conseguir fondos por suscripción popular y presurosamente, el 10 de setiembre comienza a transportar los materiales a la isla. En la edición del día 12 anunciaba *La Capital* que “al toque de la diana” se habían abierto los cimientos y colocado la piedra fundamental. El monumento para la isla era un proyecto simple en cuanto a diseño y tecnología, Carrasco lo describe como “una pirámide egipcia, de siete varas de altura, que duró algunos años” (Lassaga: 1930, s/d), construida en ladrillos y piedra sobre una pequeña plataforma rodeada por una cadena atada a nueve cañones de hierro fundido (fig. 9). El periódico, conmovido ante la concreción del proyecto, titula “Gran acontecimiento” alentando a realizar una fiesta de inauguración de la pirámide que está pronta a terminarse y a concurrir “a recibir allí mismo las patrióticas inspiraciones” en el marco de “un paisaje pintoresco y delicioso” (*La Capital*, 30 de setiembre de 1872: 2).

Para finales del año los elementos ornamentales estaban terminados, pero la crisis financiera que comprometía seriamente a la municipalidad canceló su inauguración el día previsto, el 27 de febrero de 1873, lo que alentó distintas crónicas respecto a que el monumento quedó en el olvido hasta que “fue demolida probablemente por la gran creciente de 1878”<sup>35</sup> (Lassaga: 1930, s/d). Pero poco antes de su desaparición el diario ofrece un interesante dato que debilita esas versiones, cuando anuncia el programa de las fiestas a San Martín, con el ceremonial usual en la Plaza de 25 de mayo, el Tedeum, la iluminación al atardecer de la Jefatura, la Municipalidad y las calles principales con arquerías de gas, pero además señala como “espléndida novedad” que se iluminarán todos los buques atracados en el puerto y la “pirámide General Belgrano en la isla” (Ibídem, 20 de febrero de

---

<sup>35</sup> Al respecto el autor de la primera historia de este monumento Andrés Ivern (1969:170) cita un “suelto” del diario *El Sol* del 12 de mayo de ese año, titulado “La Pirámide en la isla”, que señala que la misma se mantiene en pie “por milagro”, ya que “su base está en un terreno movedizo, hoy enteramente cubierto de agua...Al mas insignificante empuje, la pirámide se bambolea y amenaza convertirse en ruinas” (sic).

1878: 2). Esto revela no solo que los rosarinos no lo habían olvidado, sino que además el mismo mantenía su condición simbólica.

Por su parte, como lo demuestra el dibujo de Grondona, que reproducido en litografías por Fleuty se entregaba a quienes contribuyeran con su erección, el monumento a levantarse en la ciudad es más pretencioso. Ubicado sobre una plataforma elevada rodeada de rejas y con importantes farolas en los ángulos, está compuesto por un basamento donde se ubica la imagen de Belgrano y sobre el que se eleva la pirámide que culmina en una estatua de mármol de la Victoria alada (fig. 10). Los periódicos de la época no registran más información que la nota inicial de *La Capital* y el mismo nunca se llevó a cabo.

Sin embargo intenciones de mejorar el ornato de la ciudad no faltaban. En 1876 aparece la propuesta, y el llamado a suscripción popular, llevada adelante por Alfredo de Arteaga al que se sumaron Machain y Benegas, para la construcción de un monumento conmemorativo a la paz y al trabajo, en reemplazo de “esa *pretencion* (sic) de pirámide” ubicada en la plaza 25 de Mayo:

“Se trata, pues, de levantar en la plaza principal un lindo monumento á la paz, vestido de mármol, con una estatua en la cúspide que represente la paz, y cuatro sobre su base, que representen las artes, la industria, el comercio y las ciencias” (sic) (Ibídem, 20 y 21 de marzo de 1876: 1).

Pero un año después la Comisión se aprestaba a devolver los escasos fondos recaudados, mientras que, al mismo tiempo las colonias italianas publicitan en el diario la recaudación de fondos para levantar un monumento a Víctor Manuel y en 1880 los españoles inauguran un mausoleo de la colectividad proyectado por el arquitecto B. Soler. Asimismo, a mediados de 1881 los italianos se reúnen para designar una comisión, entre cuyos vocales honorarios se encuentran Ovidio Lagos y Deolindo Muñoz,

encargada de las gestiones para levantar una estatua que honre “la memoria del héroe de ambos mundos” Giuseppe Garibaldi.

Esto es síntoma de una sociedad que aun no se ha conformado en comunidad, en la que la que priman los intereses de las colectividades, y los recurrentes reclamos de *La Capital* por la falta de actitudes de “civismo” de los rosarinos, especialmente expuestos en las fiestas patrias, dan cuenta de esa situación, que tampoco pasa desapercibida a observadores externos. Haciendo una reseña sobre la ciudad el periodista Francisco Dávila diagnostica una ausencia de “personalidad colectiva”, porque

“(…) el espíritu de sociabilidad se manifiesta aquí sólo hasta cierto punto. No obstante el trato frecuente no existe la mancomunidad fuera del interés solidario; los vínculos del afecto de raza y aun de especie se encuentran muy divididos y cada cual obedeciendo á sus propensiones ingénitas se agrupa cuando más con aquellos que hablan su lengua, piensan de igual modo y sienten y gozan al unísono” (sic) (Ibídem, 13 de julio 1895: 1).

Finalmente después de muchas protestas y proyectos ofrecidos y rechazados, el Intendente Deolindo Muñoz inaugura el 9 de julio de 1883, con la presencia del presidente de la de la República Julio Argentino Roca, el Monumento a la Independencia en la plaza 25 de Mayo, obra del escultor italiano Alejandro Biggi.<sup>36</sup> Con una elevación de doce metros la columna de mármol de Carrara, exhibe cuatro estatuas representado a Belgrano, Rivadavia, Moreno y San Martín en los ángulos del pedestal, y una de la Libertad en la cúspide (fig. 11).

Mientras se discutía la erección de este último *La Capital* recuerda que hace ya nueve años de la propuesta del monumento de Grondona que se levantaría en un sitio que permanece “abandonado e inculto”, demandando que teniendo el plano aún no se haya realizado, e informa la constitución una comisión a tal fin, estimando que el proyecto “salvo algunas

---

<sup>36</sup> Muñoz toma contacto con Biggi cuando este se encontraba en Rosario gestionando con la colectividad italiana el proyecto para el monumento a Garibaldi que se inauguraría en 1890.

desproporciones que en él se notan, es apropiado á su objeto” (sic) (Ibídem, 12 de junio de 1881: 2).

Aunque el primero desapareció y el segundo no pudo llevarse a cabo, el proyecto siguió presente en la memoria de los rosarinos hasta que el Monumento a la Bandera se hiciera realidad en 1957 y aun después, cuando en 1969 el historiador Ivern reclama la colocación de una placa recordatoria en la isla, argumentando razones patrióticas, pero que también, a tono con los debates sobre la ciudad en ese momento, explica que sería una contribución al desarrollo del mini-turismo que aparecía como nueva preocupación en la gestión urbana.

Casi cinco décadas más tarde, como en el caso de Vanzo y el escudo, artistas locales lo retoman desde nuevas miradas cuando en octubre 2015 se realiza la 11° Semana del Arte organizada por la gestión municipal bajo el lema “Agua que fluye”, impulsando una reflexión sobre la relación entre la ciudad y el río en la construcción de la identidad rosarina. Entre otras manifestaciones, Eugenia Calvo y Lila Siegrist proponen un homenaje a Grondona titulado “Fuerzas naturales” (fig.12) representado a los dos monumentos sumergidos en el lecho del río entablando un diálogo imaginario de un siglo y medio, grabado en una placa que se colocó a metros de la barranca, y que además se repitió en piezas gráficas seriadas a modo de “memorabilia”:

“En esa devastación, en el desastre, detectamos la posibilidad de un cauce poético, en el que una Atlantis turbia y ámbar nos ofrece la posibilidad de zambullirnos en nuestro pasado y recobrar tímidamente lo poco que nos cuentan los libros, los diarios (El Sol y El Independiente) sobre lo arrasado por “La Grande”. Reeditamos el arrastre (...). Un bosquejo de ingeniería a mano alzada, como póster, es lo que queda”<sup>37</sup> (Siegrist y Calvo, 2015).

---

<sup>37</sup> En: <http://lavikingacriolla.blogspot.com.ar/> Captura: 12/02/2018



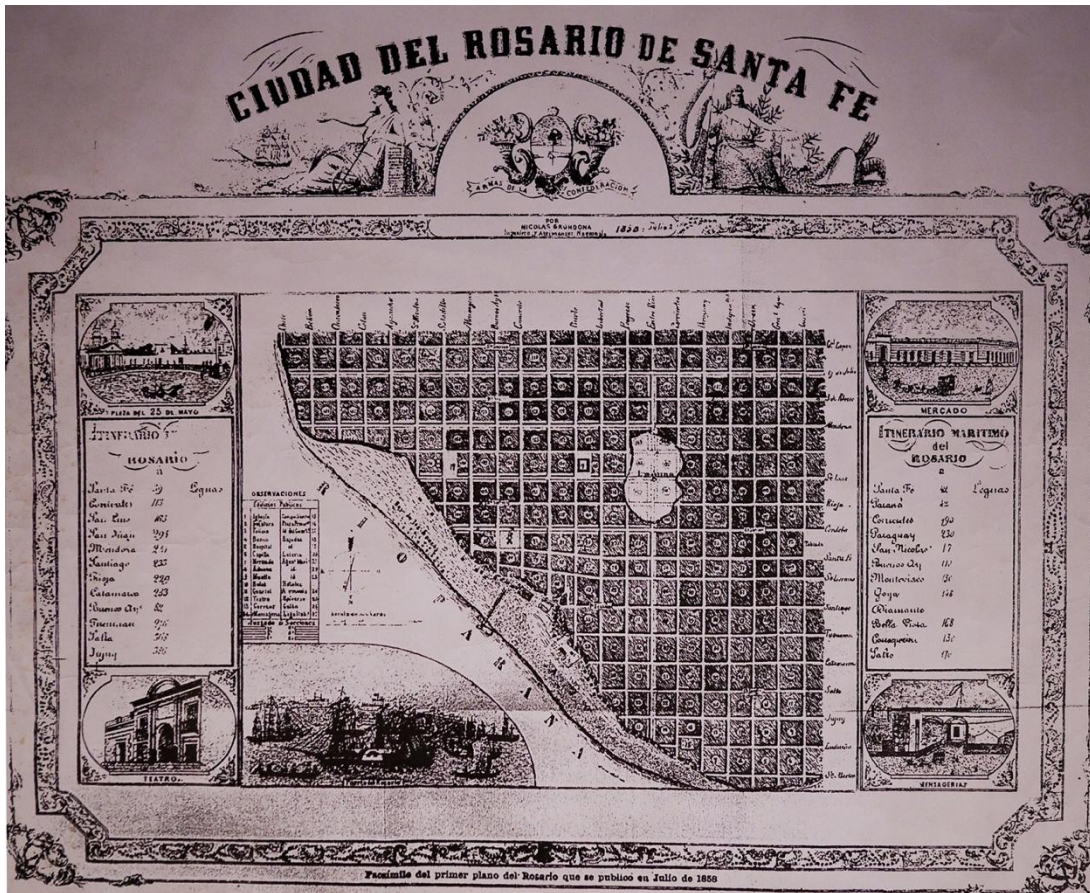


Fig.1. Plano de Nicolás Grondona 1858. Fuente: Archivo Museo de la Ciudad de Rosario.

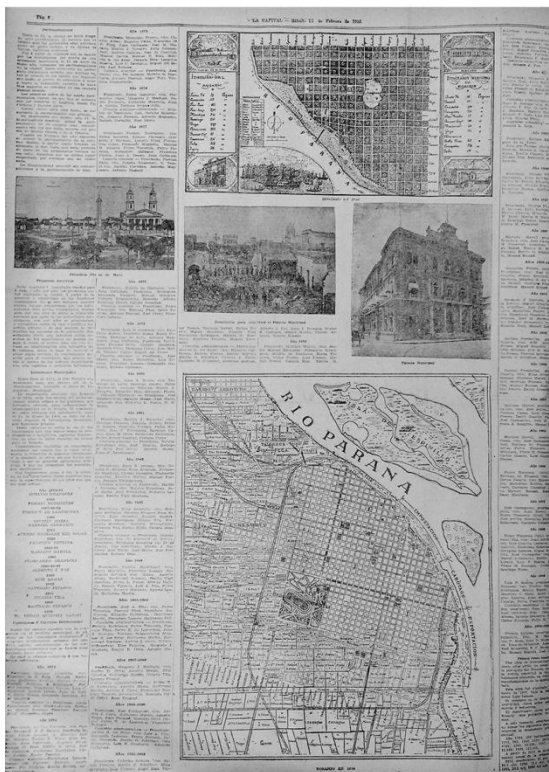


Fig. 2. «Cincuentenario de la municipalidad». Fuente: La Capital, 12 de febrero de 1910:2.



Fig. 3. «Rosario en el bicentenario». Fuente: La Capital suplemento, 25 de mayo de 2010.



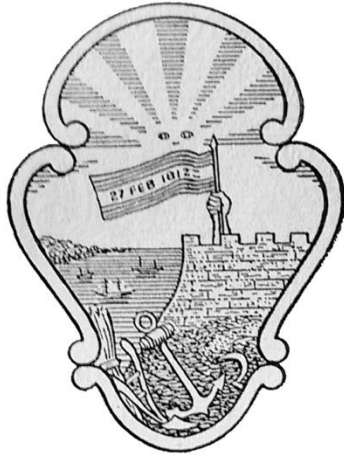


Fig. 4. Escudo de la ciudad de Rosario, original de E. Carrasco. Fuente: Córdoba de Lutges M. (1965) «Escudo de Rosario», en *Revista Historia de Rosario* N° 9, Rosario: Perelló.



Fig. 5a. El escudo en la medalla acuñada por Santiago Caccia para la inauguración del Monumento a la Independencia, 9 de julio de 1883. Fuente: <http://www.moviarg.com/medallas/WHBA.html>.

Fig. 5b. El escudo en la medalla acuñada por Marcos Vanzo en ocasión de la colocación de la piedra fundamental del Hospital Rosario, octubre 1897. Fuente: <http://www.moviarg.com/medallas/WHBA.html>



Fig. 6. Escudo oficial de Rosario desde 1964. Fuente: *Revista Historia de Rosario* N° 9, 1965. Rosario: Perelló.



Fig. 7. Reinterpretación del Escudo por Julio Vanzo s/f. Fuente: <http://heraldicaargentina.com.ar/3-SF-Rosario.htm> Captura: 30/01/2018.



Fig. 8. «Plaza de la ciudad del Rosario». Dibujo H. Meyer, Litografía Pelvilain (1857) Fuente: Archivo Museo Histórico Provincial de Rosario «Dr. Julio Marc».



Fig. 9. Monumento a la Bandera en la isla, Nicolás Grondona (1872). Fuente: Ivorn A. (1969)



Fig. 10. Proyecto Monumento a la Bandera sobre la barranca en la plaza Brown, Nicolás Grondona (1872). Fuente: Archivo Museo Histórico Provincial de Rosario «Dr. Julio Marc».



Fig. 11. Monumento a la Independencia, Alejandro Biggi (1883). Fuente: *Revista Historia de Rosario* N° 11, 1966. Rosario: Perelló.

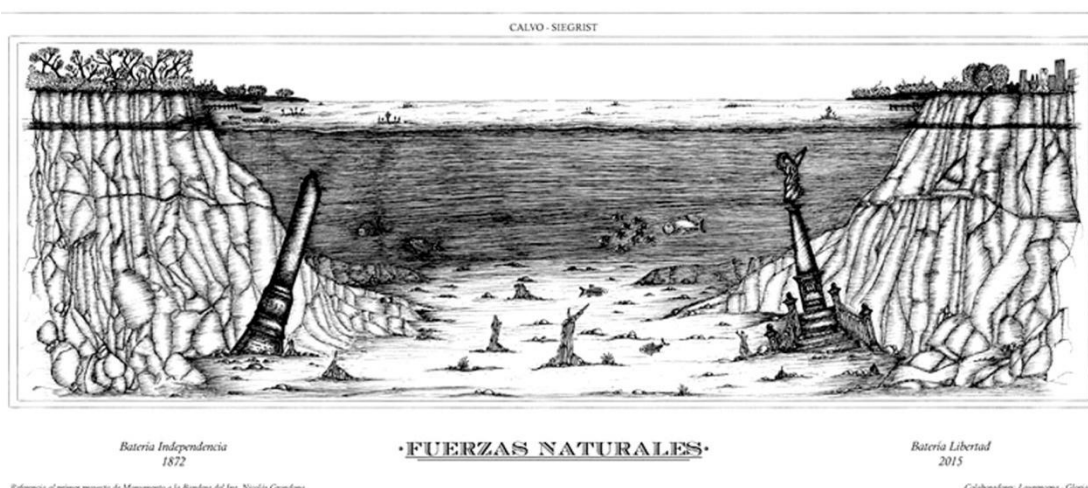


Fig. 12. «Fuerzas Naturales», grabado de Eugenia Calvo y Lila Siegrist (2015)  
Fuente: <http://lavikingacriolla.blogspot.com.ar/> Captura: 12.02.2018

## II. 2. La “Chigaco del sur”, 1880-1900.

En la década del 80 una situación económica más que favorable y los avances técnicos harán notar sus efectos tanto en la ciudad como en el periódico. En cuanto a Rosario, Gabriel Carrasco la describe como la ciudad “más hermosa, rica y poblada de la República Argentina, después de la Capital” y cuyo rápido crecimiento solo ha sido superado por Chicago, La

Plata y otras pocas ciudades de Estados Unidos. Una ciudad que se destaca por su inmenso puerto y los ferrocarriles, en la que “todos sus edificios son modernos”, la única alumbrada a gas de la provincia, con 187 cuadras empedradas en 1885 y con perspectivas de completar las obras de aguas corrientes, agregando además que en ella:

“(…) las costumbres europeas están adoptadas en un todo y cuya sociedad es distinguida, ilustrada, y como consecuencia del gran número de extranjeros, liberal, sin preocupaciones religiosas, y abierta a todas las personas honorables y dignas” (Carrasco, 1886: 572).

En el texto las características y los progresos de la provincia se demuestran con mapas que ilustran su superficie, división política, tendidos ferroviarios y de telégrafos, con cuadros demostrativos de la recaudación de las rentas, la superficie de la tierra cultivada o el movimiento de buques, pero “la arquitectura de sus ciudades” se exhibe solo con imágenes de Rosario, a excepción del Palacio Municipal de Esperanza y el Colegio Inmaculada Concepción de Santa Fe. Rosario concentra todos los íconos de lo moderno, que cuidadosamente elige Carrasco, la Fábrica del Gas merece tres láminas que prueban su rápido desarrollo a lo largo de un año en los que se construyen muelles y depósitos, la Estación del FFCA tomada desde los graneros y la vista del puerto que le permite describir además todos los edificios de la costa y los que se alzan sobre la barranca (fig.13 y14). De la ciudad alta elige las casas de Comas, Arijón, Correas y Paz, edificios “bellos, elegantes y suntuosos” pertenecientes a acomodadas familias rosarinas y el antiguo teatro de la Ópera transformado en la casa de comercio de Blyth, Lebas y Cía, que ostentaba un salón de muestras considerado único en la Argentina.

Por su parte el periódico incorpora nuevos elementos de impresión, aumento de los servicios informativos y se integran a la redacción calificados colaboradores como David Peña, Nicolás Granada o Estanislao Zeballos (*La Capital*, 1967: 26). Asimismo se asiste a un progresivo cambio hacia la



tipología de los diarios importantes o “serios” del país: gran formato o formato “sábana”, en general de ediciones de cuatro páginas, con caja tipográfica de nueve columnas de apretado texto, que ocupan prácticamente la totalidad de la hoja de exiguos márgenes; sin grandes titulares, ni un uso jerárquico significativo de los tipos, a excepción de la negrita, y sin ilustraciones. En cambio, en los avisos publicitarios y los de remates, dados sus objetivos y especificidad, se pone en juego una mayor creatividad en la producción con el juego de tipografías especiales y, en forma creciente, con dibujos que atraigan la mirada del lector; contrastando significativamente con el diseño uniforme del periódico.

Para fines de la década analizando las distintas ediciones pueden reconocerse ciertas invariantes en la organización temática: en la primera página se publica a modo de editorial sin firma, un artículo sobre temas locales o provinciales y en menor medida nacionales, mientras que en las columnas del centro aparecen artículos sobre cuestiones políticas o de actualidad a nivel internacional. Éstos se presentan con una redacción cuidada, en algunos casos con pretensiones de cientificidad, con alusiones a personalidades de prestigio e incluyendo cada vez más artículos de corresponsales extranjeros. En el espacio restante de la primera y en la segunda página se compila la transcripción literal de documentación pública, telegramas, el “Correo del Rosario” y las noticias breves -los *faits divers*- que en manos de un cronista local anónimo dan cuenta en un tono más coloquial, en algunos casos burlón y hasta irreverente, de sucesos variados vinculados a sociales, policiales, accidentes, etc., y que también se aprovechan para interpelar a las autoridades municipales, acentuando las críticas que se han expuesto en las editoriales.<sup>38</sup>

En esta prensa sin imágenes, el recurso de la descripción minuciosa se revela como capacidad indispensable de los distintos cronistas, se constituye en herramienta clave para que el lector imagine mundos y personajes

---

<sup>38</sup> La edición se completa con el movimiento comercial, portuario y ferroviario, ingreso de inmigrantes, mientras que las dos últimas páginas concentran gran cantidad de anuncios de remates, conformación de nuevas sociedades y avisos publicitarios.

lejanos o exóticos, luces y sombras, texturas y olores, que el autor dibuja con palabras. Asimismo la narración permite recrear distintas situaciones que tienen lugar en esos ámbitos, interactuando con el lector, guiándolo en la mirada o en la reflexión, construyendo un público que comparte el “contrato de lectura” que el diario ofrece.

Sin embargo, aunque para 1885 Ovidio Lagos deja el diario en manos de su hijo, el abogado Ovidio Amadeo Lagos, la línea editorial no varía sustancialmente y las ideas centrales sobre la ciudad que se construyeron desde su fundación siguen vigentes. La expresión “la Chicago del Sur” se consolida por estos años, las comparaciones entre los movimientos portuarios de ambas son permanentes, y también los diarios porteños la utilizan en sus artículos, que en muchos casos son reproducidos orgullosamente por *La Capital*.<sup>39</sup>

En ese contexto se comprende que las inauguraciones más aplaudidas por la prensa de entonces fueran las de los Graneros del Rosario y la línea del Ferrocarril Oeste Santafesino (FCOS) en 1881 y 1883, respectivamente, que se constituirán en paradigmas del progreso y la modernidad. Para la inauguración del ferrocarril impulsado por Carlos Casado, el diario destaca el accionar de los pueblos modernos que ya “no levantan arcos y adornos compuestos de lanzas, cañones y granadas. Los instrumentos del trabajo han sustituido á aquellos aparatos de destrucción” (sic) (*La Capital*, 6 de noviembre de 1883: 1). Los Graneros, por su parte, adquieren categoría de “colosal monumento” y se instituyen en modelo de las “artes útiles”. “Como monumento de arte, ellos importan un verdadero adelanto para el Rosario”, pero se trata de un monumento construido gracias a los avances de las ciencias mecánicas y al “arte del trabajo” (Ibídem, 15 de julio de 1881: 1). El cronista no apela en este caso a recursos poéticos, las descripciones centran su interés en la potencia técnica y funcional de sus instalaciones,

---

<sup>39</sup> Tal el caso, por ejemplo, de *El Standard*, cuando expresa que: “Está en la memoria de la presente generacion, que Chicago, en los Estados Unidos, no demostró tanta exportacion como el Rosario” (sic) (*La Capital*, 13 agosto de 1879:1).

dando cuentas de todos los detalles y honrando a los empresarios que lo hicieron posible, Carlos Casado, H. Thomas y E. Coffin (fig.15 y 16).

En cambio, la fascinación por los graneros en toda su capacidad simbólica se revela en la *Descripción Geográfica* de Gabriel Carrasco, a quien el edificio lo remite a figuras orgánicas, de animales fabulosos, entre enigmáticos y míticos, que configuran una imagen sobrenatural de efectivo impacto en los imaginarios colectivos:

“(…) contiguo a la estación del Ferro-carril Central Argentino, se alza majestuoso un soberbio edificio, flanqueado por dos elevadas torres, dominado por una altísima chimenea, y lanzando hacia el río, como para detener a los buques que pasen a su lado, un monstruoso brazo en cuya extremidad se aperciben las bocas sombrías de dos grandes túneles.

Aquel edificio de extraño aspecto, con siete pisos, coronado de humo, y en cuyas entrañas se perciben cien ruidos distintos, como si se renovaran en su interior los combates de los monstruos antidiluvianos, es SIMPLEMENTE un granero!

¡LOS GRANEROS DEL ROSARIO!” (Carrasco, 1886: 506)

Los Graneros ofrecen además la posibilidad observar la ciudad desde lo alto. El periodista explica sorprendido que “Desde sus mas elevados pisos se domina completamente la ciudad y todos los rumbos determinados en la rosa de los vientos hasta mas de dos leguas de distancia” (sic) (*La Capital* 15 de julio de 1881: 1), anticipando la experiencia de los rosarinos que viajen a la Exposición Universal de París en 1889, entre ellos el propio Carrasco (1890: 263), quien describe la ascensión a la Torre Eiffel de similar modo: no es él quien se eleva sino que París “se hunde” mientras que “sus alrededores se extienden hasta perderse de vista en el horizonte” (sic).

Nuevas “fiestas del progreso”, como las denomina el diario, tendrán lugar en 1887, la prolongación de la vía férrea del FCOS de Villa Casilda a la Guardia de la Esquina y la inauguración de la vía del tramway que corre desde la plaza 25 de Mayo al Arroyito. La crónica del acto de apertura de la extensión

ferroviaria devela el entusiasmo que estos progresos despiertan, en un relato casi épico el diario expresa:

“A la hora indicada, el silbato de la locomotora dio la señal de partir. La banda hizo oír sus ecos armoniosos con una marcha bélica, -aunque no íbamos a la guerra-, la marcha era guerrera, pero de la guerra de este siglo, que vence y convence sin herir ni matar, edificando y no demoliendo, poblando y no despoblando; la guerra que hace la civilización a favor del trabajo, batallando contra la ignorancia, avanzando sobre los terrenos incultos, para poblarlos de familias, para cultivarlos y hacerlos fecundos para la humanidad” (sic) (Ibídem, 28 y 29 de marzo de 1887: 1).

Son los años de crecimiento inusitado de Rosario que el periódico *La Patria* de Buenos Aires titula “La fiebre del progreso” en un extenso artículo que describe una ciudad, que aunque no tiene el puerto que debiera, revela una prosperidad que “no se detendrá ya”, y para orgullo de los rosarinos exclama: “¡Ojalá que la fiebre de progreso que se ha posesionado del Rosario, (...) se convirtiera en la enfermedad endémica de toda la República!”<sup>40</sup> (Ibídem, 24 de junio de 1887: 1).

De aquí en adelante la referente ineludible será Chicago, el 15 de setiembre de 1894 el diario de los Lagos publica un artículo titulado “Fundacion del Rosario –La Chicago Sud-Americana” (sic), celebrando un curioso ochenta aniversario de la fundación de la “ciudad-puerto” por decreto del “Supremo Director del Estado que ordenó su formación como simple aldehuela” (sic)<sup>41</sup>, sin agregar más datos al respecto y destacando solo unas escasas

---

<sup>40</sup> Expresiones similares se encuentran en otros diarios porteños, entre ellos el *South American Journal* publica un relato similar pero fortalecido con datos y cifras demostrativas. (reproducido en *La Capital*, 6 de julio de 1887)

<sup>41</sup> La fecha tomada como fundación hace referencia a una disposición del Director Supremo Gervasio Antonio de Posadas para que los municipios presentasen proyectos “tendientes al desarrollo de la agricultura, la industria, las artes, el comercio, la prosperidad y adelantamiento de los respectivos pueblos”. El capitán de milicias P. Moreno, considerando que el mal estado del desarrollo agrícola se debe a la falta de terrenos libres de ganado y a la confusión de límites por falta de cercos, propone establecer un espacio de tres cuartos de legua sobre el Paraná dividido en chacras. El 15 de setiembre de 1814 Posadas aprueba el plan, previa mensura y delineación de una calle de veinte varas para comunicación de las chacras con la Plaza y otras menores. El decreto no se cumplió por litigios entre propietarios y por la dimisión de Posadas poco tiempo después. (Cfr. con Álvarez J.,1998: 188/190)

efemérides: la creación de la bandera en 1812, la firma del armisticio entre el General Juan José Viamonte y el Teniente Coronel Estanislao López en 1819, la declaración de villa en 1823 y de ciudad en 1854, la creación de la municipalidad entre 1858-60, a las que suma la inauguración del FFCA en 1863, el hilo telegráfico en 1869 y Colegio Nacional en 1875.

Frente a ese pasado escaso en fechas ilustres se contrapone la ciudad contemporánea con el movimiento de su puerto, “en cuyo su radio inmensamente agrandado la munificencia tiene sus palacios”, con las industrias, los talleres y teatros, “con esa incansable vida de animación, con ese su carácter peculiarísimo de americanismo que la ha hecho galardonarse con el justificado título de la «Chicago argentina»”, y a la que también, por qué no, puede compararse con Liverpool (Ibídem, 21 de abril 1894: 1). La Exposición Universal de Chicago de 1893 dará lugar a numerosas notas en las que se relata la historia, se describen los progresos y se da cuenta de las características de aquella ciudad que opera como referente.

Al mismo tiempo, como en las décadas anteriores, se mantienen las opiniones ambivalentes respecto de la relevancia de las cuestiones vinculadas a los temas artísticos o literarios. En 1884 el diario se defiende de los “*touristes*” que repetían el “estribillo fastidioso: Aquí no hay sociedad, ni menos poetas ni literatos ú hombres de letras: aquí solo hay un torbellino comercial”, al tiempo que reconoce que “prevalece efectivamente la fiebre de la industria y el comercio”, por lo cual “la fisonomía destacante del Rosario es indudablemente la del trabajo activo” (sic) (Ibídem, 18 de enero de 1884:1).

Sin embargo, comentando que la venta anticipada del abono para la temporada de una compañía lírica que actuaría en Buenos Aires se cubrió completamente, interpelará a los vecinos ante la apertura del abono para el mismo espectáculo en Rosario: “¿podremos decir, como el público de Buenos Aires, que él se ha cubierto en tres días?” (Ibídem, 25 de marzo de 1887: 1). Asimismo comienza a publicar notas sobre los primeros artistas



rosarinos, especialmente las pinturas de Pedro Blanqué y los grupos escultóricos de Luis Fontana, evidenciando un particular interés por las estatuas. Aunque las mismas no hayan sido merecedoras de una nota editorial, desde la pirámide en la ciudad de Tandil o los numerosos proyectos dedicados a la memoria de Urquiza o Alsina, hasta el monumento a Colón en Méjico y, por supuesto, las estatuas parisinas y la de la Libertad en Nueva York, entre otras varias, iban siendo sistemáticamente objeto de consideración, alentando quizá la erección de alguna en beneficio del “ornato” de la ciudad, aunque en muchas ocasiones prefiera dejarlas en suspenso para favorecer otros emprendimientos considerados más útiles.

En este marco al iniciar la década del 90, en la mirada a la ciudad, el diario reitera las temáticas conocidas pero incorpora también las actividades vinculadas a la sociabilidad y la cultura. En “El Rosario por dentro”, destacando su crecimiento a pesar de la crisis económica nacional, señala que algunos podrían pensar que en “la joven *urbis*, que puede apellidarse la reina del Paraná, con el mismo derecho que la inmensa Buenos Aires se hace llamar la reina del Plata”, se ha producido un milagro, pero aclara inmediatamente que se trata del “milagro del trabajo del hombre, único factible y verosímil”. Resultado del esfuerzo propio “nada debe á nadie; cuanto vale y cuanto tiene, moral y materialmente hablando, le pertenece” (sic). Pero ahora explica que no se trabaja solo para “rendir culto a Midas”, sino que los rosarinos siguen “la máxima yankee” que postula aunar «lo útil con lo agradable»; lo que les permite conocer “el *savoir vivre*”. Esto se percibe en la moda, en la comida y además, como se trata de una población cosmopolita, en los numerosos centros constituidos por diversas nacionalidades, en las tertulias y en los clubes sociales en los que “Terpsicore y Talia, tienen sus templos”, así como en el baile y el teatro que permiten romper la monotonía de los ininterrumpidos días de trabajo (Ibídem, 20 de setiembre de 1891: 1).

Ese mismo año muere Ovidio Lagos, el fundador, su hijo y luego su nieto continuarán impulsando los proyectos sobre los que aquel tanto había

escrito y gestionado, fundamentalmente la construcción de un puerto moderno y la canalización del paso de Martín García, ley que había se había sancionado por su iniciativa mientras se desempeñara como diputado, y asimismo persistirán en sus reclamos por la instalación de más establecimientos educativos, de una escuela de artes y oficios y otra de agronomía, un asilo de inmigrantes y por la organización de instituciones que se entendían como garantes del desarrollo de las actividades principales de la región.

Pero los dos grandes temas alrededor de los cuales se construirán nuevos imaginarios y que concentrarán la mayor atención del diario durante la década del 90 serán por un lado, la “cuestión puerto” que enfrentará a Rosario con Buenos Aires primero y se convertirá luego en una verdadera batalla entre ciudades y, por otro lado, la “cuestión capital” ahora de la provincia.

Las críticas respecto a las gobernaciones santafesinas llevaban ya más de tres décadas vinculadas tanto al hecho de que el jefe político de la ciudad no era elegido por los vecinos sino designado por el gobernador, que de tal modo se garantiza el control de la gestión municipal rosarina hasta 1884 en que se instala la figura del Intendente electo<sup>42</sup>; como así también a la legislación electoral que aseguraba numéricamente el triunfo del norte sobre el sur provincial, restando toda participación decisiva a la ciudad de Rosario que contaba con la mayor cantidad de habitantes y que realizaba los mayores aportes a la renta provincial sin que ello se tradujera en obras para la ciudad.

---

<sup>42</sup> Explica M. A. de Marco (2017) que aun en esta cuestión “el galvismo sacó provecho de las dificultades producidas en Rosario en la implementación de la ley de 1883, porque al término del mandato del primer intendente electivo, don Octavio Grandoli, 1884-1885, y de los municipales, no se aprobó la elección de los que debían entrar en posesión de su banca el 1 de enero de 1886, produciéndose una acefalía. De esa manera el gobierno provincial nombró interinamente una comisión municipal integrada por personalidades que adherían al oficialismo: Fermín Rodríguez, Pedro T. de Larrechea, Juan José Benegas, Ventura Brignardello (h), Natalio Ricardone y Agustín Mazza, entre otros. Desde finales de 1887 y hasta el 11 de marzo de 1888 la municipalidad volvió a quedar acéfala por renuncia de sus miembros y nuevamente la provincia designó una nueva Comisión Administradora, encargando a su presidente actuar en calidad de intendente”.

Ovidio Lagos, padre e hijo, y más tarde Deolindo Muñoz director de *El Municipio*, serán férreos opositores a estas políticas llevadas adelante por sucesión de los “gobiernos de familia”, encarnados en los gobernadores situacionistas Cabal, Iriondo, Zavalla, Gálvez, Leiva y Cafferata, lo que les significó la clausura de los diarios, la prisión y en el caso de Lagos el exilio a Buenos Aires durante los años 1877 y 78. El tema será objeto de numerosas notas editoriales, en la cuales desde principios de 1893 se advierte el reemplazo del discurso apoyado solo en la crítica, por otro que alienta acciones concretas que pongan límites al problema, puesto que la hegemonía de la capital “caducó definitivamente, porque la importancia de la ciudad del Rosario en virtud de la eterna ley de las compensaciones, exige la participación correspondiente de sus hombres en la gestión de la cosa pública” (sic), convocando a los ciudadanos a concentrar fuerzas para conseguir lo que consideraba una reparación histórica (Ibídem, 15 de marzo de 1893: 1).

Poco después da publicidad a un escrito anónimo titulado “Un nuevo partido (Proyecto de Programa formulado por un miembro, sometido al estudio de sus correligionarios) -La ciudad del Rosario Capital de la Provincia”. En el mismo se propone, entre otras cuestiones, que si no se trasladara la capital, Rosario “fuera independizado constituyendo una ciudad libre ligada al resto de la provincia solamente por un pacto federal, en el que se determinase la proporción que debía contribuir a los gastos públicos”; así como también que no se limite la participación de los extranjeros en cargos públicos y se conceda voto activo a los mismos después de un determinado periodo de residencia (Ibídem, 16 de setiembre de 1893:1). Si bien en esta oportunidad el diario aclara que el tema no forma parte de su programa, a inicios del próximo año, expresa con determinación:

“Pregúntese á cada ciudadano, á cada vecino, á cada comerciante del Rosario, donde está la causa de tantos males, y señalará con acierto el punto de donde arranca su origen...

¿Por qué no remediarlo entonces? (...)

La opinión pública ha de acompañarnos en la penosa tarea que emprendemos. Ella nos servirá de apoyo, nos dará fuerza y alentará nuestro empeño.

A las ondas tumultuosas de la opinión lanzamos esta cuestión:

*La capital de la provincia debe ser en el Rosario*” (sic) (Ibídem, 24 de marzo de 1894: 1).

A partir de allí se suceden una serie de notas que denuncian a “las funestas oligarquias, (...) como una enfermedad interna en el organismo político”, que han oprimido al Rosario con “humillaciones y extravíos”, como “hijos de un monopolio que arruina, cansa y desalienta” (sic) (Ibídem, 12 de julio de 1894: 1). Detallando todo lo que Santa Fe le niega señala la inexistencia de representantes en la legislatura elegidos por el pueblo, así como la actuación de la policía y la justicia, también dependientes de aquella, que nunca inspiraron confianza y la falta de apoyo del Banco Provincial al comercio y la industria, interrogando:

“¿Por qué, preguntamos, tanto odio al Rosario?

Nuestra es la razón y la justicia nos acompaña. Ejercitemos, pues, el derecho que la constitución nos confiere reuniéndonos en las plazas públicas para solicitar en forma legal lo que realmente nos pertenece” (sic) (Ibídem, 10 de agosto 1894:1).

¿Cuál había sido la causa del rápido cambio de opinión del diario? Sin dudas su posición “mitrista” le impidió sumarse a la propuesta del correligionario, aun cuando toda su prédica coincidía con ella; pero el hecho de que en 1894 el gobernador Leiva proponga construir el puerto de Santa Fe, se constituirá en el detonante para el inicio de una campaña vehemente para instalar la “cuestión capital” en la opinión pública.

Si el tono de las críticas había sido siempre un tanto despectivo y no desprovisto de cierta agresividad, a partir del anuncio oficial el discurso periodístico se tornará virulento y exasperado, no solo contra el gobierno de la provincia, sino también contra la ciudad de Santa Fe y alguna de sus instituciones, especialmente la Universidad. Los miembros del gobierno

provincial son calificados de “aventureros políticos”, “plaga” que produce el “envenenamiento de las arterias”, y se lo caracteriza por el “desquicio”, la “inercia”, la “prepotencia”, el “nepotismo”. El diario analizará minuciosamente todas las variantes referidas al puerto en Santa Fe, su factibilidad para la navegación de ultramar, las cuestiones técnicas, los costos del emprendimiento, y en ocasiones también utilizará cierto humor mordaz:

“Si es tan costoso hacerle á Santa Fé ese puerto (...) mejor será llevar la ciudad (...) a la costa del río Paraná, tal vez sea mas económico, mas seguro y mas higiénico. (...)

Santa Fé fue siempre el paradero de los empleómanos. Hasta hace poco tiempo el reposo de la siesta era una imposición en todo el personal de la administración pública” (sic) (Ibídem, 27 de setiembre de 1894: 1).

De este modo comienza un proceso de deslegitimación de aquella ciudad, procurando demostrar que no merece ser la capital, porque “respira sueño, languidez, enervamiento elaborado por la constancia de aquellas dinastías que han formado ya su atmósfera envenenadora desde hace medio siglo” (Ibídem, 1 de junio 1895: 1), considerando además que es una “anomalía del progreso” que una ciudad de veinte mil habitantes subordine a otra de cien mil, “simplemente á título de predominio tradicional” (Ibídem, 8 de febrero de 1896: 1). En esa estrategia los títulos de las notas de opinión sobre el tema se repiten regularmente, “Obra del localismo”, “Odio al Rosario” o “Todo para Santa Fe”, y obviamente “La capital en el Rosario” aparecen en numerosas ocasiones, operando como formas breves de propaganda que se incorporan con rapidez a la memoria de los lectores (fig. 17).

En esta lucha los santafesinos, que tildan a la ciudad de Rosario de “aristocracia de pulpería”, construyen también argumentos en su defensa, que *La Capital* reproduce y discute. El periódico *Nueva Época* expresa que Santa Fe es la capital “por tradición y por posición topográfica”, erigiéndola en la madre “que amamantó al Rosario y le prestó cuidados sin cuento”, lo que desató una serie desairadas respuestas rebatiendo esas frágiles fundamentaciones (Ibídem, 23 octubre de 1896: 1).

El diario oficialista *La Unión Provincial* preferirá en cambio hacer énfasis en lo que constituía la debilidad rosarina, destacando que Santa Fe es el “centro intelectual, el cerebro de la provincia”, porque en ella se encuentran radicados la Universidad y el bachillerato y de allí han surgido “las mayores ilustraciones de la provincia” (Ibídem, 24 de octubre de 1896), desplazando el eje de la polémica hacia la tradiciones y la cultura. En ese plano se refutará que esa Universidad es una “institución inútil” o un “lujo capitalino” que solo produce gastos, mientras que respecto de la participación en la historia nacional se arguye que

“También es histórico el Rosario, tanto ó mas que Santa-Fé, desde que en nuestros derruidos torreones flameó por primera vez la enseña de la patria (...)

Si por blasones hubiese de medirse la importancia de las ciudades, á nosotros tocarían el mejor lote” (sic) (Ibídem, 10 de abril 1896: 1).

A pesar de los intensos debates y aunque el diario declama que esta es una aspiración de todos y que cuenta con el apoyo unánime de la prensa rosarina, a partir de 1897 la “cuestión capital” comienza a diluirse, y finalizando el siglo se aceptará que “la ubicación de la capital es un problema cuya solución vendrá a su tiempo” (sic) (Ibídem, 28 de noviembre 1899: 1), aunque esto no significa que la pretensión quede en el olvido.

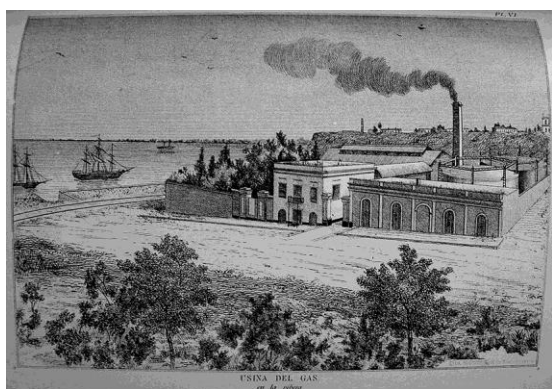


Fig. 13. «Usina del Gas». Fuente: Carrasco G. (1886).

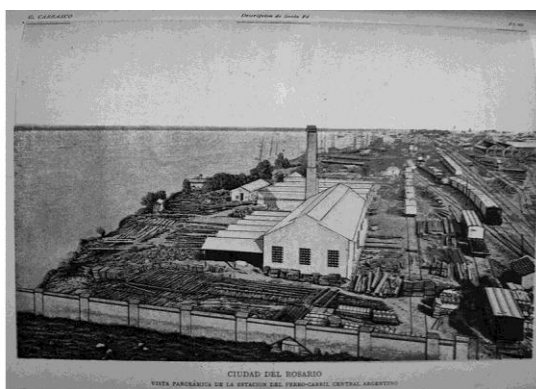


Fig. 14. «Vista panorámica de la Estación del Ferrocarril Central Argentino». Fuente: Carrasco, 1886.



Fig. 17. Titulares de *La Capital* que reflejan la disputa contra Santa Fe (1895-6).

### II. 3. Hacia “La cuna de la Bandera”, 1900-1910.

A principios del siglo XX la “Chicago del Sud” registra 112.461 habitantes, su aspecto arquitectónico se ha renovado en el área central, cuenta con nuevos lugares de recreo, obra de la intendencia de Lamas, sus actividades comerciales siguen en continuo crecimiento y todas las expectativas están puestas en la próxima construcción del moderno puerto.

Por su parte *La Capital*, cuyas páginas iban cubriéndose de motivos art nouveau y fotografías que reemplazan a los grabados, incorpora en 1905 nuevas máquinas de impresión y aparece con nuevo formato ubicando los avisos en la primera plana al igual que el diario *La Nación*. El primer número del año es una edición especial de dieciséis páginas con una importante cantidad de colaboraciones literarias y el resto del año ocho páginas permanentes, lo que continuará toda la década, con alguna esporádica inclusión del color. El estilo periodístico también se moderniza, cada vez más

va limitándose estrictamente a la publicación de las noticias, en un discurso sintético y sin la adjetivación exagerada del siglo anterior, a excepción obviamente de la nota editorial y de algunos temas que el diario milita especialmente, como los conflictos con la empresa que construye el puerto, las disputas con el gobierno provincial y el centralismo porteño, y las obras de la ciudad para los festejos del Centenario.

Poco después de la colocación de la piedra fundamental de las obras del puerto, reaparece la “cuestión capital” de la provincia cuando a fines de 1902 el diario *El Municipio* inicia una nueva campaña, sumando adhesiones y proponiendo la creación de un Comité político que impulse el traslado. Aunque *La Capital* lo desmiente, reproduce un sugerente artículo de *Tribuna* de Buenos Aires que, con motivo de la visita presidencial a Rosario y Santa Fe, compara ambas ciudades presentándolas como el presente en permanente cambio y el pasado inerte, respectivamente. Por sus características Rosario se relaciona “con la metrópoli en análoga situación a Filadelfia con respecto a Nueva York”, y en ella se conjugan el “bosque de chimeneas” con “paseos rebosantes”, al tiempo que “deja la sensación de una improvisada damita de salón”, lo que se revela incluso en su configuración física que se reconoce como “un abanico de vainillaje deslumbrante, coronado por el encaje del Paraná que gentilmente se comba para darle la forma del eterno compañero de las travesuras femeninas”. Santa Fe en cambio es “la vieja ciudad señorial (...) que se conserva como una cristalización”, a la que despectivamente se la asemeja a los antiguos nobles encerrados en sus castillos frente al surgimiento de la moderna burguesía (Ibídem, 5 de noviembre de 1902: 1).

Los primeros días de 1903 *La Capital* expresa en tono de autocrítica que el fracaso respecto de los cambios pretendidos en la política santafesina ha sido culpa de los propios rosarinos, proponiendo entonces la formación de un nuevo partido político local “que sustentando un programa netamente santafesino, sea á la vez columna sólida de aspiraciones genuinamente rosarinas” (Ibídem, 11 de enero 1903: 1). Al año siguiente retoma la idea de



radicar la capital en la ciudad asegurando que toda la prensa y los partidos políticos acuerdan y destacando el apoyo de “personalidades conspicuas como los doctores Machado y Zeballos” (Ibídem, 24 de junio de 1904: 1), asegurando con tono optimista que su concreción está “mas próxima de lo que muchos piensan” porque “es la ley de las evoluciones tranquilas de la cultura cívica y moral de estos pueblos que van tomando posesión de sus derechos y velando celosamente por sus intereses” (Ibídem, 26 de junio de 1904: 1). Una nota firmada por Federico B. Valdez en el primer número de 1905 imagina, en un intento conciliador, el destino de ambas ciudades si el traslado se concretara:

“Rosario, asiento de los poderes públicos, capital consagrada por el poder del trabajo, ennoblecida por los títulos del valor y el sacrificio, restablecería el funcionamiento de este organismo deforme imponiéndole la savia fecunda de sus energías (...).

Y Santa Fe, la ciudad colonial, arrullada por los recuerdos, engrandecida por el esfuerzo propio de sus hijos, seguirá siendo el depósito de nuestras tradiciones, á donde acudiremos en la sucesión de los tiempos, para rescatar el gérmen nativo de las instituciones; como en otrora el pueblo escogido remontaba la cumbre histórica para afianzar la ley de sus profetas (...)” (sic) (Ibídem, 1 de enero de 1905: 8)

Durante los siguientes años nuevas críticas conocidas o renovadas por nuevas circunstancias que demuestran el olvido del Rosario se reiterarán junto a la oposición al “negocio del puerto de ultramar” en la ciudad de Santa Fe que amenazaba complicaciones en las arcas provinciales. Por otro lado la constitución de la “Liga del Sur” en noviembre de 1908, cuyo principal exponente será Lisandro de la Torre -y a cuyas filas se sumarán los Lagos-, concentrará estas disconformidades, y llevará explícito en su programa la autonomía para la ciudad de Rosario y Casilda, para poco más tarde volver a reclamar la capital en Rosario.

El tema parecía haber tomado gran significación, en Santa Fe convocan a los “vecinos más antiguos” a organizarse para solicitar a la legislatura que no

se haga lugar al traslado (Ibídem, 21 de mayo de 1909: 2) y aunque la idea será apoyada con elogiosas palabras por los viajeros ilustres del Centenario como Jorge Clemenceau y Enrique Ferri, no se materializa. Sin embargo arraiga un imaginario que se mantiene activo y reaparece hasta hoy en los debates de la sociedad rosarina, en el que tanto la caracterización de la ciudad de Santa Fe como los reclamos por los recursos para el municipio siguen vigentes.<sup>43</sup>

Por esos mismos años los próximos festejos del Centenario alentarán nuevos imaginarios y nuevas representaciones, entre ellas comienza a emerger la imagen “Rosario cuna de la Bandera” haciendo frente a la de “ciudad fenicia” que el propio diario *La Capital* había estimulado, pero manteniendo vigente “la Chicago del sur”, que complementariamente convive con la primera.

Ya en 1898 el intendente Lamas había retomado la idea de levantar un monumento a la bandera y diligentemente se organizaron los festejos de la colocación de la piedra fundamental para el 9 de julio de ese mismo año, en el lugar que había propuesto Grondona cuya historicidad será verificada con la conformación de una comisión de vecinos a tal efecto.<sup>44</sup> La entonces plaza Almirante Brown se llamará a partir de allí General Belgrano, y será objeto de un ensanche para lo cual se decreta la expropiación de los lotes adyacentes entre las calles 1º de mayo, 25 de diciembre, Córdoba y Santa

---

<sup>43</sup> Al respecto el 16 de julio de 2016, Ricciardino, L. escribe en *Rosario 12* “Un recuerdo notable para esta ciudad y su puerto”, allí dice: “En unas pocas horas de estadía en Rosario, el experimentado ojo de Clemenceau nota dos cosas trascendentes: Que estando en esta ciudad «no estamos todavía separados de la vida de Buenos Aires». Y también «la rivalidad que pone frente a frente a la segunda capital de la República con Santa Fe, la capital histórica de la provincia». Dice Clemenceau: «Rosario se queja, con alguna apariencia de razón de que la enorme cantidad de impuestos que paga a la cajas públicas no le aprovecha en la proporción a la que su cifra de población le da derecho».

A pocos años del Bicentenario de la Nación Argentina y a casi 80 de la muerte de Clemenceau, muchas son las cosas que éste escribió en sus crónicas de 1911 en *L'illustration* de París, que aún guardan alguna similitud con el presente, como por ejemplo, las dos cosas que el francés nota inmediatamente en su llegada a Rosario. ¿O, acaso, esta ciudad ha dejado de quejarse de la cantidad que tributa al gobierno provincial y cómo esos impuestos vuelven en servicios y asistencia?”

En <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/rosario/> Captura: 20/12/2017

<sup>44</sup> Los informes emitidos se encuentran en Lassaga C. (1930) *La Bandera Argentina*, en <http://www.argentinahistorica.com.ar/>

Fe, así como de aquellos necesarios para abrir la “avenida del Juramento” que la vincule con la plaza 25 de Mayo. En ese contexto se modifican también los nombres de algunas calles por otros vinculados a la historia nacional: Comercio cambiará por Laprida, Aduana por Maipú, Libertad por General Arenales (más tarde Sarmiento) y Progreso por Mitre.

El monumento es considerado una obra de interés nacional y ese carácter se pretende darle a las fiestas, que podrán resultar “espléndidas”, pero “no serán solemnes” porque “le falta, digámoslo bien alto y protestando (...), que el Rosario sea lo que hace años debiera ser- la capital de la provincia” (Ibídem, 3 de Julio 1898: 1). Aun así, estas fiestas julias serán sin dudas las más importantes del siglo XIX y, entendidas como espacio de referentes identitarios, las autoridades pondrán en juego toda una serie de recursos simbólicos. La bandera original que llega de Jujuy al efecto será transportada en un carruaje suntuoso hasta la iglesia y luego al palacio municipal y será honrada por una imponente procesión cívica a la que han sido convocadas todas las instituciones de la ciudad, convirtiendo al espacio urbano en vehiculizador de sentidos e intercambios simbólicos que intentan operar sobre la subjetividad de una sociedad que continuaba recibiendo contingentes inmigratorios.

En ese marco, el evento será la condición de posibilidad para que por primera vez adhiera a una fiesta patria la colectividad española en la procesión cívica, en un nuevo contexto que pondrá en dudas el presupuesto antiespañol propio del siglo XIX, propiciando una rehabilitación del legado de la España conquistadora. Estas ideas se encuentran presentes en nuevos discursos conciliadores, en lo que mucho influirán las relaciones que se establecen entre los intelectuales argentinos y el regeneracionismo español del '98, particularmente a través de la figura de Unamuno.<sup>45</sup>

---

<sup>45</sup> Estos discursos se fortalecerán en los años siguientes fundamentalmente en la obra de Manuel Gálvez y Ricardo Rojas, cuya obra *Cosmópolis* empieza a comentarse en el diario *La Capital* del 30 de mayo de 1909.

*La Capital* tiene muy en claro el valor de estas producciones simbólicas en tanto intento de “reequ岸par” a la nación, activando esencias perdidas, recuperando tradiciones, elaborando modelos formadores para la construcción de ciudadanía. Por esto reclama la presencia del presidente Uruburu en los actos, para refrendar la importancia que la obra tenía porque “La idea de la patria, esta misma entidad difícil de definir y precisar, es necesario autorizarla, darle una representación simbólica y de allí nace la bandera, que se identifica con ella” (Ibídem, 9 de junio de 1898: 1).

En esa misma dirección de sentido, la erección del monumento inspira discursos que reposicionan la imagen de ciudad, entre ellos, en la exposición en la legislatura provincial el diputado Enrique Sempé, solicitando recursos para el proyecto, hace notar que Rosario “reveló no ser la ciudad cartaginesa del Mediterráneo, ni la ciudad fenicia de los pasados tiempos. Hay en ella fibra patriótica, sentimiento de nacionalidad y culto por la tradición de nuestras glorias”<sup>46</sup> (Ibídem, 4 de setiembre de 1898: 1).

Por su parte el surgimiento de la pintura histórica en Rosario de la mano de Pedro Blanqué, pintor catalán que se instala en la ciudad en 1880, proveerá las imágenes que recrean el acontecimiento e instalan la figura del héroe en la memoria colectiva. En 1895 Blanqué realiza un óleo de importantes dimensiones titulado “Creación y Jura de la Bandera a orillas del río Paraná” (fig. 18), actualmente en el Museo Histórico Provincial Dr. J. Marc de Rosario, y en 1899 según señala *La Capital* expone dos pinturas, “Nuestra Señora de las Mercedes generalísima del ejército” e “Inauguración de la bandera argentina”, copias de las cuales fueron distribuidas en cien mil fototipias en las repúblicas sudamericanas y también se incorporaron en “el texto de historia argentina”<sup>47</sup> (Ibídem, 12 de julio de 1899: 2).

---

<sup>46</sup> En ese contexto, sostiene Ivern (1969: 176) que se acuña la expresión “La ciudad de Rosario fue Cuna de la Bandera”, que se encontraba inscrita en el palco oficial. En realidad no es que la misma frase no se hubiera usado antes, sino que adquiere connotación simbólica al formar parte del ritual festivo.

<sup>47</sup> Si bien el diario no ofrece más datos, el segundo de los cuadros se encuentra mencionado como “27 de Febrero de 1812: Inauguración de la bandera argentina”, en el Boletín de Educación Nro. 64, Febrero 1896 (Año VI), en *PROYECTO MUSEO EDUCATIVO VIRTUAL DE ENTRE RIOS*. En:

En decidido apoyo a la erección del monumento el diario utilizará distintas estrategias. El 5 de mayo aparece por primera vez el nombre de Lola Mora en una nota de Ettore Mosca desde Roma donde la escultora se encontraba perfeccionándose. El 27 de diciembre de 1902 tomado de un artículo de *La Nación* se anuncia que la escultora ha finalizado el boceto del monumento, aunque no mediara ningún pedido oficial. Seguramente debido al momento de mayor éxito de aquella *La Capital* abogará porque el proyecto se le encargue evitando el concurso que había propuesto la intendencia. Con ese objetivo, a inicios de 1903, envía un corresponsal al taller de Lola Mora en Buenos Aires, que elogiosamente describirá luego sus obras, recogiendo además opiniones favorables de distintas personalidades de la política y de la cultura y proponiendo que el monumento se inaugure para las fiestas del Centenario.

En 1904 inicia una serie de reclamos ante un “silencio inexplicable” sobre el tema y el 9 de julio de 1906 junto al homenaje a la Independencia dedica las dos siguientes páginas, profusamente ilustradas con fotografías, a honrar la memoria de Manuel Belgrano (fig.19). Las demandas a la comisión responsable de la construcción del monumento continúan junto a las protestas porque no se organiza nada para la celebración del Centenario. Finalmente aunque en mayo de 1909 el estado nacional suscribe el contrato con Lola Mora y en octubre el Concejo Deliberante trata el despacho de Obras Públicas aconsejando la expropiación de los terrenos de la manzana comprendida entre las calles 25 de diciembre, Buenos Aires, Santa Fe y Av. Belgrano para la Terraza del Centenario<sup>48</sup>, el 4 de julio resignadamente el diario expresa que la inauguración del Monumento a la Bandera quedará para 1916 (fig.20).

Cuando las innovaciones técnicas y las actualizaciones en el diseño permitan a *La Capital* construir sus propias representaciones visuales, estas

---

<http://biblioteca.cfi.org.ar/wp-content/uploads/sites/2/2015/06/50241.pdf> 1. Captura: 26/01/2018.

<sup>48</sup> En esa misma sesión se tratan los honorarios del arquitecto Mr Bouvard para confeccionar planos de embellecimiento de la ciudad y se sanciona la creación de una biblioteca pública en conmemoración al Centenario.

se presentarán como portadas el primer día del año y en las fiestas patrias expondrán en imágenes el pensamiento del diario amalgamando el imaginario de la Patria con el de la ciudad, en la que los símbolos de su progreso económico se acompaña siempre con la presencia de la bandera.

En la edición del primero de enero de 1906, apelando a la reinterpretación que un anónimo dibujante hace de las alegorías clásicas, la representación se centra en Mercurio, dios del comercio aunque sin el pétaso alado, portando con el brazo derecho el caduceo, mientras el izquierdo se alza hacia la bandera ondulante que hace de fondo a los personajes. Acompaña a Mercurio un joven laureado que abre camino al son de una trompeta, mientras en un plano secundario, otro joven traslada unas hojas de palma en alusión a la victoria. Detrás de ellos, tres figuras femeninas, la primera de las cuales pareciera ser la Patria, mientras las otras dos, a la manera de las musas, llevan una paleta de pintor y una lira y dos masculinas con aspecto más terrenal representando al trabajo. En el cuadro inferior, la imagen se torna más conocida para el lector, en primer plano en un ángulo se ubican las herramientas de labranza que rodean un haz de mieses, y entre ellas, otra paleta con pinceles que el autor ha deslizado tímidamente. El resto es la inmensidad de la pampa dominada por el trabajo agrícola (fig. 21).

La imagen de 1909 titulada “Las simbolizaciones del triunfo”, seguramente de otro autor con otro estilo, reitera y completa los mismos elementos, pero con el río y parte de la ciudad como fondo que curiosamente no había aparecido en la anterior. En primer plano se ubica a la Patria apoyada en la rueda de la industria y sosteniendo el cuerno de la abundancia, símbolo de la prosperidad, flanqueada por una versión de Mercurio fuera de los cánones de la belleza clásica. Sobre ella sobrevuelan dos figuras femeninas sosteniendo la bandera y leyendo tal vez el libro de la historia, escoltadas por una amazona que con un brazo alza una antorcha mientras que en el otro ostenta el diario *La Capital* (fig. 22).

Ambas presentan a la ciudad y sus atributos principales inscriptos en el marco simbólico de la Patria y la bandera en alto como manto protector. La segunda agrega además la presencia del periódico local encarnado en guerrera amazona resguardando la consolidación de un presente que ilumina un futuro extraordinario. Demostrando una absoluta coherencia entre las representaciones textuales y las visuales, en los dibujos Rosario es al mismo tiempo la Chicago Argentina y la Cuna de la Bandera, dos “ideas-imágenes” que se instalan en la conciencia colectiva proyectándose hacia el futuro, legitimando el lugar de la ciudad y neutralizando los difundidos argumentos que intentaban desacreditarla.

El primer día del año 1910 el diario inicia las celebraciones del Centenario en su portada, el dibujo privilegia la centralidad de la Patria que lee su propia crónica, flanqueada por un Apolo que sostiene en alto la bandera y ofrece una rama de laurel, sobre la presencia del ancho río y su paisaje de barrancas e islas donde aquella flameó por primera vez (fig. 23). Al mismo tiempo interpela a las autoridades y a las instituciones de la ciudad ante la falta de iniciativas para los próximos festejos, previniéndolos

“A no aceptar paladinamente el semiagravante mote de «ciudad de fenicios» que nos han aplicado individuos excesivamente recelosos de nuestro civismo, pretendiendo hacer una frase que comprendiera una condición descollante de nuestra población, á semejanza de una caricatura punzante (...) se impone que revelemos (...) que el Rosario no es indiferente á tan brillante y trascendental efeméride” (sic) (Ibídem, 18 de enero de 1910: 6).

Aunque en nada parecen incidir sus palabras, a pocos días de la celebración se publica la primera noticia acerca de la idea de construir un hospital y un instituto libre de enseñanza médica, surgida en una reunión en el Jockey Club en la que se encontraban, entre otros, los señores Cornelio Casablanca, Ovidio Rodríguez, Angel Muzzio, José Sempé y Enrique Corbellini “conversando á propósito de las iniciativas para conmemorar el Centenario” (Ibídem, 5 de mayo: 7). El proyecto tiene un éxito inmediato y el diario, como en el caso del monumento, estimula su concreción. En el

manifiesto que la comisión organizada al efecto presenta a la ciudad de Rosario se expresa que

“El entusiasmo con que se han recibido los primeros trabajos de propaganda, nos convence de que la idea responde bien a los anhelos del Rosario. Entre una obra puramente artística y otra que sin excluir el arte, fuese á la vez de beneficencia, de enseñanza científica y de utilidad inmediata, hemos preferido la segunda.”

A lo que agregan más adelante,

“Sería más fácil recurrir exclusivamente a la munificencia oficial para estas iniciativas, pero las energías que emplearíamos en pedir, apliquémoslas á hacer” (sic) (Ibídem, 7 de mayo de 1910: 6).

Las razones expuestas podrían haber sido escritas por el diario, porque articulaban perfectamente con su posición de tantos años: lo *útil* antes que lo *bello*, construido por el esfuerzo de sus hijos trabajadores, tenaces y esforzados. El Censo del municipio, la Biblioteca Argentina y el Hospital del Centenario, serán las obras que honren la celebración, en cambio pasará mucho más tiempo del que el diario preveía para que el monumento a la bandera se haga realidad. Recién después de largos conflictos, pero también debido a las fuertes críticas que recibiera el proyecto, en 1925 la nación rescinde el contrato con Lola Mora, mientras sus esculturas se colocan en la plaza Gral. Belgrano. Luego de un concurso fallido en 1928, se realizará un segundo en 1940 en el que resultará electa la propuesta de Ángel Guido que se inaugurará el 20 de junio de 1957.<sup>49</sup>

En la década de 1990 la Municipalidad de Rosario llamará a concurso para completar el conjunto del Monumento recuperando aquella idea de “la Avenida del Juramento” de 1898, reelaborada también por Ángel Guido. Producto de ese concurso el ahora Pasaje Juramento, proyectado por los Arqs. Alejandro Beltramone, Marcelo Ponzellini y Mariano Costa, es un

---

<sup>49</sup> Un detallado análisis del tema ha sido realizado por D’Amelio, R. en “Avatares de un monumento en Ciudad de Rosario”, en Prieto A. et al (2010), *Ciudad de Rosario*, Rosario: Editorial Municipalidad.



paseo peatonal que se abre paso entre el edificio de la Municipalidad y la Catedral, sobre un espejo de agua en la que se reubicaron las olvidadas y criticadas esculturas de Lola Mora, articulando tres momentos de la historia de la ciudad y su monumento (fig. 24).

“El agua cae por los escalones absorbiendo el desnivel del terreno, refleja las esculturas y el muro urbano, pone en movimiento lo inanimado, hace que los elementos se sitúen enfrente, detrás, encima, debajo...El conjunto escultórico de Lola Mora se presenta como una extensión del Monumento a la Bandera (...)<sup>50</sup> (Beltramone et. alt., 1995).

Asimismo el ámbito del Monumento a la Bandera y su parque ha sido resignificado convirtiéndose en escenario de manifestaciones masivas ya sean ceremoniales, festivas -actividades artísticas, triunfos futbolísticos o políticos, etc.-, o de expresión de los reclamos y la disidencia de distintos colectivos sociales (fig. 25).

---

<sup>50</sup> Memoria descriptiva del proyecto. En <http://www.abarqs.com.ar>. Captura: 25/3/2018



Fig. 18. «Creación y Jura de la Bandera a orillas del río Paraná», óleo de Pedro Blanqué (1895). Fuente: Archivo Museo Histórico Provincial de Rosario «Dr. Julio Marc».



Fig. 19. «El General Manuel Belgrano. Creador de la enseña nacional». Fuente: La Capital, 9 de julio de 1906:2.



Fig. 20. Maqueta en yeso Monumento a la Bandera, Lola Mora. Fuente: <https://www.lagaceta.com.ar/nota/719173/actualidad/obra-lola-mora-no-vio-erigida.html>





Fig. 21. Portada diario La Capital, 1° de enero de 1906



Fig. 22. Portada diario La Capital , 1 de enero de 1909



Fig. 23. Portada diario La Capital , 1 de enero de 1910





Fig. 24. Monumento a la Bandera - Pasaje Juramento, Alejandro Beltramone - Marcelo Ponzellini - Mariano Costa, Arqs (1995-99).



Fig. 25. Monumento Nacional a la Bandera

### **CAPITULO III: Imaginaciones urbanas: ingenieros, periodistas y vecinos “progresistas”**

Sin fundación formal la ciudad de Rosario tuvo un desarrollo espontáneo alrededor de la capilla y el sitio que luego ocuparía la plaza 25 de Mayo y, como consecuencia de la falta de delineación del damero, anárquico, improvisado y sin previsión alguna en relación a su acelerado crecimiento futuro.

La presencia de profesionales con los conocimientos pertinentes que orienten las transformaciones urbanas está limitada a algunos pocos ingenieros o agrimensores, que se ocupan tanto de elaborar las primeras cartografías vinculadas a la mensura y al catastro del territorio del municipio, como a la delineación, la nivelación y los desagües, la construcción de puentes, mercados o mataderos. En ese contexto, las preocupaciones sobre las mejoras o el embellecimiento urbano se revela con contundencia en las iniciativas de propios vecinos devenidos en “idóneos”, entre los cuales los diaristas cumplen un rol fundamental.

El periódico no solo será el espacio para los reclamos a las autoridades municipales, sino también tribuna para la construcción de un *corpus* de ideas, proyectos y saberes sobre la ciudad, que intenta impulsar el involucramiento colectivo para transformar la aldea “improvisada” en una ciudad moderna a la altura de sus elevadas aspiraciones. Todas las estrategias argumentativas se pondrán en práctica en ese sentido, la descripción de hechos fácilmente observables por los habitantes de la ciudad; analogías y ejemplos tomados de otras ciudades; la experiencia de los más ilustrados en sus observaciones de viajes; la cita de autoridad y hasta la “sabiduría popular” cuando es necesario.

Recién hacia fines de siglo el periódico reconocerá la práctica de los arquitectos que habían comenzado a instalarse en la ciudad modificando su fisonomía edilicia y para el nuevo siglo, cuando la ciudad se ha extendido

desordenadamente producto de los loteos y la fundación de barrios que alentaba la especulación con la tierra, se recurrirá a los primeros especialistas en las técnicas urbanísticas, sin que por ello la prensa se retire del debate.

### **III. 1. Un ciudad moderna pero con “traza antigua”**

Recientemente declarada ciudad, Rosario es percibida aun con ciertas características de orden en su trazado. Decía Vicuña Mackenna al respecto en 1855 que “la población está edificada con mucha regularidad en tres calles paralelas, desde la barranca hacia la pampa, y no tendrá en el día menos de 20 manzanas de caseríos bien concluidos”.<sup>51</sup> El mismo año el diario *El Orden*, también destacaba la regularidad de las calles, poniendo además de manifiesto el singular contraste entre el bajo y la ciudad, que se mantendrá hasta fin de siglo:

“Después de desembarcar en una playa todavía informe, se sube a la barranca que domina el lindo edificio de la Aduana, por una senda abierta en la cuesta de aquella. Las calles son a cordel y se hallan obstruidas por los materiales de las construcciones que se levantan cada día, como los hongos en los prados”.<sup>52</sup>

Cuatro años después en 1858, cuando la ciudad comienza a recibir cada día más pobladores, León Pallière agrega detalles que aproximan su mirada a las descripciones de los diaristas contemporáneos:

“Se sube a la ciudad por calles sin pavimento, socavadas por las aguas, que deben convertirse en torrentes peligrosos durante las grandes lluvias, pero existe una que es más o menos transitable para vehículos. Arriba y abajo se ven ranchos muy pintorescos, descalabrados, torcidos, inclinados, en imposible equilibrio.

La ciudad nueva ha sido edificada con ladrillo. Las casas son de un solo piso (...). Se construye por todas partes; hay un ir y venir;

---

<sup>51</sup> *Páginas de mi diario durante tres años de viaje* (1856), reproducido en *Revista Historia de Rosario* N° 11, enero-junio 1966. Rosario: Perelló.

<sup>52</sup> Artículo publicado bajo el título “El Rosario” en diciembre de 1855, reproducido en *Revista Historia de Rosario* N° 11, enero-junio 1966. Rosario: Perelló.

una gran actividad. El aspecto de la ciudad debe cambiar cada mes”.<sup>53</sup>

La ausencia de delineación de la grilla de tradición colonial provocará conflictos entre vecinos por los deslindes de los terrenos, pero fundamentalmente ocasionará dificultades cuando la ciudad comience a extenderse. Varias iniciativas tendientes a ordenar el trazado de calles y veredas así como la línea municipal se relevan tempranamente.<sup>54</sup> Una vez otorgado el título de ciudad, en 1853, se establece la nomenclatura de calles existentes en un área que abarcaba Libertad (Sarmiento), Mendoza y San Nicolás (Alem) que es aproximadamente el área dibujada en el plano atribuido a Timoteo Guillón y supuestamente construido a tal fin (fig. 26).

Mientras Nicasio Oroño se desempeña como Jefe Político (1855-56) intenta ampliar el trazado con calles de 20 varas, en lugar de las 12 usuales, desde las actuales calles Entre Ríos y Zeballos, proponiendo además, sin éxito, la confección de un plano general de la ciudad “para atender á los trabajos de delineación, nivelación y desagüe que se practiquen en la misma”, incluyendo el primer proyecto de relleno de la laguna de Sánchez (De Marco, 1963: 41). Poco más tarde el mismo Guillón junto a Juan Belmudez, en su calidad de “maestros mayores de albañilería (...) nombrados por el Exmo. Gobierno de la Provincia” presentan una nota al Jefe Político Damaso Centeno haciendo notar que aunque los agrimensores señalan la línea de edificación “para dar regularidad á la ciudad é ir haciendo desaparecer poco à poco los defectos de delineación que actualmente lo afean”, los vecinos hacen caso omiso de la norma. A fin de resolver el problema solicitan entonces que junto a los agrimensores se convoque a “los maestros mayores (...) para reconocer si la obra está en la linia que le corresponde, en la cual debe construirse toda obra nueva con pena de ser destruida (...)”

---

<sup>53</sup> Palliere L. (1945) *Diario de viaje por la América del Sud*, reproducido en *Revista Historia de Rosario* N° 11, 1966. Rosario: Perelló.

<sup>54</sup> W. Mikielovich registra que ya en 1830 en el “Reglamento de policía urbana”, se dispuso que toda propiedad ubicada alrededor de la plaza y en un radio de una cuadra debía revocar, blanquear y construir vereda y cerco con “pared corrida”, en “Tapiales y veredas”, *Revista Historia de Rosario* N° 14, 1967, Rosario: Perelló.

(sic). La propuesta es respondida afirmativamente por Centeno determinando que ningún edificio podrá levantarse sin la realización de este trámite en una “circunferencia” de media legua desde la plaza 25 de Mayo (*La Confederación*, 23 de octubre de 1858: 3).

Para entonces Grondona ya había concluido el plano de la ciudad tratado en el capítulo anterior, con su particular orientación de la planta, la inusitada cantidad de manzanas y la presencia de la Laguna de Sánchez a la que superpone la cuadrícula en líneas de trazos persuadido de que su ortogonalidad racionalizadora terminará por imponerse sobre los accidentes naturales. Junto a esta forma de representación, la dimensión de la laguna y la centralidad de su ubicación en el plano activarán un imaginario que sitúa allí el centro de la ciudad futura. Más allá de su dimensión significativa como pieza fundacional, esta invención de Grondona, en tanto plano-proyecto-utopía que poco tenía que ver con la ciudad real, se constituirá en la base de las iniciativas de transformación urbana posteriores así como en modelo para la producción cartográfica hasta bien entrada la década del 90.

Pero para 1860 una “Estadística de las casas de la ciudad del Rosario” levantada por Genaro Yanis, permite conocer más ajustadamente el perímetro ocupado y confirma que el trazado dibujado por Guillón responde a las calles que presentan alguna edificación, aunque el relevamiento estadístico se interrumpe aun un poco antes, en Mensagerías (J. M de Rosas) hacia el Este. Por otra parte, un edicto municipal publicado el mismo día vinculado al corte de malezas en terrenos baldíos, podría hacer pensar que la traza era más amplia ya que extendía el radio un poco más que el plano de Grondona, probablemente debido al surgimiento hacia el Oeste de la Plaza de las Carretas<sup>55</sup> y hacia el Sur de la Plaza Gral. López<sup>56</sup>, que

---

<sup>55</sup> Ubicada en el terreno donado en 1857 por el Dr. Marcos Paz , que incluía la fracción en la que se asentará el ex Palacio de Justicia, será recién durante la década del 80 cuando transformada en Plaza San Martín se dispongan las primeras medidas tendientes a mejorar su aspecto y a definirse su entorno. Hasta ese momento se revela como un enorme baldío donde en un primer tiempo se reunían las carretas y más tarde se organizaron corridas de toros y hasta de chanchos. Cuando en 1884 durante la Intendencia de O. Grandoli se instala el primer alambrado y los primeros árboles se la designa con su actual nombre. El 11 de



definen el límite junto con las barrancas por el Este (Ibídem, 06 de octubre de 1860: 1). Pero la ordenanza del 27 de abril de 1860, que prohíbe las construcciones con techos de paja, deja bien en claro lo que se considera ciudad al establecer un radio de cuatro cuadras desde la plaza en todas las direcciones.

Después de Pavón, con las rentas comunales disminuidas, Jacinto Corvalán, vicepresidente de la corporación municipal, eleva en 1862 a la legislatura provincial el presupuesto anual de gastos, en un extenso documento que da cuenta de los exiguos recursos que no bastaban ni para reconstruir las veredas de la Plaza y detalla las múltiples necesidades de la ciudad, donde las rectilíneas y prolijas calles de Grondona eran apenas caminos llenos de huecos y pantanos. Presupuestando solo aquello considerado de absoluta necesidad para la población, ha decidido no incorporar obras importantes como puentes, empedrado, asilo de mendigos, casa de corrección, etc., pero sin embargo aclara, que aunque parezca infundado, se han incluido los gastos para la confección de un plano de nivelación para el desagüe, argumentando además la necesidad de darles un “descenso practicable” a las bajadas que a excepción de la principal “son en vez de bajadas, precipicios”, así como también señala que “la delineacion de las calles para salir a la campaña es *imperiosa*. La falta de este deslinde, hará que en poco tiempo la ciudad quede rodeada de zanjas y cercos, sin tener salida” (sic) (*El Diario*, 5 de junio de 1862: 1).

Un año y medio después y ante la falta de respuesta Eudoro Carrasco vuelve a publicar el documento actualizándolo con sus propios comentarios;

---

setiembre de 1888 se dispone la donación al Gobierno Provincial de una fracción sus terrenos para la edificación de un Palacio de Justicia contratado con el señor Juan Canals y proyectado por el Arq. Boyd Walker. Con su construcción queda definitivamente fijado el límite oeste de la Plaza, en la calle Moreno. Sumadas a este emprendimiento las obras de embellecimiento del intendente Lamas, especialmente la creación del Parque Independencia y las mejoras en el Bv. Santafesino, potenciarán el área en la que se localizarán las residencias de acaudaladas familias rosarinas, proyectadas por los más prestigiosos arquitectos.

<sup>56</sup> Por ley provincial del 4 de setiembre de 1858 se otorga la concesión para instalar un mercado de frutos a la firma Casinelli & Cía. en ese predio con el nombre de Gral. Juan Pablo López, que será conocido como Plaza López aunque su configuración como tal recién se producirá a principios de la década de 1870.

entre ellos respecto al plano de nivelación informa que “gracias á la generosidad del Señor general Mitre que puso á disposicion de la Municipalidad «treinta mil pesos moneda papel», esta pudo hacer levantar el plano que existe en el salón de su despacho” (sic), en referencia al realizado por Enrique Blyth, quien poco después iniciará también algunos trabajos para el desagüe de la laguna (*El Ferro-carril*, 30 de setiembre de 1863: 1/2).

Cuando los efectos de la crisis de principios de la década parecían estar siendo superados, los rosarinos, inspirados por los progresos comerciales y por la aspiración de convertirse en la capital de la República pretenderán encarar los cambios más urgentes que la ciudad requería. Delineación, nivelación, desagües, ensanche y arbolado de calles, eliminación de la laguna y mejoramiento de las bajadas y de la ribera, serán los temas centrales durante las décadas del 60 y 70, los que fuertemente tensionados por la epidemia de cólera en 1867-68 y las enfermedades infectocontagiosas que asolaban a la población, se debatirán en la prensa que va incorporando las propuestas del higienismo propias de la época.

Como se anticipaba los publicistas tendrán un rol preponderante en estos temas, desafiando incluso a los ingenieros, especialmente en este primer período, en el que en la resolución de los desagües de la ciudad se cometieron no pocos errores. Justamente disconformes por estas obras, un año antes de la epidemia de cólera, *El Ferro-carril* propone una solución alternativa, dividiendo a la ciudad en dos secciones, una a desaguar en la barranca por un “conducto artificial”<sup>57</sup> y la otra en la laguna. Reconociendo la condición de ciudad “pequeña y de calles mezquinas”, impugna la concepción de las ciudades “como casas apiñadas” cuando se cuenta con “terrenos bastantes en que edificar”, y persuadido del destino de progreso indetenible del Rosario postula que “Debemos preparar los trabajos para una poblacion de 500.000 almas (quinientas mil)” (sic), aclarado en letras por si

---

<sup>57</sup> El 2 de diciembre de 1863 el mismo diario, bajo la firma de “Vitrubio” aconseja un sistema de desagüe a través de caños maestros colocados al mismo tiempo que el empedrado, evitando tanto los zanjones existentes como la remoción de aquel si se lo hiciera posteriormente, aunque la obra pudiera parangonarse a construir las “pirámides Rosarinas”.

llegara a pensarse que se trataba de un error. En esa figuración de la ciudad del mañana especula con transformar la laguna, que vislumbra como el futuro centro de Rosario<sup>58</sup>, en un gran estanque,

“Para esto es preciso en primer lugar expropiar ese terreno que hoy importa muy poco, limpiar luego su fondo, dando á sus contornos una forma regular. Planten en su contorno árboles frondosos, que crezcan y se desarrollaran con suma fortaleza, formando calles que puedan servir mañana de punto de recreo á esta poblacion que hoy mendiga (...) sombra al aire libre” (sic) (*El Ferro-carril*, 14 de noviembre de 1863: 2).

Cuando *La Capital* entre en escena a fines de 1867, suplantando a los periódicos que iban desapareciendo, estas preocupaciones encontrarán un espacio preponderante e influyente<sup>59</sup>, pero con un tratamiento más enfático y recursos discursivos que van perfeccionándose con los años la práctica periodística promoverá o desmontará críticamente algunas iniciativas, propondrá proyectos y enriquecerá otros apoyado en diferentes herramientas argumentativas.

Tres artículos del año 1868 dan cuenta de las primeras operaciones del periódico en tal dirección, cuando Lagos todavía firmaba las notas que escribía. El primero de ellos trata sobre el mal estado en que se encuentran las bajadas que serán criticadas por su aspecto estético, ya que “Nada hay mas feo en esta ciudad que el aspecto que ofrece al pasajero la subida á la ciudad” (sic), como por las dificultades que presentaban para la circulación de los carros que intentaban llegar al puerto.<sup>60</sup> La posible apertura de una

---

<sup>58</sup> La prensa rosarina nunca consideró la plaza 25 de Mayo como el centro de la ciudad, *La Capital* que en varias ocasiones sostendrá que el mismo se desarrollará alrededor de la plaza Santa Rosa trazada con los primeros trabajos de desagüe de la laguna. Asimismo en 1887, cuando el intendente Grandoli proponga levantar un palacio municipal, dirá que el mismo debe ubicarse “en otro paraje que pueda constituir mas tarde un punto céntrico...(no) en un extremo de la ciudad en una manzana sombría y desligada de todo vínculo comercial, y, por añadidura, al lado de una iglesia, ó sea la teocracia y la democracia, alquilando el mismo sitio” (1 y 2 de agosto 1887: 1).

<sup>59</sup> Ya en su edición inaugural del 16 de noviembre de 1867, inspirada en un artículo de la *Tribuna* de Buenos Aires propone la construcción de las esquinas en ochava.

<sup>60</sup> Numerosos grabados, litografías y fotos de la época perciben esta particular situación de borde geográfico y de borde social, el quiebre de la planicie por la barranca visibilizaba la ruptura entre una ciudad “planificada” en lo alto y un “asentamiento” espontáneo en el bajo.

nueva bajada<sup>61</sup> estimula confianza, aunque no detiene el reclamo por más accesos a la ribera. Dice Lagos,

“Será la calle mas hermosa que tenga el Rosario, porque su entrada es p’la calle mas recta y principal de esta ciudad, si ella se empedra, como se nos asegura, y su descenso es con arreglo al tráfico de carruajes, el pasajero recibirá una impresión agradable al entrar a la ciudad, porque á poco andar se halla con la plaza y con esa vista que ofrecen los magníficos edificios que se elevan en la bien trazada calle de Córdoba. Pero Rosario necesita más de una entrada (...)” (sic) (*La Capital*, 27 de agosto de 1868: 2).

La apertura, la pendiente y el empedrado de las bajadas al puerto y la propia condición de la calle del Bajo serán tema de protestas hasta llegado el fin de siglo, en una valoración del sitio que se revela diferente entre los gobiernos municipales y la prensa. Para los primeros ésta es un área estrictamente productiva, ajena a la ciudad que se despliega en lo alto de la barranca, mientras que los diaristas entienden el sector como el más significativo para el progreso de Rosario; como lo había dibujado Grondona, es la puerta de entrada a la misma. Esta consideración se detecta en los reclamos por mejoras tanto para el desarrollo de las actividades como para que el viajero

---

Sin embargo el diálogo que se establece entre ambos será permanente e inevitable, el motivo principal del mismo será el río y sus actividades portuarias, concluyendo en un proyecto único de ciudad que los contiene.

<sup>61</sup> La Bajada Grande o San Miguel era por entonces el único vínculo entre el Bajo y el Camino Real. El Bajo se extendía desde la punta de barranca del Norte hasta la punta de barranca de los Sauces, -ubicadas aproximadamente en el encuentro de las actuales calles Sarmiento y Jujuy y en el cruce hipotético de Chacabuco y Mendoza respectivamente. El paisaje inicial salpicado de rancherías sobre las barrancas se irá transformando paulatinamente con la radicación en sus alrededores de actividades productivas, industriales, almacenes, barracas, hoteles y residencias, etc. Entre las primeras se destacan el Molino de Jaime San Miguel (1856-76) en la Bajada Grande, las fundiciones de Atkinson y Selfer en Aduana y Urquiza (1860) y la de Lassus y Laborde en la calle del Bajo N° 32 (1869); desde 1855 funcionaba la primera cervecería en la casa de Esquivel en el Bajo, la segunda desde 1857 en la Bajada. A las mismas se sumarán años más tarde la empresa de Santiago Righetti “Helvética”, sobre la calle Puerto en 1870, herrerías, fábricas de carruajes, talleres metalúrgicos y mecánicos, además de panaderías, fideerías, etc. Entre los primeros hoteles se registran el Hotel de la Paix, ubicado en la esquina Noroeste de las calles San Lorenzo y la Bajada Grande, inaugurado el 1º de febrero de 1865 y el Hotel El Globo de 1868. El tema ha sido tratado en Ponzini b. y Semino M. (2003) “La Calle del Bajo y la Bajada Grande, un particular enclave en la historia de la ciudad y el río”, en B. Cicutti, B. Ponzini (comp.) *El patrimonio de la industria, la infraestructura de servicios y el transporte*. Rosario: Ed. Municipalidad de Rosario.

“se sienta animado desde el primer momento que pise el suelo, y pueda formar buen juicio del espíritu mas ó menos progresista de los moradores” (Ibídem, 18 y 19 de enero 1869: 2). Pero todavía en 1880 se repetían como tantas veces las mismas palabras lamentando no contar con “una linda bajada con arboleda á los costados; una entrada digna de una ciudad progresista” (sic) (Ibídem, 3 de marzo 1880: 2).

Poco después, en la segunda nota, el mismo Lagos escribe “La traza de la ciudad”, recordando la existencia de un proyecto para su “embellecimiento”. Si bien no lo menciona en esta ocasión, es posible inferir, dado que sí lo hace en otras posteriores, que está haciendo referencia al “Proyecto de Ordenanza sobre Anchura de Calles, Bajadas y Caminos”, presentado por Aarón Castellanos en octubre de 1864, que planteaba el ensanche de las calles Progreso y Mendoza circundando el área más consolidada, una segunda ronda que habilita la urbanización de tierras rurales de calles con más anchas y una a una legua de ésta, una tercera para quintas.<sup>62</sup> Al respecto señala que como Rosario es un “pueblo nuevo”,

“(…) basta que esa ordenanza de tanta utilidad se ponga en práctica á cuatro cuadras fuera de la plaza; estamos seguros que a la vuelta de diez años, no se necesitaría dictar otra para que los viejos edificios que se renovasen fueran construidos con arreglo a la traza de las calles nuevas (...) ante el cómodo y bello espectáculo que ofrecería la ciudad con sus calles de 25 y 30 varas de ancho” (sic) (Ibídem, 16 de octubre de 1868: 2).

En su disputa con Buenos Aires agrega que ésta, en cambio, con sus estrechas calles coloniales, en algunos casos con edificios de tres o cuatro pisos, no se encuentra favorecida por la presencia de “vientos saludables” y presenta un ambiente oscuro, húmedo, que propicia la difusión de enfermedades. “Tiempo es de evitar aquí ese mal y de que en la República Argentina tengamos una ciudad sin rival”, dice Lagos, inscribiendo su prédica en su cruzada principal por lograr la designación de ciudad capital

---

<sup>62</sup> El proyecto ha sido tratado por Dócola S. (1997) “De la aldea a la ciudad moderna. Rosario, 1866: lugar de debate” en *Cuadernos del CIESAL* N° 2 y 3, Rosario: UNR.

(Ibídem, 16 de octubre 1868: 2). Cuatro días después insiste desplegando argumentos que sostienen el proyecto con ejemplos. Como no podía ser de otra manera, París es el paradigma ya que allí se han demolido barrios enteros para mejorar la higiene y la circulación, porque “las ciudades modernas (...) se distinguen por sus calles amplias” y Rosario es moderna, dice el publicista con convicción, sólo que

“(...) su traza es antigua, y sentimos que en un pueblo donde se encierra tanto espíritu viril, tanto trabajador, que es tan mercantil, tan industrial y laborioso, donde se encierra tanta riqueza de brazos, no tengan donde respirar el aire que necesitan esos pulmones preparados para el trabajo, esos brazos dispuestos para el porvenir” (Ibídem, 21 de octubre de 1868: 2).

De ese modo articula los imaginarios iniciales que solo tomaban en cuenta el valor del comercio, del trabajo y del progreso económico, con los temas urbanos que sin dudas los favorecerían, arengando a la corporación municipal a llevar adelante obras “progresistas” que reformen el “sistema viejo”: el empedrado de calles y veredas, desagües, delineaciones de barrios, apertura de nuevas calles y ornamentación la ciudad. Las ideas de salud y belleza se enlazan en su discurso con la concepción de una ciudad ordenada en su dimensión material, lo que luego se profundizará en nuevos proyectos para racionalizar y modelar a una sociedad urbana convulsionada y fluctuante.

En ese marco dos Ordenanzas ensamblan ambas preocupaciones, una del 23 de setiembre de ese mismo año que establece una serie de medidas tendientes a la prevención y erradicación de una próxima epidemia de cólera dividiendo la ciudad en cuatro secciones y creando la Comisión de Higiene, y la otra del 25 de octubre que manda a rodear el núcleo central nacido en torno a la plaza 25 de Mayo por una calle de circunvalación, que debía trazarse a nueve cuadras la misma hacia el Este y el Oeste, en cuyo encuentro se ubica una gran plaza, lo que constituye el germen de los bulevares Santafecino y Argentino, hoy Oroño y Pellegrini, respectivamente.

Esta última disposición será recibida con entusiasmo por el diario que procurará con distintos recursos acelerar la aprobación del gobierno provincial que recién llegará en noviembre de 1869.

La circunvalación merecerá en los títulos la designación de “El gran paseo de la ciudad”, que con sus cuarenta varas de ancho es un proyecto “magnífico y digno de los progresos y adelantos de este pueblo”, aunque implique la expropiación de un buen número de terrenos. No solo “la utilidad y el ornato” son apreciados sino también el incremento en la valorización de los lotes en sus bordes -lo que se verificará pronto en los negocios inmobiliarios en ascenso-, y en consonancia con su convicción respecto a cuáles son los elementos constitutivos del progreso, recomienda que la misma inicie en el puerto y finalice en las instalaciones del ferrocarril. (Ibídem, 25 de marzo 1869: 2). Poco después agregará nuevas observaciones, sosteniendo que el proyecto debería ampliarse a sesenta varas y desplegando su imaginación para el diseño de la misma, explica:

“Con ese espacio tenemos terreno de sobra para veredas de tres varas ó cuatro de ancho, para la colocación de una calle de arboleda con un espacio de cuatro ó seis varas de uno á otro árbol, lo que formaría el paseo. Empleada en cada costado diez varas, tendríamos una vía para carruajes de cuarenta varas de ancho” (sic) (Ibídem, 3 de abril de 1869: 2).

Pero son los tiempos en los que ni la derruida pirámide de la plaza puede ser reemplazada y cuando finalmente la municipalidad anuncie la delineación y el amojonamiento, el diario, consciente de que la concreción del proyecto no será inmediata, le señalará la conveniencia de plantar árboles para evitar que los vecinos avancen sobre los límites demarcados como había ya ocurrido con otros caminos que intentaron abrirse, como el que debía unir la ciudad con el de San Lorenzo (Ibídem, 28 de abril de 1869: 2).

La nueva vía, que será nombrada también como el “boulevard del Rosario”, operará como elemento de compensación y fundamentalmente de

reafirmación de lo que los rosarinos pueden obtener con su propio empeño porque,

“Ella dará al Rosario lo que el Presidente Sarmiento le ha arrebatado, mayor estension á su población, en su comercio, en su via de mejoras (...)

Adelante con ella! que el Rosario no precisa ser capital para alcanzar el porvenir que le está señalado en el catálogo de los pueblos de la República” (Ibídem, 22 de julio de 1869: 3).

A fin de que el proyecto no pierda vigencia el diario continuará publicando artículos que directa o indirectamente incidan en tal sentido. De entre muchas otras, la tercera nota que se destaca se publica en 1871 cuando vuelve a la carga en una extensa editorial suscripta por J. A. Álvarez de Condarco, uno de los redactores de más erudición y cuidada escritura con que contó el periódico. El texto inicia con una breve historia acerca de la estrechez de las calles de las poblaciones sudamericanas a partir de las disposiciones coloniales, con su “medida fatídica de las doce varas” y con las cuales siguen delineándose los pueblos, sin considerar cuestiones de higiene, de tráfico o de aumento de población, ni las adecuaciones que la particularidades topográficas pudieran requerir. Sin embargo existen algunas excepciones que el cronista detalla, la “Calle Ancha” y las numerosas plazas de Córdoba; la espaciosa vía de San Juan a cuatro cuadras por un lado de la plaza y a ocho por el otro, y la “moderna” Mendoza que luego del terremoto de 1860, se reedifica también de acuerdo a un plan con las características deseadas. Menciona también la Alameda de Santiago de Chile -el “Broadway de Sur-américa”-, las alamedas limeñas y la calle ancha de La Paz, en el barrio de Churibamba.

Con estos numerosos casos demuestra que las transformaciones son posibles, pero no ocurren ni en Buenos Aires ni en Rosario que carecen de grandes calles, así como de la cantidad de plazas suficientes en relación a su población. Rosario tiene solo una plaza aunque en el plano hay otras delineadas “pero, hasta ahora están el campo” y también dos grandes calles



anchas unidas por una importante plaza, pero allí solo hay “quintas, chacras y cicutales”. Sin embargo argumenta, si las dos ciudades más grandes del mundo, con un origen tan remoto pudieron hacerlo, como no va a lograrlo Rosario, pequeña y de “reciente formación”, con tiempo todavía para revertir la situación. “Todos conocemos”, dice Álvarez de Condarco dirigiéndose a un pequeño público de pares, como se ha transformado París con los trabajos de Haussmann y también lo que se ha hecho en Londres luego del incendio de la Bolsa en 1844 cuando “se ensancharon los aproches (sic), las avenidas”. Esos son los modelos<sup>63</sup>, allí están “las lecciones para un pueblo como el nuestro” (Ibídem, 1 de abril 1871: 1).

A la semana siguiente, como era práctica usual, otro cronista insiste y refuerza pero en un tono imperativo, crispado, presionando al poder municipal para que ponga en marcha el proyecto Castellanos, para que no permita edificar si no se ceden tres varas para las calles de la ciudad, las que en los suburbios deberán medir veinte, y además demanda esquinas ochavadas de siete u ocho varas, ya que,

“Ancha es la llanura para poblar, no nos agrupemos como los granos de pólvora en el cañon de una escopeta porque un aire cálido bastará para dar el estallido (...)

Que las casas queden separadas unas de otras por jardines, por plantaciones de árboles, ó por espaciosos ventiladeros” (sic) (Ibídem, 11 de abril 1871: 2).

Y vuelven los ejemplos, exigiendo árboles en las bocacalles como en Edimburgo, cloacas como las de Londres y bulevares como los de París. Además, como la demora en la decisión provenía en gran parte de los vecinos reacios a ceder parte de sus terrenos, incita a que a todo aquel “que

---

<sup>63</sup> El conocimiento y la fascinación por París, se manifiesta muy temprano y no solo por sus bulevares. Cuando en 1869 los vecinos Ricardoni, Bustinza y Rosas se proponen abrir un pasaje desde calle Progreso a Entre Ríos, entre Rioja y San Luis, al que denominarían Wheelwright, *La Capital* sugiere que “á imitación de los muchos que existen en Paris, convendría cubrirlo de techo de cristal, procurando establecer en él un ramo especial de negocios, bien para tiendas ó casas de modas” (sic) (*La Capital*, 28 de octubre 1869: 2)

pretenda edificar en la línea actual de las calles sea anatematizado, considerado como cómplice de las pestes, como mal ciudadano, como retrógrado y perverso” (Ibídem, 11 de abril de 1871: 2).

Así el diario pretende por la vía de la instrucción, o de la intimidación, involucrar a la población en los reclamos por las mejoras urbanas, pero este no es un tema que conmueva a los vecinos, quienes solo elevan quejas, que se publican en los periódicos, por cuestiones individuales y puntuales como la pavimentación de su cuadra o la iluminación de alguna esquina. Aun así alguna repercusión tendrá tanta prédica que se materializará en la práctica cartográfica, en la aparición de nuevos proyectos en el ámbito municipal y más tarde a través de algunos “vecinos progresistas” que verán la oportunidad de nuevos negocios en la urbanización de tierras.

Casi al mismo tiempo, en marzo de 1871, está fechado el siguiente plano de la ciudad realizado por Nicolás Grondona y en él se incorpora el trazado de los bulevares con la denominación Rosarino y Argentino –aunque invertidos respecto a su designación definitiva- y la plaza llamada “Colón” en su intersección. Respecto del plano de 1858 la ciudad-forma antes definida se potencia al girar el triángulo para ubicar el río claramente abajo y adoptar una perfecta simetría con respecto a un eje vertical que organiza la cuadrícula rotada a 45 grados, en una composición que desconoce los límites que la Ley de creación del municipio de 1858 había establecido, el Paraná por el Este y el Norte, y los arroyos Saladillo y Ludueña por el Sur y el Oeste. La representación se ajusta progresivamente a las técnicas cartográficas, graficando, sin solución de continuidad, una cuadrícula de manzanas cuadradas que se extiende hasta un nuevo anillo de bulevares denominados Timbúes (Francia) y Paraná a once cuadras de los anteriores, sólo alterada por los vacíos de hipotéticas plazas. Por fuera, se insinúa una trama que surge de agrupar aproximadamente tres manzanas, apropiado a un parcelamiento para explotación de quintas. Salvo por el trazo acentuado de reconocimiento de la barranca, la geometría y el artefacto técnico primarán sobre la geografía, aunque la laguna de Sánchez siga en su sitio

ya no se dibuja, detallándose en cambio, los edificios importantes - construidos o en proyecto-, las instalaciones portuarias y los trazados de las vías ferroviarias. Este plano podría considerarse el primer esbozo de un plano de extensión de la ciudad y probablemente gracias su confección, el gobierno municipal designa el 21 de abril a Nicolás Grondona en el cargo de Ingeniero Municipal (fig. 27).

Dos años más tarde, el 15 de febrero de 1873, el concejal Juan Coll presentará al Concejo Deliberante un proyecto titulado “Delineación de la ciudad del Rosario” que es considerado el primer plan de extensión por la historia urbana rosarina. La ordenanza de aprobación del 13 de junio de 1873, sectoriza a Rosario en cuatro secciones: la *ciudad*, dentro de la primera ronda de bulevares, los *extramuros*, entre esta y la segunda ronda delimitada por los bulevares llamados Rosarino y Timbúes ubicados a nueve cuadra de los anteriores, a partir de allí los *suburbios* con un trazado de manzanas de, aproximadamente, tres por cinco cuadras para quintas hasta los arroyos y por último *el Bajo*. El plano que grafica el proyecto lleva la firma del Ing. Grondona, lo que habilita a especular acerca de si aquel había instruido a Coll en el diseño del ensanche, o si el plano de 1871 podría haber sido el inspirador del mismo.<sup>64</sup>

En la nueva propuesta las calles tienen un ancho de 14, 20 y 30 varas en las tres primeras secciones y presenta todas las esquinas ochavadas. Se observan también las tres aldeas dispuestas por la ordenanza ubicadas en los suburbios acentuando la simetría del plan, denominadas “25 de Mayo” la que corresponde a San Francisquito ya existente al Este, otra “1° de Mayo” en el vértice del triángulo hacia el Oeste y la última “9 de julio” hacia el arroyo Ludueña, todas ellas con una plaza en el centro de las grandes manzanas divididas en lotes de importante dimensión.

---

<sup>64</sup> Se cuenta con copia del plano titulado “Delineación de la ciudad del Rosario” en base al cual se ha realizado la descripción del proyecto, donde aparece la firma de Grondona, pero su reproducción resulta técnicamente imposible.

La enorme extensión que abarca la traza, circunscripta por el río, los arroyos y la pampa, parece haber requerido la definición de un límite que contenga la ciudad y la diferencia de las componentes naturales. Se la rodea entonces de bulevares, denominados “Bv. del Sur” junto al arroyo Saladillo que se continúa con el nombre de “Bv. del Plata” en el borde superior de la barranca, -luego “Bv. del Paraná” pasadas las instalaciones portuarias- para unirse con el “Bv. del Norte” sobre el margen Este del arroyo Ludueña, cerrando el plano un extenso bulevar llamado “Provincias Unidas” al Oeste, que casi en línea recta ata el primero con el último, dibujando una gran circunvalación (fig. 28).

En lugar de este ambicioso proyecto el gobierno municipal sanciona la Ordenanza del 8 de mayo de 1874 estableciendo, en términos generales, que las calles más consolidadas comprendidas entre calles Tucumán, 3 de Febrero y 1º de Mayo, mantendrían el ancho existente, mientras que desde allí a los bulevares el ancho debía ser de dieciséis varas de 866 milímetros. Su puesta en práctica presenta dificultades, mientras algunos vecinos respetan la norma, otros levantan sus propiedades en la antigua línea, lo que provoca denuncias contra las autoridades municipales tanto de los vecinos como de la prensa.

La ciudad no registra hasta aquí grandes cambios, solo se relevan pequeñas transformaciones o algunas gestiones para intervenciones aisladas vinculadas a establecimientos existentes o a construir, como la apertura de la Av. Wheelwright frente al FCCA, el cambio de la traza para habilitar la instalación de los Graneros o la apertura de calle Berutti rumbo al matadero. La extensión de la laguna de Sánchez ha disminuido en parte por obras de relleno y desagüe, aunque por períodos “todo el mundo está preso en su casa, sumido en el agua y el barro, incomunicado con el resto de la población”<sup>65</sup> (Ibídem, 4 de mayo de 1877: 2). Se forman comisiones de

---

<sup>65</sup> Era muy común que los propios vecinos se organizaran para lograr alguna salida hacia el centro, en 1877 el Vice-cónsul de Italia, caballero Petich, puso a sus sirvientes a trabajar en ello sobre calle Paraguay (*La Capital*, 6 de mayo 1877: 2). Asimismo ocurre con intervenciones municipales, por ejemplo, la apertura y amojonamiento de la calle Puerto al

vecinos para juntar fondos para mejorar las bajadas y abrir algunas nuevas que no producen resultados positivos y cuando aun el alumbrado a gas presenta numerosas dificultades, los rosarinos se sorprenden con la ocasional novedad de la iluminación eléctrica en la Plaza López, sobre la que tantas noticias aparecían en los diarios.

En este contexto *La Capital* reclama la producción de un plano del Rosario y “sus cercanías”<sup>66</sup> porque “donde son tan frecuentes las operaciones de tierras, un buen plano es una necesidad muy sentida” y considera que el ingeniero municipal es quien está habilitado para hacerlo (Ibídem, 29 de agosto de 1875: 2). Quizá por ello aparece la última pieza que Grondona realiza antes de renunciar a su cargo agobiado por las denuncias de corrupción de algunos vecinos y de plagio del proyecto del Matadero por parte del Ing. Hércules Antonietti, quien lo reemplaza en el cargo. El nuevo plano no es seguramente lo que espera el diario, en tanto se trata de una réplica prolija del sector central del proyecto de Coll, sin los bulevares sobre la ribera, pero con la inclusión de edificios relevantes en los ángulos en una especie de contrapunto entre espíritu y materia: la “Iglesia” y la “Gefatura” por un lado y el “Teatro Olimpo” y la nueva “Aduana” con sus torres almenadas por el otro (fig. 29).

Llegada la década del 80 los debates sobre la ciudad siguen siendo los mismos, con nuevos argumentos provenientes de los más reconocidos exponentes del higienismo a nivel nacional. El diario continua reclamado cegar la gran laguna<sup>67</sup> que se pretende desaguar por calle Paraguay con pendiente al río; el blanqueo de las casas y el control de la higiene de los conventillos cuyo número crecía significativamente.

---

Sur se ejecutó con los estudiantes del Colegio Nacional bajo la dirección del Ing. Soriano (*La Capital*, 23 de setiembre 1877: 2)

<sup>66</sup> Probablemente fundado en que para entonces el FFCC a San Lorenzo dispara remates de terrenos sobre el camino Real y sobre el río, próximos a Alberdi y se registran ventas en ese mismo pueblo y Carcarañá, así como rumores de la fundación de un nuevo pueblo en el Arroyito.

<sup>67</sup> Para 1881 las tareas de desagüe y relleno de la laguna permiten habilitar la plaza Urquiza, mientras con los desmontes de la calle Paraguay, por donde desaguan las aguas hacia el río, se continúan los rellenos de lo que será luego la plaza Iriondo. La obra requerirá un trabajo adicional que es la construcción de un túnel por debajo de las instalaciones del FCCA. en 1883. Ver: Locatelli D. (1981) “La laguna de Sánchez” en *Revista Historia de Rosario* N° 33. Rosario: Amalevi.

El 20 de enero de 1881 la primera plana del diario sobresalta a sus lectores con el titular “Alerta al pueblo”, previniéndolos acerca de la intención de la municipalidad de derogar la ordenanza sobre ensanche de calles, “un atentado á las conveniencias del vecindario (...) que nos resistimos á creer se lleve adelante sin que subleve el espíritu del pueblo progresista”, al que convoca a reunirse en las plazas en repudio a la medida. Al día siguiente en una brevísima noticia rectifica diciendo que en realidad se trata de modificación y no derogación, pero el tema estaba de nuevo instalado y defendido por la “prensa independiente”.

Durante los siguientes meses, como es habitual que haga en otras cuestiones<sup>68</sup>, con cierta voluntad pedagógica ilustra a la ciudadanía publicando una serie de notas que al tiempo que consolidan su posición, intentan despertar la imaginación de sus lectores respecto a cómo podría llegar a verse la ciudad si estas transformaciones se llevaran adelante. “París de noche” escrita por Edmundo de Amicis los hará embriagarse con “los *boulevards* (que) arden” bajo la luz eléctrica, con sus espléndidas fachadas, cafés, arboledas y carruajes (Ibídem, 22 de enero de 1883: 1). “Impresiones de viaje”, la serie de correspondencias que desde Europa envía el Dr. José María Gutiérrez, les hace recorrer el jardín de la Tullerías, el *Bois de Boulogne* con la cascada, el lago y la avenida con “sus deliciosos chales sobre césped” y desde Londres, les hará percibir la “finura” de los extensos parques ingleses con sus jardines botánicos y zoológicos, los museos, las rotondas (Ibídem, 7 de setiembre de 1883:1 y 22 de octubre de 1883: 1). Asimismo las numerosas y anchas calles de Chicago, el acueducto y otros adelantos que lo convierten en “el país de las maravillas” (Ibídem, 7 de abril 1883: 1) serán objeto de análisis, mientras a nivel nacional se

---

<sup>68</sup> Por ejemplo, cuando se reclama la construcción de un Asilo de Mendigos O. Lagos realiza una visita y una extensa y minuciosa descripción del Hospital de Mendigos y Dementes de Montevideo (*La Capital*, 4 de marzo de 1883:1). Asimismo los rosarinos que viajan aportan con sus correspondencias, entre ellas el Sr. Ledesma describe el Matadero de Paris y Eugenio Puccio las transformaciones del puerto de Génova (Ibídem, 3 de mayo de 1881:1 y 7 de agosto 1884:1)

destaca con admiración la gestión del “espíritu progresista” de Torcuato de Alvear en la ciudad de Buenos Aires (Ibídem, 22 de setiembre de 1883: 2).

A pesar de tantas palabras escritas, como el ensanche no se efectiviza, el 29 de octubre es nuevamente materia editorial, pero intentando conciliar intereses el diario propone ahora que se abone a los vecinos el valor del terreno que deben ceder y da marcha atrás respecto de sus sostenidas pretensiones proponiendo como medida de “equidad y justicia” que el ensanche arranque “por la parte Sud del Boulevar, y por la parte Oeste de la calle de Corrientes ó Independencia” (Ibídem, 13 de noviembre de 1883: 1), dado que muchas propiedades se encuentran sobre la vieja línea de edificación y que la municipalidad no podía hacer frente al gasto de expropiación.

En cuanto a los suburbios tampoco hay avances, cuando *La Capital* exhorta a prolongar la apertura de las calles existentes y el deslinde de los caminos de comunicación con la campaña, el Concejo Ejecutor Municipal<sup>69</sup> manifiesta que dado que la ubicación de las quintas no responde al plano de la ciudad “*hay que conformarse con tener allí calles en diferente sentido, sin guardar una regla precisa y sin satisfacer debidamente las exigencias requeridas para que se haga con facilidad y sin el menor inconveniente el tránsito por ellas*”. El diario refutará la opinión del Concejo diciendo que con esas actitudes resignadas en poco tiempo los rosarinos se encontrarían “materialmente encerrados por murallas de ladrillos y por cercos de alambre” (Ibídem, 2 de marzo 1882: 1).

---

<sup>69</sup> Explica De Marco (h) (2017) el surgimiento del Concejo Ejecutor diciendo, “En 1872, cuando se dictó la ley orgánica del 8 de noviembre, de acuerdo con la constitución provincial de ese año, se resolvió la instalación de municipalidades en toda ciudad, villa o pueblo que tuviese por lo menos 1.500 habitantes residentes. Cada una de ellas estaría administrada por dos concejos, uno deliberante y otro ejecutor, ambos con presidentes, vice y vocales, elegidos por el voto de los vecinos argentinos o extranjeros que pagaran impuestos y que estuvieran inscriptos en el Registro Municipal Este sistema colegiado, con presidentes responsables, tuvo poco más de una década de vigencia (...) La figura del Intendente surgió con la sanción de la ley orgánica municipal de 1883, consecuencia de la reforma constitucional de ese año que suprimió el Concejo Ejecutor. De esta manera la municipalidad pasó a estar gobernada por un Intendente y un Concejo Deliberante”.



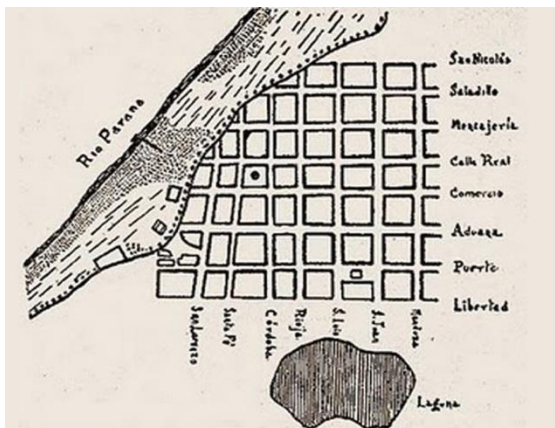


Fig. 26. Plano de la ciudad de Rosario atribuido a Timoteo Guillón (1853). Fuente: Archivo Museo de la Ciudad de Rosario.



Fig. 27. Plano *Ciudad del Rosario*, Nicolás Grondona (1871). Fuente: Archivo Museo Histórico Provincial de Rosario «Dr. Julio Marc».



Fig. 28. Plano *Ciudad del Rosario* - presentado por el concejal Juan Coll (1873) (Atribuido a Nicolás Grondona) Fuente: Departamento de Documentos Escritos - Archivo General de la Nación. Reproducido en Cecilia Galimberti (2016).

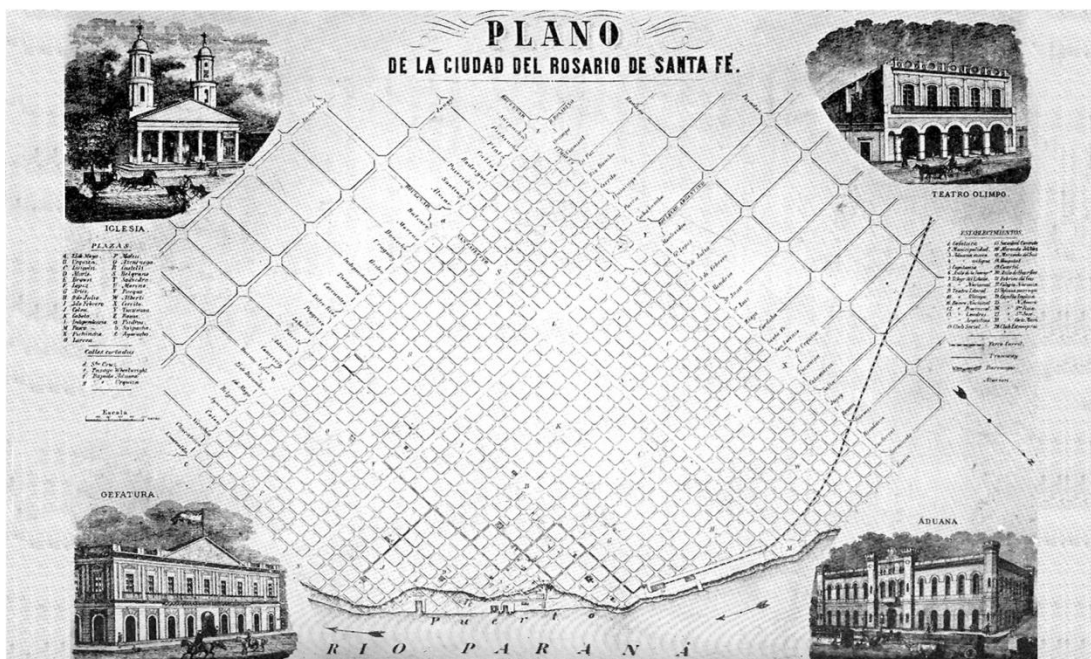


Fig. 29. Plano de la *Ciudad del Rosario de Santa Fe*, Nicolás Grondona (1875) Fuente: Álvarez J. (1998).



### III. 2. La “fiebre de los proyectos”

Para inicios de la década del 80 Rosario no tenía atractivos urbanos que ostentar, solo planos que eran en realidad deseos, ordenanzas no cumplidas e ingenieros municipales que se sucedían sin lograr delinear con un criterio único unas pocas calles. El periódico, y algunos de sus lectores, imaginan una ciudad con otras características y el ordenado diseño de la nueva ciudad de La Plata, será el que permita poner en palabras esos sueños. En ocasión de la colocación de la piedra fundamental, el diario augura que “será el modelo mas acabado que la ciencia de la planometria haya ideado con relación al trazado de nuevos pueblos. Puede decirse que el compás, consultando el gusto y la armonia, ha caido en iguales direcciones en todos los rumbos” (sic) (*La Capital*, 18 de noviembre de 1882: 1).

El periodismo había señalado ya en varias oportunidades que Rosario era una ciudad nueva pero “trazada con el plan antiguo”, entonces en el relato se enfatizan las diferencias. La Plata conjuga belleza e higiene, “calles anchas y ventiladas, (...) tiradas a cordel”, cuatro plazas equidistantes del centro, mercados, parques y jardines y “el frontispicio de los edificios corresponderá á un modelo uniforme (sic)” y además un espléndido puerto (Ibídem, 18 de noviembre de 1882: 1). A partir de aquí el trazado de la nueva capital se encontrará presente en distintas iniciativas de reforma o ampliación de la ciudad; su impronta se releva, implícita o explícitamente, en escritos o proyectos hasta el Primer Centenario.

En ese marco el propio intendente Grandoli manifiesta la necesidad de un nuevo plano “exacto y completo” que sería

“(...) el auxiliar mas poderoso y de mayor importancia para todo lo referente á edificación, refacciones, traza y anchura de calles y seria el único medio de salvar las dificultades con que se tropieza actualmente al dar las líneas para edificar y abrir calles y conocer las que son atravesadas por líneas férreas” (sic) (Ibídem, 16 y 17 de marzo de 1884: 1).

Poco después *La Capital* solicita que el Concejo Deliberante incorpore un dibujante que auxilie al ingeniero municipal en todo lo atinente a cuestiones vinculadas a “la planografía descriptiva del municipio” (Ibídem, 27 de julio de 1884: 2). Al cabo de dos años la situación es la misma y el diario pronostica que la ciudad “concluirá por ser un laberinto, tal es el desórden que se han dado y se siguen dando á los edificios y las calles”, en algunas de las cuales se identifican “cuatro líneas, la de Grondona, la de Antonietti, otras del ingeniero actual (Nicolás Laudisio) en la línea vieja y otras en cualquier lado” (Ibídem, 21 de febrero 1886: 2). Ante las muchas críticas a que se ve sometido y fundamentalmente a un enfrentamiento con un oferente de construcción de cloacas, Laudisio queda cesante y en julio de 1886 se designan los nuevos integrantes de la Oficina de Ingenieros: ingeniero jefe Albino Schnider, segundo ingeniero Ítalo Meliga, a los que oportunamente se agregarán dos ayudantes dibujantes (Ibídem, 15 de julio de 1886: 2).

Ante la inacción de la nueva oficina cuyos objetivos de creación -plan de nivelación, catastro municipal, ensanche, delineación y línea municipal- no se verifican, el diario reclama la confección de un plano que diera cuenta de la ciudad real. Es necesario, dice, acabar con esta “anarquía técnica”, porque

“(…) en esta época, y en el último cuarto de siglo llamado de las luces, la ciencia de la matemática que era casi desconocida por nuestros abuelos, no se aplique en forma regular, tratándose de centros de poblacion, de su extension y nivelacion, es algo que no se ajusta a á nuestras previsiones” (sic) (Ibídem, 16 de setiembre de 1886: 1).

A fines del año siguiente insiste en la necesidad de contar con un “plano general y completamente exacto del Rosario”, porque los realizados hasta la fecha no reúnen esas condiciones, ya que aunque

“(…) conocidas son del público varias calles tortuosas, (...) los autores de los planos del Rosario, han creído mas cómodo y mas bonito presentarlas rectas y sin ningun inconveniente (con) varias

irregularidades en las barrancas y en las nomenclaturas de algunos pasajes y plazas” (sic) (Ibídem, 29 de noviembre 1887: 2).

De hecho los planos que se editaban y circulaban para la época continuaban repitiendo prolijamente el proyecto de Coll, ahora con el Norte hacia arriba, con la planta reducida a apenas un poco más allá de la segunda ronda y la incorporación de nuevas líneas de tranvías y las referencias de las que aquel carecía (fig. 30).

Los “Apuntes de un viajero” transcrito de *La Nación* exponen un acertado diagnóstico coincidente con las aspiraciones del diario local que tomará estas argumentaciones como base de sus posteriores artículos. Reconociendo el crecimiento de la ciudad y las mejoras edilicias producidas por los particulares, el viajero señala que éstas son la contracara de la inacción municipal, de su despreocupación por el porvenir:

“Ni un plan de ensanche y desahogo, ni un proyecto de grandes arterias (...) ni una idea de salubrificacion, ni un estudio concienzudo de comunicaciones cómodas entre la playa del Paraná y la ciudad (...)

Y ese eterno dormir de los ediles de *ayer*, que podian haber hecho á poca costa de la ciudad de *hoy* una ciudad modelo, hará que cuando el *mañana* (...) exija imperiosamente estas reformas, ellas tengan que hacerse á fuerza de crecidos gastos (...) porque la poblacion crece y se extiende rápidamente, sin regla, plan ni concierto y porque los terrenos y la propiedad (...) han adquirido hoy precios fabulosos” (sic) (Ibídem, 15 de mayo de 1886: 1).

Ante la ausencia del instrumento técnico así como de obras públicas significativas que puedan asemejarse a las de La Plata<sup>70</sup> “fundada sobre la

---

<sup>70</sup> La Plata es referencia ineludible de la época, también Juan Canals así lo señala cuando al describir el Palacio de Justicia que propone construir advierte que se trata de “un edificio que no desmerecerá en nada de los muy suntuosos que en épocas recientes se han construido en la Ciudad de la Plata”, cuyo programa se había planteado “de conformidad con el trazado de las ciudades modernas”, en “Propuesta presentada por Don Juan Canals para la construcción de un Palacio de Justicia en la Ciudad de Rosario”. Rosario, Julio 1888, citado por Heredia, E. (2000) en “La evolución del gusto: la obra del arquitecto Herbert Boyd Walker”, en Informe Final Proyecto PID “Conocer y Cuidar la Ciudad en que Vivimos”, inédito.

base de magestuosos y costosos edificios públicos” (sic) (Ibídem, 26 de agosto 1886: 1), en la euforia de los años de “la fiebre del progreso”, *La Capital* comienza a publicar la nómina de modernos edificios particulares que se construyen “por cientos”, agregando detalladas descripciones para los más lujosos. Esta permanente y manifiesta tensión entre lo público y lo privado, en buena medida fundada sobre bases ciertas, pero también muy condicionada por las diferencias políticas entre el diario y los intendentes elegidos desde Santa Fe, se refleja en la representación de la ciudad. Por un lado Rosario es insalubre, con pantanos y lagunas con aguas descompuestas, plazas y paseos en completo estado de abandono y servicios deficientes, producto de gobiernos municipales inoperantes; y por otro,

“Llama la atención el espíritu de mejora que se nota en todas partes de la ciudad, compitiendo los vecinos en la nueva edificación que da á las calles un aspecto elegante (...)

A la par de las modernas construcciones en el centro, se va extendiendo la poblacion de una manera considerable y las calles que no hace mucho existian solamente en traza hoy ostentan á ambos lados vistosas y espaciosas casas, valorizándose con ello la propiedad territorial y urbana.

Nos place contemplar esta manifestacion material de adelanto (...), que á seguir así urbanizando sus afueras y renovando su interior, será dentro de algunos años una digna rival de Buenos Aires” (sic) (Ibídem, 1º de mayo de 1885: 2).

En la segunda mitad de la década del 80 tres proyectos urbanos concentrarán la atención: la apertura del boulevard San Martín, la construcción de una avenida de “circunvalación” denominada Gálvez y el proyecto de ensanche vinculado al del nuevo puerto, los que de haberse llevado a cabo, hubieran modificado sustancialmente las características de la ciudad. El primero de ellos presentado al gobierno provincial por el intendente Larrechea -junto con la ordenanza de formación de paseos en los bulevares- consistía en una gran avenida de treinta metros de ancho que prolonga la calle Puerto desde el Bv. Argentino hacia el Sur finalizando en un

parque denominado “General San Martín”, desarrollado en una superficie de diez manzanas con jardín zoológico y botánico, a una legua “más o menos” de la plaza 25 de Mayo. La posibilidad entusiasma tanto al periódico como a la población, porque habilita una visión de Rosario semejante a “un pequeño París con su bosque de Bolonia, su Arco de Triunfo, sus grandes avenidas iluminadas por la luz eléctrica y sus fuentes y surtidores de agua surgiendo y desparramándose en cascadas sobre el mullido césped” (Ibídem, 19 de mayo 1887: 2).

A pesar de su permanente rivalidad con Buenos Aires, que por entonces iniciaba la construcción de la Avenida de Mayo, sin embargo, el periódico sostiene, y no se equivoca, que las rentas municipales no son suficientes para hacer frente a “la fiebre de los proyectos ha invadido a nuestra corporación municipal”.<sup>71</sup> De hecho para octubre se informa que aunque se había dispuesto que los frentistas debieran dejar libre doce varas al frente de sus terrenos, cuando se pide el permiso para edificar, la municipalidad duda en indicar la vieja o la nueva línea porque hay incertidumbre respecto a la concreción de la avenida (Ibídem, 14 de octubre 1887: 2). Transcurrido un año y medio desde la sanción de la ordenanza el diario interpela al intendente señalándole que las ordenanzas se dictan para cumplirlas, y sin embargo, la avenida no ha pasado de la delineación, nada se ha convenido con los propietarios, mientras el parque no ha superado la categoría de proyecto (Ibídem, 23 de noviembre de 1887: 2). Finalmente en nota editorial denuncia que se trató de una operación para favorecer el fraccionamiento de las tierras lindantes en pequeños lotes, cuyos propietarios obtuvieron grandes ganancias con su venta en subasta pública. Asimismo sostiene que el municipio estableció que la avenida solo se llevaría a cabo si los vecinos cedían gratuitamente la parte de terreno necesaria para el ensanche, como

---

<sup>71</sup> Entre otras: apertura, delineación y abovedamiento las calles comprendidas entre el Bv. Santafecino y Timbues, calle Santa Fe por el Sud, hasta dar con la vía del Central Argentino por el Norte; una calle directa y amplia al Arroyito partiendo de calle Salta; mejoras y jardines en los bulevares; licitación de los planos y presupuestos para la construcción del palacio municipal; apertura de calles para acceder al futuro asilo para mendigos y dementes a levantarse frente al matadero, etc.

“medio de suprimir con un ardid, bien que poco artero, la avenida imaginaria” (Ibídem, 19 de mayo de 1888: 1).

Las siguientes menciones a la avenida San Martín estarán vinculadas al proyecto para una nueva avenida de circunvalación, cuyo recorrido se iniciaría en el extremo Norte de calle Wheelwright, hasta llegar a la nueva estación del Ferrocarril de Buenos Aires y Rosario, para “empalmar con el camino decretado por el Gobierno Nacional, en los terrenos de la ribera, en dirección al bajo y á la estación del ferro-carril Oeste Santafecino”, uniendo los bulevares existentes (Ibídem, 4 de enero de 1889: 2), constituyendo una primera versión de lo que en parte sería más tarde la Av. Belgrano.

Aunque el espacio que esta nueva iniciativa ocupa en la prensa y el tiempo de tratamiento son limitados, permite igualmente dar cuenta del rechazo que esta provoca ante tantos proyectos prometidos e incumplidos por las gestiones municipales. En la primera noticia sobre el tema bajo el título “Otra avenida- Un proyecto importante”, se pondera la iniciativa en cuanto al avance que la misma aportaría a la transformación del frente ribereño, en términos de embellecimiento urbano y resolución de problemas de tránsito dada su caracterización como avenida de “circunvalación”, pero se hacen explícitas las críticas, basadas tanto en la sobrecarga de impuestos a los vecinos como a las obras aun no resueltas:

“Aun no está delineado el parque y avenida San Martín; aun el boulevard Argentino, lo es tan solo de nombre, y aun las calles de los suburbios, pecan de falta de pavimentación y nos sorprende la noticia de un proyecto, que es hermoso, muy hermoso, pero difícil é impracticable” (sic) (Ibídem, 4 de enero de 1889: 2).

Asimismo, el articulista visualiza con agudeza el área a intervenir y enumera las mayores dificultades para su apertura, el túnel con ramal férreo a los muelles que el Central Argentino está construyendo desde la estación a la calle Catamarca -actual túnel Arturo Illia- y los desmontes imprescindibles de las barrancas. En la siguiente edición vuelve sobre el tema, desplazando el

discurso periodístico para constituirse en la voz del pueblo, al señalar que “El vecindario está mal predispuesto a recibir mejoras que traen en pos de sí, nuevos impuestos y desea más bien que la municipalidad se preocupe en arreglar las calles, en facilitar el desagüe de los suburbios” (Ibídem, 5 de enero de 1889: 2).

El 8 de enero, la cuestión alcanza ya la suficiente importancia como para que se le dé tratamiento en la nota editorial. Reiterando en una extensa introducción los beneficios que parques públicos y amplias calles aportan al higienismo y recordando las transformaciones urbanas realizadas en tal sentido en ciudades europeas, explica que el acelerado crecimiento de las ciudades latinoamericanas “que datan del tiempo del dominio colonial”, hace que sus habitantes se sientan “oprimidos por la estrechez indisculpable de sus calles y plazas, se sofocan, cuando, precisamente, la propiedad territorial entra en la categoría de prenda de alto valor”. Esto le permite al editorialista discutir el interés privado y la necesidad de expropiación por parte de los gobiernos para el desarrollo de estas iniciativas, para, casi como casualmente, introducir: “Y ya que llegamos á ese punto, debemos mencionar el proyecto de la avenida Gálvez” (sic), para cuestionar brevemente su necesidad, pasando luego a recordar la experiencia con la avenida San Martín, cuyo retraso en la ejecución quitaba toda credibilidad a la nueva propuesta.

La misma discusión reaparece el día 15 del mismo mes incluida en las noticias breves, pero la interpelación al municipio se expresa en otros términos, distanciado de la argumentación “racional” de la editorial; la forma, el estilo y el sujeto de enunciación cambian. Con descuidada redacción, sin argumentos científicos o urbanísticos y con curiosas críticas al diseño - quizás un eufemismo en relación al modo en que se manejan las iniciativas municipales-, la intimación es directa y enérgica:

“Mientras mas torcida la cosa, mas ajustada a las tiránicas exigencias de la moda.

Por eso es que en vez de la avenida San Martín, que es derecha como un huso, se inventa una circunvalación cualquiera porque la cuestión es tener circunvalación. (...)

En una palabra: que sea un hecho la avenida San Martín y el boulevard Argentino, y después, circunválenos por donde quieran, que estamos prontos a dejarnos circunvalar” (sic) (Ibídem, 15 de enero de 1889: 1).

En el texto se reconoce un lenguaje coloquial, que recuperando la oralidad y haciendo uso de un nosotros inclusivo construye cierta complicidad con el lector. A este estilo desenfadado se incorporan en ocasiones vocablos propios de los inmigrantes que ya se han integrado al lenguaje cotidiano:

“Muchas cosas.....niente – Hace tiempo que se viene diciendo que se construirá, un gran teatro, otro idem, una Bolsa de Comercio, un gran colegio, un palacio municipal, un asilo de inmigrantes, un lazareto, varios edificios escolares, una avenida, otro boulevard, abrevaderos públicos etc.etc... y niente é fatto, ni se hará a juzgar por las trazas, en mucho tiempo” (sic) (Ibídem, 25 de enero de 1889: 2).

La avenida Gálvez saldrá pronto de escena, pero los mismos recaudos tomados por el diario respecto a la escasez de las rentas municipales para hacer frente a los “grandes proyectos” se aplicarán también al ensanche que se proyecta hacia el Sur de la ciudad. Aunque la ordenanza de urbanización de esa zona se había sancionado el 8 de octubre de 1888, la primera noticia sobre el mismo aparece el 23 de noviembre de 1890, informando que el recientemente designado intendente Gabriel Carrasco remite al Departamento de Obras Públicas el plano respectivo que debía “servir de norma para el trazado de nuevas calles, avenidas y plazas”.

Casi al mismo tiempo en que aparece la ordenanza, el 7 de noviembre de 1888 se sanciona la Ley N° 2401, “Obras en los puertos y costas de los ríos”, lo que autoriza al Poder Ejecutivo a llamar a licitación a principios de enero de 1889 para la construcción de murallones, terraplenes y obras



anexas para la parte Sud de la ciudad de Rosario, desde el puerto Plaza hasta las obras en construcción en el Norte. El Estado Nacional, después de varios intentos frustrados opta por promover las iniciativas privadas, otorgando la concesión de la construcción de esa parte del puerto a Juan Canals.<sup>72</sup> La tan reclamada construcción de un puerto moderno despertará grandes esperanzas y el ensanche hacia el sur estará fuertemente tensionado por esta operación, vinculando el proyecto de puerto al proyecto de ciudad.

Antes que se apruebe el proyecto de ensanches aparecerá el *Plano de Ensanche y Puerto Aprobados* “construido y publicado” en 1890 por los agrimensores Werner y Pusso (fig.31). La inclusión del mismo en el libro *Concesión del Puerto del Rosario a favor de Don Juan Canal* (1891), se usa como base para la ubicación de las nuevas instalaciones portuarias, donde además con la intención de organizar las extendidas redes ferroviarias se propone una Estación General de Cargas del Ferrocarril potenciando el desarrollo del área.

Se observa en esta pieza la ampliación del trazado de la ciudad hacia el Sur y el Oeste, la primera se resuelve en una composición que remite claramente al modelo parisino, pero quizá más aun al trazado de La Plata, “la ciudad nacional, genuinamente argentina”, a la que se reconocía en su condición material y simbólica, porque “desde su primer ladrillo urbano, son nuestra obra. No hay un solo retazo de vetustas herencias, de residuos coloniales. Ella tiene que ser, pues, la expresión de nuestras fuerzas, de nuestras capacidades, de nuestros adelantos” (Ibídem, 9 de enero de 1889: 1).

Mientras el ensanche hacia el Oeste, desde el Bv. Timbués (Av. Francia) hasta Bv. Avellaneda concluyendo hacia el Norte frente a los talleres del FCCA, se resuelve simplemente continuando la cuadrícula, en cambio toda la creatividad se despliega hacia el Sur, que se amplía con una forma

---

<sup>72</sup> Hemos trabajado el tema en: Cicutti B. y Ponzini B. (2000) “La construcción del imaginario social hacia fines del siglo XIX. La propuesta de Juan Canals para el puerto de Rosario”. 1º Jornadas Espacio, Memoria e Identidad. F. H. y A., U.N.R.

rectangular comprendida entre Bv. Timbúes, 27 de Febrero y alcanza la desembocadura del arroyo Saladillo. Allí la cuadrícula sigue el trazado de las calles existentes de dirección Norte-Sur, pero a ella se superpone una grilla de calles más jerarquizadas formando cuadrados de 12 por 12 manzanas y diagonales, a los que se sobreimprime un nuevo orden producto del trazado de calles más anchas -conjeturamos avenidas-, que encierran figuras cuadradas, atravesadas a su vez por arterias que siguen sus líneas diagonales. En los puntos de encuentro de los cuadrados se ubican plazas ovals, hexagonales, octogonales, en forma simétrica. Desde un punto de vista más funcional a la circulación, una de las diagonales se prolonga atravesando la ciudad existente hasta alcanzar el camino al Arroyito y luego Bv. San Martín que conecta con Alberdi -primera iniciativa de creación de una vía de acceso directa entre el Norte y el Sur-, y otra se continua hasta la Plaza López que por ese entonces concentraba el movimiento de carros y carruajes de alquiler y tranvías.

Esta pieza se aproxima al plano que *La Capital* demandaba, en primer lugar modifica la ya tradicional representación cartográfica de la ciudad al ampliar el territorio cartografiado hasta los arroyos, lo que permite la visualización de los nuevos loteos, Eloy Palacios y Fisherton al Oeste y Pueblo Sorrento que apenas se vislumbra pasado el límite Norte del municipio. Asimismo se consignan los propietarios de las lonjas aun no urbanizadas y sobre el abstracto y regular trazado del ensanche sur se dibujan los caminos existentes, Camino al Molino Blanco, Camino de la calle Puerto, Camino al Matadero.

En buena medida lo representado contrasta con el “Plano de ensanches sancionados y proyectados de la ciudad de Rosario de Santa Fe”, edición municipal de 1891, que además de volver a la forma anterior de representación de la planta urbana, reproduce en términos generales el modelo de ensanches descrito, aunque prolonga la cuadrícula hacia el Norte después de las instalaciones ferroviarias sobre el barrio cercano a la Refinería. Asimismo desaparecen las prolongaciones de las avenidas, y todo

el resto del municipio se cubre indiscriminadamente con una grilla de mayor dimensión a la manera del proyecto de Coll. Con esta voluntad de orden y abstracción, indiferente al proyecto del puerto al sur y al límite de la barranca -aunque se lo dibuja con trazo destacado-, avanza con el manzanero hasta el borde mismo del río (fig.32).

Respecto de la primera pieza la prensa se ocupa brevemente anunciando que los agrimensores Werner y Pusso han publicado “un hermoso plano general del municipio, según los nuevos estudios que se han hecho”, destacando que en el mismo se relevan “con exactitud” las líneas de tramways, las vías ferroviarias, los caminos vecinales, las fracciones de tierra no urbanizada y los pueblos cercanos (Ibídem, 31 de marzo de 1891: 2). Respecto de la segunda no se releva ningún comentario, solo se advierten noticias sobre la apertura de algunas calles sin una lógica aparente en relación a lo proyectado. Dos cuestiones pueden haber influido en el desinterés del diario, por un lado el desaliento frente a los “grandes proyectos” municipales nunca ejecutados y por otro los primeros síntomas de la grave crisis económica y política, que afectará seriamente a la ciudad en los años siguientes y la dejará sin puerto.

Pero es posible que esta primera imagen de la ciudad “real” que ofrecen Werner y Pusso, e incluso el plano municipal con el potente trazo con que se representan las vías ferroviarias, hayan hecho posible la temprana visualización del condicionamiento que las mismas presentaban para el desarrollo urbano.

Los anónimos redactores de *La Capital*, que habían celebrado cada nuevo emprendimiento ferroviario, manifiestan ya en 1889 que el gobierno municipal se ha convertido en “juguete de las empresas de ferro-carriles y tramways”, en ocasión del ingreso a la ciudad del ferrocarril a Campana atravesando calles sin atender a “los deberes de urbanidad y cultura” (Ibídem, 29 de julio de 1889: 1). Y al año siguiente, bajo el elocuente título “El Rosario convertido en ciudadela”, agregan su preocupación por las

grandes áreas ocupadas por estaciones y talleres, puesto que afectan “los intereses de la viabilidad pública”, solicitando se adecuen teniendo en cuenta el porvenir de la ciudad que quedará en poco tiempo “rodeada de muros y sin salida, á no ser por la via fluvial ó en tren”. Asimismo detallan las extensiones de las vías ferroviarias que obstruyen o impiden la apertura de las calles públicas y, aun reconociendo los derechos que las empresas tienen sobre sus terrenos, reclaman a la municipalidad que las mismas “deben sujetarse á un plan que responda á los intereses de la colectividad sin afectar los suyos” (sic) (Ibídem, 22 de mayo 1890: 1). Posteriormente insisten exigiendo al Concejo Deliberante la construcción de puentes y pasos a nivel, entre los cuales el “Paso de las cadenas” es objeto de permanente reclamo, como así también “la apertura de todas las calles que sin derecho ni autorización alguna, hayan sido obstruidas” (sic) (Ibídem, 6 de octubre 1891) (fig. 32 a y b).

Para fines de siglo, además, el periódico retoma la idea de construir una estación central de ferrocarriles a la que confluyan todas las líneas ubicadas en las cercanías del nuevo puerto en vías de construcción. Es notable la anticipación del diario en esta problemática, cumpliendo un rol que sustituye la ausencia de profesionales calificados para la planificación urbana, puesto que estos primeros diagnósticos recién serán parte del debate público a mediados de la década de 1920 y objeto de estudio cuando Farengo, Guido y della Paolera desarrollen el Plan Regulador en 1929.

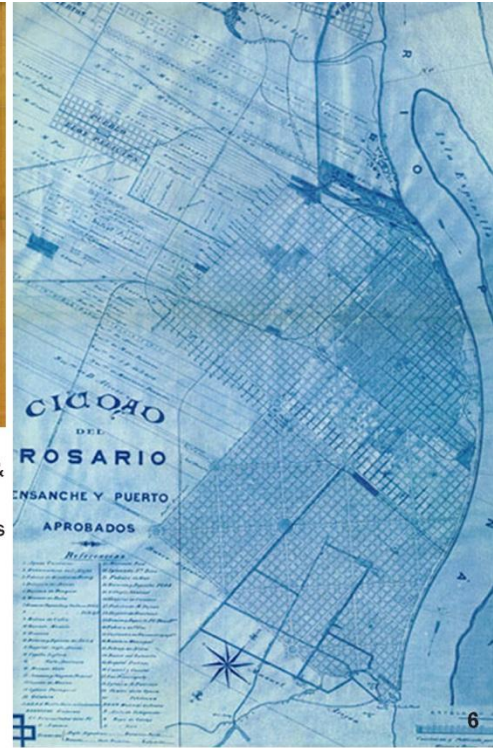
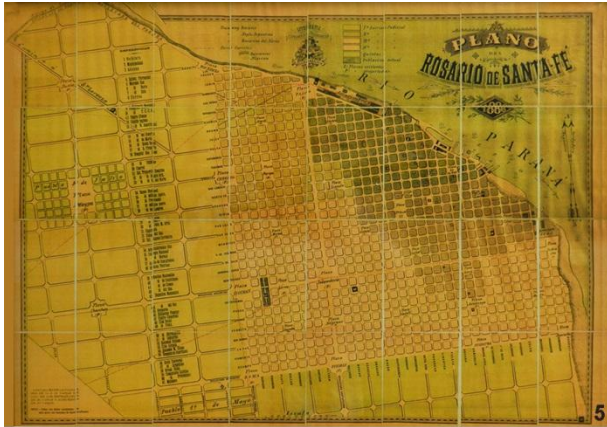


Fig. 30. *Plano del Rosario de Santa Fe* 1886, litografía Müller & Woelflin.

Fig. 31. *Plano Ciudad del Rosario Ensanche y Puerto Aprobados* (1890), Werner y Pusso. Fuente: Concesión del puerto del Rosario a favor de don Juan Canals. Rosario, Olivé: 1891.

Fig. 32. *Plano la ciudad de Rosario de Santa Fe comprendiendo los ensanches sancionados y proyectados*, edición municipal de 1891. Fuente: Departamento de Documentos Escritos - Archivo General de la Nación. Reproducido en Cecilia Galimberti (2016)

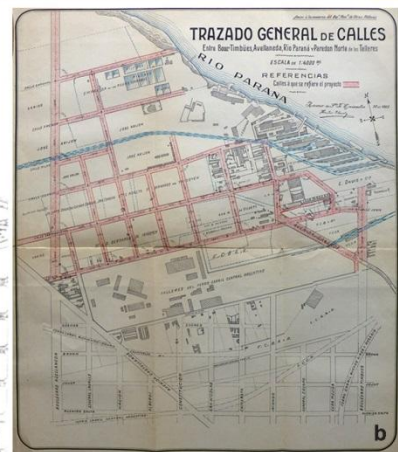
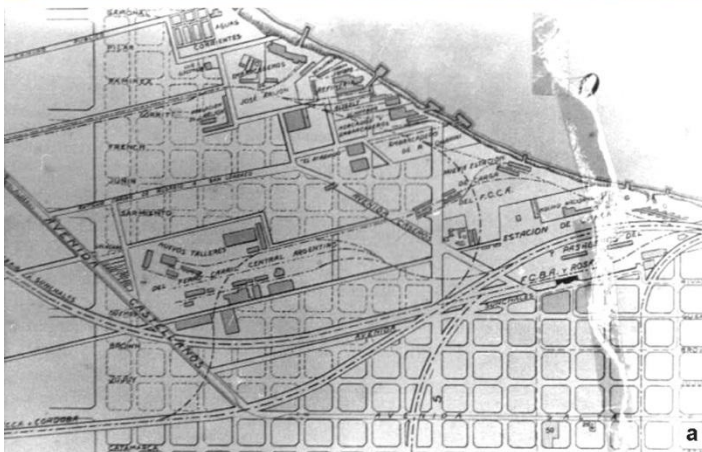
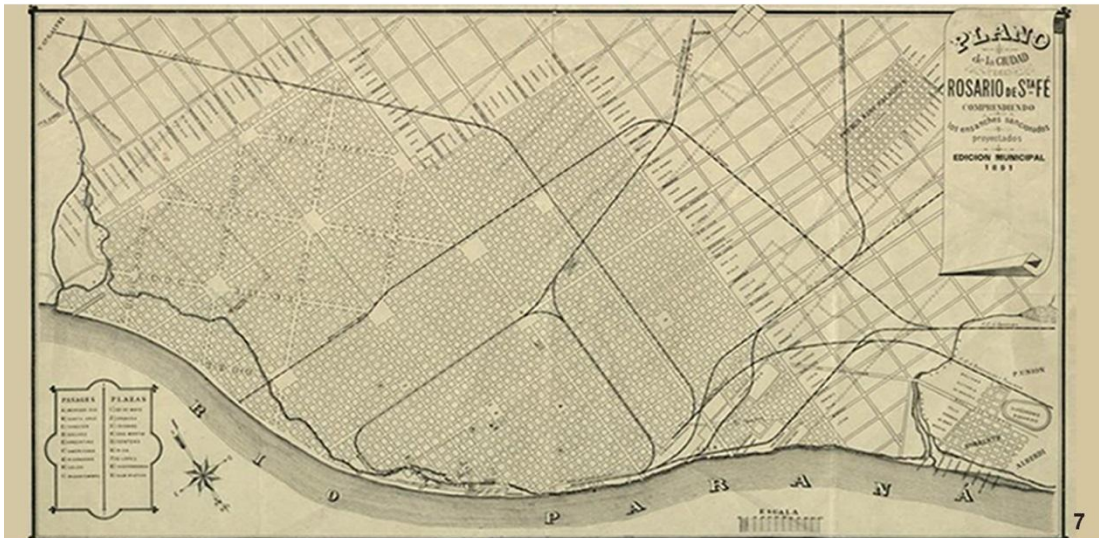


Fig. 33. a/ Norte en el Plano de Rosario 1900, detalle de las instalaciones ferroviarias. Fuente: Museo Histórico Provincial. b/ Proyecto de urbanizacion del área Fuente: Lamas (1904)

### III. 3. Mapas mentales

A partir de la década de 1880 los miembros de la burguesía rosarina diversifican sus inversiones en varias áreas (comerciales, de producción, de especulación inmobiliaria, etc.) comenzando a intervenir a través de diferentes prácticas en el circuito de producción de la arquitectura y la ciudad. Algunos lo harían directamente como "inversores", desde los "terratenedores urbanos" que se ocupan desde la fundación de pueblos hasta pequeños loteos relacionados generalmente al incipiente desarrollo industrial. Otros, o los mismos, serán propietarios de "casas de vecindad", "conventillos", que albergarán a la creciente inmigración. *La Capital* designa a este período signado por los grandes negocios con la tierra urbana y suburbana como "La fiebre de tierras", mientras prácticamente en todas las ediciones publica extensas columnas con los remates y las compraventas. Su posicionamiento frente al tema es ambiguo, si bien la escritura pareciera entrañar cierto contenido crítico respecto a la especulación inmobiliaria, muchas otras manifestaciones demuestran lo contrario:

"Indudablemente al calor de esa fiebre de transacciones se escuda la especulación que no acapara un progreso positivo; pero no hay duda que de esa rotación de los negocios queda algo que no es vago ni efímero: las transformaciones evidentes de los barrios diversos del municipio" (sic) (Ibídem, 15 de abril de 1887:1).

Por otra parte, a falta del instrumento cartográfico, el periódico desempeña un rol fundamental en la visibilización de estas operaciones, pero mucho más aun en la calificación del espacio urbano. Así, la Plaza Santa Rosa será para 1883 "el centro del high life" o "el Palermo rosarino"; el Bv. Santafesino será el "aristocrático paseo" que se constituye en "la great attraction de la sociedad", el "rendez-vous de la gente elegante" que ostentará "chalets como la avenida Alvear de Buenos Aires" (Ibídem, 14 de agosto de 1887: 1; 27 de junio de 1890: 1 y 5 de octubre de 1888: 2). En cambio, los barrios populares como Sunchales, el del Central Argentino y los de los alrededores de la Refinería, del viejo cuartel y de la ribera "honrarían seguramente la administración de Marruecos", puesto que los ranchos en la barranca son



“verdaderas injurias á la cultura urbana” (sic). Aunque estos apelativos se inscriban en críticas a la gestión municipal, promueven al mismo tiempo en el lector una estigmatización no solo espacial sino también social.

En un registro similar operan la importante cantidad de avisos de remates que indican la viabilidad la operación de acuerdo a la posición social de los posibles compradores, con textos tales como “propiedad en el barrio mas importante de Rosario a 2 cuadras del Palacio de Justicia”, “Lotes cerca plaza López. Gran ocasión para los señores especuladores y obreros”, “Remates al norte en el gran barrio de los obreros frente a los talleres del FCCA (...) para gente de poco capital” (sic) (Ibídem, 3 de enero de 1889: 4 y 8 de noviembre de 1889: 2) (fig. 35). Asociados a ellos se registran recurrentemente artículos que los comentan en la misma edición o en ediciones posteriores. Por ejemplo, anticipándose a un remate de terrenos cercanos al Palacio de Justicia en construcción, concluye el diario que: “En nuestro concepto, dicho remate es uno de los mas valiosos é importantes que han tenido lugar en este pueblo, tanto por la ubicación central de los terrenos como por el porvenir seguro que les aguarda” (sic) (Ibídem, 2 y 3 de setiembre de 1889: 1).

En cuanto al tratamiento de los grandes negocios de tierras resulta significativo el caso, que no es el único, de constitución de “una gran empresa”, los Tramways del Oeste.<sup>73</sup> Aquí la lógica del negocio de especulación inmobiliaria de Canals y Vila, característica de los emprendimientos de urbanización de la ciudad por varias décadas, consiste en dotar de transporte a sitios de su propiedad alejados del ejido urbano, que consecuentemente se convierten en urbanizables y aumentan su valor. La estrategia queda claramente expuesta en el primer artículo del proyecto sancionado por el Concejo Deliberante, que el periódico reproduce bajo el título “Los grandes proyectos”:

---

<sup>73</sup> La empresa estaba integrada por Juan Canals, Nicasio Vila, Aneto Echesortu, Ernesto Davier, Francisco Ballesteros y Juvenal Machado.

“Concedese permiso á D. Nicasio Vila para construir y explotar una línea de tramways en el municipio, de acuerdo con las ordenanzas vigentes, la cual, partiendo desde la calle de La Plata, vaya por la de Córdoba hasta cuatro cuadras fuera del boulevard Timbués, al oeste, doblando en ese punto hacia al sud hasta la calle Mendoza, y por esta siete cuadas al oeste, y desde este punto doblando al sud hasta encontrar un camino vecinal, siguiendo luego por el este, hasta un territorio del solicitante que se atravesará en toda su extensión, doblando luego al norte, por otro camino vecinal, á la altura del kilómetro 8, de la vía del F.C.C.A. hasta llegar al límite sud de los terrenos de propiedad del señor Juan Canals, (...) por el Arroyito” (sic) (Ibídem, 31 de marzo de 1889: 2).

La operación no se oculta, tampoco se emite juicio. No es posible que el diario no entendiera el negocio, quizá se publica textual la ordenanza para exponer al Concejo Deliberante o quizá es admisible en su concepción de que la ciudad solo avanza gracias a sus vecinos progresistas, que en este caso estaban representados por Nicasio Vila, quien necesita el tramway para el Pueblo Eloy Palacios, y por quien había obtenido la concesión del puerto, el “activo emprendedor empresario don Juan Canals (que) ha de llevarlo á cabo con los grandes capitales de que dispone y la firme energía y fuerza de voluntad que distingue á los yankées europeos, como se les llama á los hijos de la laboriosa Barcelona”<sup>74</sup> (sic) (Ibídem, 30 de marzo de 1889: 1).

Del mismo modo actúa respecto a la fundación de nuevos pueblos, alentando la compra de terrenos con persuasivas narraciones acerca del sitio, así como recortando al grupo social al que está dirigido el

---

<sup>74</sup> Canals y sus negocios eran temas de controversia en la sociedad rosarina de entonces, mientras el periódico *El Municipio* denunciaba permanentemente al “empresario monstruo”, *La Capital* daba cuenta de sus emprendimientos casi emitir juicio, y si lo hacía, era en términos positivos. Su nombre aparece reiteradamente vinculado a diversos proyectos: la construcción del Palacio de Tribunales, la solicitud para llevar agua corriente a las setenta casas que construía cerca de la Plaza Independencia, la llegada de adoquines desde Uruguay para la firma Canals, Dam y Cía. con destino a la concesión del adoquinado de distintas calles de la ciudad, la propuesta elevada al Concejo Deliberante para la construcción de matadero, mercados y limpieza pública, etc.



emprendimiento con el empleo de precisos calificativos. Refiriéndose al loteo que se realizaría en cercanías del Hipódromo Rosarino, cercano al Arroyito - luego Pueblo Sorrento-, describe también las obras proyectadas, “tales como vías de comunicación, edificación de chalets, escuela, iglesia y demás establecimientos públicos que no hay duda beneficiaran esos parages tan pintorescos, que con el tiempo será el *rendez vous* de la *high life* del Rosario” (sic) (Ibídem, 10 de febrero de 1889: 2), utilizando la composición de términos franceses e ingleses con los que siempre hace referencia a los lugares para los espacios de socialización de la burguesía rosarina.

Con el mismo entusiasmo se refiere a Pueblo Alberdi, el futuro Belgrano rosarino, “una especie de estacion veraniega para las familias del Rosario, que pugnan por lucirse construyendo chalets y edificios espaciosos, donde la comodidad rivaliza con el lujo y el buen gusto” (Ibídem, 14 de junio de 1889: 2), al igual que el naciente el Pueblo La Florida; mientras que el surgimiento de un barrio denominado Industrial, cercano a San Francisquito “está llamado á tener un gran contingente de población, asidua, industrial, trabajadora y fabril” y en el cual “un obrero, con un pequeño capital, puede reportar ventajas positivas y prácticas” (sic) (Ibídem, 8 de noviembre de 1889: 1).

Así la estrategia discursiva del periódico, va definiendo el campo de visibilidad de la ciudad, jugando un rol irremplazable en la producción y reproducción del imaginario urbano. En alguna medida puede decirse que en cuanto a la representación del espacio la prensa opera complementariamente a la cartografía: racionalizando, delimitando, identificando lugares en un complejo juego entre lo visible y lo no visible; apelando a un orden “ficcional” que organiza lo “real”, estableciendo marcos descriptivos y creando “mapas mentales”, orientando la percepción y la experiencia de la vida urbana.

Cuando el plano que el diario reclamaba finalmente se concrete los tiempos de estos grandes negocios ya habían pasado y sus resultados en buena

medida se reflejan en el *Plano General del Municipio del Rosario de Sta. Fé* de 1895 (fig. 34), elaborado por el Departamento Municipal de Obras Públicas cuyo director es ahora el Ing. Ramón Araya.<sup>75</sup> Con su particular ubicación de la planta con el río a la izquierda y el Norte abajo, exhibe con mayor calidad en la técnica cartográfica una representación más ajustada a las condiciones materiales de la ciudad. Se trata de un plano de “relevamiento” exhaustivo de lo construido, de los nuevos loteos, de los servicios de cloacas, agua corriente y gas, de las líneas de transporte, así como de las calles con sus anchos correspondientes y diferenciando “macadamizadas”, adoquinadas y empedradas; los caminos vecinales y hasta los alambrados.

Permite así observar una edificación compacta en el área entre bulevares, un gran cantidad de calles todavía sin abrir en la segunda ronda y una extensión del damero hacia al sur donde no queda ninguna huella de los pretensivos ensanches y, al igual que el plano anterior, las enormes propiedades de tierras de los acaudalados vecinos rosarinos. Asimismo se aprecia como el triángulo se va desdibujando con el crecimiento del barrio surgido alrededor de la Plaza López y barrio Echesortu hacia el Oeste, resultado del loteo de tierras pertenecientes a Ciro Echesortu, Domingo Arrillaga, Casiano Casas y Santiago Buratovich a principios del los 80. A ello se suman los “pueblos” periféricos: Saladillo fundado por Manuel Arijón en el borde del arroyo donde instala los por entonces famosos baños y el puerto Plaza; pueblo Eloy Palacios por iniciativa de Nicasio Vila -con autorización oficial en 1889-; todos ellos favorecidos por la obtención contemporánea de la extensión de las líneas de tramways. Por su parte, la extensión del FCCA a Córdoba dará origen al pueblo de la Estación Fisherton que expresaría la voluntad de recrear una pequeña bucólica colonia inglesa en la pampa.<sup>76</sup>

---

<sup>75</sup> Ramón Araya comienza a desempeñarse 1893 en el Departamento de Obras Públicas constituido por el Ing. Civil Domingo Macera, director; Ramón Araya, ingeniero y Arnoldo Gastaldi, ayudante.

<sup>76</sup> Por fuera del Municipio surgían Alberdi (Nicolás Puccio, 1876), Sorrento con el Hipódromo Rosarino (Hércules Antoniotti y Ernesto Brandt, 1889), los que junto con Unión y La Florida, serán concebidos como pueblos de recreo que obviamente no registra el plano pero que también respondieron a inversores rosarinos en su fundación y desarrollo. Todos ellos ubicados al norte del arroyo Ludueña pasarán a formar parte del municipio en el año 1919.



Fig. 34. Plano General del Municipio del Rosario de Sta. Fé (1895) Departamento Municipal de Obras Públicas, director Ing. Ramón Araya. Fuente: Archivo Biblioteca Nacional.

<p>LOJO Y CASTRO SEGUNDO IMPORTANTE REMATE DEL NUEVO PUEBLO <b>"LA FLORIDA"</b> EL DOMINGO 3 DE NOVIEMBRE EN LA PLAZA SANTA ROSA A LA 1 P. M. Venta a plazos. Al alcance de todo el mundo. Venta a plazos. El domingo 3 de Noviembre en la plaza Santa Rosa a la 1 P. M. presentándose a vender los terrenos rematados del nuevo y próspero pueblo LA FLORIDA, situada sobre el río Paraná y limitada por el río Uruguay y el río Paraná. Terrenos parte al contado, terreno a seis meses y terreno a 12 meses con el 7 por ciento. En adelante cada día sábado en la tarde del domingo 3 de Noviembre de 1891</p>	<p>Dietrich &amp; Zamora <b>5 espléndidos lotes 5</b> MAGNÍFICOS TERRENOS SITUACION INMEJORABLE A un paso de la gran <b>PLAZA DE FRUTOS</b> Paraje de inmenso porvenir</p>	<p>LA CAPITAL POR Federico Lozano El más importante remate de terrenos EFECTUADO EN EL ROSARIO DE 55 VALIOSOS LOTES CON FRENTE A LAS CALLES SANTA-FÉ, SAN LORENZO, ORDEN, URUGUAY, DORREGO, PLAZA SAN MARTIN Y PALACIO DE JUSTICIA. El día jueves 5 de Diciembre A LAS 2 DE LA TARDE EN EL ESPACIOSO LOCAL QUE OCUPABAN LOS SEÑORES <b>BLYTH LE BAS Y C.</b> Calle San Martín esquina a la de Santa-Fé POR LOS MISMOS</p>
<p>Abril 11 de 1891 <b>IFISHERTON!</b> Mañana 12 del corriente SE VENDERÁN LOS TERRENOS EN FRENTE A ESTA ESTACION PASADÉ DE IDA Y VUELTA GRATIS OJO AL AVISO EN LA SECCION DE REMATES EL REMATE SE EFECTUARA sobre los mismos terrenos POR <b>CALP Y DOMINGUEZ</b></p>	<p><b>Echesortu y Casas</b> Importante remate. De una linda propiedad. En el barrio más importante que tiene el Rosario. Al Norte. A 2 cuadras del palacio de justicia. Con calle adoquinada. Tramway a una cuadra. Con entrada por dos calles. Venta forzada. A cualquier precio. No hay límite.</p>	<p><b>DE DOS LOTES DE TERRENOS</b> LINDISIMOS Altos y muy bien situados CON FRENTE Al gran Boulevard Argentino <b>RODEADOS</b> DE NUEVOS Y ELEGANTES EDIFICIOS Buena ocasion</p>
<p>LA CAPITAL Por Echesortu y Casas GRANDIOSO REMATE DE TERRENOS EN CONDICIONES SUMAMENTE CÓMODAS A CINCO AÑOS DE PLAZO A PAGAR POR MENSUALIDADES</p>		

Fig. 35. Avisos Loteos

### III. 4. La ciudad en el nuevo siglo: variaciones de la modernidad

#### Naturaleza artificial y paisaje

Los primeros días del 1900 *La Capital* define al siglo que finaliza como “activo y creador”, alejado de abstracciones, con gente de “espíritu práctico y especulativo” (5 de enero de 1900: 1), mientras recibe al que se aproxima con optimismo, dado el desarrollo del comercio local, la próxima construcción del puerto, la posibilidad de una nueva vía fluvial con Victoria y el trabajo del “progresista” intendente Lamas, a cuyas ideas, proyectos y obras promovidos durante los seis años de su gestión (1898-1904) estarán absolutamente vinculados los destinos de Rosario.

Durante su intendencia, el periódico que durante años había marcado la agenda de los gobiernos municipales, deja de lado los reclamos y va dando cuenta del accionar municipal sintéticamente y sin la adjetivación exagerada del siglo anterior, en parte porque las columnas de opinión estarán destinadas casi exclusivamente a la concreción del puerto, pero también como producto de la modernización del periódico que comienza a limitarse a la publicación de la noticia. De no haber sido por el brote de peste bubónica y sobre todo por el cordón sanitario que afectaba la actividad comercial, no habría habido críticas a la gestión de Lamas, pero la situación obliga a tratar la cuestión de la higiene de la ciudad, especialmente fuera de bulevares, y se visibilizan los problemas de los barrios obreros, el hacinamiento en los conventillos y los zanjones y lagunas que todavía persisten en los suburbios.

La “Chicago del Sud” registra para entonces 112.461 habitantes según el *Primer Censo Municipal* de 1900 y se presenta transformada especialmente alrededor del núcleo fundacional, con la erección del Palacio Municipal y la remodelación de la Iglesia Matriz. Al mismo tiempo Lamas, que concluye en 1901 su primer período e inicia el segundo, iba haciendo realidad proyectos que habían esperado más de quince años, acompañado por la experticia del director del Departamento de Obras Públicas Ing. Héctor Thedy. Entre las obras de “embellecimiento” las de mayor impacto serán, primero el jardín

zoológico en la plaza Independencia y más tarde, con igual nombre, el gran parque público<sup>77</sup>, así como nuevas plazas y mejoras en las existentes, y las propuestas de transformación de la ribera junto al proyectado Monumento a la Bandera, alentaban la percepción de una modernidad próxima.

Asimismo se encararon obras de salubridad e higiene, extensión de los servicios de aguas corrientes, baños públicos, obligación de instalar agua corriente en los conventillos, la inauguración de la Casa de Aislamiento, ampliación del Hospital Rosario y el Palacio de la Higiene instalado en la quinta que perteneciera a Juan Canals. En cuanto a los adelantos en materia de “viabilidad” se destacan la apertura del Túnel Celedonio Escalada (ex paso de las Cadenas), el levantamiento de los rieles del FCOS que corrían a lo largo del Bv. Argentino, la reconstrucción del puente sobre el Saladillo y la pavimentación de las calles que se hallaba detenida desde principios de la década de 1890.

Respecto a los proyectos no concretados, se cuentan el trazado de calles en el barrio Refinería, así como dos avenidas diagonales, ambas de 30 metros, una denominada Francisco Godoy sobre el antiguo camino a la Candelaria iniciada en La Plata (actual O. Lagos) y Pasco en dirección sudoeste hasta los límites del municipio y la otra, llamada Primera Diagonal, que partiendo de la intersección de las avenidas Castellanos y Salta terminaría en la intersección de los bulevares Argentino y Santafesino, conformando una vía rápida de comunicación del norte con el centro que salvara además el tortuoso trazado en el área ocupada por los talleres y vías del FCCA, tal como se observa aun en el plano del Municipio de 1908<sup>78</sup> (fig. 36).

Como había ocurrido con el proyecto al Monumento a la Bandera, el ensanche de la plaza Brown y el pasaje hacia la plaza de Mayo, el jardín

---

<sup>77</sup> Inaugurado el 1° de enero de 1902, continuando la idea del “Parque 27 de Febrero”, según el proyecto de ordenanza presentado por el intendente Alberto J. Paz en 1897, quien planifica la creación un parque de diez y ocho manzanas, anexo a la Plaza Independencia.

<sup>78</sup> Aunque la ordenanza de creación de del 26 de junio de 1902 la “Avenida Primera Diagonal” junto con la de ensanche del parque Independencia se derogan en abril de 1906.



zoológico, con sus instalaciones en diferentes estilos que reúnen “lo cómodo con lo elegante” (Ibídem, 5 de enero 1900: 1), el parque “cuya belleza puede compararse con Palermo de Buenos Aires, el Retiro de Madrid, el paseo de la Reforma de Méjico y algunos parques italianos” (Ibídem, 14 de diciembre de 1902: 1) y la apertura de la Avenida Belgrano serán las intervenciones más aplaudidas por la prensa, y en torno a las mismas emergerá un nuevo argumento, a la par de las recomendaciones del higienismo.

En este sentido, Lamas explica la ubicación del parque apelando a las opiniones de Rawson respecto del Parque 3 de Febrero de Buenos Aires que “responde solo á las necesidades de la aristocracia y del lujo, pero permanece mudo ante las exigencias de la poblacion indigente porque queda en el extremo norte” mientras que su proyecto se ubica “en el término equidistante de los dos extremos poblados de la ciudad del Rosario y donde convergen sus dos arterias principales” (sic) (Ibídem, 25 de Julio de 1900: 1).

En la misma línea, al momento de su inauguración el cronista del diario extasiado ante el pintoresco espectáculo con la presencia sublimada de la naturaleza, el lago artificial, las grutas y la montañita, agregará que en sus simétricos jardines se verán “mezclados el modesto obrero con el más encumbrado personaje” y la “mas sencilla costurera (...) con la mas copetuda dama” (Ibídem, 1 de enero 1902: 1). La preocupación por los sectores populares se hace cada vez más notoria en la medida que los reclamos y las huelgas hacen su aparición, aunque justo es reconocer que el diario venía desde hace años solicitando mejoras en los barrios obreros más olvidados -Talleres, Refinerías-, así como la construcción del asilo para inmigrantes y casas para obreros (fig. 37).

Por su parte las obras de urbanización de la ribera estarán asociadas a la inminente licitación del puerto, y en conjunto, serán fundamentales para la definición de la actual fisonomía del sector. A principios de 1899 *La Capital* publica un extenso informe del Ing. Thedy dando cuenta de un ambicioso

proyecto para el bajo, que en términos generales consiste en tres grandes operaciones: por un lado el desmonte de calles Libertad, Salta, Progreso y Catamarca; por otro la construcción de un viaducto hasta la ribera de la calle Jujuy y los desmontes necesarios para unirla a calle Wheelwright “a fin de evitar la ocupación de terrenos que no sean de propiedad de la comuna” y de Progreso hacia el este hasta la desembocadura del túnel del FCCA; y por último una avenida de 50 metros de ancho a partir de la calle San Martín hacia el sur hasta el Bv. Argentino, a la que el intendente propone denominar Belgrano (Ibídem, 25 de enero 1899: 1).

De ellos el Concejo Deliberante aprueba los planos para los desmontes y la apertura de la avenida desde calle San Martín -a cuya altura se ubicaban los muelles nacionales- a Chacabuco con un ancho de 50 metros, disminuyendo a 30 en su continuación hasta el Bv. Argentino. Su construcción parcial, el desmonte de las bajadas y las obras de relleno y terraplenes, provocarán un marcado cambio de nivel respecto de la cota de las construcciones existentes, entre ellas la vieja Aduana Nacional quedará prácticamente sumergida en un foso, mientras que la Bajada -que pasa a llamarse Sargento Cabral- y la “elegante” Avenida estrenan canchales arbolados que contribuirán a la nueva imagen de paseo que se pretende imprimir a las mismas (fig. 38). *La Capital* saludará estas transformaciones puesto que el área

“(...) va perdiendo la perspectiva agreste que le daban las elevadas barrancas inaccesibles, y tomando en cambio la curva suave del terreno llano que se brinda para que la edificación prospere y complete la obra de progreso que allí se realiza urbanizado una zona que hasta hace poco tiempo constituía un peligro para la salud y seguridad de sus escasos moradores” (sic) (Ibídem, 27 de julio 1901: 1).

El Parque Independencia, la avenida Belgrano y la colocación de la piedra fundamental del Puerto se constituirán en emblemas del gobierno de Lamas y de la modernización urbana, y lo harán merecedor de numerosos homenajes. Entre ellos puede incluirse la aparición de un plano montado

sobre una ilusión de curvatura, del tipo “panorámico”, el *Plano Comercial Rosario de Santa Fe compilado por F. Castelfranchi* dedicado al intendente Lamas, sobre el que el diario *El Municipio* señala el 20 de abril de 1902, que “es de lo más completo que hasta ahora se ha hecho en planos de esta ciudad”<sup>79</sup> (fig. 39).

De un tamaño considerable, 1 metro por 1,30 metro, y abarcando el sector de la planta urbana comprendido entre el Bv. Rosarino (Bv. 27 de Febrero) y el Bv. Timbúes (Av. Francia), la pieza demanda un tiempo de recorrido de la mirada, que reconozca determinados puntos enfatizados estratégicamente. Como en la pintura mural, este tamaño –asimilable al “cartel publicitario” o al *affiche*- limita su abstracción técnica, en beneficio de la lectura argumentativa.

En los ángulos residuales del rectángulo, se colocan tres leyendas: abajo a la izquierda el escudo de Rosario, rodeado de cartelas curvas que indican el nombre de la pieza agregando inmediatamente debajo “dedicado al Señor Intendente Municipal don Luis Lamas y patrocinado por la Bolsa de Comercio presidencia del Sr. José Castagnino”.<sup>80</sup> Estas palabras operan como citas de autoridad que afirman el mensaje central apelando al prestigio de la Bolsa de Comercio y del Intendente.

Respecto de lo que Castelfranchi quiere comunicar resaltan, como su nombre lo indica, el registro de los establecimientos comerciales de la época -abarcando un amplio espectro que incluye desde barracas y tiendas a hoteles y bancos- ubicados en sus correspondientes manzanas. El

---

<sup>79</sup> Este plano fue anteriormente tratado en B. Cicutti, B. Ponzini (2008) “Territorio, política y modernización. Reflexiones desde el plano “panorámico” del intendente Lamas”, en *V Jornadas Nacionales Espacio, Memoria e Identidad*. En aquel momento la única mención a la fecha de producción del mismo la suministraba M. A. Bernia de Córdoba Lutges (1959) quien lo registraba en 1898. El análisis detenido de la pieza planteó una serie de interrogantes respecto a la misma y se dejó planteada en el artículo la presunción de que su aparición había sido posterior. En el marco de esta tesis se ha podido verificar que dicha hipótesis era correcta.

<sup>80</sup> La inclusión del texto “presidencia del Sr. Jose Castagnino” resulta curiosa y controversial en tanto si bien Castagnino era un cabal representante de la dirigencia política y comercial rosarina y participó en numerosas instituciones locales, nunca ocupó el cargo de Presidente de la Bolsa de Comercio.



relevamiento realizado revela una alta ocupación en el área comprendida entre las calles Buenos Aires, San Juan, Pte. Roca y el Río, y su lógica dispersión hacia los suburbios. En su mayoría los establecimientos se representan con el nombre colocado dentro del lote correspondiente, pero algunos casos ameritan el dibujo en perspectiva el edificio, lo que podría indicar que a la manera de la Guías y Almanagues Comerciales que se editaban en la época, el monto de la suscripción definía la importancia de la representación del comercio en el plano.

Asimismo se advierte la fidelidad en la representación de las plazas, cuya presencia se acrecienta por el uso del color verde y la ilustración en perspectiva de los edificios públicos que las rodean. Se observan la plaza 25 de Mayo con la Iglesia y el edificio de la Municipalidad, la plaza Pringles y la plaza San Martín con el Palacio de Tribunales, y siguiendo el recorrido por calle Córdoba, el sitio correspondiente a Plaza Jewell y el barrio Echesortu cuando ya el dibujo se desvanece producto de la perspectiva. Con el mismo nivel de detalle se presentan las Plazas Urquiza e Iriondo -designada Santa Rosa-, con la Escuela Normal y la Iglesia, y la Plaza López y su entorno enlazada al Bv. Argentino con canteros y arbolado, por el que todavía corren las vías del Ferrocarril Oeste Santafesino, cuya remoción estaba en los planes de Lamas<sup>81</sup>, forestado por una doble hilera de árboles.

Sobre la costa igual tratamiento reciben la Aduana, algunos de galpones del puerto, los depósitos y muelles de la empresa del Gas y el nuevo trazado de la Avenida Belgrano en dos colores, el verde indica lo construido y forestado y en rojo lo proyectado, con la inclusión de los depósitos nacionales frente a la Aduana que interrumpen su delineación. Por fuera de la primera ronda de bulevares se encuentran dibujados con minuciosidad el Cementerio con su pórtico neoclásico, la Cárcel, el Hospital Italiano junto al recientemente inaugurado Hospital Rosario y el Francés en Paraguay y Viamonte. Si bien

---

<sup>81</sup> El proyecto de bulevar nunca se materializó, ya que, casi inmediatamente después del levantamiento de las vías mencionadas instaladas desde 1868, se incorporan las del tranvía eléctrico, en 1906.

registra todas las líneas ferroviarias y sus estaciones, la única que merece un dibujo jerarquizado es la Estación del Ferrocarril Córdoba y Rosario sobre el Bulevar 27 de Febrero.

Las técnicas de la cartografía “panorámica” privilegian el efecto de “credibilidad” en la representación del gran escenario urbano y al tiempo que pareciera querer reflejar la ciudad “real”, se convierte en instrumento político de divulgación del programa de obras de la Intendencia. El dispositivo más explícito que el autor ha puesto en juego, está relacionado con el dibujo de la planta urbana en proyección curva tomando como centro el núcleo histórico, del que las calles fugan hacia los extremos superiores del plano al tiempo que adquieren una curvatura que, un tanto grotescamente, pareciera responder a la forma del globo terráqueo, que quizá haya estimulado la percepción de una ciudad que ya podía considerarse incluida en el mundo tal como anunciaban los periódicos en función de la inminente concreción del puerto. Los detalles se diluyen en torno a los acontecimientos más significativos que adquieren un valor más dramático que descriptivo, en tanto el cartógrafo enfatiza la eficacia de determinados elementos, en este caso, principalmente el Gran Parque, protagonista del territorio modernizado.

Con toda su capacidad expresiva este documento se instituye en metáfora visual de los valores culturales de la sociedad rosarina y de sus dirigentes, en emblema de orden y prosperidad, como también, en dispositivo vehiculizador de materialización de las utopías de la época y de configuración del imaginario de la modernidad que definió la transformación del territorio a principios del siglo XX. Una aproximación a la modernidad que en la ciudad de Rosario, como otras latinoamericanas, tuvo menos que ver con una historia de las ideas pretendidamente modernas desarrolladas por la ilustración europea, que con sus propias instituciones, sus grupos dirigentes, sus representaciones.

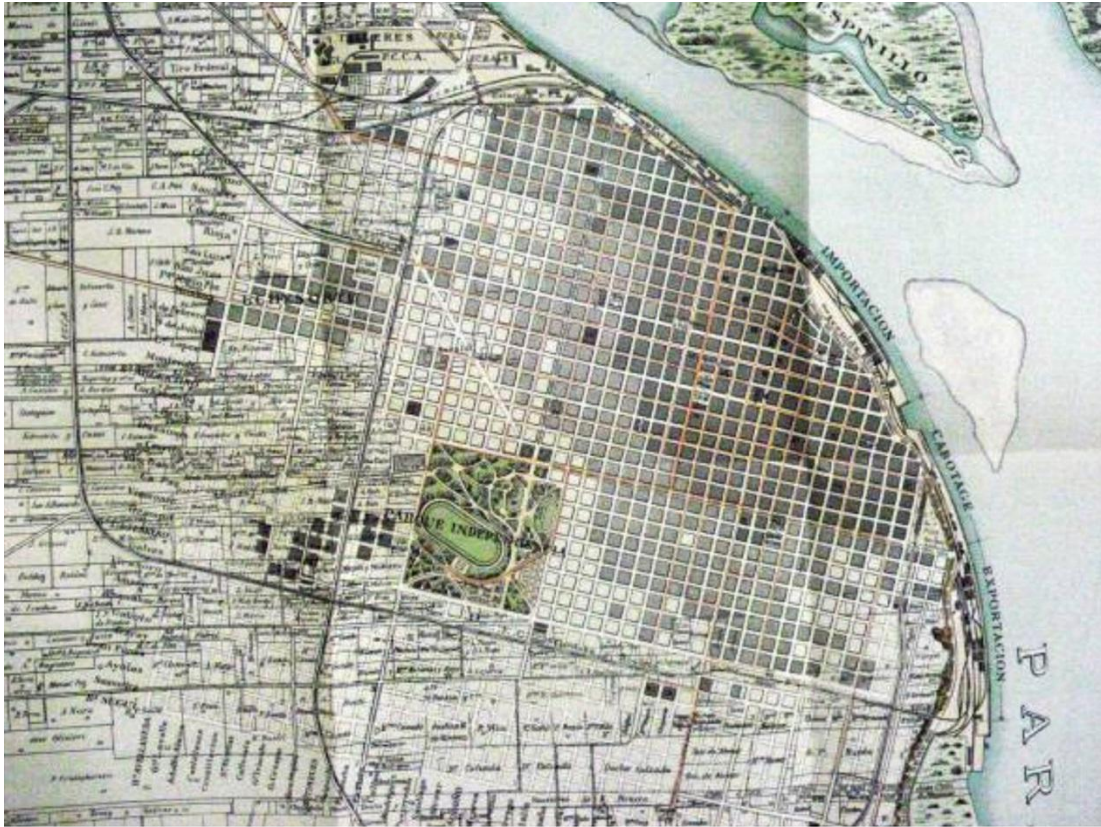


Fig. 36. *Plano General del Municipio del Rosario de Sta. Fé* (1908) Departamento Municipal de Obras Públicas, Ing. Director Héctor Thedy. Fuente: Archivo Museo Histórico Provincial de Rosario «Dr. Julio Marc».

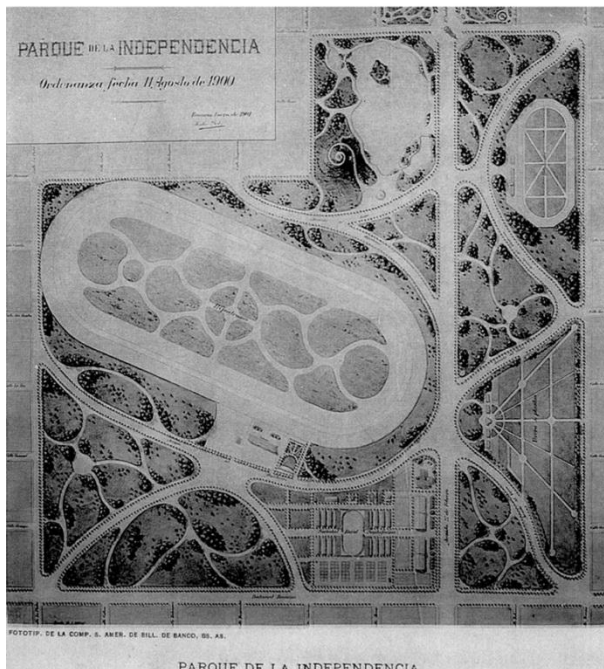


Fig. 37. *Parque de la Independencia*, ordenanza 11 de agosto de 1900, Ing. Héctor Thedy. Fuente: Memoria presentada al Honorable Concejo Deliberante por el Intendente Municipal Luis Lamas. Del 15 de febrero de 1898 al 15 de febrero de 1901. Rosario: La Capital.



Presidarios cavando el lago (1901). La tierra extraída fue utilizada para construir la montaña, que poseía un sendero circular. El predio hoy forma parte del Jardín de los Niños.

<https://www.facebook.com/museodelaciudad/photos/pcb.1268616586514926/1268614956515089/?type=3&theater>



Rosario, 1902. Santiago y Vicente Pusso. Inauguración del parque de la Independencia, el 1º de diciembre de 1902. Vista tomada desde «la Montañita» realizada con la tierra de la excavación del lago artificial. Fuente: Archivo fotográfico de la Escuela Superior de Museología de Rosario.





Fig. 38. Sargento Cabral y Aduana Nacional. Fuente. Primer Censo Municipal de Población de Rosario (1900)

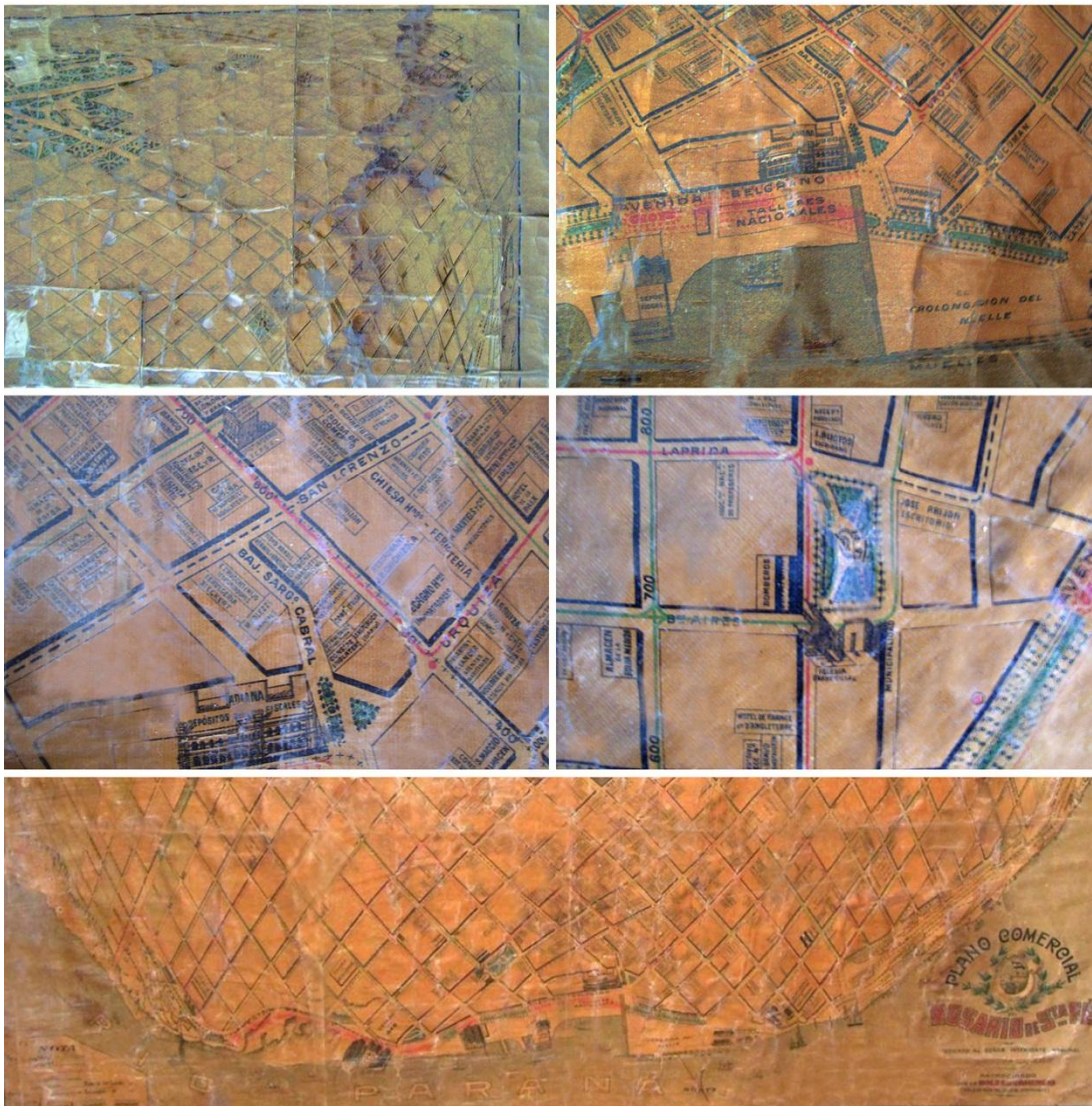


Fig. 39. Plano Comercial Rosario de Santa Fe compilado por F. Castelfranchi (1902) Fuente: Archivo Museo Histórico Provincial de Rosario «Dr. Julio Marc». General y detalles.

## Técnica y paisaje

Aunque no se menciona muy a menudo, la prensa y seguramente los rosarinos, percibían el paisaje natural que los rodeaba como una debilidad; la pampa solo comenzará a ser considerada como tal en clave sublime hacia 1910 y en ese marco, el elemento compensatorio será la animación de la ciudad, la circulación de sujetos y mercancías:

“(…) la naturaleza no ha sido demasiado pródiga con nuestra ciudad; exceptuando la barranca, de la que divisamos las verdes cuan desiertas islas (...), no tenemos ni bosques, ni colinas, ni panoramas, ni nada que se les parezca (...)

Sin embargo, el movimiento comercial, el vaivén de los carros y de los coches le dan un aspecto casi diríamos alegre” (Ibídem, 10 de junio 1891: 1).

Los espacios con los que Lamas había dotado a la ciudad acercando una naturaleza planificada a los ciudadanos irían siendo abandonados por las siguientes gestiones. Desde 1905 el zoológico va degradándose hasta que el 1º de enero de 1908 se cierra definitivamente y aunque ese mismo año se presenta un nuevo proyecto ubicándolo en el extremo suroeste del parque, no se llevará a cabo (fig. 39). Pero el parque también está desmantelado, con escasos árboles “es un abandonado yuyal” y al lago, con base de hormigón y usina propia para la renovación de las aguas, “hace un año y medio que no se (le) cambia el agua”, lo que lo asemeja “al célebre de Asfaltites ó el mar Muerto” (sic) (*La Capital*, 11 de setiembre 1908: 8).

En ese contexto el proyecto de Lamas que privilegiaba el embellecimiento del espacio público asociado al paisaje, imaginando “lo que en el futuro será la ciudad con sus calles inclinadas hacia la ribera y abriéndose desde sus puntos mas poblados una amplia perspectiva sobre uno de los rios mas hermosos del mundo” (sic) (Lamas, 1901: 115), será puesto en crisis cuando a partir de la compra del FCOS por parte del FCCA y su fusión en 1907 con la empresa del Buenos Aires y Rosario, se presente una propuesta de construcción de un viaducto para la circulación de trenes sobre la avenida Belgrano entre las estaciones de ambas líneas (actualmente, desde el

Distrito Centro hasta el Parque Urquiza), para que sus cargas accedan al nuevo puerto<sup>82</sup> (fig. 40). El proyecto, cuyos planos se exponen no casualmente en la Bolsa de Comercio, despertará un encendido debate y *La Capital* apostará fuertemente a su concreción, aunque contradiga su visión de la zona expuesta años antes, porque el mismo “cambiaría totalmente el aspecto de la zona más interesante de la ribera, dándole tonos de adelantada y estimulando las construcciones y la población, en una palabra, incorporándola como elemento activo al movimiento crecido de la ciudad” (Ibídem, 2 de Julio de 1907: 5).

Si bien el diario no entra en detalles sobre los argumentos de quienes se oponen, reconoce “opiniones encontradas”, publica algunas cartas de lectores con críticas contra los intereses de las empresas sin refutarlas y, a medida que la discusión crece, su discurso se vuelve más mesurado, declamando su imparcialidad y propiciando que “se debata en todos los ámbitos y se asegure que no sea un negocio solo para las empresas (...) Venga ahora el debate sereno, culto é ilustrado. Lo necesitamos todos para saber si este negocio nos conviene ó no nos conviene” (sic) (Ibídem, 5 de abril de 1908: 6).

Sin embargo, esto no evita que sus comentarios sean siempre favorables. Destaca el “camino subterráneo” que a la manera del Celedonio Escalada se planteaba sobre Av. Castellanos por donde cruzan los trenes que van hacia los embarcaderos; el levantamiento de las vías que evitarían los múltiples pasos a nivel en los barrios del Oeste y finalmente, respecto de la Avenida Belgrano, que era el eje de la discusión, sostiene que el viaducto ocuparía solo diez metros en el centro de los cincuenta totales y en cuanto a la “estética y solidez de la obra”, como los tramos de mampostería tienen

---

<sup>82</sup> La Municipalidad negocia los términos del contrato y la empresas se comprometen, si se le otorga la concesión, a construir “un pasaje á bajo nivel en la avenida Castellanos y Salta de 13 metros de ancho, donarán á la municipalidad el terrenos que ocupa en la actualidad la línea del F.C.B.A.y R. en la calle Vera Mujica, desde la estación hasta el Tiro Suizo, terreno que mide unos 160.000 metros cuadrados; si la municipalidad llegase a obtener la ley de expropiación de los terrenos necesarios para ensanchar la avenida Wheelwright desde boulevard Oroño hasta Santiago, las empresas se comprometen á donar el dinero que sea preciso para esa expropiación” (sic) (*La Capital*, 14 de febrero de 1908: 6).

una dimensión de trece metros de ancho por once de alto, no impiden “la vista al puerto (...) quedando libre el panorama dilatado del río Paraná”, pero la cuestión de fondo aparece al final del artículo cuando se manifiesta claramente la percepción del diario respecto de la caracterización de la Avenida Belgrano, reforzando su histórica representación de la ciudad, vinculada al comercio y la modernización técnica:

“(…) es muy discutible que la avenida pueda constituir un paseo aristocrático, siendo más probable que resulte una arteria esencialmente comercial dada su ubicación al lado del puerto. Antes que plantas y jardines serán menester allí grandes depósitos de mercaderías y almacenes por las casas importadoras de la plaza. Por otra parte, el viaducto testimoniará con elocuencia la valía de nuestro factor mercantil, pues será uno de sus reflejos y una demostración de los buenos progresos de la ciudad” (Ibídem, 26 de febrero 1908: 6).

Como la obra se entiende como la primera etapa de un proyecto mayor, el Metropolitano Rosarino, el diario agrega a las ventajas ya expuestas, que el mismo estimulará la fundación de nuevos pueblos o el desarrollo de los existentes, vinculados a la ciudad por servicio de trenes urbanos. Se constituiría así una trama, en la que gracias a estos dispositivos modernizadores “la vida del trabajador será más cómoda, pues le será factible vivir fuera de la actual planta urbana en habitaciones higiénicas y baratas” (Ibídem, 26 de febrero 1908: 6).

Repitiendo la fórmula probada publica insistentemente notas sobre el mismo y utilizando todas las técnicas de argumentación, explica el proyecto, convoca a expertos<sup>83</sup> a emitir opinión, recurre a los ejemplos -“Nueva York, Liverpool y otras ciudades extranjeras tienen viaductos de esta naturaleza”-, a las similitudes con el viaducto del ferrocarril de Buenos Aires al Pacífico en

---

<sup>83</sup> Entre ellos consulta al ingeniero Alwin Schneider, quien había sido miembro de la Sociedad Anónima Puerto de Rosario de Santa Fe constituida por Canals, a quien luego representaría en el juicio arbitral que mantendría con el Gobierno Nacional. Schneider que el viaducto “es una consecuencia lógica é inevitable” producto de la construcción del puerto y ensaya un argumento sosteniendo que la oposición proviene de los vecinos del norte de la ciudad por el avance que esto traería al sur. (*La Capital*, 28 abril de 1908: 6)

Palermo, y hasta a la inclusión de una nota sobre ingeniería moderna con fotografías de un puente ferrocarrilero sobre el río Segundo, un registro muy poco habitual en el diario (Ibídem, 26 de febrero de 1908: 6 y 31 de marzo de 1908: 6).

Cuando la comisión constituida a los efectos de estudiar el proyecto se expida favorablemente y prácticamente con los mismos fundamentos que ya había proporcionado el periódico, sin embargo al mismo tiempo anticipa lo que ocurrirá cuando la construcción de los galpones para depósitos del puerto ocupe la mayor parte de la ribera central “impidiendo la vista al río desde el plano bajo donde está ubicada la avenida” y sosteniendo que el río solo podrá ser contemplado entonces desde lo alto de la barranca, por lo que la obra en discusión en “nada alterará esta vista, y por el contrario ganará en movimiento y vida pues se tendrá en un primer plano, el viaducto, con su permanente circulación de trenes, símbolo de la enérgica labor de esta ciudad” (Ibídem, 20 de mayo de 1908: 6).

El 22 de mayo el proyecto de ordenanza se trata en el Concejo Deliberante y aparecen nuevas razones para impedir su construcción presentadas en el dictamen en disidencia de los concejales Marull y Castagnino, quienes se oponen en tanto se trata de una concesión a perpetuidad, un monopolio que provoca perjuicios a las restantes líneas férreas y con el agravante del cierre de varias calles de la ciudad. Aun así el proyecto se aprueba y 23 de enero de 1909 se colocará la piedra fundamental en la intersección de Av. Belgrano y calle San Juan. Pocas noticias más se tendrán del mismo, en abril *La Capital* advierte que la “majestuosa” estación central prometida por el Central Argentino ya no se construirá y ante sus requerimientos por las demoras en el inicio de la obra del viaducto, los ingenieros ingleses arguyen que el terreno no presenta la resistencia suficiente para soportar las fundaciones y que se requieren obras complementarias, pero en realidad la empresa parece haber perdido interés en el tema del que ya no se volverá a hablar, excepto por los pleitos entre la municipalidad, la empresa y los



vecinos, por incumplimiento del contrato firmado en 1908 que continuarán hasta la mitad de la siguiente década.

Sin embargo la discusión abierta ante la posibilidad de su concreción permite relevar las primeras preocupaciones e imaginarios acerca de la relación entre la ciudad y el río, -relación que las obras del puerto clausurarán por muchos años en la ribera central-, constituyendo los primeros antecedentes de un debate que reaparecerá con fuerza en la década de 1920.

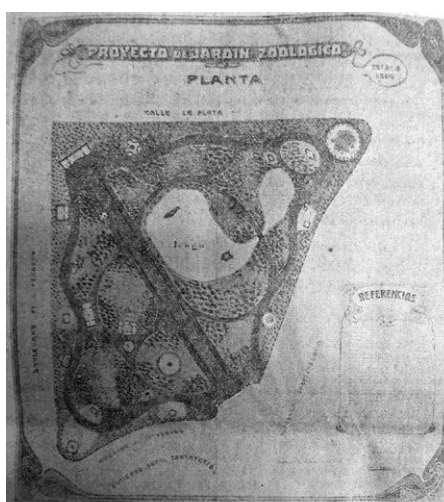
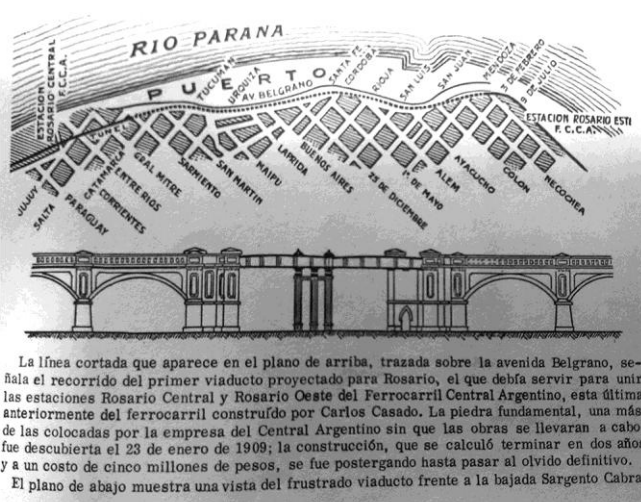


Fig. 40. Proyecto para el jardín zoológico (1908) Carlos Navarro, jefe de la dirección de plazas, parques y paseos públicos. Fuente: *La Capital*, 24 de octubre de 1908: 6.



La línea cortada que aparece en el plano de arriba, trazada sobre la avenida Belgrano, señala el recorrido del primer viaducto proyectado para Rosario, el que debía servir para unir las estaciones Rosario Central y Rosario Oeste del Ferrocarril Central Argentino, esta última anteriormente del ferrocarril construido por Carlos Casado. La piedra fundamental, una más de las colocadas por la empresa del Central Argentino sin que las obras se llevaran a cabo, fue descubierta el 23 de enero de 1909; la construcción, que se calculó terminar en dos años y a un costo de cinco millones de pesos, se fue postergando hasta pasar al olvido definitivo. El plano de abajo muestra una vista del frustrado viaducto frente a la bajada Sargento Cabral

Fig. 41. Viaducto para la circulación de trenes sobre la avenida Belgrano. Fuente: *Revista Historia de Rosario* N° 5/6, Rosario:1964

## La diagonal conmoviendo la cuadrícula

Aunque *La Capital* aliente la construcción de este emprendimiento que bloquearía la relación visual de la ciudad con el paisaje ribereño, continuará reclamando obras de embellecimiento y mejoras viales al interior de la traza urbana y las avenidas diagonales se convertirán en las grandes protagonistas de la primera década del siglo, alentadas tanto por el periódico, como por el gobierno municipal y la iniciativa particular.

El diario había iniciado varios años antes una sostenida prédica en este sentido. Primero reclamando la ejecución de las dos avenidas que Lamas había propuesto, de las cuales la Avenida Godoy se ejecutará unos años después y la Avenida Primera Diagonal se deroga en abril de 1906 junto con

el ensanche del Parque Independencia. La convicción de que las avenidas son la solución a la expansión de la ciudad pone nuevamente en escena la paradigmática ciudad de La Plata. Explícitamente se expresa que es necesario un plano “que comprenda todo el radio municipal y en el cual pueden trazarse plazas, avenidas diagonales, amplias calles, algo así como la ciudad de La Plata, que es hasta ahora el ideal de ciudad americana”, sosteniendo además que en esa nueva concepción es necesario tener en cuenta que el centro de la ciudad ha dejado de ser la Plaza de Mayo para trasladarse a los alrededores de la Plaza San Martín enlazada por calle Córdoba al Bulevar Santafesino “hermoseado hoy día con mansiones soberbias”<sup>84</sup> (sic) (Ibídem, 11 diciembre de 1903: 1).

Pero pareciera que el periódico es consciente de que más allá del reconocido desempeño del Ing. Thedy, Rosario no cuenta con especialistas que puedan proveer ese plan para la “ciudad del porvenir”. El 3 de febrero de 1904, publica un artículo titulado “La moderna construcción de ciudades” en los que compara la traza ortogonal y “monótona” de la ciudad moderna “internacional” -los nuevos barrios de Roma, París, Viena y San Petesburgo- con los diferentes contrastes que ofrece la irregularidad de las antiguas, informando que en los últimos tiempos se han registrado nuevas experiencias que proponen vincular las ventajas de ambas, cuyo mejor exponente es Camilo Sitte, entre otros que se encuentran poniendo esto en práctica en Alemania. Desarrolla brevemente las ideas de Sitte valorizando el trazado de calles curvas así como las plazas diseñadas como “islas en los mares de tráfico” y el diseño de conjuntos de viviendas con patio interior. Asimismo destaca el establecimiento en el politécnico de Charlottenburg de una cátedra “que se encarga de la enseñanza de construcciones de ciudades”, combinando la tradición medieval alemana con las ideas del urbanista vienés. A excepción de los varios escritos celebrando la obra de

---

<sup>84</sup> Ese recorrido constituye hoy el llamado “Paseo del Siglo” que conserva en un importante porcentaje su construcción original, registrando tramos continuos de edificaciones antiguas que aún respondiendo a distintas tipologías, características estilísticas, alturas y antigüedad, permiten una lectura unitaria de los mismos.

Hausmann y por supuesto el trazado de La Plata, esta es la primera vez que el diario divulga cuestiones vinculadas al urbanismo. Es posible que alguno de sus colaboradores haya accedido al libro de Sitte *Construcción de ciudades según principios artísticos* (1889), quizá en la versión en francés de 1902, o haya accedido a la información en algún otro periódico, y decida publicitarlo para señalar la ausencia de conocimientos urbanísticos en los profesionales locales o para alentar su actualización.

En 1905 aparece un “rumor” acerca de la existencia de un proyecto para trazar un gran avenida diagonal similar a las “monumentales calculadas para la metrópolis”, impulsado por una iniciativa exclusivamente particular, posiblemente en referencia a J. Daniel Infante. Curiosamente *La Capital* reacciona con cierta desconfianza en cuanto a la complejidad que podría implicar su ejecución, haciendo notar además que estas intervenciones pueden ser muy convenientes en las grandes ciudades, pero previene sobre “su utilidad práctica al referirse á otras poblaciones proporcionalmente limitadas” (sic) (Ibídem, 30 de agosto de 1905: 5).

Casi un año después, y sin que mediara ninguna otra noticia en ese lapso, titula “Obra necesaria para el Rosario- Una avenida central” a una nota que, sin aportar novedades ni detalles, reitera las ventajas que significaría en cuanto a las mejoras en el tránsito y el impulso al “desenvolvimiento edilicio dando al Rosario el aspecto de los modernos centros de población” y pronosticando una gran aceptación ciudadana si los poderes públicos iniciaran el proyecto, aunque no cuenten con los medios necesarios (Ibídem, 15 de junio 1906: 4).

En la siguiente edición, el periódico presenta un extraño proyecto de construcción de avenidas, suscripto por un colaborador “X.”, basado en tres puntos de vista, “el del embellecimiento, el de la comodidad y el de la emulación” que se asocian a “una avenida de circunvalación, dos grandes avenidas diagonales, ó una avenida central” (sic). El autor propone, en lugar de una avenida que atravesase toda la ciudad, tres de menor longitud

“consultando los mayores beneficios que prestaría á la población, mejorando á la vez la estética de este vulgar damero colonial” (sic). La primera avenida se iniciaría en la intersección de la Bajada Sargento Cabral y Av. Belgrano concluyendo en Gral. Mitre y Santa Fe. Una segunda, que de Este a Oeste, atravesaría las manzanas comprendidas entre San Luis y San Juan, desde Av. Belgrano a la plaza Santa Rosa, intentando con ambas vincular los muelles de cabotaje al centro de la ciudad. Finalmente una Avenida Central, “nuestra avenida de Mayo” con sus palacios y tiendas, de solo tres cuadras de extensión desde la calle Santa Fe a la de San Luis atravesando por el centro de las manzanas comprendidas entre Mitre y Entre Ríos, uniéndose á las anteriores por un ensanche en el trayecto de media cuadra de la calle Santa Fe por un extremo y por el otro prolongándose hasta la segunda avenida. El proyecto es poco razonable en tanto implica calles paralelas a las existentes en lugar de ensanches, incluso atravesando por la mitad el nuevísimo edificio del mercado central que había merecido la primera plana para su inauguración el 30 de octubre de 1904 (Ibídem, 16 de junio 1906: 5).

Cabe preguntarse si habrá sido este un primer esbozo del proyecto de Infante, de profesión abogado, publicado en función de relevar sus repercusiones, al mismo tiempo que su nombre junto al de Juan Arrillaga comienza a aparecer casi a diario en los avisos publicitarios y en algunas notas que destacan la actividad de la “Inmoviliaria (sic) rosarina”, sociedad anónima constituida en 1906 bajo la dirección de Infante, cuyos vocales eran conocidos vecinos de la ciudad, Carlos Casado, Ramón González, Santos Manfredi, Juan Arrillaga y A. Maguin, y cuyo objeto inicial será la construcción de un barrio para obreros llamado luego Barrio Arrillaga.

Sin embargo el texto aquel no produce efectos en el público lector ni nada se dice en los próximos años sobre la gran diagonal, pero una serie de numerosas fotografías publicadas a fines de 1907 y principios del siguiente, merecen especial atención. Por un lado, quizá con empeño formativo o tal vez para reinstalar el tema en la opinión pública y activar nuevos imaginarios, el diario comenzará a divulgar en 1907 fotografías sin

comentarios tituladas “La edificación monumental” referida a la avenida de Mayo; “Perspectiva de la Av. Alvear” o “La gran avenida Callao”. A las mismas sumará “Los grandes palacios de Buenos Aires”, “La edificación moderna en Buenos Aires”, “Las últimas construcciones en Buenos Aires”, “Las residencias suntuosas de Buenos Aires”, que en general también ofrecen impactantes vistas urbanas, que contrastan con las imágenes de residencias rosarinas, aunque se las designe como “La gran edificación en Rosario” (fig. 42 a y b). A pesar del mensaje fotográfico no se volverán a mencionar ni avenidas ni diagonales hasta que para el fin de la década se piense en la necesidad de un plan general para la ciudad.

Para ese entonces los rosarinos se comprometían entusiastas en los emprendimientos conmemorativos del Primer Centenario. Habiéndose concretado pocos años antes la construcción del nuevo puerto, el empeño de los grupos dirigentes se concentrará ahora en embellecer la ciudad y posicionarla en el marco de los reclamos para su nominación como capital provincial. En este sentido resultan elocuentes las palabras del propio Infante, “la idea de traer al Rosario la capital de la provincia; que será para sacarla del ambiente ultramontano, anticuado, perezoso, indiferentista, para colocarla en un ambiente liberal, moderno, activo, apasionado (...)” (Pasquali, 1996: 67). Esta percepción de la ciudad se sustentaba en el crecimiento poblacional producto del flujo inmigratorio -el Tercer Censo Municipal de 1910 registraba 192.278 habitantes-; así como en su condición de principal puerto exportador de granos, el intenso movimiento comercial, una creciente vida cultural y en el triunfo de la Liga del Sur en la elección de concejales en 1909, constituyendo un Concejo Deliberante con una más activa participación en los temas urbanos.

En cuanto a la arquitectura, la ciudad exhibe nuevas y modernas edificaciones en el área central, como los teatros Colón y La Ópera, la nueva Sede de la Bolsa de Comercio, La Bola de Nieve, el Hotel Savoy, el Banco Francés, el edificio de Santiago Pinasco frente a la Aduana, entre otros, además de importantes residencias. *La Capital* reconoce a Boyd Walker

como uno de los principales exponentes de la “evolución del gusto arquitectónico”, cuya obra ayuda a compensar los males de la ciudad: la traza “colonial”, “el reinado de la eterna casa de azotea, interminable y monótona” y la ausencia de un paisaje que ofrezca “la belleza de la naturaleza” que el arquitecto resuelve rompiendo la “línea del cielo”, colocando “remates artísticos” característicos de la arquitectura pintoresquista (fig. 43) (Ibídem, 1 de enero de 1910: 8).

Pero al mismo tiempo, los barrios obreros seguían postergados; el propio intendente Quiroga reconocía en una entrevista que no le resulta posible construir viviendas para obreros a pesar de que “46.000 habitantes viven hacinados en conventillos y de que en los últimos cuatro años se hayan levantado más de tres mil casillas de madera y latas (...) donde no pueden prestarse servicios municipales” (Ibídem, 20 de octubre de 1910: 6). Además la ciudad se extendía desordenadamente hacia los límites del municipio, lo que se refleja en los avisos de remates de tierras de grandes dimensiones, llevando al Concejo Deliberante a prohibir la formación de nuevos barrios, excepto que sus propietarios se comprometieran a hacerse cargo de la instalación de los servicios públicos (fig.44).

Tanto el Censo como la Memoria del Intendente Quiroga de 1910, quien en buena medida continúa las obras de Lamas, dan cuenta de las preocupaciones centrales respecto de la ciudad. La Memoria consigna como se han ido resolviendo las cuestiones de salubridad, transporte, alumbrado, etc. y en el capítulo “Estética y Ornato”, informa las mejoras realizadas en plazas y boulevares, así como los nuevos proyectos en marcha: un paseo para el barrio Arroyito<sup>85</sup>, consultado con el especialista Thays; el encargo de un plan general de embellecimiento de la ciudad al arquitecto Joseph A. Bouvard y “por iniciativa particular del doctor J. Daniel Infante, se ha lanzado el proyecto de abrir una gran Avenida Diagonal” (Quiroga, 1911: 96/7).

---

<sup>85</sup> En sesión del 12 de setiembre de 1910 el Concejo Deliberante aprueba la compra de tierras de 39.704,94 m<sup>2</sup> a la Sociedad “El Arroyito” para parque, delimitada por 198 metros al oeste sobre la calle 31; 147 metros en la línea norte hasta el río Paraná y 253 metros al sud sobre la Avenida Central. (*La Capital*, 13 de setiembre de 1910: 6)

Estos dos últimos proyectos, responden a estrategias diferenciadas aunque con un ideario común, la transformación de Rosario de acuerdo a la imagen que Paris irradiaba. Así, en ambos, la presencia de avenidas y diagonales conmoviendo el orden de la cuadrícula será el elemento recurrente junto a las preocupaciones por el verde público y la creación de vías de circulación que faciliten el complicado tránsito que anticipan modernos “automóviles y motocicletas, alternado con los coches y carros de caballos condenados desde entonces a lenta extinción” junto a “los tranvías eléctricos, que agregando sus cables e hilos a los del teléfono, el telégrafo y el alumbrado, dibujan sobre el espacio otrora libre, una a modo de telaraña donde hallarán temibles escollos los barriletes de los muchachos” (Álvarez J., 1998: 438).

Cuando el arquitecto y urbanista francés Joseph Antonie Bouvard llega por segunda vez a Buenos Aires en 1909, cumpliendo con las tareas que le había encomendado el intendente Alvear para formular un plan general de transformación edilicia, el intendente Quiroga lo convoca a visitar Rosario, a fin de solicitarle “un plan de mejoras para la futura delineación y aprovechamiento de las bellezas naturales de la ciudad” (Quiroga, 1911: 11), que contemplara proyectos de carácter parcial ya planificados. Antes de su llegada *La Capital* reproduce los comentarios de Bouvard respecto de la ciudad de Buenos Aires, en la que “no lucen, sin embargo, las estatuas, los palacios, los parques, y las perspectivas del Plata, porque faltan los «grandes colectores» es decir las avenidas diagonales en que se ha pensado más de una vez”, proponiendo también demoler todo aquello que impida gozar de la vista del Río de la Plata, incluyendo la Casa Rosada. (Ibídem, 25 de agosto de 1909: 8). La cita no tiene comentario pero resulta curiosa su inclusión justamente en el momento en que se estaba discutiendo esa misma cuestión en relación al viaducto ferroviario.

Poco antes de los festejos del Centenario Bouvard regresa a Rosario a exponer sus ideas, prometiendo que para el mes de setiembre enviaría los planos completos que llegarán recién en abril de 1911, incluyendo el plan general, con el trazado de avenidas, nuevas plazas y parques, remodelación

de las plazas Santa Rosa y Belgrano y el “arreglo” de las barrancas que “desde el Saladillo hasta la estación del F.C.C.A., es notable, y permitirá al Rosario ostentar un frente absolutamente incomparable con el actual” (Ibídem, 12 de junio: 7).

La propuesta de Bouvard, se inscribe en la urbanística francesa del s. XIX, sobreimprimiendo diagonales, plazas y áreas verdes sobre el plano de la ciudad de 1909, casi sin intervenir dentro de la primera ronda de bulevares. Como expone Martínez de San Vicente (1986: 8) el plan ha sido profundamente criticado por los urbanistas extranjeros como W. Hegemann y locales como Alberto Montes. La autora ha explicitado la “abstracción y arbitrariedad” del proyecto que hace caso omiso de la ciudad real y en el cual “el sistema vial propuesto no tomó como referencia a la estructura urbana preexistente”, lo que lo convierte en un ejercicio de “formalismo puro” (fig. 45).

De hecho el mismo no fue recibido con entusiasmo, al menos no por la prensa; tampoco se han encontrado registros de que haya sido expuesto al público como era habitual, ni será tenido en cuenta por los gobiernos municipales que continuarán realizando obras sin ajustarse al mismo. Ciertamente es que además, entre la partida del francés y la llegada de sus planos, aparecerá en escena el proyecto de la Avenida Central<sup>86</sup>, cuya campaña inicia Infante y que será acompañada por un número no menor de vecinos y por *La Capital*, que no solo adhiere al proyecto sino que además cede sus páginas para que el propio Infante lo exponga.

Infante publica un artículo introductorio titulado “Los problemas rosarinos” en el que reconociendo los grandes progresos de la ciudad, plantea, en primera persona del plural, el deseo de “hacer más y más de prisa”, para lograr un “Rosario archiespléndido” con la instalación de nuevas industrias y sin descuidar el puerto y los servicios ferroviarios y tranviarios, diagnosticando

---

<sup>86</sup> Una versión inicial de este tema se trató en Ponzini B. (2009) “La ruptura de la grilla. J. Daniel Infante y el proyecto de Avenida Central en el Rosario de Santa Fe”, en *VVAA, III Jornadas de Ciencia y Tecnología*, Rosario: UNR Editora.



que muelles y estaciones de ferrocarril no tienen buena comunicación. Y tras el diagnóstico aflora la propuesta

“La altísima barranca en que nuestra ciudad se halla asentada no tiene una subida céntrica y cómoda, y cada estación está á uno de los cuatro vientos: hay que conseguir pronto que en el bajo se levanten dos estaciones centrales, una de pasajeros y otra de cargas y hay que hacer pronto que el bajo y el alto estén relacionados por un par de avenidas amplísimas y de suave pendiente (...)

Para ello no hay sino que estimular la formación de una buena sociedad inmobiliaria y aunar sus esfuerzos con los esfuerzos del Concejo Deliberante” (sic) (Ibídem, 25 de setiembre de 1910: 6).

Dos días después continua señalando la especulación en tierras como el mayor obstáculo para el progreso de otras empresas; el alto costo de los terrenos en el área central que impiden iniciativas de mejoras tanto de particulares como del municipio; a lo que agrega que Rosario no cuenta como Buenos Aires con “el tesoro repleto de la nación” y debe encontrar por sí sola los instrumentos para poder hacer “lo que necesita”. Para el autor lo que la ciudad necesita es que “por Rioja y por Maipú deben subir dos avenidas que hagan fácil, cómodo, bonito, el acceso al puerto” de cuarenta y dos metros de ancho de cada lado, siete para veredas, y desde el punto de confluencia de ambas debe partir una diagonal que llegue hasta la plaza Sarmiento (ex Santa Rosa) y de allí a la plaza Independencia. Argumentando razones de sociabilidad, higiene y moralidad, además de los beneficios para la circulación de vehículos, pasa rápidamente a la financiación del proyecto para lo que considera imprescindible que los dueños de los terrenos afectados contribuyan con ellos recibiendo a cambio acciones de la sociedad anónima que se propone constituir (Ibídem, 27 de setiembre de 1910: 6).

Por su parte *La Capital* inscribe el tema dentro de los problemas del tránsito vehicular y apelando a la metáfora biológica del sistema arterial, exclama “Nuestra ciudad se ahoga”, por lo que resulta imperioso “un proyecto de

ensanches y de vías amplias (que) habría de atraer aplausos y ganar el calor de la gratitud vecinal”, anticipando que hay capitales rosarinos dispuestos a llevarlo adelante y comprometiendo al municipio a colocarse “en un terreno de iniciativa y de innovaciones” (Ibídem, 16 de octubre: 6). Asimismo en la edición del día 19 el diario publica el croquis del proyecto (fig. 46) y al día siguiente en extensa nota editorial aplaude las grandes avenidas que se están llevando a cabo en Santiago de Chile.

A partir de allí, con la misma vehemencia con que asume los temas políticos vinculados a su pertenencia a la Liga del Sur y las actividades de ayuda social en las que se involucra, Infante encara este proyecto desde una actitud militante, sus persuasivos escritos semanales en *La Capital* dan cuenta de ello, así como de lo minucioso que había sido en su elaboración. Tanto las cuestiones urbanas y técnicas, como los aspectos jurídicos, políticos y financieros son pacientemente explicados una y otra vez. Ciertamente es que Infante además de su profesión de abogado, se dedicaba a los negocios inmobiliarios, contando además para este caso con la experiencia de los Ing. Bello y Laporte, que serían los encargados de dirigir la obra.

En uno de los tantos artículos explica que cuando comenzó a imaginar la avenida, la primera cuestión que debió decidir fue si debía ser paralela a alguna de las calles existentes o en diagonal (Ibídem, 9 de noviembre de 1910: 7). Respecto de la primera opción el modelo era la Avenida de Mayo, pero esto no resolvía el acortamiento de distancias e implicaba un desaprovechamiento del uso de las manzanas atravesadas<sup>87</sup>, lo que lo decide a que, “como en las modernas urbes”, la Avenida Central será en dirección diagonal desde la Plaza de Mayo a la Plaza Santa Rosa, contribuyendo no solo a “embellecer la ciudad y a acortar las distancias, sino que además, dará vida a nuevos barrios, valorizando grandemente la propiedad, y ensanchando el radio central de la población” (Ibídem, 5 de noviembre de 1910: 8).

---

<sup>87</sup> Esta mención remite al proyecto publicado en 1905, haciendo verosímil la autoría de Infante en aquel caso.

Embellecer y valorizar resumen la idea central del proyecto que requería 122 metros de ancho, 42 m. destinados a vía pública y 40 m. a ambos lados para edificación. En el centro preveía una plataforma con dos vías de tramways que recorrerían las siete cuadras céntricas a cada lado una calzada para un coche estacionado y dos circulando en dos manos y veredas de siete metros, calculados teniendo en cuenta los peatones, el arbolado y el mobiliario urbano.

Cuando el 29 de octubre el Concejo Deliberante aprueba el proyecto, este se amplía prolongándose hasta la calle La Plata con 42 metros de ancho en toda su extensión y, exaltado, Infante insiste con la construcción de edificios altos que garanticen tanto una buena renta como una arquitectura armónica. Y el simple croquis empieza a adquirir mayores definiciones: para realzar la avenida Infante apela a virtudes cívicas proponiendo que se inicie con un “monumento a la Patria Grande”, un mirador ubicado “a plomo en la barranca (...) dominando el majestuoso Paraná (...) y contemplando la febril actividad de nuestro puerto”, y en cuyo centro se erigiría el Monumento a la Bandera, al que se accedía por una rampa que salvaba las diferencias de nivel. En el extremo oeste la avenida culminaría con un “monumento a las glorias provinciales”, a la “Patria Chica”, materializando el panteón de los héroes locales que *La Capital* se había ocupado de ir construyendo en letras de molde: López, Castellanos, Wheelright, Casado, a los que agregaba al Gral. Roca que había dotado de puerto a la ciudad (Ibídem, 30 de octubre de 1910: 2).

Asimismo imagina fachadas con alturas uniformes, de cuatro o cinco pisos, y “futuristas” aceras a la altura del primer nivel con puentes peatonales que permiten sortear el tránsito de la avenida, advirtiendo que no sería necesario afectar a los dueños de propiedades “que las tengan construidas de manera que realicen el deseo de que la Avenida Central ofrezca un conjunto de edificación armónica”, categoría en la que incluía a la Bola de Nieve, al Jockey Club, la Casa Standt, los edificios de La Rosario y el Banco de Italia, “á la Panadería La Europea, que se dispone a hacerla, (...) á La Germania,

si a lo mismo se dispusiese”, y quienes solo deberían contribuir con los gastos de la vía pública (Infante, manuscrito: s/d).

No es posible no asociar estas ideas con dos dibujos, asombrosos para la época, que *La Capital* publica como primicia, debajo de los cuales se lee “Las casas aéreas de Nueva York con hileras de negocios arriba y abajo”, correspondientes al “extravagante plan” del Arq. Charles R. Lamb, con calles aéreas y puentes en los cruces vinculando las cuatro esquinas (Ibídem, 5 de mayo de 1908:4). Así como tampoco es desatinado suponer que estas representaciones de la más moderna de las ciudades podrían haber iluminado la imaginación de Infante enriqueciendo el proyecto inicial (fig. 47 y 49).

Por otra parte se verifica en la propuesta una mirada que tempranamente trasciende lo urbano para ampliarse hacia el territorio, desafiante dice el autor que,

“(…) si un día tenemos un cuerpo de Senadores y diputados rosarinos de empuje, ó un gobierno de altas miras, para todo el interior del país, porque la prolongación en línea recta de la Avenida Central, lleva muy cerca de la Avenida Godoy (...) es decir sobre la hornaguera en que hemos de ver convertida, cuando alguno de los casos indicados llegue, en la amplísima carretera para automóviles que ponga a nuestra ciudad a un paso de la frontera de Córdoba (Ibídem, 9 de noviembre de 1910: 7).

En relación a los proyectos tratados anteriormente, esta iniciativa resulta inusual tanto por su magnitud y complejidad como por el despliegue de estrategias tendientes a convencer de sus bondades y viabilidad, tema en el que Infante ya había demostrado notables habilidades en sus anteriores emprendimientos inmobiliarios. En éstas se inscribe el folleto que se publica en 1911, una vez constituida La Urbanizadora Rosarina S.A.<sup>88</sup>, para la promoción del proyecto (fig. 50).

---

<sup>88</sup> Presidida por Infante, entre sus miembros se encontraban Juan Arrillaga, Juan Cabanellas, Pantaleón Egúrvide, Romualdo Urtubey y J.D. Barrenechea.

En el mismo, bajo el título *Proyecto de Avenida Central en el Rosario de Santa Fe*, se destaca en el centro un recuadro con los elementos que funcionan como garantes de éxito: los datos de La Urbanizadora Rosarina, los miembros de su directorio y el hecho de que la primera serie de acciones ya ha sido cubierta, promoviéndose la venta de la segunda. A su derecha la avenida “parte en dos” el plano de Rosario y a la izquierda la sugerente perspectiva de la Plaza de la Nación, con el Monumento a la Bandera, invoca la posibilidad de concretar el viejo anhelo. En la mitad inferior de la lámina se expone el plano de la primera y segunda sección<sup>89</sup> de la avenida, superpuesto al loteo existente y consignado el nombre de los propietarios afectados; en color naranja se indica el área asignada a la nueva vía y en verde el área para nuevas edificaciones

En otra lámina, la tercera sección y el proyecto de permutas que organiza el nuevo loteo asegurando el equilibrio entre las superficies permutadas y el frente hacia la avenida. Así, el plano como instrumento técnico permite visualizar el catastro de la época y su reconversión para resolver la operación inmobiliaria, al tiempo que se traduce en recurso argumentativo. El autor emplea técnicas comunicacionales tendientes a transmitir las potencialidades del proyecto de un modo convincente, didáctico: la representación se resuelve con gráficos coloreados, indicaciones precisas, simplificadas e inmediatas, para otorgarle visibilidad y facilitar su comprensión.

Pero también ha de considerarse su dimensión simbólica, la que nutre el imaginario colectivo: del contraste con las fotografías de Rosario en esos años y el grabado ilustrativo puede inferirse el enorme impacto que el proyecto tendría en la percepción de una ciudad estigmatizada por su uniformidad en planta y altura. Como en los dibujos de Charles Lamb, en el que presenta Infante la nueva ciudad es imaginada tridimensionalmente y con el acento puesto en la verticalidad, pero aclara Infante, al tiempo que

---

<sup>89</sup> Las secciones responden a etapas de construcción, se plantea iniciar la misma por los extremos, de modo que cuando se demuela el siguiente tramo ya exista una buena cantidad de inmuebles para ubicar a los nuevos afectados.

confirma la referencia neoyorquina, que la edificación no sea tan excesiva en altura, para evitar “que nos conviertan á nosotros latinos, en serviles imitadores de los antiestéticos yankees, que quiten á nuestra ciudad su más envidiable condición de estar abierta á todos los soles y á todos los aires”<sup>90</sup> (Ibídem, 30 de octubre de 1910: 2).

Estas nuevas figuraciones de un imaginario de futuro se revela en las cartas de lectores, al respecto, un protagonista de la época, R. Vila Ortiz, decía entusiasta que el proyecto implica “transformar un tanto este horrible damero actual, es acortar distancias, facilitar el tráfico, dar desahogo y comodidades, es hacer algo bello que llamaría la atención de los extraños”, a lo que agrega que sería imprescindible concretar la terraza del Centenario “pues es indispensable que los habitantes de Rosario podamos alguna vez disfrutar de la soberbia vista de nuestro Paraná” (Ibídem, 16 de noviembre de 1910:7).

Aunque el Senado sanciona la ley de expropiación el 24 de noviembre de 1910, recién en junio de 1912 fue aprobada por Diputados y la iniciativa fracasaría pronto. Estas dilaciones sumadas a la oposición de vecinos influyentes que no querían ver afectadas sus propiedades; a la discusión sobre la inconstitucionalidad de la expropiación de terrenos que excedían lo necesario para la vía pública; a las diferencias políticas entre Infante y los miembros de la Liga del Sur -que condicionaron también su gestión como Intendente en el breve período entre noviembre de 1912 y abril de 1913- y poco más tarde la crisis económica producto de la Primera Guerra clausuran definitivamente su concreción.

---

<sup>90</sup> Desde hacía muchos años el diario *La Capital* venía publicando, sin imágenes, la construcción de rascacielos norteamericanos con detalladas descripciones técnicas, considerados entre lo que comúnmente llamaban las “maravillas modernas”, que incluían enormes puentes, ferrocarriles en altura, construcciones subterráneas, a lo que se sumará la experiencia de la altura a partir de los globos y la aviación. Un análisis concienzudo de esta “imaginación vertical” puede encontrarse en: Gutman M. (2011) “Buenos Aires, el poder de la anticipación, 1900-1920”, en *Anales del Instituto Americano* N° 11, Buenos Aires: UBA.

Con ello, tal vez Rosario perdió su oportunidad de trocar su imagen provinciana para mostrar cierta impronta de ciudad europea, o como diría un inspirado cronista de olvidar la “inveterada tendencia á desdoblar lisamente el primitivo tablero de ajedrez sobre los eriales recientes, conservando las líneas cansadoras é inflexibles de la ciudad colonial” (Ibídem, 26 de octubre: 6). Pero el valor del proyecto de Infante, como de otros que sufrieron el mismo destino, consistió en su contribución al imaginario de una ciudad deseada, porque si la ciudad es pensada “a la vez como lugar para habitar y ser imaginado”, la misma, “se vuelve densa al cargarse de fantasías heterogéneas” (García Canclini, 1997: 109).



Fig. 42a. «Los grandes palacios de Buenos Aires. La Avenida Alvear». Fuente: *La Capital*, 1º de noviembre de 1907: 6.

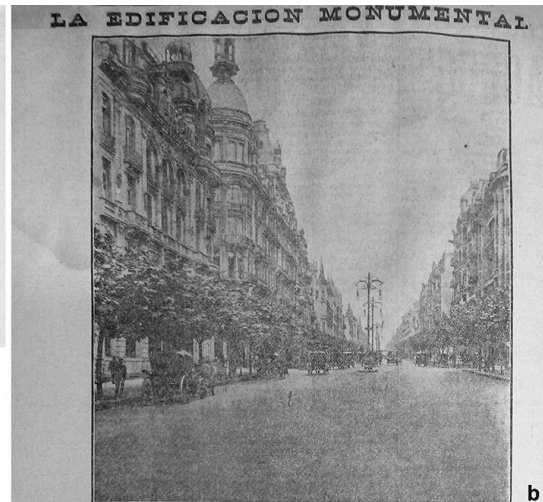


Fig. 42b. «La edificación monumental. Perspectiva de la Avenida de Mayo en Buenos Aires». Fuente: *La Capital*, 21 de noviembre de 1907: 6.



Fig. 42c. «Los grandes palacios de Buenos Aires». Fuente: *La Capital*, 22 de noviembre de 1907: 6.



Fig. 42d. «Las residencias suntuosas de Buenos Aires». Fuente: *La Capital*, 27 de noviembre de 1907: 6.





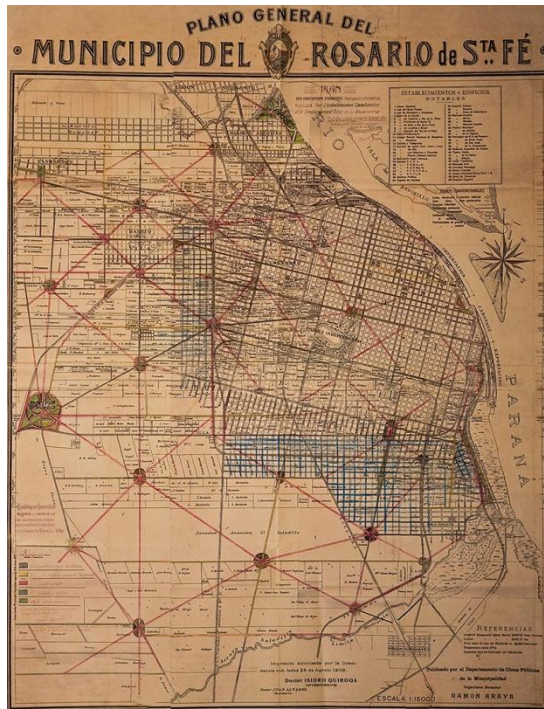


Fig. 45. Plan de M. Joseph Bouvard para la ciudad de Rosario (1911). Fuente: Biblioteca FAPyD, UNR.

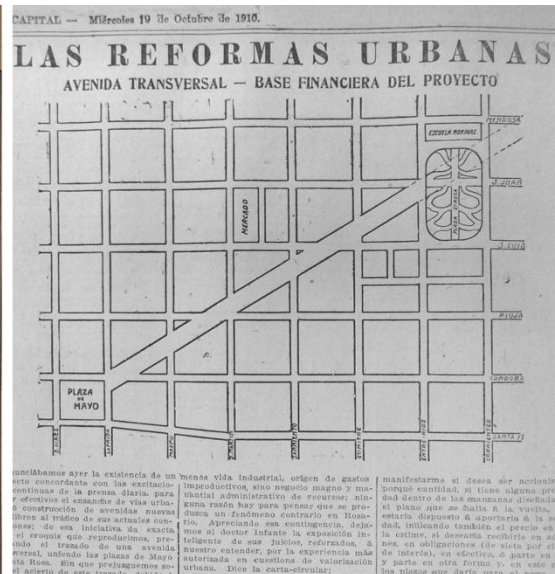


Fig. 46. «Las Reformas Urbanas», croquis de la Avenida Diagonal proyectada por Infante. Fuente: *La Capital*, 19 de octubre de 1910: 6.

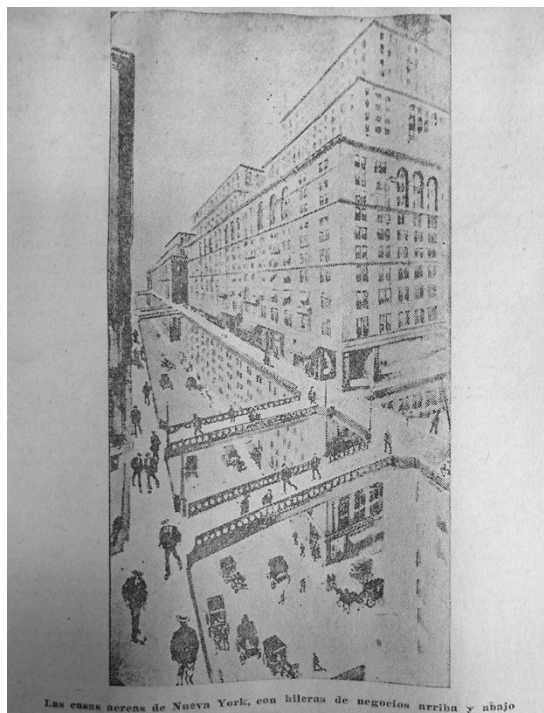


Fig. 47. «Las casas aéreas de Nueva York», proyecto arq. Charles Lamb, Fuente: *La Capital*, 5 de mayo de 1908: 4.

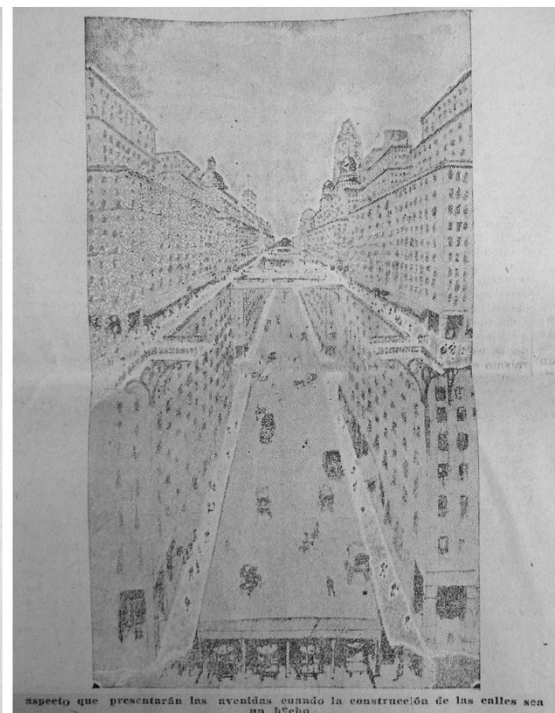


Fig. 48. «Aspecto que presentarán las avenidas», proyecto arq. Charles Lamb, Fuente: *La Capital*, 5 de mayo de 1908: 4.





Fig. 49. Perspectiva de la Avenida Central.  
Fuente Álvarez J. (1998)



Fig. 50. Proyecto de Avenida Central en el Rosario de Santa Fé (1911). J.D. Infante. Folleto publicitario. Fuente: Archivo Museo de la ciudad de Rosario.

## CAPITULO IV: La ciudad de fiesta

En los estudios sobre nacionalismo numerosos autores han señalado el rol sustancial que los intelectuales jugaron en la articulación entre cultura y nación ensayando ficciones orientadoras, instituyendo mitos originarios, y aportando las narraciones que afirmarían la construcción de la “biografía de la nación”. La puesta en circulación de estas representaciones es imprescindible para que las mismas resulten políticamente útiles en la recreación del imaginario colectivo, en un proceso en el que al tiempo que reelaboran la tradición, se instituyen en instrumentos de cohesión de la comunidad y de construcción de la identidad.

Podría decirse que Rosario “nace” prácticamente al mismo tiempo que la nación y, en esa particular coyuntura, deberá dar respuesta a ese doble desafío, incorporándose a la red textual de construcción de los discursos fundantes de lo nacional y promoviendo en lo local que los rosarinos pudieran, en términos de Palti, “identificarse como miembros de una determinada comunidad de intereses”.

En ese escenario confluirá entonces la búsqueda de un posicionamiento de la ciudad en el nuevo espacio nacional con la necesidad de consolidar una imagen identificatoria de la misma, que se irá fortaleciendo a partir de una red de lealtades que aglutina a sus habitantes en un proyecto común. En ese camino se reconoce la urgencia por la invención de una tradición local que con fundamentos históricos legitimara su lugar como segunda ciudad de la república, al tiempo que instalara marcas de identificación en la memoria colectiva, aunque ello signifique, como decía Renan (1882) en relación a la creación de la nación, aceptar que “el olvido, e incluso diría que el error histórico son un factor esencial” (Fernández Bravo, 2000: 56). Desde la creación del escudo de armas de la ciudad y la recuperación del hecho histórico de la creación de la bandera, al panteón de los héroes locales de J. Daniel Infante; pasando por los *Anales de la ciudad*, la *Descripción Geográfica* y otras obras de Gabriel Carrasco y los Censos -que

en ambos casos son concebidos o empleados como la presentación de Rosario ante el mundo, por ejemplo en la Exposiciones Universales-, y los escritos periodísticos, se va conformando un proceso de construcción identitaria en base a representaciones poderosas que posibilitan la consolidación de una comunidad imaginada, la afirmación de la *rosarinidad*.

En tal sentido, entre otras estrategias discursivas y visuales, las fiestas cívicas, Mayas y Julias, han sido reconocidas como dispositivos esenciales para la fortalecimiento del imaginario nacional, como herramientas pedagógicas y propagandísticas que accionan en la construcción de la memoria colectiva (Licarrieu, 2006; Munilla Lacasa, 2013). Con similar carácter se relevan en Rosario a partir de 1900 una serie de fiestas de carácter local propiciadas tanto por el poder político, como por los dirigentes rosarinos, y apoyados por la prensa que en algunos casos se convierte su promotora fundamental, que colaboraron directa o indirectamente a la formación de subjetividades susceptibles de identificarse con la condición de *ser rosarinos*.

La única celebración que había suministrado elementos en tal sentido había sido la colocación de la piedra fundamental del Monumento a la Bandera el 9 de julio de 1898, pero la ausencia de una fecha que celebrara la creación de la Bandera como fiesta patria hace que la misma quede subsumida en los actos del 25 de mayo o del 9 de julio y por lo tanto no prospere como celebración local hasta que en 1938 por Ley 12.361 se apruebe el 20 de junio para su conmemoración.

En la primera década del siglo XX tres festejos condensarán estas aspiraciones y en ellos el énfasis estará puesto, de distintos modos, en la historia de la ciudad y el espacio público que es valorado por su capacidad para propiciar la vida política y la formación cívica, como mediador entre la sociedad y el estado. En las fiestas se asiste a una reconfiguración del espacio público en escenario simbólico, que vehiculiza nuevas direcciones de sentido apoyadas en un persuasivo despliegue de prácticas performativas

y ritualizadoras, diseñadas desde estrategias de elección, transformación, exclusión y jerarquización de sitios y actores.

#### **IV.1. Entre la historia y la ficción: la consolidación del pasado y la construcción del futuro**

El 5 de agosto de 1902, aunque con la atención puesta casi exclusivamente en la concreción de la firma del contrato para las obras del puerto, Rosario celebra los cincuenta años de su declaratoria como ciudad. Si bien los festejos organizados por el Intendente Lamas son novedosos e imponentes, sorprende el espacio que la prensa le otorga al aniversario. Resulta curioso que el acontecimiento no amerite la primera página completa en los dos periódicos locales más importantes, *La Capital* le dedica cinco columnas y parte de la sexta y continúa luego con las noticias del día y *El Municipio* lo incluye en "Temas diversos". Asimismo desconcierta su tratamiento que no parece haber merecido una esmerada preparación, apreciándose textos escritos con apresuramiento y descuido. *La Capital* reitera las construcciones discursivas ya probadas durante el siglo anterior y en ese sentido comienza su editorial señalado que:

"Si hay algún título nobilísimo, este corresponde á los hijos de Rosario, que han visto levantarse sobre la modesta villa de 1852, de 5000 almas, una hermosa ciudad con 120.000, 50 años despues.

Y es tanto más valioso ese título, cuando se recuerda que esos progresos los debe al propio esfuerzo de sus habitantes y de sus comunas" (sic) (*La Capital*, 5 de agosto de 1902: 1).

A continuación repasa en una "pincelada" los eventos políticos más destacados en los que la ciudad participó desde Caseros en adelante; su desarrollo económico -en términos de rentas comunales, consumo de hacienda, movimiento del puerto-; y el importante crecimiento demográfico. Y aunque advierte que "será necesario imaginar lo que ella era en 1851 y lo que es ahora", no ofrece a los lectores ninguna reseña sobre la importante transformación urbana de los últimos años. La comparación se establece solo entre la cantidad de manzanas pobladas en 1851, entre 4 y 6 alrededor

de la plaza 25 de Mayo, con “habitaciones modestas, ataviadas pobremente”, número que ahora se eleva a 720 dentro de bulevares y 160 más fuera de los mismos y el afirmado que alcanza a 650 cuadras. Considerando la histórica posición anticlerical del diario, resulta extraño que entre los pocos indicadores de progreso señale la presencia de 19 templos y capillas de rito católico y 3 de disidentes, frente a la única capilla que existía en 1852. Finaliza esta introducción con un brevísimo comentario sobre la actualidad: “En todos los ramos de la industria y del comercio (...) ha adquirido como se vé (sic) un desarrollo maravilloso, siéndole aun mayor en belleza y ornato” (Ibídem, 5 de agosto 1902: 1).

A continuación intenta una sintética cronología de la historia local con párrafos extractados en forma desprolija de los *Anales de la ciudad del Rosario de Santa Fe*, que constituían por entonces la única “historia” de Rosario, y a pesar de que su relato culmina en 1867, solo se actualizan los datos de población en función del Censo de 1900. La selección alterna hechos históricos -la biografía del fundador, la creación de la bandera, la participación en las luchas por la Independencia, la declaratoria de ciudad-, con “efemérides” como el primer plano, el primer periódico o el primer vapor -cuyo nombre se omite al recortar el párrafo-, o con subtítulos como “La langosta” que la recopilación apresurada ha sacado de contexto quitándole coherencia al relato general.

Resulta llamativo que *La Capital* que había sido fundada en 1867, el mismo año en que finaliza el relato de los *Anales*, no recurra a su propio archivo y en cambio, superadas las diferencias del pasado entre los fundadores, prefiera apelar a la autoridad que la figura de Gabriel Carrasco ha adquirido a nivel nacional para legitimar el relato histórico sobre los orígenes y otorgarle cierto carácter solemne al tema. De ese modo toma partido además frente a los primeros desacuerdos sobre la fundación de Rosario que se vislumbran entre líneas en la edición de *El Municipio* del día siguiente. Al respecto, este último, luego de destacar que, tanto el desarrollo de la ciudad como los festejos mismos merecen el calificativo de



cosmopolitas, ya que son obra de la labor de “nacionales y extranjeros solidarizados en el anhelo común de progreso”, sucintamente agrega:

“No es el momento de hacer historia: pasó la oportunidad de refrescar la memoria con recuerdos del pasado, ni hemos de traer a debate en este momento los juicios históricos que no están de acuerdo con la procedencia de los fundadores del Rosario.

Los 3.000 habitantes de 1852 son hoy 120.000, sus chozas y sus rancherías son edificios soberbios, sus campos desiertos son hermosas avenidas” (*El Municipio*, 6 de agosto de 1902: 1).

A pesar de la brevedad expone así la temprana existencia de diferencias respecto a la fundación de Rosario, que cuestionan la legitimidad de la versión de los *Anales* de Carrasco según la cual la villa habría sido fundada por Francisco de Godoy “miembro de una familia ilustre” junto a algunos indios calchaquíes en el año 1725, que se apoya en la crónica de Pedro Tuella. Sin más precisiones, es posible que el diario esté haciendo referencia a un episodio señalado por Frutos de Prieto (1996, s/d) quien escuetamente señala que en ese año se registra un debate respecto de los orígenes de Rosario entre Gabriel Carrasco y el Canónigo de la Catedral de Paraná Juan Carlos Borques, quien atribuía el título de fundador “al Gobernador de Buenos Aires, Bruno Mauricio de Zavala, en mérito a sus gestiones, en especial la de creación del curato en 1730”.

Evidentemente el tema había tenido trascendencia ya que la misma incertidumbre se encuentra en el discurso que diere en el acto central Casiano J. Rojas representado al Colegio Nacional, quien menciona a Godoy como el fundador pero agrega “según la versión más aceptada” (*El Municipio*, 6 de agosto de 1902: 1). Sin embargo, no se relevan en *La Capital* comentarios al respecto y la disertación de Rojas es la única que no se reproduce aunque se la comenta en forma general, omitiendo esta cuestión.

El diario ha decidido que es momento de fortalecer una historia de la ciudad que se constituya en una referencia sólida tanto para la formación de una

ciudadanía activa, como para sustentar los alegatos en defensa de sus aspiraciones. En los discursos se revela la misma estrategia, el mismo Rojas advierte que la ciudad no ha celebrado el reciente centenario del natalicio de Urquiza, reprochando que Rosario:

“(…) embriagado con el candente vapor de su progreso, ha olvidado sus gloriosas tradiciones dejando cubrir por la escoria del carbón de sus locomotoras los restos de las baterías de Belgrano reliquia histórica que adornaba sus barrancas, como ha visto impávido allí en la cercana isla sepultarse bajo el ciénago que arrastra nuestro río el glorioso monumento levantado a nuestra bandera” (*La Capital*, 6 de agosto de 1902: 1).

Sin embargo, la cuestión no se cerrará allí y para 1925, año del segundo centenario de la supuesta fundación de Rosario, se suscitarán encendidas polémicas por parte de una nueva generación de intelectuales rosarinos, en el marco de un campo cultural más consolidado. Mario Gluck ha analizado este debate enlazado a la biografía de Juan Álvarez, quien “desarmó paso a paso el mito de la fundación por Godoy con los recursos del saber histórico consagrado como científico” (Gluck, 2015: 281) en su *Historia de Rosario* de 1943, que se convertirá en “la” historia de la ciudad, aunque los intelectuales de la Sociedad de Historia de Rosario reunidos alrededor de la figura de Wladimir Mikielevich continuaran obstinadamente durante décadas reuniendo nuevos documentos sobre la “polémica fundación”.

Por otra parte, y aun teniendo en cuenta la hegemonía de las letras, al momento de las “bodas de oro” resulta llamativa la ausencia de imágenes de la ciudad en la prensa, especialmente en *La Capital* que contaba con los medios técnicos y venía paulatinamente incorporando fotografías en algunas noticias que consideraba de relevancia. Tanto los propios *Anales* que se habían tomado de referencia, así como otros álbumes y censos de la época, presentaban láminas de la ciudad antigua que podrían haberse utilizado comparativamente para reforzar la política del periódico, que se distribuía en varias provincias argentinas, arengando sobre la importancia de Rosario (fig. 51 y 52).



Fue en cambio la Intendencia la que programó una fiesta en la que el espacio público y la imagen se constituyen en efectivas herramientas de transmisión de nuevos significados respecto de la dimensión lo público-urbano. Tanto con la elección de los sitios de celebración y el diseño de los recorridos, como con la impresión de postales y la proyección de imágenes, Lamas hace de la propia ciudad el escenario, en un recorte que pone especialmente en valor las obras de su gestión, inscriptas en un proyecto de ciudad moderna que pretende visibilizar, esto es la ciudad del centro, nada de barrios ni suburbios. Es entonces al día siguiente, en la crónica de los festejos cuando la ciudad se cuelga en el periódico.

En esa estrategia, el *tedeum* y el desfile militar tienen lugar en el centro histórico, en el marco de la remozada Plaza 25 de Mayo y la “aristocrática” calle Córdoba, mientras el reparto de raciones de pan y carne a los pobres se realiza en un edificio municipal ubicado en San Luis y Moreno alejado del circuito protocolar. Por la tarde, la fiesta del árbol, en su segunda edición, se despliega en el Bv. Argentino en el que se plantarán árboles a lo largo de veinte cuadras. Y allí mismo, en la Plaza López tendrá lugar el solemne acto con discursos, banderas y bandas de música, y desde allí “entre las palmeras (...) parece como si surgieran las altas cúpulas y azoteas de los edificios modernos ostentando sus líneas grandiosas y severas y los colores armónicos de la civilización”, mientras al observar los coches y tranvías que se acercan al boulevard junto a los “pilares de las lámparas eléctricas, los alambres que simbolizan nuestro progreso, la longitud de las calles que desembocan en la plaza, cuesta trabajo concebir el rancho de paja de hace 50 años y la tolteria calchaqui de hace un siglo” (sic) (*La Capital*, 6 de agosto de 1902: 1). Concluido el acto se promueve la visita de los vecinos al Parque Independencia recientemente inaugurado como así también al jardín zoológico al disponerse entrada gratuita (fig. 53).

Lamas también prevé actividades nocturnas que proporcionarán otras imágenes de la modernización urbana. Al atardecer se proyectan frente a la

Municipalidad una serie breve de imágenes que refuerzan el relato “fundacional” y definitorio de su destino, iniciado con la designación de “ciudad”: los retratos de Urquiza, Crespo e Iriondo, el título de ciudad, el primer plano de 1858, el plano en 1902 y unas pocas vistas más de la aduana y los trabajos en la ribera. A partir de ese momento, la luz<sup>91</sup> será la gran protagonista, a la habitual iluminación de los edificios públicos en estas ocasiones, se agrega la disposición de una serie de arcos de gas en la calle Córdoba, desde Laprida hasta el bulevar Santafecino, semejando “un pasaje cubierto de una bóveda incandescente” por el que se desplazaría la marcha de dos mil antorchas, que resplandecerían luego en el “oscuro follaje de los arbustos” del boulevard hasta llegar al Parque, donde la multitud sería recibida por una triple arcada de luces de colores, junto a los tradicionales fuegos artificiales y las novedosas proyecciones del cinematógrafo (Ibídem, 6 de agosto de 1902: 1).

Este último dispositivo será el que permita mostrar el contraste entre la ciudad de los inicios y la ciudad del progreso. Las vistas, detalladas por *El Municipio*, han sido cuidadosamente seleccionadas, las más antiguas están fechadas en 1866, por lo que seguramente han sido tomadas del *Álbum Recuerdos del Rosario de Santa Fe*, realizado por G. H. Alfeld, y a ellas se contraponen imágenes de los mismos sitios en 1902, para finalizar con las obras recientes de la intendencia: los desmontes de las bajadas, la avenida Belgrano y la Bajada Sargento Cabral, el parque con el lago y el hipódromo,

---

<sup>91</sup> Desde hacía varias décadas la luz eléctrica era tema reiterado en la prensa, tanto en sus versiones “mágicas” como en las científicas premonitorias de una modernidad que trascendía el tema exclusivo de la iluminación. Las primeras crónicas que cautivaron a escritores y lectores fueron las descripciones de la Exposición Universal de París de 1889. Para su inauguración, un articulista anónimo concluye que “en la Exposición el cuadro excedía á cuanto puede concebir la imaginación”, siendo la iluminación el elemento que produce la mayor fascinación: “La cúpula central (...), veíase rodeada por millares de arcos luminosos, dibujándose hasta en los menores detalles la corona que aguanta en lo alto la estatua a la fama” y “Las fuentes de las cascadas ofrecían diversos cambiantes, gracias á la luz eléctrica, y centenares de lámparas Edisson marcaban las líneas de los parterres y jardines” (sic) (*La Capital*, 13 de junio de 1889: 1) En otra nota el español Emilio Castelar le otorga, metafóricamente, poderes extraordinarios, por los cuales “El genio de la guerra debe huir deslumbrado ante la luz eléctrica, como huía el diablo de la cruz, en los cuadros de la Edad Media” (sic) (*La Capital*, 12 de junio de 1889: 1). Difícil es imaginar el impacto, y la comprensión, de tales metáforas y descripciones apasionadas en los pobladores de Rosario, donde las condiciones eran muy diferentes.

el cementerio El Salvador, la Jefatura, a los que se agregan los baños en el Saladillo inaugurados por M. Arijón en 1887 (fig. 55).

A excepción de las imágenes vinculadas al bajo donde se vislumbran las actividades portuarias, no se muestran fotografías relacionadas con la producción cerealera, o la actividad comercial e industrial que habían sido el eje del discurso del siglo XIX e incluso de las disertaciones centrales de los actos. Todo el protagonismo lo absorbe la ciudad en su dimensión material, al tiempo que el ritual festivo activa su capacidad simbólica.

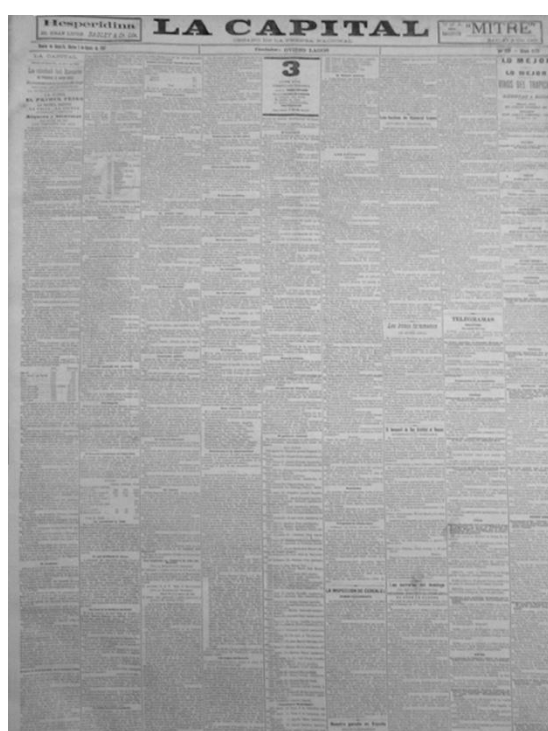


Fig. 51. Primera plana del diario *La Capital* del 5 de agosto de 1902.

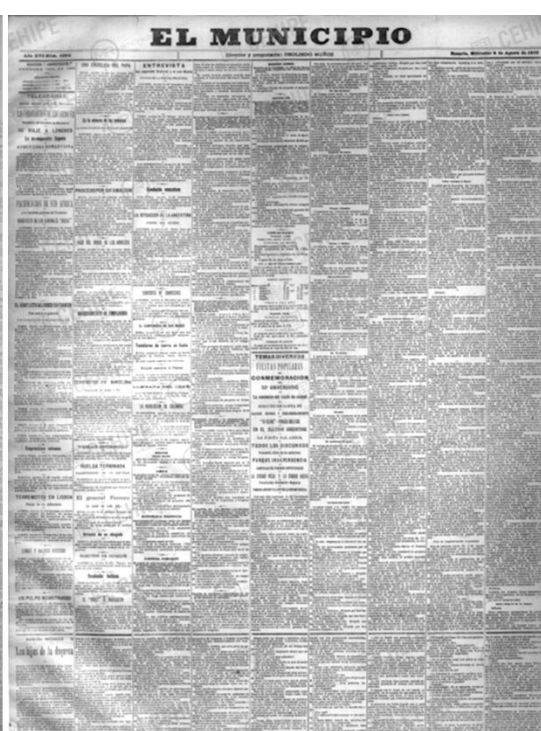


Fig. 52. Primera plana del diario *El Municipio* del 5 de agosto de 1902.

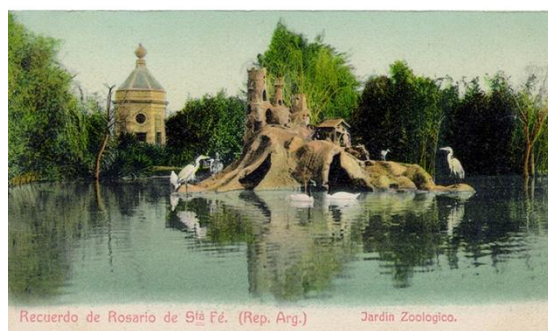


Fig. 53. El Jardín zoológico, postal. Fuente: colección privada.



Fig. 54. El Parque Independencia, postal. Fuente: colección privada.

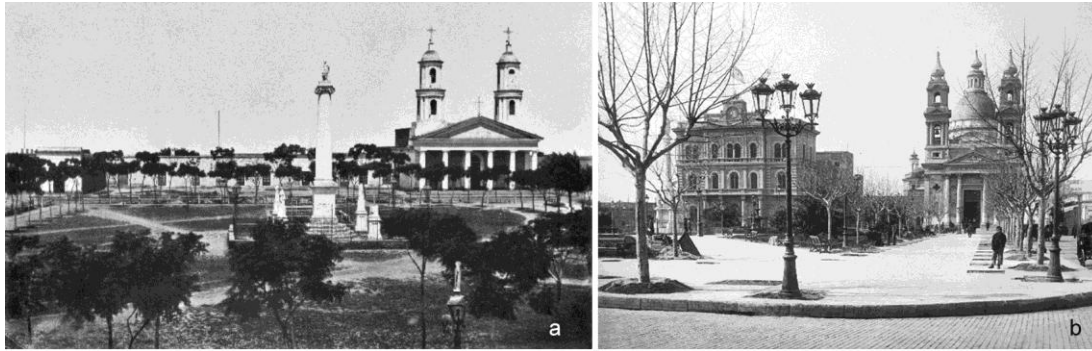
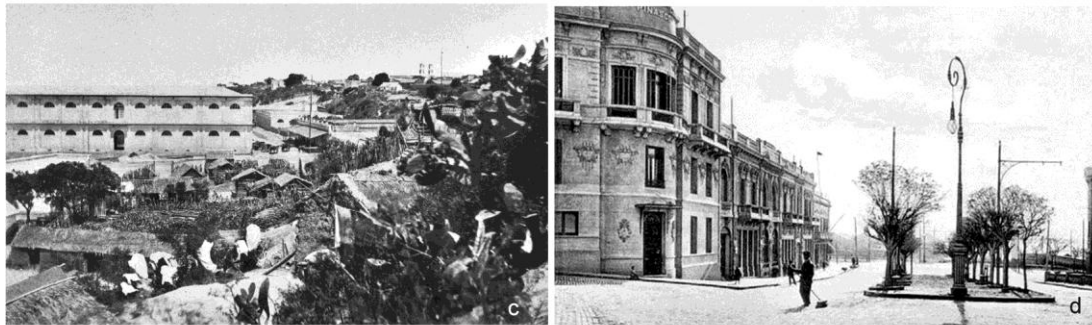


Fig. 55. Reconstrucción comparativa de la ciudad en 1866 y principios de siglo XX:

a/«Plaza 25 de Mayo, 1866». George H. Alfeld. Fuente: Ministerio de Innovación y Cultura de Santa Fe (2013).

b/ Plaza 25 de Mayo c.1904. Santiago y Vicente Pusso. Fuente: Ministerio de Innovación y Cultura de Santa Fe



c/ «La Aduana», 1866. George H. Alfeld. Fuente: Ministerio de Innovación y Cultura de Santa Fe (2013).

d/ Sargento Cabral y Avenida Belgrano. Fuente: CDV, FAPyD, UNR.



e/ «Calle de Córdoba», 1866. George H. Alfeld. Fuente: Ministerio de Innovación y Cultura de Santa Fe (2013).

f/ Intersección de las calles San Martín y Santa Fe c. 1900. Santiago y Vicente Pusso. Fuente: Ministerio de Innovación y Cultura de Santa Fe (2013).

#### IV.12. La piedra *fundacional* del puerto

En realidad, más que la fecha de obtención del título de ciudad los rosarinos celebraban los resultados de cincuenta años de crecimiento sostenido, especialmente cuando la concesión para la construcción del puerto estaba en vías de concreción. Había mucho optimismo pero también muchos recelos y desconfianzas acumuladas por el incumplimiento de compromisos oficiales en varias ocasiones. En su editorial del 12 de setiembre de 1884,

titulada “Un proyecto de 14 años”, como tantas veces antes y después, *La Capital* reclamaba su construcción recordando a sus lectores las promesas que Sarmiento les hiciera cuando visitó la ciudad en 1870:

“Primeramente ofreció contribuir con su poderosa influencia para que la capital de la República fuese trasladada á esta ciudad por ley del Congreso. En segundo lugar prometió elevar á ese mismo Congreso un proyecto de ley autorizando la inversión de \$350,000 en la construcción de muelles y depósitos en el puerto de esta ciudad.

Sobre lo primero, Sarmiento mismo se encargó de vetar la ley que designaba al Rosario como capital definitiva de la República, traicionado así sus compromisos espontáneos contraídos con este pueblo.

En cuanto á lo segundo, se sabe que todo lo que hizo fué expropiar algunos solares de propiedad particular que existían en la ribera frente a la Aduana” (sic).

La del 70 es una década de expansión y desarrollo en relación con la sostenida demanda internacional de productos agropecuarios y Rosario ya acusa notables deficiencias en instalaciones portuarias. Hasta principios de siglo funciona casi exclusivamente gracias a sus condiciones topográficas, lo que en definitiva implicaba seguridad y bajos costos, aunque las constantes transformaciones en el cauce del río provocaban serias dificultades técnicas.

Habiendo aceptado, pragmáticamente, que el objetivo por el cual el diario lleva su nombre ya no sería posible, sobre la “cuestión puerto”, en cambio, los dirigentes rosarinos no cejarían, aunque nuevas decepciones se suman al no cumplirse los compromisos “electoralistas” similares de los presidentes Avellaneda y Roca y a la fracasada iniciativa del empresario Juan Canals en 1890. *La Capital* se dedica intensamente a este tema, con un activismo ininterrumpido, ya sea acompañando a las asociaciones y cámaras que se habían formado con tal propósito; interpelando fuertemente a los distintos gobiernos; como consolidado las argumentaciones que sostenían la necesidad imperiosa de su construcción.

Todos los recursos imaginables fueron utilizados: la inclusión en los reclamos de las provincias del interior a las que se impedía la salida de sus productos; llamamientos a la sociedad a organizarse y expresarse en manifestaciones públicas; la publicación de cartas enviadas por miembros de la elite rosarina que viajaban al exterior, y que operando como corresponsales, describían las ciudades visitadas enfatizando los detalles de los puertos; o la reproducción de notas de periódicos locales o nacionales sobre el tema. Entre varias, una de las más significativas, que *La Capital* reproduce en 1901 ante los avances y retrocesos en la licitación de las obras, es “El puerto de Rosario” publicada originalmente en 1898 en el *Boletín Mensual de la Cámara de Comercio Italiana* que advertía:

«Según parece esta vez se hará de veras (...)

Si á pesar de todas las promesas, todo concluyera en nada -como siempre ha sucedido- entonces sin reserva ninguna, creeríamos que es la verdad de lo que desde hace catorce años repetimos, de acuerdo con el comercio, y con la prensa local, es decir, que se quiere obstaculizar esta importante plaza, la segunda de la república, que tantos millones produce al tesoro nacional, [...] hechos estos que dan al comercio del Rosario todo el derecho de preguntar:

¿Por qué esta parcialidad?

¿Rosario es bastarda?

¿Existe tal vez alguna liga potente de interesados á quienes no convenga la facilidad de navegacion del Paraná hasta el Rosario y demas puertos; en vista de las ventajas indiscutibles, a favor del comercio rosarino?» (sic) (*La Capital*, 19 de junio de 1901: 1).

Si los argumentos de años anteriores se centraban en la situación estratégica del puerto rosarino que lo convertía en la vía de salida del comercio local y “la llave del interior”, este artículo reforzaba la sospecha respecto a que las demoras en su ejecución se debían al temor de los intereses porteños en tanto contribuiría a debilitar su centralidad, exponiendo una vez más la rivalidad existente entre la capital y las provincias del litoral. En ese mismo año Gregorio Machain -fundador de la

Bolsa de Comercio- como presidente de la Asociación Pro-canalización de Ríos y Puerto de Rosario, después de muchas gestiones, logra que el gobierno nacional promulgue la Ley 3.885/89 destinada a la construcción y explotación de un puerto comercial en el Rosario de Santa Fe. Pero todavía para 1902,

“Constituían las instalaciones portuarias (...) unas pocas cuerdas de muelles, denominados “nacionales”, que ocupaban el espacio que va desde el viejo túnel del FFCA, hasta la calle Maipú, en oposición a los muelles “particulares” de Castellanos, Comas, etc. que extendían el puerto hasta poco más de la bajada de Rioja. Por todas estas viejas construcciones debía despacharse el grandioso movimiento de la campaña argentina; anticuados galpones y barracones que no podían satisfacer las necesidades de tan vasta zona de influencia” (Meira, 1942: 12)

En este contexto, durante 1901 y 1902 se suceden en *La Capital* incontables notas que tienen en vilo a la población, pero sobre todo ejercen presión para que la obra se concrete. Siempre anteceditos por el encabezado “Puerto del Rosario”, los subtítulos son elocuentes: “Guerra al Rosario”, “Campaña malévola”, “La licitación aplazada”, “Sin muelles”, “Las propuestas (...) Regocijo del Comercio”, “Peligro en perspectiva”, “Noticias halagüeñas”, “Tardanzas e impacencias”, “Las bases del contrato aprobadas”, “Firma definitiva del contrato (...) La gran obra es un hecho, “¡¡¡Sin puerto!!! Dificultades de última hora”, las dos últimas el mismo día 12 de setiembre.<sup>92</sup>

Finalmente se adjudica y se contrata a la firma Hersent et fils asociados a Schneiders y Cía. por 40 años.<sup>93</sup> Entre las obras a ejecutarse, se destaca la

---

<sup>92</sup> Por su parte *El Municipio*, en cambio, declara que “sobre los gritos destemplados se alzó siempre la voz serena del *El Municipio*; por encima de las dudas y las incertidumbres que extendían la decepción. (26 de octubre de 1902: 1)

<sup>93</sup> A poco de la colocación de la piedra fundamental en 1902, se inicia una serie de desencuentros entre la empresa y los intereses locales que se prolongará más allá del término de la concesión en 1942. A un año de su habilitación, en 1906, se habla de rescindir el contrato. El control del sistema tarifario y el monopolio legal de los 20 km de costa al Norte y al Sur, impulsa a las empresas exportadoras a construir sus embarcaderos fuera de la ciudad.

construcción de 37.000 metros lineales de vías férreas, 3.870 metros de muelle, un canal paralelo y obras de corrección del río. Lo edificado estaría conformado por más de 25 depósitos, un elevador de granos de 30.000 metros cúbicos de capacidad y edificios para el Ministerio de Obras Públicas, sub-prefectura marítima, delegaciones aduaneras, oficina de exportación y usina eléctrica.

Superados así los obstáculos y hasta el día de colocación de la piedra fundamental, el diario dará cuenta de todos los preparativos para la celebración en todas sus ediciones. Se decretan tres días de fiestas y la noticia ocupará las páginas de la prensa varios días más. Para el día anterior a los actos, el 26 de octubre, ambos periódicos engalanan sus primeras planas como nunca antes porque, “ningun otro acontecimiento registrado en sus anales históricos, ha revestido el brillo, la solemnidad ni la magnificencia del acto de ayer” (*La Capital*, 27 de octubre de 1902: 1). La diferencia con el tratamiento de la celebración anterior es demostrativa de la significación que ésta tiene para los rosarinos y así lo atestiguan también la espontánea participación popular de la que ambos diarios dan cuenta.

En esta oportunidad el regocijo se refleja en la propia producción periodística, *La Capital* del día 26, ubica en el centro de la página las medallas de oro “costeadas por el pueblo” que se acuñaron para el presidente Julio Roca y el ministro de Obras Públicas Emilio Civit. Debajo aparecen muy destacadas las fachadas de los edificios para la Sub-prefectura marítima, el elevador de granos y el edificio de Obras Públicas, y finalmente el Plano del Puerto que revela gráficamente la magnitud de la empresa. Una serie de fotografías acompañan a estos motivos centrales, en el centro los ingenieros vinculados a la licitación y, en las columnas laterales, el presidente y el ministro y dos grupos de retratos de los miembros del jurado, entre ellos Pelayo Ledesma, el único integrante rosarino en su calidad de presidente de la Asociación Popular “Canalización de los ríos y puerto del Rosario” (fig. 56).



En la página siguiente se publica “Historia del concurso para la construcción (sic) del puerto hasta la firma del contrato”, que incluye una breve genealogía de la ciudad con un enfoque diferente al del cincuenta aniversario, haciendo foco en las actividades portuarias a partir de la libre navegación de los ríos y los derechos diferenciales otorgados por Urquiza y recordando a quienes construyeron los primeros muelles o fomentaron la colonización agrícola y a las primeras casas introductorias de maquinarias para el campo. Saldando cuentas con el pasado se agrega además una mención a J. Canals y olvidando su conducta deshonrosa se lo recuerda como “uno de los propagandistas más infatigables de las obras del puerto (...) que inició la construcción y que casi realizó la empresa” (Ibídem, 26 de octubre de 1902: 2).

Por otra parte, el evento, que se percibe como una refundación de la ciudad, ilumina nuevamente el “mito del progreso” indefinido lo que alienta un análisis del porvenir aventurando cifras y porcentajes de crecimiento inusitado. Aunque *La Capital* haya apostado a la potencia de la representación técnica para su primera plana, toda una iconografía de figuras alegóricas se pone en juego en aquel sentido. En la medalla entregada a Roca, Rosario es una “una espléndida mujer, de pecho robusto y brazos férreos y en el fondo el puerto en construcción” y lo mismo se verifica en las placas conmemorativas encargadas a Lola Mora por la Asociación Popular del Puerto, la Sociedad Rural y la Bolsa de Comercio. En la que se entrega al Presidente, el Paraná es un vigoroso Apolo que tras el triunfo se recuesta sobre gavillas de trigo y junto a él Rosario, conducida por el Progreso, señala el futuro próspero a las colonias, “graciosos y fuertes infantes” que a ella se aferran, sobre un fondo de barcos a vela que se alejan dando lugar a un presente de espléndidos transatlánticos. En la de Civit, la ciudad es Mercurio portando un ancla de oro sobre “una danza de las mieses” que celebra el nuevo puerto (Ibídem, 28 de octubre de 1902: 1).

Por su parte *El Municipio*, debajo del importante titular “Homenaje a las fiestas inaugurales del puerto y a los que han realizado esa obra”, expone un

pretencioso grabado sin autoría que incorpora junto a los personajes del ceremonial un grupo de figuras alegóricas. En el mismo, sobre el fondo donde se observa el puerto nuevo “ocupado por infinidad de buques que traen de lejanas tierras los artículos de importación y á lejanas tierras llevan nuestros ricos e inagotables productos”, se recortan, ubicados en el centro de la composición, el presidente y el ministro. Ambos observan atentos la figura de una mujer bellamente engalanada, simbolizando a la ciudad de Rosario -cuyo rostro recuerda la efigie de la Libertad de Oudiné utilizada para representar a la República Argentina-, que, acompañada por las provincias declara su gratitud por la inauguración, desde su “categoría de segunda ciudad argentina y con la perspectiva de ser el primer puerto mercantil de la república” (*El Municipio*, 26 de octubre de 1902: 1). Del otro lado del cuadro, y a diferencia de *La Capital*, se homenajea a los dirigentes rosarinos más comprometidos en las gestiones para la obtención del puerto, G. Machain, P. Ledesma, C. Echesortu, A. J. Paz y C. Casablanca, seguidos por una serie de figuras masculinas representando al pueblo, un pueblo vestido de traje y que saluda el acontecimiento levantando al aire sus galeras, contradiciendo toda la concepción del mismo vinculada a los sectores más vulnerables a los que *El Municipio* decía representar en sus notas diarias (fig. 57).

Aunque en el dibujo hubo que engalanarlo, la participación popular se verifica en estas fiestas como nunca en otras. *La Tribuna* de Buenos Aires lo deja claro “Había *pueblo* en el Rosario, subrayado pueblo, significa que la referencia es á lo que tal palabra vale en el verdadero concepto”<sup>94</sup> (sic). También, a su modo, el diario local refiere a que en la masa de participantes del festejo realizadas en el espacio público,

“Todas las clases sociales forman parte de él; desde el encumbrado hombre público, hasta el más modesto conserge; desde el aristócrata hasta el burgués; desde la mas alta jerarquía militar hasta el simple soldado; desde la encumbrada dama hasta la modesta hija del pueblo. Todo está mezclado en armoniosa confusión” (sic) (Ibídem, 28 de octubre de 1902: 1)

---

<sup>94</sup> Reproducido en *La Capital*, 5 de noviembre de 1902:1.

Los festejos replican y amplían lo realizado en agosto, agregando una excursión fluvial de vaporcitos que salen a recibir la escuadrilla de guerra en la que viene el presidente, selectos banquetes y concierto de caridad en el teatro Olimpo, baile en el Club Social, así como fiestas venecianas en el lago del parque, corso de flores, desfile ciclista y carreras en el hipódromo. El acto protocolar esta vez tiene lugar en la ribera entre Rioja y San Luis en un muelle con arcos triunfales especialmente construido para la ocasión, y donde la intendencia repartirá las 25.000 tarjetas postales que ha hecho imprimir con vistas de la ciudad contemporánea: plazas, calles principales, el bulevar Santafesino y la Avenida Belgrano, el parque, el Hospital Rosario, el Palacio de la Higiene y una vista del puerto. El elaborado diseño de las mismas las distingue de las circulantes en la época, todas presentan un marco de formas art nouveau compuesto por la figura de la patria que observa orgullosa la ciudad con el puerto en primer plano, mientras a sus pies una joven escribe una nueva página de la historia de Rosario, orlada de laureles sobre los que se ubican los escudos de la provincia y de la ciudad. Este motivo da el encuadre a las seleccionadas vistas fotográficas que se pretenden mostrar y poner en circulación (fig. 58).

En ese torbellino, la inauguración refuerza el imaginario de un horizonte de expectativas desmedidas, porque el crecimiento de Rosario “ha de ser anormal y fabuloso una vez que esté dotado del anhelado puerto que constituirá la piedra angular de su riqueza” (Ibídem, 28 de octubre de 1902: 1). Pero también las obras sobre la ribera realizadas por Lamas como los recorridos fluviales destinados a verificar cuestiones de la licitación, inauguran nueva mirada a la ciudad desde el río, y viceversa, en una incipiente dimensión sensible que conecta con la atracción por el goce del paisaje, superando la versión meramente productivista de la vía fluvial.

En ese registro en el artículo “Las obras de desmonte”, *La Capital* celebraba poco antes la urbanización de la zona de barrancas agrestes que había sido transformada en “un paraje alegre y pintoresco” posibilitando la radicación de modernas edificaciones “con preciosa vista al río Paraná que corre mas allá

del elegante paseo en formación denominado Avenida Belgrano” (sic). (*La Capital*, 27 de julio de 1901: 1). Asimismo en la crónica de la recorrida por el río y las islas, realizada por la comisión técnica de las obras del puerto, se presenta una vista de la ciudad sublimada por la luz de la tarde y el reconocimiento del paisaje natural y del imponente río, articulada con la visión ingenieril. Era aquel un panorama donde Rosario se entreveía a través de

“(…) las espesas humaredas de las chimeneas de los establecimientos industriales rodeada de intensa luz, bañadas por los rayos solares que se quebraban con fulgores de arco iris en las cúpulas de las iglesias y altos monumentos, mientras en la ribera reinaba una actividad pasmosa que producía un estruendo formidable, (...) encuadrada por el brillante marco de la naturaleza en todo su esplendor, el ingeniero Luiggi quedó un rato pensativo y luego al darse vuelta y al abarcar su vista el río Paraná que pasando la isla del Francés parece convertirse en un inmenso mar sin orillas, exclamó «¡qué ciudad! ¡qué río! Cuanta agua ¡Cuanto se podría hacer con todo esto!»” (sic) (*La Capital*, 25 de enero de 1902: 1).

Sin embargo, tal como se advertía en el plano publicado, las extendidas instalaciones del puerto cancelarían por años la relación entre la ciudad y su río, pero Rosario se siente ahora completa, competitiva, definitivamente moderna y no será hasta que las obras estén finalizadas que dicha situación sea advertida (fig. 59).

El *Plano General del Puerto de Rosario de Santa Fe* de 1916 expone con claridad la “muralla” que en la costa central constituían las instalaciones del puerto, así como las vías férreas del FCCA que atravesando el túnel, se ramificaban luego entre los edificios administrativos y los galpones sobre el borde del río. Frente a la “rigidez” y precisión del dibujo de la infraestructura, el dibujante se libera en la representación del paisaje natural de la barranca y la jardinería que circunda los edificios principales. Así rodea de parterres curvilíneos el edificio de la Sub Prefectura y de jardines resueltos en una geometría de cuadrícula y diagonales el Edificio de la Inspección y

recorriendo la Av. Belgrano con sus canteros centrales hacia el Sur, los jardines que bordean al Edificio de la Dirección -hoy sede de Canal 5- se transforman prácticamente en parque por voluntad del dibujante al continuar esa condición en la barranca cruzando la avenida. Pretensión quizás, de compensar el paisaje de hierro con el despliegue del verde, o bien, influencias del debate que venía insinuándose sobre la necesidad de transformar el espacio de la costa en áreas de parque y recreo, y que prosperará en la década de 1920 (fig. 60).

Tres años antes de que finalice la conflictiva concesión del puerto a la empresa Hersent, a instancias del Dr. Julio Marc, promotor y director del Museo Histórico Provincial próximo a inaugurarse, se localiza la piedra fundamental del puerto.<sup>95</sup> El diario *La Capital* del 2 de julio de 1939 celebra el evento a toda página tal como lo había hecho al momento de su colocación. Ilustrada con imágenes de 1902 y de las obras finalizadas del puerto, una extensa nota de Ricardo Montes y Bradley retoma los mismos tópicos de aquel momento para la reescritura de una breve historia de Rosario y de las celebraciones de 1902, haciendo, además, fuerte hincapié en las acciones que el diario había realizado para su concreción desde 1878 cuando “había empezado a agitar a la sociedad rosarina”, hasta que el tema consigue el impulso durante la diputación de Lagos (fig. 61).

Julio Marc logrará que la piedra fundamental, “un trozo de historia”, sea colocada en los jardines del Museo Histórico Provincial obra de Ángel Guido ubicado en el Parque de la Independencia, en una particular amalgama entre cultura, naturaleza y técnica que sintetiza las distintas dimensiones y momentos del proceso de construcción identitaria de la ciudad.

---

<sup>95</sup> En “La ciudad del puerto petrificado” Pablo Montini ha reseñado el episodio, en el marco de la historia de la creación del Museo Histórico Provincial y de las estrategias de Julio Marc para la dotación de las distintas colecciones, en Megías A. et.al. (2014) *Las batallas por la identidad*, Rosario: Editorial Municipal de Rosario.

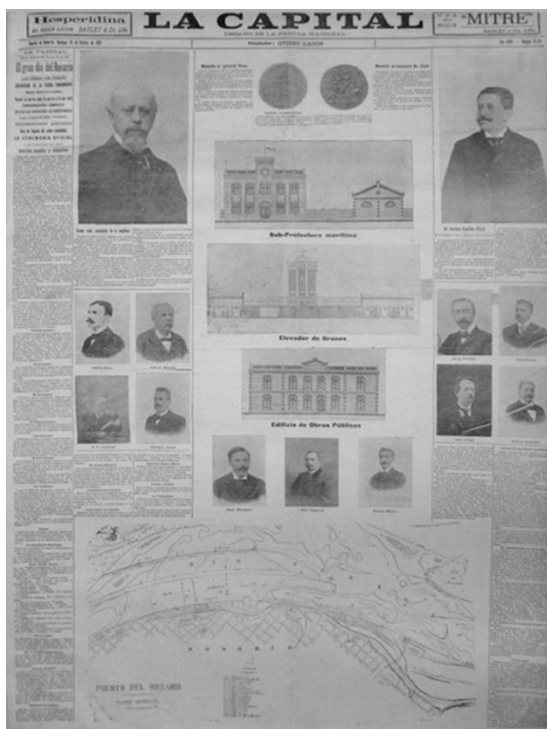


Fig. 56. Primera plana *La Capital* del 26 de octubre de 1902

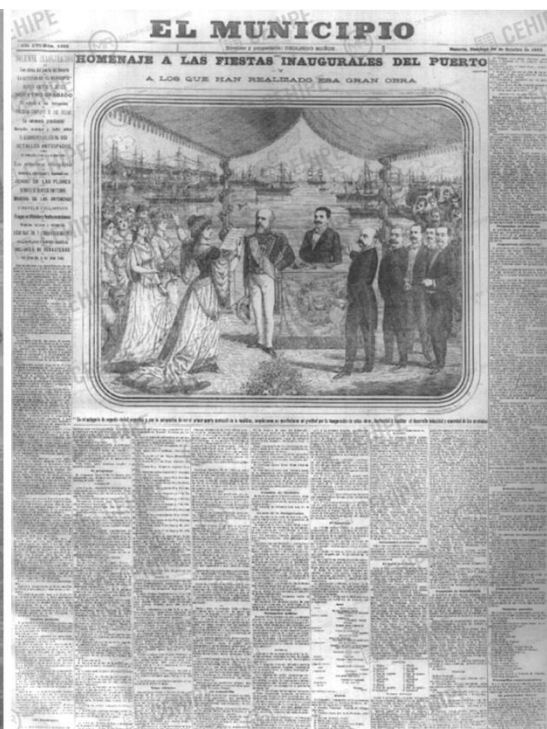


Fig. 57. Primera plana *El Municipio* del 26 de octubre de 1902



Fig. 58. Postales de la inauguración de las obras del puerto. Fuente: Archivo particular



Fig. 59. Puerto Rosario, Sección Importación (1908) Fuente: Colección Iconográfica Rosarina de W. Mikielievich en CD Historia de Rosario, Rosario: Biblioteca eLe, 1996.





Fig. 60. Detalles *Plano General del Puerto del Rosario de Santa Fe*, esc. 1:1000, costa central, c. 1916. Fuente: Archivo ENAPRO.



Fig.61. Primera plana *La Capital* del 2 de julio de 1939.

#### IV. 3. “El Rosario Moderno” celebra otro cincuentenario

A principios de 1910, cuando los festejos del Centenario parecían ser los únicos merecedores de la máxima atención, el 12 de febrero se cumplen cincuenta años de la creación de la municipalidad de Rosario. La intendencia organiza unos festejos clásicos, que no pueden superar las recordadas fiestas de Lamas, y que incluyen embanderamiento e iluminación de los edificios públicos, dianas en la plaza y distribución de medallas realizadas por Marcos Vanzo y de folletos con una reseña histórica, finalizando a la noche con la ya tradicional procesión con antorchas hasta el parque donde es recibida con fuegos artificiales, con escasa participación ciudadana.

En este caso es el diario *La Capital* quien asume el compromiso de la celebración con singular empeño, mientras *El Municipio* apenas publica un brevísimo comentario. Bajo el título “El cincuentenario de la Municipalidad- Un acontecimiento histórico”, el diario de los Lagos ofrece a sus lectores una extensa nota que ocupa más de dos páginas y media profusamente ilustradas, desplegando una nueva narración de la historia de Rosario con énfasis en el “fecundo” accionar municipal, al cual

“nos consideramos habilitados para presentar a la consideración pública á todos los vecinos del Rosario que desde el primer día de fundación de la Municipalidad (...) hasta el presente, no vacilaron en posponer sus intereses ó conveniencias particulares á los supremos intereses del vecindario, trabajando por su comodidad, su mejoramiento y su progreso” (sic) (*La Capital*, 12 de febrero de 1910: 1)

La primera página relata la historia de la creación, las primeras elecciones de concejales, los discursos el día de su instalación y las primeras “medidas de urbanización”, entre las que destaca la disposición del 24 de marzo de 1860 ordenando la construcción en la línea municipal y la siguiente del día 28 del mismo mes que obligaba a cerrar con tapial los terrenos baldíos en el reducido radio del centro histórico, así como la inmediatamente posterior que prohíbe la construcción con techo de paja en una extensión de cuatro cuadras alrededor de la plaza 25 de Mayo, en función de la “comodidad y estética” de la ciudad. También se menciona la creación de la primera comisión interna de médicos como medida de higiene pública; las acciones llevadas adelante por los concejales para que el gobierno provincial trace un camino “lo mas recto posible” entre Rosario, Santa Fé y Córdoba; la invención del escudo municipal, las primeras plantaciones de árboles y la colocación de los primeros cuatro faroles a kerosene en 1862 en la plaza, el encargo al Ing. Enrique Blyth de un plano de nivelación y desagües, el comienzo de las pavimentaciones en 1864 y los primeros conflictos con la provincia por las rentas municipales (fig. 62).



El texto es acompañado por las fotografías de todos los intendentes construyendo una inesperada galería de retratos de *notables*, a la que, en la página siguiente, se agrega un texto sobre la creación de la Intendencia Municipal en 1884, y la nómina completa de intendentes y concejales, sin valoraciones sobre los individuos o su gestión. Las diferencias y conflictos que el diario había mantenido con prácticamente todos ellos hacen presumir que ese haya sido el motivo de la interrupción del relato o bien, tal como se explica, no es ese el objeto del artículo. La omisión se justifica además diciendo que sería “inacabable reseñar (...) los progresos que fué marcando la ciudad, á partir de la plenitud y efectividad de las funciones municipales” (sic), aunque sugestivamente se lee más abajo “consideramos superfluo en esta ocasión consignar las causas que á veces originaron la remoción de algunos intendentes y la dimisión de otros, en una época que llegó a ser de grandes agitaciones políticas” (sic) (*La Capital*, 12 de febrero de 1910: 1).

Esta presentación tan imprevista como contradictoria teniendo en cuenta la histórica política editorial del diario de enfrentamiento con el municipio y especialmente con los intendentes elegidos desde Santa Fe, dispara la pregunta sobre la intencionalidad de la nota.

Frente a la brevedad del texto, el mensaje se pone en juego en las imágenes seleccionadas para la segunda página, en la mitad superior en el centro ocupando tres columnas, la imprescindible presencia del “Primer Plano” realizado por Grondona, junto a tres fotografías, la vista de la plaza primitiva y la del Palacio Municipal en construcción y finalizado, que actúan a modo de narración de la transición histórica hacia el plano actual de la ciudad titulado “Rosario en 1910”, que ocupa todo el espacio inferior. Si bien este último no se corresponde con el realizado por el Ing. Araya ese año sino más bien parece un redibujo actualizado del Plano Municipal de 1908<sup>96</sup>, ofrece las condiciones simbólicas para la demostración del enorme crecimiento de la ciudad (fig. 63).

---

<sup>96</sup> Varios elementos permiten pensar que se trata del plano de 1908: se observa la presencia de la derogada Avenida Primera Diagonal propuesta por Lamas y el Parque se dibuja completo aunque en los planos posteriores se demuestra la permanencia del damero

Con igual productividad funciona el plano “Extensión actual de las cloacas y las aguas corrientes”, que no es el mismo que el anterior sino que se aproxima al de 1910<sup>97</sup> y más aun a los simplificados planos utilizados para el censo de ese mismo año, demostrando la extensión del área servida por cloacas comprendida entre el río, Dorrego y Bv. Pellegrini y cuya ampliación se halla en proyecto (fig. 64). Aunque se aclara que las aguas corrientes son más complicadas de graficar, se asevera que “todo lo edificado tiene servicio de agua” y su tendido es “relativamente” mayor que el de Buenos Aires (Ibídem, 12 de febrero de 1910: 3).

Acompañan a esta última pieza cifras reveladoras de progreso, las cuerdas pavimentadas, el servicio de luz eléctrica y a gas y el crecimiento de la población y bajo el título “El Rosario Moderno” se reiteran descripciones adjetivadas con prodigalidad, haciendo referencia a la acción privada,

“Su edificación profusa y rica, magnífica y con palacios en muchas calles, sus amplias y limpias calles, plazas y paseos públicos, etc. la equiparan á cualquiera de las notables ciudades europeas (...) Comercios, fábricas y talleres, surgen en todas partes como vigorosas manifestaciones de trabajo fecundo y útil, y todo hace presumir que este desarrollo, que bien podemos llamar vertiginoso, no tendrá interrupciones” (sic) (Ibídem, 12 de febrero de 1910: 3).

El interrogante en cuanto al motivo por el que el diario se involucra con tanto afán visibilizando personajes que, con escasas excepciones, habían sido objeto de sus más duras críticas se devela en parte en un pequeño artículo publicado a continuación, en la sección “Asuntos del día”, titulado “Medio siglo de gobierno municipal”. Valorando la existencia de los gobiernos municipales que implican la garantía de los derechos de defensa de los intereses

---

en el ángulo noroeste. Asimismo se han agregado algunas leyendas que lo actualizan como “Barrio Arrillaga”, en otra tipografía.

<sup>97</sup> Este plano levantado por el Ing. Araya será desautorizado por el Concejo Deliberante por no haber respetado los límites del municipio, disponiéndose que, habiéndose ya publicado, se le aplique un sello con la leyenda “Este plano no tiene carácter oficial” (*La Capital*, 29 de mayo de 1910: 6).

populares, sin embargo aclara que en Rosario ellos han sido desvirtuados por la dependencia el gobierno provincial, y “no ha disfrutado sino por accidentes, sus libertades comunales, y puede decirse que son contadas las representaciones genuinas de su voluntad y de su voto que ha tenido en su administración local”. Luego de esta declaración remarca que solo se ha celebrado la elección libre de los miembros del Concejo Deliberante, lamentando que no se haya podido incluir la elección “legal, popular y libre del Intendente” convocando a seguir luchando por esa conquista.

Como advierte Verón (1985: s/d) la nota revela un contrato de lectura en el que el enunciado inicial se encuentra atravesado por distintas estructuras enunciativas, creando a su vez distintos efectos de sentido. Los mensajes emitidos en textos e imágenes dan cuenta de esa complejidad, y los vínculos entre ellos, los dispositivos de "apelación", la orientación de la lectura y la compaginación de la página, establecen la relación con el lector.

Aquí, en la “construcción del acontecimiento”, de la fiesta, se ponen en juego tanto la ratificación de los logros como la reafirmación de las ideas sobre las capacidades potenciales de la ciudad. El espacio público no es el protagonista sino la representación bidimensional de la ciudad más grande e importante de la provincia, que se constituye en condición de posibilidad para la recreación de imágenes tendientes al reconocimiento de sus condiciones para convertirse en la capital provincial y para obtener la reclamada autonomía, en función de la cual se hace necesario mostrar una institución municipal sólida capaz de gestionarla.

Al día siguiente el periódico hace una breve reseña de los “pobres” festejos, sin la crónica de los actos o la transcripción de discursos como era habitual; en este caso el espacio de la fiesta han sido las propias páginas de *La Capital*. En ellas mientras en los textos se descubre el objetivo último, la cartografía urbana, en tanto dispositivo visual de fuerte carga significativa, le provee al diario las herramientas que faciliten la comprensión y asimilación por parte del lector del argumento puesto en juego. Asimismo actúa como

sustento de los imaginarios que el periódico ha explicitado en la introducción: “Nadie podrá tachar de exagerada la profesía de que dejamos constancia, de que en el transcurso de veinte años más, el Rosario habrá pasado del medio millón de habitantes” (sic) (Ibídem, 12 de febrero de 1910: 1).

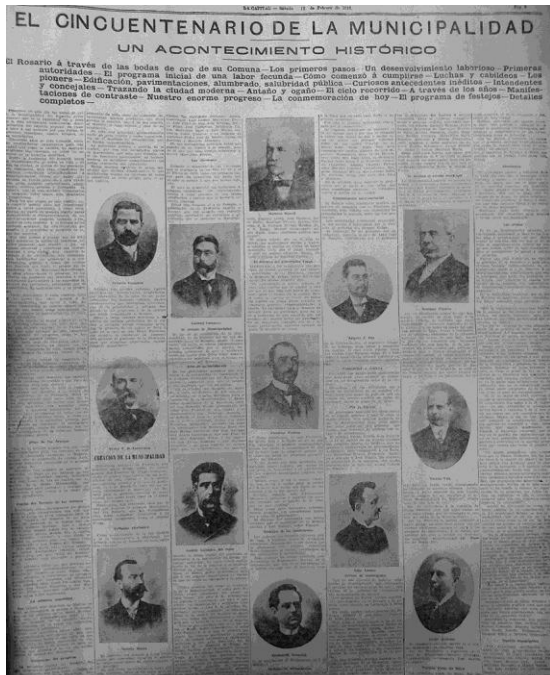


Fig. 62. Primera plana *La Capital* del 12 de febrero de 1910.

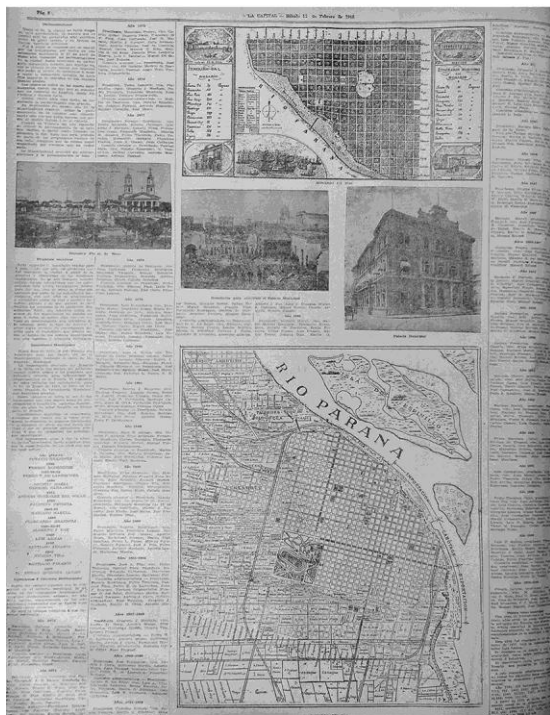


Fig. 63. *La Capital* del 12 de febrero de 1910, página 2.



Fig. 64. *La Capital* del 12 de febrero de 1910, página 3.

## REFLEXIONES FINALES

En Rosario desde fines de la década de 1990 el estudio de las prácticas culturales a partir de sus representaciones imaginarias ha sido objeto de numerosas producciones, algunas de las cuales se han señalado en el Capítulo I. Aun así, respecto de las construcciones discursivas de la prensa periódica se han registrado solo exploraciones que convocan su estudio en relación a temáticas particulares consideradas en períodos relativamente breves. Esta tesis ha intentado realizar un aporte acerca de las imaginaciones urbanas, a partir de un abordaje sistemático de las mismas relevadas en las ediciones de los periódicos a lo largo de casi setenta años, vinculadas a su vez con otros materiales a fin de densificar la problemática facilitando su análisis crítico y las posibilidades de su interpretación, dando cuenta de la condición temporaria, móvil y en continua transformación propia de las representaciones.

En el intento por establecer conexiones entre la producción de las mismas y los procesos de cohesión de grupos sociales heterogéneos y de modernización de la ciudad, fue imprescindible reconocer las prácticas textuales y visuales como materiales susceptibles de múltiples lecturas, solo comprensibles en el marco social que las produce en el devenir histórico. Evitando los análisis de exclusiva descripción de contenidos, así como la llamada teoría del reflejo, se ha hecho énfasis en el plano de la opacidad de las representaciones, procurando develar el lugar de enunciación del productor y las reglas de generación y de lectura que, como señala Verón, son las que permiten explicar “operaciones” de asignación de sentido, si se indaga la existencia de marcas en la materia significativa. Además, en el complejo entramado político y social en el que se inscribe la producción periodística, la contrastación con otras representaciones y con los documentos históricos, ha permitido acceder a reconocer, en alguna medida, las incertidumbres acerca de su verosimilitud, de su pretendida objetividad, para acceder al plano de la subjetividad de la enunciación.

Es en ese cruce del discurso periodístico con otros de diversa proveniencia, con sus particulares modalidades de producción de sentido, lo que hace posible eludir conjeturas simplificadoras, incluso en aquellas representaciones de carácter eminentemente técnico que presupondrían una producción objetiva. Más que a los documentos en sí, el interés se centra en que ellos "dicen" o "no dicen" y a "lo que se dice de ellos", a la percepción de la ciudad, las teorías, los actores, las instituciones que cada uno enlaza.

De este modo estas indagaciones posibilitaron aportar a una revisión del modo en que la historia de la arquitectura y del urbanismo han abordado tradicionalmente el estudio de proyectos, intervenciones y actores vinculados a los distintos procesos de transformación de la ciudad. Asimismo el trabajo permitió poner en circulación una serie de imágenes y discursos inéditos, como las portadas de *La Capital*; así como nueva información sobre temas poco estudiados, tal el caso del viaducto ferroviario o las fiestas locales.

Las perspectivas que ofrecen los Estudios Culturales para el tratamiento de este tema se han revelado particularmente productivas en tanto, si bien se ha intentado una narración que respete la cronología histórica, las pervivencias, las interrupciones, la emergencia de nuevas producciones y su superposición con algunas anteriores, no responden a las periodizaciones habituales para la historia de la ciudad, requiriendo de un tratamiento más flexible. En ese marco y a fin de dar inteligibilidad al relato, se optó por una organización alrededor de aquellas representaciones resultado de intereses comunes, que se constituyeron en esquemas intelectuales organizadores de marcos perceptivos de figuras que trazaron marcas, hicieron síntoma, en la sociedad rosarina.

Y es en la supervivencia de esas marcas donde, como se ha intentado demostrar, el papel de la prensa, aunque no excluyente, fue decisivo. Si algunas de aquellas figuraciones simbólicas se han incorporado a la memoria colectiva, ha sido porque, en buena medida, el periódico construyó una retórica identificatoria que las mantuvo vigentes instituyendo su

significación hasta la actualidad. Sin desdeñar los aportes académicos, es indudable que los medios constituyen las más efectivas herramientas para la circulación de los discursos sociales. Claro ejemplo de ello lo constituyen las actuales manifestaciones culturales elaboradas alrededor del primer monumento a la bandera levantado por Grondona en la isla, así como también el primer plano de la ciudad que en su momento visibilizó la efectiva existencia de una comunidad “específica y situada” (Silvestri, 2011: 19).

Respecto a los proyectos de intervención y transformación urbanísticas se ha podido también comprobar la presencia en el periódico de saberes y técnicas que acompañaban y acrecentaban la formación disciplinar de ingenieros y agrimensores que estaban a cargo de aquellas tareas. Pero lo que adquiere mayor relevancia es la anticipación con que los cronistas abordaron problemas de la ciudad que los profesionales parecían no reconocer. El reclamo por un plano que diera cuenta de las condiciones de la ciudad “real” o el diagnóstico sobre los problemas que el cinturón ferroviario que circundaba el centro implicaba para su desarrollo futuro dan cuenta de ello.

Asimismo, proveyó en sus artículos las imágenes arquetípicas de las ciudades modernas, ofreciendo soluciones adaptadas a los rasgos propios de la escala de la ciudad en el marco de su modernización dependiente, y contribuyendo a que los rosarinos invocaran esas figuraciones en el imaginario de un porvenir promisorio e inagotable. En estas construcciones la idea de orden, por cierto no desvinculada de la de belleza, y la creación de espacios públicos, necesarios para la higiene como para la sociabilidad, fueron el centro de las principales preocupaciones. Desde los primeros reclamos por calles anchas a los escritos sobre los proyectos de bulevares y parques, el periódico sienta una matriz que incide en la materialización de cambios en la ciudad. Algunas de sus calificaciones y anticipaciones respecto de algunas componentes urbanas se mantienen aun hoy, la referencia al bulevar Oroño como paseo aristocrático, o la predicción de que el “centro” de la ciudad se trasladaría a los alrededores de la plaza San

Martin se manifiesta en la actualidad en el llamado Paseo del Siglo, que vincula la fundacional calle Córdoba con el bulevar.

Las huellas de aquellos discursos han traccionado el desarrollo posterior de la ciudad y su construcción material e identitaria. Las políticas culturales, de planificación urbana y una mirada abierta de la preservación del patrimonio llevadas adelante por las distintas gestiones municipales desde la recuperación democrática, han puesto en valor muchas de aquellas visiones iniciales. Proyectos tales como el Pasaje Juramento o la recuperación del frente ribereño para parques públicos -en los que se han resignificado algunas de las instalaciones ferroviarias y portuarias para usos colectivos- evidencian la vigencia de algunos de aquellos imaginarios para el futuro de Rosario, desde una nueva concepción que pone en valor la dimensión cultural y política que hace a la condición urbana.



## BIBLIOGRAFIA GENERAL

ALTAMIRANO, C. (Dir.) (2002) *Términos críticos de sociología de la cultura*, Buenos Aires: Paidós.

ALTAMIRANO, C. (2008) "Introducción general" en C. Altamirano (Dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina, Vol I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires: Katz editores.

(2013) "Intelectuales: nacimiento y peripecia de un nombre". En [www.nuso.org/upload/articulos/3939\\_1.pdf](http://www.nuso.org/upload/articulos/3939_1.pdf). Captura: 21/1/2015.

ANDERSON, B. (1993) *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México: Fondo de Cultura Económica.

ARÓSTEGUI, J. (1995) *La investigación histórica: Teoría y método*, Barcelona: Crítica.

ARFUCH L. (2008) "Dialogismo" en Altamirano C. (Dir.) *Términos críticos de sociología de la cultura*, Buenos Aires: Paidós.

BACZKO, B. (1999) *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires: Nueva Visión.

BISELLI R., MOSCOLONI N. y VALDETTARO S. (2002) "Discurso de prensa y problemática genérica" en *La Trama de la Comunicación*, Volumen 7, Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación, FCPyRI, UNR. Rosario: Laborde Editora. En: [http://www.cim.unr.edu.ar/archivos/biselli\\_moscoloni\\_valdettarodiscurso\\_de\\_prensa\\_y\\_problematica\\_gen\\_rica-la\\_trama\\_7.pdf](http://www.cim.unr.edu.ar/archivos/biselli_moscoloni_valdettarodiscurso_de_prensa_y_problematica_gen_rica-la_trama_7.pdf) . Captura: 06/05/2015.

BONAUDO, M. (2005) "De la opinión publicada a la opinión pública", en Bonaudo M. (Dir.), *Imaginarios y prácticas de un orden burgués. Rosario 1850-1930*, Tomo I, Rosario: Prohistoria.

BOURDIEU, P. (1990) *Sociología y cultura*, México: Grijalbo.

(2003) *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*, Buenos Aires: Quadrata, Paidós Ibérica.

BURKE, P. (2005). *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona: Crítica.

BRUNNER J.J. (2002) "Modernidad" en Altamirano C. (Dir.) *Términos críticos de sociología de la cultura*, Buenos Aires: Paidós.

CASTORIADIS, C. (1993) *La institución imaginaria de la sociedad. Vol. 2 El imaginario social y la institución*, Buenos Aires: Tusquets.

CHARTIER, R. (1992) *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona: Gedisa.

(1990) *La historia cultural redefinida: prácticas, representaciones, apropiaciones* en *Revista Punto de Vista*, año 13, nº 39. Buenos Aires: Nuevo Offset.

(2001) *Escribir las prácticas. Foucault, De Certeau, Marin*, Buenos Aires: Manantial.

CICUTTI B. (2007) *Registros urbanos de una modernidad periférica. Representaciones y transformaciones materiales en el frente costero de Rosario entre 1920 y 1940*, Buenos Aires: Nobuko.

DARNTON, R. (2010) *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

DE CERTEAU M. (1993). *La escritura de la historia*. Col. Lomas de Santa Fe: D.R. Universidad Iberoamericana.

DIDI-HUBERMAN, G. (2010), *Ante la imagen. Pregunta formulada a los fines de una historia del arte*, Murcia: Ad litteram.

(2005) *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes* (2000), Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.

(2009) *La Imagen superviviente. Historia del arte y tiempo de los fantasmas según Aby Warburg*, Abada Editores: Madrid.

FERNÁNDEZ BRAVO, Á. (comp.) (2000) *La Invención de la Nación*, Buenos Aires: Manantial.

GARCÍA CANCLINI, N. (1990) *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México: Grijalbo.

(1997) *Imaginario urbanos*, Buenos Aires: Eudeba.

GLUCK, M. (2015) *La nación imaginada desde una ciudad. Las ideas políticas de Juan Álvarez, 1898-1954*, Buenos Aires: U.N.Q.

GORELIK, A. (1998) *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires. 1887-1936*, Buenos Aires: U.N.Q.

(2004) *Miradas sobre Buenos Aires: historia cultural y crítica urbana*, Buenos Aires: Siglo XIX Editores Argentina.

(2006) *Intelectuales y ciudad en Latinoamérica*, en *Prismas, revista de Historia Intelectual* N° 10, Buenos Aires: U.N.Q.

HALL, S. (1997) "El trabajo de la representación" en Hall S. (ed.) *Representation. Cultural representations and signifying practices*. Sage, London 1997. Cap. 1 Traducción de Elías Sevilla. En <http://www.unc.edu/~restrepo/simbolica/hall.pdf> . Captura: 15/08/2015

(2003) "¿Quién necesita identidad?" en Hall S. y du Gay P. (Comp.) *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires: Amorrurtu editores.

LACARRIEU, M. (2006) "Las Fiestas, Celebraciones y Rituales de la Ciudad de Buenos Aires". En [http://www.rodolfogiunta.com.ar/Historia%20urbana/Las%20Fiestas%20\(Lacarrieu\).pdf](http://www.rodolfogiunta.com.ar/Historia%20urbana/Las%20Fiestas%20(Lacarrieu).pdf) . Captura: 21/11/2017.

LIERNUR J. F. (1991) "Nacionalismo y Universalidad en la Arquitectura Latinoamericana" en Arango S. (dir.) *Modernidad y postmodernidad en América Latina*, Bogotá: Escala.

LÓPEZ BONILLA C. y PÉREZ FRAGOSO G. (2009) "Discurso" en Mckee I. y Szurmuk, M. (Coord.) *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos*, México: Siglo XXI Editores.

MANCUSO, H. (1999) *Metodología de la investigación en ciencias sociales*, Buenos Aires: Paidós.

MEGÍAS, A. (1996) *La formación de una elite de notables dirigentes. Rosario, 1860-1890*, Buenos Aires: Biblos.

(1997) "La prensa y formación de la opinión pública en Rosario a mediados del s.XIX". En *Prensa y política en la segunda mitad del siglo XIX*. En <http://historiapolitica.com/dossiers/prensaypoliticaxix/> . Captura 09/07/2017

MEGÍAS, A. ET.AL. (2014) *Las batallas por la identidad: Visiones de Rosario*, Rosario: Editorial Municipal de Rosario.

MITCHELL, W.J.T. (2009) *Teoría de la imagen. Ensayos sobre representación verbal y visual*, (1994), Madrid: Akal.

MUNILLA LACASSA M. (2013) *Celebrar y gobernar. Un estudio de las fiestas cívicas en Buenos Aires, 1810-1835*, Buenos Aires: Miño y Dávila editores.

MYERS, J. (2008) "Los intelectuales latinoamericanos desde la colonia hasta el inicio del siglo XX", en Altamirano C. (Dir.) *Historia de los intelectuales en América Latina, Vol I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires: Katz editores.

PALTI, E. (2008) "Tres etapas de la prensa política mexicana del siglo XIX: el publicista y los orígenes de intelectual moderno" en Altamirano C. (Dir.) *Historia de los intelectuales en América Latina, Vol I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires: Katz editores.

PENHOS, M. (2012) "Viajes, viajeros e imágenes: una relación necesaria". En <https://culturaysociedadunsam.files.wordpress.com/2014/10/viajes-viajeros-e-imu00e1genes.pdf> . Captura: 17/12/2017

RAMA A. (1998) *La ciudad letrada*, Montevideo: Arca.

RAMOS, J. (1989) *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y Política en el siglo XIX*, México: Fondo de Cultura Económica.

RÍOS, A. (2002) "Los Estudios Culturales y el estudio de la cultura en América Latina" en Mato D. (Coord.) *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*, Caracas: CLACSO y CEAP, FACES; Universidad Central de Venezuela.

SÁBATO, H. (2008) "Nuevos espacios de formación y actuación intelectual: prensa, asociaciones, esfera pública (1850-1900)" en Altamirano C. (Dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina, Vol I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires: Katz editores.

SAID, E. (1996). *Representaciones del intelectual*. Barcelona: Paidós.

SARLO B. (1988) *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires: Nueva visión.

SCHAEFFER, J.M. (1990) *La imagen precaria del dispositivo fotográfico*, Madrid: Cátedra.

SCHORSKE, C. (1981) *Viena Fin-de-Siecle. Política y cultura*, Barcelona: GG.

(2001) *Pensar con la historia*, Buenos Aires: Taurus.

SILVESTRI G. (2011) *El lugar común. Una historia de las figuras de paisaje en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Edhasa.

STEIMBERG, O. (2001) "Semiótica y Estudios Culturales: Coincidencias en un Espejo de Imágenes Invertidas" en CUADERNOS Nº 17, FHYCS-UNJu. En [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1668-81042001000200027&lng=es&nrm=iso](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1668-81042001000200027&lng=es&nrm=iso) . Captura: 19/12/2016

STEIMBERG O. y TRAVERSA O. (1997). *Estilo de época y comunicación mediática*. Buenos Aires: Atuel.

SZURMUK MÓNICA Y MCKEE IRWIN ROBERT (Coord.) (2009) *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos*, México: Siglo XXI Editores.

VALDETTARO S. (2011). "A modo de introducción: Un romance sobre Marshall McLuhan" en Valdettaro S. coord., *El dispositivo-McLuhan recuperaciones y derivaciones* Rosario: UNR Editora. E-Book. En: [http://www.cim.unr.edu.ar/archivos/el\\_dispositivomcluhan\\_recuperaciones\\_y\\_derivaciones.pdf](http://www.cim.unr.edu.ar/archivos/el_dispositivomcluhan_recuperaciones_y_derivaciones.pdf). Captura: 06/05/2015

VERÓN E. (1985) "El análisis del «Contrato de Lectura», un nuevo método para los estudios de posicionamiento de los soportes de los media" en *Les Medias: Experiences, recherches actuelles, applications*, IREP, París. En [https://arfuch2.files.wordpress.com/2009/10/veron\\_eliseo\\_analisis\\_del\\_contrato\\_de\\_lectura.pdf](https://arfuch2.files.wordpress.com/2009/10/veron_eliseo_analisis_del_contrato_de_lectura.pdf) . Captura: 06/05/2015

(1993) *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*, Barcelona: Gedisa.

(2008) "Signo" en Altamirano C. (Dir.) *Términos críticos de sociología de la cultura*, Buenos Aires: Paidós.

WALTER, J. A. Y CHAPLIN, S. (2002) *Una introducción a la cultura visual* (1997), Barcelona: Octaedro.

WILLIAMS, R. (1994) *Sociología de la cultura*. Barcelona: Paidós.

(2001) *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós.

## **FUENTES BIBLIOGRAFICAS**

ÁLVAREZ, J. (1998) *Historia de Rosario (1689-1939)*, Rosario: UNR Editora y Editorial Municipal de Rosario.

CARRASCO, G. y CARRASCO, E. (1897) *Anales de la ciudad del Rosario de Santa Fé, con datos generales sobre historia argentina 1527-1865*. Buenos Aires: Peuser.

CARRASCO, G. (1886) *Descripción geográfica y estadística de la Provincia de Santa Fe*. 4<sup>o</sup> edición. Buenos Aires. Imprenta, Litografía y Encuadernación de Stiller & Laas.

(1888) *Primer Censo General de la provincia de Santa Fe (República Argentina, América del Sur) verificado bajo la administración del Dr. D. José Galvez, el 6,7 y 8 de junio de 1887*. Tomo I, Libro I Censo de población. Buenos Aires, Imprenta de Jacobo Peuser.

DE MARCO, M.A. (1963) "Nicasio Oroño, Jefe Político de Rosario" en *Revista Historia de Rosario* N° 2, abril-junio de 1963, Rosario.

DE MARCO M. A. (h) (2017) "La historia del municipio y departamento de Rosario y las limitaciones a su desarrollo institucional" en *Revista de la Bolsa*

de Comercio de Rosario N° 153. En: <https://www.bcr.com.ar>. Captura: 25/10/2017.

FRUTOS DE PRIETO, M. (1996) "La polémica fundación de Rosario", en CD Revista *Historia de Rosario*, Rosario: Biblioteca eLe.

INFANTE, J.D. (s/d) "Avenida Central, Explicación que acompaña a los planos de las tres secciones", manuscrito: Biblioteca Argentina.

LA CAPITAL (1967) *Un siglo al servicio de la Patria Grande*, Rosario: La Capital.

LA CAPITAL (1967) *Cien años al servicio de la Patria Chica*, Rosario: La Capital.

LAMAS, L. (1901) *Memoria presentada al Honorable Concejo Deliberante por el intendente municipal Luis Lamas*. Del 15 de Febrero de 1898 al 15 de Febrero de 1901, Rosario: Imprenta, Litografía y Encuadernación "LA CAPITAL".

(1904) *Memoria presentada al Honorable Concejo Deliberante por el intendente municipal Luis Lamas*. Del 15 de Febrero de 1901 al 31 de Diciembre de 1903, Rosario: Imprenta, Litografía y Encuadernación "LA CAPITAL".

LLOYD, REGINALD (Dir.) (1911) *Impresiones de la República Argentina en el siglo veinte*, Londres: Lloyd Greater Britain Publishing Co.

MARTÍNEZ DE SAN VICENTE, I. (1986) "Los instrumentos del proyecto público en la construcción de la ciudad" en *Cuadernos del CURDIUR N° 12*, FAPyD, UNR.

MEIRA, G. (1942) *El Puerto de Rosario su pasado, su presente, su porvenir*, Rosario, F.C.E., U.N.L.

MINISTERIO DE INNOVACIÓN Y CULTURA DE SANTA FE (2013) *Santa Fe entre dos siglos. Fotografías 1866-1910*. Santa Fe: Espacio Santafecino Ediciones.

PASCUALI, P. (1996) *J. Daniel Infante*, Rosario: Editorial Municipal.

*PRIMER Censo Municipal de Población con datos sobre edificación, comercio e industria de la ciudad de Rosario de Santa Fe (República Argentina), Levantado el día 19 de octubre de 1900, bajo la administración del Sr. Don Luis Lamas (1902)*, Buenos Aires: Litográfica, Imprenta y encuadernación Guillermo Kraft

*SEGUNDO Censo Municipal de la ciudad de Rosario de Santa Fe (República Argentina), levantado el 19 de octubre de 1906. Intendencia del Sr. Nicasio Vila (1908), Rosario, Talleres de "La Capital".*

*TERCER Censo Municipal de Rosario de Santa Fe. Levantado el 26 de abril de 1910 bajo la dirección del Secretario de Intendencia Dr. Juan Álvarez (1910) Rosario: Talleres Gráficos "La República".*

*QUIROGA, I., (1911) Memoria presentada al H.C. Deliberante por el Intendente Municipal correspondiente al año 1910, Rosario: Talleres de la Biblioteca Argentina.*

#### **ARCHIVOS CONSULTADOS:**

*Diario La Capital*

ENAPRO (ente Administrador Puerto de Rosario)

Museo de la Ciudad de Rosario

Museo Histórico Provincial Julio Marc

Prensa Histórica de Rosario. En: <https://www.rosariocultura.gob.ar/escuelas-y-bibliotecas/hemeroteca/prensa-historica-de-rosario>